BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS




LIBRERIA RIVADAVIA
DE
G. MENDESKY É HIJO
545-CALLE RIVADAVIA-545
BUENOS AIRES.


Ibero-Amerikanisches Institut Berlin
204006279956



F. A. Suchminski

3.'04.

AMALIA

F. Kunder Sindruinski

JOSÉ MÁRMOL

Buenos Aires, 1904.

AMALIA

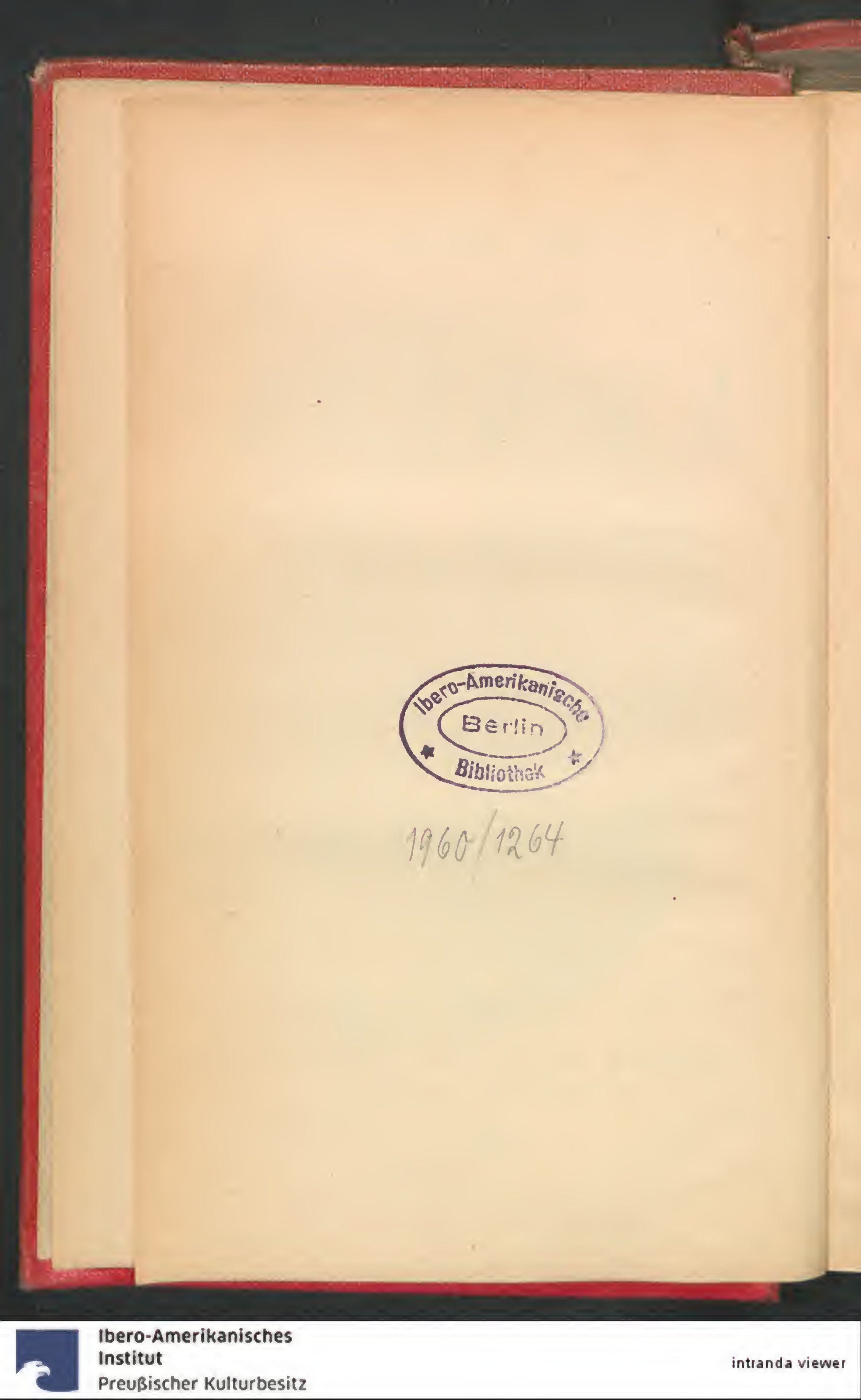
NOVELA HISTÓRICA AMERICANA

TOMO PRIMERO

DÉCIMA SEXTA EDICION

PARIS
GARNIER HERMANOS, EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1901



EXPLICACION.

La mayor parte de los personajes históricos de esta novela existe aun, y ocupa la posicion política ó social que al tiempo en que ocurrieron los sucesos que van á leerse. Pero el autor, por una ficcion calculada, supone que escribe su obra con algunas generaciones de por medio entre él y aquellos. Y es esta la razon por que el lector no hallará nunca los tiempos presentes empleados al hablar de Rosas, de su familia, de sus ministros, etc.

El autor ha creido que tal sistema convenia tanto á la mejor claridad de la narracion, cuanto al porvenir de la obra, destinada á ser leida, como todo lo que se escriba, bueno ó malo, relativo á la época dramática de la dictadura argentina, por las generaciones venideras; con quienes entónces se armonizará perfectamente el sistema aquí adoptado, de describir bajo una forma retrospectiva personajes que viven en la actualidad.

Montevido, Mayo de 1851.



PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO I.

Traicion.

El 4 de Mayo de 1840, á las diez y média de la noche, seis hombres atravesaban el patio de una pequeña casa de la calle de Belgrano, en la ciudad de Buenos Aires.

Llegados al zaguan, oscuro como todo el resto de la casa, uno de ellos se pára, y dice á los otros :

— Todavía una precaucion mas.

— Y de ese modo no acabaremos de tomar precauciones en toda la noche, contesta otro de ellos, al parecer el mas jóven de todos, y de cuya cintura pendia una larga espada, medio cubierta por los pliegues de una capa de paño azul que colgaba de sus hombros.

— Por muchas que tomemos serán siempre pocas, replica el primero que habia hablado. Es necesario que no salgamos todos á la vez. Somos seis ; saldremos primeramente tres, tomaremos la vereda de enfrente ; un momento despues saldrán los tres restantes, seguirán esta vereda, y nuestro punto de reunion será la calle de Balcarce, donde cruza con la que llevamos.

— Bien pensado.



— Sea, yo saldré delante con Merlo, y el señor, dijo el jóven de la espada á la cintura, señalando al que acababa de hacer la indicacion. Y diciendo esto, tiró el pasador de la puerta, la abrió, se embozó en su capa, y atravesando á la vereda opuesta con los personajes que habia determinado, enfiló la calle de Belgrano, con direccion al rio.

Los tres hombres que quedaban salieron dos minutos despues, y luego de haber cerrado la puerta, tomaron la misma direccion que aquellos, por la vereda determinada.

Despues de caminar en silencio algunas cuadras, el compañero del jóven que conocemos por la distincion de una espada á la cintura, dijo á este, miéntras aquel otro á quien habian llamado Merlo, marchaba adelante embozado en su poncho :

—¡Es triste cosa, amigo mio! ¡Esta es la última vez quizá que caminamos sobre las calles de nuestro país. Emigramos de él para incorporarnos á un ejército que habrá de batirse mucho, y Dios sabe qué será de nosotros en la guerra!

— Demasiado conozco esa verdad, pero es necesario dar el paso que damos... Sin embargo, continuó el jóven despues de algunos segundos de silencio : hay álguien en este mundo de Dios que cree lo contrario que nosotros.

— ¿Cómo lo contrario?

— Es decir, que piensa que nuestro deber de argentinos es el de permanecer en Buenos Aires.

— ¿Á pesar de Rosas?

— Á pesar de Rosas.

— ¿Y no ir al ejército?

— Eso es.

— ¡Bah, pero es un cobarde ó un mashorquero!

— Ni lo uno, ni lo otro. Al contrario, su valor raya en temeridad, y su corazon es el mas puro y noble de nuestra generacion.

— ¿Pero qué quiere que hagamos, pues?

— Quiere, contestó el jóven de la espada, que todos permanezcamos en Buenos Aires, porque el enemigo á quien hay que combatir está en Buenos Aires, y no en los ejércitos, y hace una hermosísima cuenta para probar que ménos número de hombres moriremos en las calles el dia



de una revolucion, que en los campos de batalla en cuatro ó seis meses, sin la menor probabilidad de triunfo... Pero dejemos esto porque en Buenos Aires el aire oye, la luz ve, y las piedras ó el polvo repiten luego nuestras palabras á los verdugos de nuestra libertad. El jóven levantó al cielo unos grandes y rasgados ojos negros, cuya expresion melancólica se convenia perfectamente con la palidez de su semblante, iluminado con la hermosa luz de los veinte y seis años de la vida.

Á medida que la conversacion se habia animado sobre aquel tema, y que se aproximaban á las barrancas del rio, Merlo acortaba el paso, ó parábase un momento para embozarse en el poncho que lo cubria.

Llegados á la calle de Balcarce :

— Aquí debemos esperar á los demas, dijo Merlo.

— ¿Está usted seguro del paraje de la costa en que habremos de encontrar la ballenera? preguntóle el jóven.

— Muy seguro, contestó Merlo. Yo me he convenido á ponerlos á ustedes en ella, y sabré cumplir mi palabra, como han cumplido ustedes la suya, dándome el dinero convenido ; no para mí, porque yo soy tan buen patriota como cualquiera otro, sino para pagar los hombres que los han de conducir á la otra Banda ; ¡ y ya verán ustedes qué hombres son !

Clavados estaban los ojos penetrantes del joven en los de Merlo, cuando llegaron los tres hombres que faltaban á la comitiva.

— Ahora es preciso no separarnos mas, dijo uno de ellos. Siga usted adelante, Merlo, y condúzcanos.

Merlo obedeció, en efecto, y siguiendo la calle de Venezuela, dobló por la callejuela de San Lorenzo, y bajó al rio, cuyas olas se escurrian tranquilamente sobre el manto de esmeralda que cubre de ese lado las orillas de Buenos Aires.

La noche estaba apacible, alumbrada por el tenue rayo de las estrellas, y una brisa fresca del sur empezaba á dar anuncio de los próximos frios del invierno.

Al escaso resplandor de las estrellas se descubria el Plata, desierto y salvaje como la Pampa ; y el rumor de sus olas, que se desenvolvian sin violencia y sin choque sobre las costas planas, parecia mas bien la respiracion



natural de ese gigante de la América, cuya espalda estaba oprimida por treinta naves francesas en los momentos en que tenian lugar los sucesos que referimos.

Los que alguna vez hayan tenido la fantasía de pasearse en una noche oscura á las orillas del Rio de la Plata, en lo que se llama el *Bajo* en Buenos Aires, habrán podido conocer todo lo que ese paraje tiene de triste, de melancólico, y de imponente al mismo tiempo. La mirada se sumerge en la extension que ocupa el rio, y apénas puede divisar á la distancia la incierta luz de alguno que otro buque de la rada interior. La ciudad, á dos ó tres cuadras de la orilla, se descubre informe, oscura, inmensa. Ningun ruido humano se percibe, y solo el rumor monótono y salvaje de las olas anima lúgubremente aquel centro de soledad y de tristeza.

Pero aquellos que hayan llegado á ese paraje, entre las sombras de la noche, para huir de la patria cuando el desenfreno de la dictadura arrojó á la proscricion centenares de buenos ciudadanos, esos solamente podrán darse cuenta de las impresiones que inspiraba ese lugar, y en esas horas, en que se debia morir al puñal de la Mashorca si eran sentidos; ó decir ¡ á Dios ! á la patria, á la familia, al amor, si la fortuna les hacia pisar el débil barco que debia conducirlos á una tierra extraña, en busca de un poco de aire libre, y de un fusil en los ejércitos que operaban contra la dictadura.

En la época á que nos referimos, ademas, la salud del ánimo empezaba á ser quebrantada por el terror : por esa enfermedad terrible del espíritu, conocida y estudiada por la Inglaterra y por la Francia, mucho tiempo ántes que la conociéramos en la América.

Á las cárceles, á las *personerías*, á los fusilamientos, empezaban á suceder los asesinatos oficiales ejecutados por la Mashorca; por ese club de bandidos, á quien los primeros partidarios de Cromwell habrian mirado con repugnancia, y los amigos de Marat con horror.

El terror, pues, que empezaba á apoderarse de todos los espíritus, no podia dejar de obrar su influencia eficaz en el ánimo de esos hombres que caminaban en silencio por la costa del rio, en direccion á Barrácas, á las once de la noche, y con el designio de emigrar de la patria, crímen de



lesa tiranía que con la muerte se castigaba irremediablemente.

Nuestros prófugos caminaban sin cambiarse una sola palabra; y es ya tiempo de dar á conocer sus nombres.

Aquel que iba delante de todos, era Juan Merlo: hombre del vulgo; de ese vulgo de Buenos Aires, que se hermana con la gente civilizada por el vestido, con el gaucho por su antipatía á la civilizacion, y con el pampa por sus habitudes holgazanas. Merlo, como se sabe, era el conductor de los demas.

Á pocos pasos seguíalo el coronel D. Francisco Lynch, veterano desde 1813; hombre de la mas culta y escogida sociedad, y de una hermosura remarcable.

En pos de él caminaba el jóven D. Eduardo Belgrano, pariente del antiguo general de este nombre, y poseedor de cuantiosos bienes que habia heredado de sus padres; corazon valiente y generoso, é inteligencia privilegiada por Dios y enriquecida por el estudio. Este es el jóven de los ojos negros y melancólicos, que conocen ya nuestros lectores.

En seguida de él, marchaban Oliden, Riglos y Maisson, argentinos todos.

En este órden habian llegado ya á la parte del Bajo que está entre la Residencia y la alta barranca que da á Barrácas en la calle de la Reconquista; es decir, se hallaban en paraledo con la casa que habitaba el ministro de S. M. B. caballero Mandeville.

En ese paraje, Merlo se pára y les dice:

— Es por aquí donde la ballenera debe atracar.

Las miradas de todos se sumergieron en la oscuridad, buscando en el rio la embarcacion salvadora; miéntras que Merlo parecia que la buscaba en tierra, pues que su vista se dirigia hácia Barrácas, y no á las aguas donde estaba clavada la de los prófugos.

— No está, dijo Merlo; no está aquí, es necesario caminar algo mas.

La comitiva le siguió en efecto; pero no llevaba dos minutos de marcha, cuando el coronel Lynch, que iba en pos de Merlo, divisó un gran bulto á treinta ó cuarenta varas de distancia, en la misma direccion que llevaban; y en el momento en que se volvia á comunicárselo á sus



compañeros, un ¡ quién vive ! interrumpió el silencio de aquellas soledades, trayendo un repentino pavor al ánimo de todos.

— No respondian; yo voy á adelantarme un poco á ver si distingo el número de hombres que es, dijo Merlo, que sin esperar respuesta caminó algunos pasos primero, y tomó en seguida una rápida carrera hácia las barrancas, dando al mismo tiempo un agudo silbido.

Un ruido confuso y terrible respondió inmediatamente á aquella señal : el ruido de una estrepitosa carga de caballería, dada por cincuenta jinetes, que en dos segundos cayeron como un torrente sobre los desgraciados prófugos.

El coronel Lynch apénas tuvo tiempo para sacar de sus bolsillos una de las pistolas que llevaba, y ántes de poder hacer fuego, rodó por tierra al empuje violento de un caballo.

Maisson y Oliden pueden disparar un tiro de pistola cada uno, pero caen tambien como el coronel Lynch.

Riglos opone la punta de un puñal al pecho del caballo que le atropella, pero rueda tambien á su empuje irresistible, y caballo y jinete caen sobre él. Este último se levanta al instante, y su cuchillo, hundiéndose tres veces en el pecho de Riglos, hace de este infeliz la primera víctima de aquella noche aciaga.

Lynch, Maisson, Oliden, rodando por el suelo, ensangrentados y aturdidos bajo las herraduras de los caballos, se sienten pronto asir por los cabellos, y que el filo del cuchillo busca la garganta de cada uno, al influjo de una voz aguda é imperante, que blasfemaba, insultaba y ordenaba allí : ¡ los infelices se revuelcan, forcejean, gritan ; llevan sus manos hechas pedazos ya à su garganta para defenderla !... todo es en vano !..... El cuchillo mutila las manos, los dedos caen, el cuello es abierto á grandes tajos ; y en los borbollones de la sangre se escapa el alma de las víctimas á pedir á Dios la justicia debida á su martirio.

Y entretanto que los asesinos se desmontan y se apiñan en derredor de los cadáveres para robarles alhajas y dinero ; entretanto que nadie se ve ni se entiende en la oscuridad y confusion de esta escena espantosa, á cien pasos de ella se encuentra un pequeño grupo de hombres que,



cual un solo cuerpo expansivamente elástico, tomaba, en cada segundo de tiempo, formas, extension y proporciones diferentes : era Eduardo que se batia con cuatro de los asesinos.

En el momento en que cargaron sobre los prófugos ; en aquel mismo en que cayó el coronel Lynch, Eduardo, que marchaba tras él, atraviesa casi de un salto un espacio de quince piés en direccion á las barrancas. Esto solo le basta para ponerse en línea con el flanco de la caballería, y evitar su empuje ; plan que su rápida imaginacion concibió y ejecutó en un segundo ; tiempo que le habia bastado tambien para desenvainar su espada, arrancarse la capa que llevaba prendida al cuello, y recogerla sobre su brazo izquierdo.

Pero si habia librádose del choque de los caballos, no habia evitado el ser visto, á pesar de la oscuridad de la noche, que por momentos embozaba la débil claridad de las estrellas. El muslo de un jinete roza por su hombro izquierdo ; y ese hombre y otro mas, hacen girar sus caballos con la prontitud del pensamiento, y embisten, sable en mano, sobre Eduardo.

Este no ve, adivina, puede decirse, la accion de los asesinos, y, dando un salto hácia ellos, se interpone entre los dos caballos, cubre su cabeza con su brazo izquierdo envuelto entre el colchon que le formaba la capa, y hunde su espada hasta la guarnicion en el pecho del hombre que tiene á su derecha. Cadáver ya, aun no ha caido ese hombre de su caballo, cuando Eduardo ha retrocedido diez pasos, siempre en direccion á la ciudad.

En ese momento tres asesinos mas se reunen al que acababa de sentir caer el cuerpo de su compañero á los piés de su caballo, y los cuatro cargan entónces sobre Eduardo.

Este se desliza rápidamente hácia su derecha para evitar el choque, tirando al mismo tiempo un terrible corte que hiere la cabeza del caballo que presenta el flanco de los cuatro. El animal se sacude, se recuesta súbitamente sobre los otros, y el jinete, creyendo que su caballo está herido de muerte, se tira de él para librarse de su caída ; y los otros se desmontan al mismo tiempo, siguiendo la accion de su compañero, cuya causa ignoran.

Eduardo entónces tira su capa y retrocede diez ó doce



pasos mas. La idea de tomar la carrera pasa un momento por su imaginacion; pero comprende que la carrera no hará sino cansarlo y postrarlo, pues que sus perseguidores montarán de nuevo y lo alcanzarán pronto.

Esta reflexion, súbita como la luz, sin embargo no habia terminádose en su pensamiento, cuando los asesinos estaban ya sobre él, tres de ellos con sables de caballería y el otro armado de un cuchillo de matadero. Tranquilo, valiente, vigoroso y diestro, Eduardo los recibe á los cuatro parando sus primeros golpes, y evitando con ataques parciales que le formasen el círculo que pretendian. Los tres de sable lo acometen con rabia, lo estrechan y dirigen todos los golpes á su cabeza; Eduardo los pára con un doble círculo, y haciendo dilatar la rueda que le formaban, con cortes de primera y tercera, comienza á ganar hácia la ciudad largas distancias, conquistando terreno en los cortes con que ofendia, y en los círculos dobles con que paraba.

Los asesinos se ciegan, se encarnizan, no pueden comprender que un hombre solo les resista tanto; y en sus vértigos de sangre y de furor no perciben que se hallan ya á doscientos pasos de sus compañeros; cumpliéndose mas en cada momento la intencion de alejarlos, que desde el principio tuvo Eduardo para perderse con ellos entre la oscuridad de la noche.

Eduardo, sin embargo, sentia que la fuerza le iba faltando, y que era ya difícil la respiracion de su pecho. Sus contrarios no se cansan ménos, y tratan de estrecharlo por última vez. Uno de ellos incita á los otros con palabras de demonio; pero al momento de descargar sus golpes sobre Eduardo, este tira dos cortes á derecha é izquierda con toda la extension de su brazo, amaga á todos, y pasa como un relámpago de acero por el centro de sus asesinos, ganándoles algunos pasos mas hácia la ciudad.

El hombre del cuchillo acababa de perder este y parte de su mano al filo de la espada de Eduardo, y otro de los de sable empieza á perder la fuerza en la sangre abundante que se escurria de una honda herida en su cabeza.

Los cuatro lo hostigan con teson, sin embargo. El hombre mutilado, en un acceso de frenesí y de dolor, se arroja sobre Eduardo y lanza sobre su cabeza el inmenso poncho



que tenia en su mano izquierda. Este último, que no habia comprendido la intencion de su contrario, cree que lo atropella con el puñal en la mano, y lo recibe con la punta de su espada, que le atraviesa el corazon. El poncho habia llegado á su destino : la cabeza y el cuerpo de Eduardo quedan cubiertos en él ; no se turba su espíritu, sin embargo : da un salto atras ; su mano izquierda, libre de su capa que habia arrojado desde el principio del combate, coge el poncho y empieza á desenvolverlo de la cabeza, miéntras su diestra describe círculos con su espada en todas direcciones. Pero en el momento en que su vista quedaba libre de aquella nube repentina y densa que la cubrió, la punta de un sable penetra á lo largo de su costado izquierdo, y el filo de otro le abre una honda herida sobre el hombro derecho.

— ¡ Bárbaros, dice Eduardo, no conseguiréis llevarle mi cabeza á vuestro amo, sin haber ántes hecho pedazos mi cuerpo!

Y, recogiendo todas las pocas fuerzas que le quedaban, pára en tercia una estocada que le tira su contrario mas próximo; y, desenganchando, se va á fondo, en cuarta, con toda la extension de su cuerpo : dos hombres caen á la vez al suelo : el contrario de Eduardo, atravesado el pecho, y Eduardo que no ha tenido fuerzas para volver á su primera posicion, y que cae sin perder, empero, su conocimiento, ni su valor.

Los dos asesinos que peleaban aun se precipitan sobre él.

— ¡ Aun estoy vivo ! grita Eduardo con una voz nerviosa y sonora; la primera voz fuerte que habia resonado en ese lugar é interrumpido el silencio de esa terrible escena ; y los ecos de esa voz se repitieron en mucha extension de aquel lugar solitario.

Eduardo se incorpora un poco ; fija el codo de su brazo derecho sobre el vientre del cadáver que tenia á su lada, y tomando la espada con la mano izquierda, quiere todavía sostener su desigual combate.

Aun en ese estado los asesinos se le aproximan con recelo. El uno de ellos se acerca por los piés de Eduardo y descarga un sablazo sobre su muslo izquierdo, que el infeliz no tuvo tiempo, ni posicion, ni fuerza para parar. La



impresion del golpe le inspira un último esfuerzo para incorporarse; pero á ese tiempo la mano del otro asesino lo toma de los cabellos, da con su cabeza en tierra, é hinca sobre su pecho una rodilla.

— ¡Ya estás, unitario, ya estás agarrado! le dice, y volviéndose al otro que se habia abrazado de los piés de Eduardo, le pide su cuchillo para degollarlo. Aquel se lo pasa al momento. Eduardo hace esfuerzos todavía por desasirse de las manos que le oprimen, pero esos esfuerzos no sirven sino para hacerle perder por sus heridas la poca sangre que le quedaba en sus venas.

Un relámpago de risa feroz, infernal, ilumina la fisonomía del bandido cuando empuña el cuchillo que le da su compañero. Sus ojos se dilatan, sus narices se espanden, su boca se entreabre, y tirando con su mano izquierda los cabellos de Eduardo casi exámine, y colocando bien perpendicular su frente con el cielo, lleva el cuchillo á la garganta del jóven.

Pero en el momento que su mano iba á hacer correr el cuchillo sobre el cuello, un golpe se escucha, y el asesino cae de boca sobre el cuerpo del que iba á ser su víctima.

— ¡Á ti tambien te irá tu parte! dice la voz fuerte y tranquila de un hombre que, como caido del cielo, se dirige con su brazo levantado hácia el último de los asesinos que, como se ha visto, estaba oprimiendo los piés de Eduardo, porque, aun medio muerto, temia acercarse hasta sus manos. El bandido se pára, retrocede, y toma repentinamente la huida en direccion al rio.

El hombre, enviado por la Providencia, al parecer, no lo persigue ni un solo paso: se vuelve á aquel grupo de heridos y cadáveres en cuyo centro se encontraba Eduardo.

El nombre de este es pronunciado luego por el desconocido con toda la expresion del cariño y de la incertidumbre. Toma entre sus brazos el cuerpo del asesino que habia caido sobre Eduardo, lo suspende, lo separa de él, é hincando una rodilla en tierra suspende el cuerpo del jóven y reclina su cabeza contra su pecho.

— ¡Todavía vive! dice, despues de haber sentido su respiracion, su mano toma la de Eduardo, y una leve presion le hace conocer que vive, y que le ha conocido.

Sin vacilar alza entónces la cabeza, gira sus ojos con in-



quietud; se levanta luego, toma á Eduardo por la cintura con el brazo izquierdo, y, cargándole al hombro, marcha hácia la próxima barranca, en que estaba situada la casa del Sr. Mandeville.

Su marcha segura y fácil hace conocer que aquellos parajes no eran extraños á su planta.

— ¡Ah! exclama de repente, apénas faltará média cuadra y..... tengo que descansar porque..... y el cuerpo de Eduardo se le escurre de los brazos entre la sangre que á los dos cubria. ¡Eduardo, le dice poniéndole sus labios en el oído; Eduardo! soy yo, Daniel; tu amigo, tu compañero, tu hermano Daniel.

El herido mueve lentamente la cabeza y entreabre los ojos. Su desmayo, originado por la abundante pérdida de su sangre, empezaba á pasar, y la brisa fria de la noche á reanimarle un poco.

— Huye..... ¡Sálvate, Daniel! fueron las primeras palabras que pronunció.

Daniel lo abraza.

— No se trata de mí, Eduardo; se trata de..... á ver..... pasa tu brazo izquierdo por mi cuello; oprime lo mas fuerte que puedas..... pero ¿qué diablos es esto? ¿Te has batido acaso con la mano izquierda, que conservas la espada empuñada con ella? ¡Ah, pobre amigo, esos bandidos te habrán herido la derecha!..... ¡y no haber estado contigo yo! Y durante hablaba así, queriendo arrancar de los labios de su amigo alguna respuesta, alguna palabra que le hiciese comprender el verdadero estado de sus fuerzas, ya que temblaba de conocer la gravedad de sus heridas, Daniel cargó de nuevo á Eduardo, que, vuelto en sí de su primer desmayo, hacia una débil fuerza sobre los hombros de su libertador, y lo llevó en sus brazos segunda vez, en la misma direccion que la anterior.

El movimiento y la brisa vuelven al herido en poco de la vida que le habia arrebatado la sangre; y con un acento lleno de cariño :

— Basta, Daniel, dice, apoyado en tu brazo creo que podré caminar un poco.

— No hay necesidad, le responde este, poniéndole suavemente en tierra; ya estamos en el lugar adonde queria conducirte.

Eduardo quedó un momento de pié; pero su muslo izquierdo estaba cortado casi hasta el hueso, y al tomar esa posicion todos los músculos heridos se resintieron, y un dolor agudísimo hizo doblar las rodillas del jóven.

— Ya me imaginaba que no podrias estar de pié, dijo Daniel, fingiendo naturalidad en su voz, pues que toda su sangre se habia helado sospechando entónces que las heridas de Eduardo eran mortales. Pero, felizmente, continuó, ya estamos aquí, aquí donde podré dejarte en seguridad miéntras voy á buscar los medios de conducirte á otra parte.

Y diciendo esto habia vuelto á cargar á su amigo, descendiendo con él, á fuerza de gran trabajo, á lo hondo de una zanja de cuatro ó cinco piés de profundidad, que dos dias ántes habian empezado á abrir á distancia de veinte piés del muro lateral de una casa sobre la barranca que acababa de subir Daniel con su pesada pero querída carga; casa que no era otra que la del ministro de S. M. B. caballero Mandeville.

Daniel sienta á su amigo en el fondo de la zanja, lo recuesta contra uno de los lados de ella, y le pregunta dónde se siente herido.

— No sé; pero aquí, aquí siento dolores terribles, dice Eduardo tomando la mano de Daniel y llevándola á su hombro derecho y á su muslo izquierdo.

Daniel respira entónces con libertad.

— Si solamente estás herido ahí, dice, no es nada, mi querido Eduardo; oprimiéndolo en sus brazos con toda la efusion de quien acaba de salir felizmente de una incertidumbre penosa: pero á la presion de sus brazos Eduardo exhala un ¡ay! agudo y dolorido.

— Debo estar tambien..... sí..... estoy herido aquí, dice llevando la mano de Daniel á su costado izquierdo..... pero sobre todo, el muslo..... el muslo me hace sufrir horriblemente.

— Espera, dice Daniel, sacando un pañuelo de su bolsillo, con el cual venda fuertemente el muslo herido. Esto á lo ménos, continúa. podrá contener algo la hemorragia, ahora venga la cintura; ¿es aquí dónde sientes la herida?

— Sí.



— Entónces.... aquí está mi corbata, y con ella oprime fuertemente el pecho de su amigo.

Todo esto hace y dice fingiendo una confianza que habia empezado á faltarle desde que supo que habia una herida en el pecho, que podria haber interesado alguna entraña. Y dice y hace todo entre la oscuridad de la noche, y en el fondo de una zanja estrecha y húmeda. Y como un sarcasmo de esa posicion terriblemente poética en que se encontraban los dos jóvenes, porque Daniel lo era tambien, los sonidos de un piano llegaron en ese momento á sus oídos: el señor Mandeville tenia esa noche una pequeña tertulia en su casa.

— ¡Ah! dice Daniel, acabando de vendar á su amigo: S. E. inglesa se divierte.

— ¡Miéntras á sus puertas se asesinan á los ciudadanos de este país! exclama Eduardo.

— Y es precisamente por eso que se divierte. Un ministro inglés no puede ser buen ministro inglés sino en cuanto represente fielmente á la Inglaterra; y esta noble señora baila y canta en derredor de los muertos como las viudas de los hotentotes; con la sola diferencia, que estas lo hacen de dolor, y aquella de alegría.

Eduardo se sonrió de esa idea nacida de una cabeza cuya imaginacion él conocia y admiraba tanto; é iba á hablar cuando de repente Daniel le pone su mano sobre los labios.

— Siento ruido, le dice al oído, buscando á tientas la espada.

Y en efecto no se habia equivocado. El ruido de las pisadas de dos caballos se percibia claramente, y un minuto despues el eco de voces humanas llegó hasta los dos amigos.

Todo se hacia mas perceptible por instantes; entendiéndose al fin clara y distintamente la voz de los que venian conversando.

— Oye, dice uno de ellos, á diez ó doce pasos de la zanja, saquemos fuego y á la luz de un cigarro podremos contar, porque yo no quiero ir hasta la Boca, sino volverme á casa.

— Bajemos entónces, responde aquel á quien se habia dirigido, y dos hombres se desmontan de sus caballos, sonando la vaina de laton de sus sables al pisar en tierra.



Cada uno de ellos tomó la rienda de su caballo, y, caminando hácia la zanja, vinieron á sentarse á cuatro pasos de Daniel y Eduardo.

Uno de los dos recien llegados sacó sus avíos de fumar, encendió la yesca, luego un grueso cigarro de papel, y dijo al otro :

— Á ver, dáme los papeles uno por uno.

El otro se quitó el sombrero, sacó de él un rollo de billetes de banco, y dió uno de ellos á su compañero; quien tomándolo con la mano izquierda lo aproximó á la brasa del cigarro que tenia en la boca, y aspirando con fuerza iluminó todo el billete con los reflejos de la brasa activada por la aspiracion.

— ¡ 100! dice aquel que habia entregado el billete, y cuya cara se habia juntado con la del otro para ver junto con él el número.

— ¡ 100! dice el del cigarro, arrojando por la boca una gruesa nube de humo.

Y la misma operacion que con el primer billete, se hace con 30 de igual valor; y despues de repartirse 1,500 pesos cada uno de los dos hombres, mitad de los 3,000 que sumaban los 30 billetes de 100 pesos, dice aquel que alumbraba los papeles :

— ¡ Yo creia que seria mas! ¡ Si hubiésemos degollado al otro nos hubiese tocado la bolsa de onzas!

— ¿ Y adónde se iban esos unitarios? al ejército de Lavalle ¿ no es verdad?

— ¡ Pues! Y adónde se habian de ir? Lo que yo siento es que no se quieran ir todos para que tuviéramos de estas todas las noches.

— ¡ Pero, y si alguna vez entra Lavalle y álguien nos delata!

— ¡ Qué! Nosotros somos mandados; y cuando veamos la cosa mal, nos pasaremos; entretanto yo me he de hacer matar por el Restaurador, y por eso soy de la gente de confianza del Comandante.

— ¡ Fíate mucho! ¡ Que nos eche de ménos luego, y verás tú y yo lo que nos pasa!

— ¡ Oh! ¿ y él no nos mandó por este lado, y á Moráles por el Retiro, y á Diego con cuatro mas por las calles, á buscar al que se escapó? Entónces, le decimos mañana que



hemos pasado la noche buscándolo, y no nos dirá nada.

— Pero, ¡qué susto llevaba Camilo cuando fué á avisarle al Comandante! Le dijo que salieron cuatro á proteger al unitario, pero no le ha de haber creido porque sabe que es flojo.

— Sí, pero los otros no eran flojos, y uno solo no los habia de matar. Por mi parte, yo no los busco.

— ¡Qué buscarlos! Yo me voy á la Boca, dijo aquel que habia traido los billetes en el sombrero, levantándose y montando tranquilamente en su caballo, miéntras el otro se dejó estar sentado.

— Bueno, dice este, ándate no mas; yo voy á acabar mi cigarro ántes de irme á casa, mañana te iré á buscar de madrugada para que nos vayamos al cuartel.

— Entónces, hasta mañana, dice aquel, dando vuelta su caballo, y tomando al trote el camino de la Boca.

Algunos minutos despues, el que se habia quedado mete la mano al bosillo, saca una cosa que aproxima á su cigarro en la boca, y la contempla á la claridad que esparcia la brasa.

— ¡Y es de oro el reloj! dice., Esto nadie me lo vió sacar; y la plata que me den por él no la parto con ninguno.

Y veia y volvia á ver el reloj á la luz de su cigarro.

— ¡Y está andando! dice, aplicándoselo al oído, pero yo no sé..... yo no sé cómo se sabe la hora..... y volvia á iluminar su preciosa alhaja..... ¡esta es cosa de unitarios! ..... la hora que yo sé es que serán las doce, y que.....

— Esa es la última de tu vida, bribon, — dice Daniel dando sobre la cabeza del bandido, que cayó al instante sin dar un solo grito, el mismo golpe que habia dado en la cabeza de aquel que puso el cuchillo sobre la garganta de Eduardo : golpe que produjo el mismo sonido duro y sin vibracion, ocasionado por un instrumento que Daniel tenia en sus manos, muy pequeño y que no conocemos todavía, el cual parece que hacia sobre la cabeza humana el mismo efecto que una bala de cañon que se la llevase, pues que los dos que hemos visto caer no habian dado un solo grito.

Daniel, que habia salido de la zanja, y llegádose como una sombra hasta el bandido, luego que le dió el golpe en



la cabeza, tomó la brida del caballo, lo trajo hasta la zanja, y sin soltarla, bajó y dió un abrazo á su amigo.

— ¡ Valor ! valor ! mi Eduardo ; ¡ ya estás libre..... salvo.... la Providencia te envía un caballo que era lo único que necesitábamos !

— Sí, me siento un poco reanimado, pero es necesario que me sostengas..... no puedo estar de pié.

— No hagas fuerza, dice Daniel ; que carga otra vez á Eduardo y lo sube al borde de la zanja. En seguida salta él, y con esfuerzos indecibles consigue montar á Eduardo sobre el caballo que se inquietaba con las evoluciones que se hacian á su lado. En seguida recoge la espada de su amigo, y de un salto se monta en la grupa; pasa sus brazos por la cintura de Eduardo, toma de sus débiles manos las riendas del caballo, y lo hace subir inmediatamente por una barranca inmediata á la casa del señor Mandeville.

— Daniel, no vamos á mi casa porque la encontraríamos cerrada. Mi criado tiene órden de no dormir en ella esta noche.

— No, no por cierto, no he tenido la idea de querer pasearte por la calle del Cabildo á estas horas, en que veinte serenos alumbrarian nuestros cuerpos federalmente vestidos de sangre.

— Bien, pero tampoco á la tuya.

— Mucho ménos, Eduardo ; yo creo que nunca he hecho locuras en mi vida : y llevarte á mi casa seria haber hecho una por todas las que he dejado de hacer.

— ¿ Y adónde, pues ?

— Ese es mi secreto por ahora. Pero no me hagas mas preguntas. Habla lo ménos posible.

Daniel sentia que la cabeza de Eduardo buscaba algo en que reclinarse, y con su pecho le dió un apoyo que bien necesitaba ya, porque en aquel momento un segundo vértigo le anublaba la vista y lo desfallecia; pero felizmente le pasó pronto.

Daniel hacia marchar al paso su caballo. Llegó por fin á la calle de la Reconquista, y tomó la direccion á Barrácas ; atravesó la del Brasil y Patagones y tomó á la derecha por una calle encajonada, angosta y pantanosa, y en cuyos lados no habia edificio alguno sino los fondos de ladrillo ó



de tunas de aquellas casas con que termina la ciudad sobre las barrancas de Barrácas.

Al cabo de seiscientos pasos, la callejuela da salida á la empinada y solitaria barranca de Marcó, cuya pendiente rápida y estrechísimas sendas causan temor de dia mismo á los que se dirigen á Barrácas, que prefieren la barranca empedrada de Brown, ó la de Balcarce, ántes que bajar por aquel medio precipicio, especialmente si el terreno está húmedo. Á esa barranca llegó Daniel, y las mismas calidades de mala y solitaria fueron para él en ese momento una garantía por la que le daba preferencia. Ademas, él conocia perfectamente los senderos, y bajó por ella, dirigiendo hábilmente su caballo sin el mínimo contratiempo.

Llegado á la calle traviesa entre Barrácas y la Boca, dobló á la derecha, y recostándose á la orilla del camino, llegó al fin á la calle Larga de Barrácas sin haber hallado una sola persona en su tránsito. Tomó la derecha de la calle, enfiló los edificios, lo mas aproximado á ellos que le fué posible, é hizo tomar el trote largo á su caballo, como que quisiera salir de ese camino frecuentado de noche por algunas patrullas de policía.

Al cabo de pocos minutos de marcha, detiene su caballo, gira sus ojos, y convencido de que no veia ni oia nada, hace tomar el paso á su caballo, y dice á Eduardo :

— Ya estás en salvo, pronto estarás en seguridad y curado.

— ¿Dónde ? le pregunta Eduardo con voz sumamente desfallecida.

— Aquí, le responde Daniel, subiendo el caballo á la vereda de una casa por cuyas ventanas, cubiertas con celosías y los vidrios por espesas cortinas de muselina blanca en la parte interior, se trasparentaban las luces que iluminaban las habitaciones; y al decir aquella palabra, arrima el caballo á las rejas, é introduciendo su brazo por ellas y las celosías, tocó suavemente en los cristales. Nadie respondió, sin ambargo. Volvió á llamar segunda vez, y entónces una voz de mujer preguntó con un acento de recelo :

— ¿Quién és?

— Yo soy, Amalia, yo, tu primo.

— ¡ Daniel ! dijo la misma voz, aproximándose mas á la ventana la persona del interior.



—Sí, Daniel.

Y en el momento la ventana se abrió, la celosía fué alzada, y una mujer jóven y vestida de negro inclinó su cuerpo hasta tocar las rejas con su mano. Pero al ver dos hombres en un mismo caballo retiróse de esa posicion, como sorprendida.

— ¿No me conoces, Amalia? Oye : abre al momento la puerta de la calle; pero no despiertes á los criados; ábrela tú misma.

— ¿Pero, qué hay, Daniel?

— No pierdas un segundo, Amalia, abre en este momento en que está solo el camino; me va la vida, mas que la vida, ¿ lo entiendes ahora?

— ¡ Dios mio! exclama la jóven, que cierra la ventana, que se precipita á la puerta de la sala, de esta á la de la calle, que abre sin cuidarse de hacer poco ó mucho ruido, y que saliendo hasta la vereda dice á Daniel :

— ¡Entra! pronunciando esta palabra con ese acento de espontaneidad sublime que solo las mujeres tienen en su alma sensible y armoniosa, cuando ejecutan alguna accion de valor, que siempre es en ellas la obra, no del raciocinio, sino de la inspiracion.

— Todavía no, dice Daniel, que ya estaba en tierra con Eduardo sostenido por la cintura; y de ese modo, y sin soltar la brida del caballo llega á la puerta.

— Ocupa mi lugar, Amalia; sosten á este hombre que no puede andar solo.

Amalia, sin vacilar, toma con sus manos un brazo de Eduardo que, recostado contra el marco de la puerta, hacia esfuerzos indecibles por mover su pierna izquierda que le pesaba enormemente.

— ¡ Gracias, señorita, gracias! dice con voz llena de sentimiento y de dulzura.

— ¿Está usted herido?

— Un poco.

— ¡ Dios mio! exclama Amalia, que sentia en sus manos la humedad de la sangre.

Y miéntras se cambiaban estas palabras, Daniel habia conducido el caballo al medio del camino, y poniéndolo en direccion al puente, con la rienda al cuello, dióle un fuerte cintarazo en la anca con la espada de Eduardo, que no habia



abandonado un momento. El caballo no esperó una segunda señal, y tomó el galope en aquella direccion.

— ¡Ahora, dice Daniel, adentro! acercándose á la puerta levantando á Eduardo por la cintura hasta ponerlo en el zaguan, y cerrando aquella. De ese mismo modo lo introdujo á la sala, y puso, por fin, sobre un sofá á aquel hombre á quien habia salvado y protegido tanto en aquella noche de sangre; aquel hombre lleno de valor moral y de espíritu todavía, y cuyo cuerpo no podia, sin embargo, sostenerse por sí solo un momento.

CAPÍTULO II.

La primera curacion.

Cuando Daniel colocó á Eduardo sobre el sofá, Amalia, pues ya distinguiremos por su nombre á la jóven prima de Daniel, pasó corriendo á un pequeño gabinete contiguo á la sala, separado por un tabique de cristales, y tomó de una mesa de mármol negro una pequeña lámpara de alabastro, á cuya luz la jóven leia las Meditaciones de Mr. Lamartine cuando Daniel llamó á los vidrios de la ventana, y volviendo á la sala, puso la lámpara sobre una mesa redonda de caoba, cubierta de libros y de vasos de flores.

En aquel momento Amalia estaba excesivamente pálida, efecto de las impresiones inesperadas que estaba recibiendo, y los rizos de su cabello castaño claro, echados atras de la oreja pocos momentos ántes, no estorbaron á Eduardo descubrir, en una mujer de 20 años, una fisonomía encantadora, una frente majestuosa y bella, unos ojos pardos llenos de expresion y sentimiento, y una figura hermosa, cuyo traje negro pareceria escogido para hacer resaltar la reluciente blancura del seno y de los hombros, si su tela no revelase que era un vestido de duelo.

Daniel se aproximó á la mesa en el acto en que Amalia colocaba la lámpara, y tomando las pequeñas manos de azucena de su hermosa prima la dijo:

— Amalia, en las pocas veces que nos vemos te he ha-



blado siempre de un jóven con quien me liga la mas íntima y fraternal amistad; ese jóven, Eduardo, es el que acabas de recibir en tu casa, el que está ahí gravemente herido. Pero sus heridas son *oficiales*, son la obra de Rosas, y es necesario curarlo, ocultarlo, y salvarlo.

— ¿Pero qué puedo hacer yo, Daniel? le pregunta Amalia toda conmovida y volviendo sus ojos hácia el sofá donde estaba acostado Eduardo, cuya palidez parecia la de un cadáver, contrastada por sus ojos negros y relucientes como el azabache, y por su barba y cabellos del mismo color.

— Lo que tienes que hacer, mi Amalia, es una sola cosa; ¿dudas que yo te haya querido siempre como un hermano?

— ¡Oh, no, Daniel; jamas lo he dudado!

— Bien, dice el jóven, poniendo sus labios sobre la frente de su prima, entónces lo que tienes que hacer, es obedecerme en todo por esta noche; mañana vuelves á quedar dueña de tu casa, y de mí como siempre.

— Dispon; ordena lo que quieres; yo no podria tampoco concebir una idea en este momento, dijo Amalia cuya tez iba volviendo á su rosado natural.

— Lo primero que dispongo es que traigas tú misma, sin despertar á ningun criado todavía, un vaso de vino azucarado.

Amalia no esperó oir concluir la última sílaba y corrió á las piezas interiores.

Daniel se acercó luego á Eduardo, en quien el momentáneo descanso que habia gozado empezaba á dar expansimiento á sus pulmones, oprimidos hasta entónces por el dolor y el cansancio, y le dijo :

— Esta es mi prima, la linda viuda, la poética tucumana de que te he hablado tantas veces, y que despues de su regreso de Tucuman hace cuatro meses que vive solitaria en esta quinta. Creo que si la hospitalidad no agrada á tus deseos, no les sucederá lo mismo á tus ojos.

Eduardo se sonrió, pero al instante volviendo su semblante á su gravedad habitual, exclamó :

— ¡Pero es un proceder cruel ; voy á comprometer la posicion de esta criatura !

— ¿Su posicion?

— Sí, su posicion. La policía de Rosas tiene tantos agen-

tes cuantos hombres ha enfermado el miedo. Hombres, mujeres, amos y criados, todos búscan su seguridad en las delaciones. ¡Mañana sabrá Rosas dónde estoy, y el destino de esta jóven se confundirá con el mio!

— Eso lo veremos, dijo Daniel arreglando los cabellos desordenados de Eduardo. Yo estoy en mi elemento cuando me hallo entre las dificultades. Y, si en vez de escribírmelo, me hubieses esta tarde hablado de tu fuga, ciento contra uno á que no tendrias en tu cuerpo un solo arañazo.

— Pero tú ¿cómo has sabido el lugar de mi embarque?

— Eso es para despacio, contestó Daniel sonriéndose.

Amalia entró en ese momento trayendo sobre un plato de porcelana una copa de cristal con vino de Burdeos azucarado.

— ¡Oh, mi linda prima, dijo Daniel, los dioses habrian despedido á Hebe, y dádote preferencia para servirles su vino, si te hubiesen visto como te veo yo en este momento! Toma, Eduardo; un poco de vino te reanimará miéntras viene un médico. Y en tanto que suspendia la cabeza de su amigo y le daba á beber el vino azucarado, Amalia tuvo tiempo de comtenplar por primera vez á Eduardo, cuya palidez y expresion dolorida del semblante le daba un no sé qué de mas impresionable, varonil y noble; y al mismo tiempo para poder fijarse en que, tanto Eduardo como Daniel, ofrecian dos figuras como no habia imaginádose jamas : eran dos hombres completamente cubiertos de barro y sangre.

— Ahora, dice Daniel, tomando el plato de las manos de Amalia, ¿el viejo Pedro está en casa?

— Sí.

— Entónces vé á su cuarto, despiértalo y díle que venga.

Amalia iba á abrir la puerta de la sala para salir, cuando le dice Daniel :

— Un momento, Amalia, hagamos muchas cosas á la vez para ganar tiempo, ¿dónde hay papel y tintero?

— En aquel gabinete, responde Amalia señalando el que estaba contiguo á la sala.

— Entónces, anda á despertar á Pedro. Y Daniel pasó al gabinete, tomó una luz de una rinconera, pasó á otra habitacion, que era la alcoba de su prima, de esta á un pequeño y lindísimo retrete, y allí invadió el tocador,



manchando las porcelanas y cristales con la sangre y el lodo de sus manos. — ¡Oh! exclamó mirándose en el espejo del tocador miéntras se lavaba las manos; ¡si Florencia me viese así, bien creeria me acababa de escapar de los infiernos, y con aquellas carreras que ella sabe dar cuando la quiero robar un beso y está enojada se me escaparia hasta la Pampa. ¡Bueno! continuó, secándose sus manos en un riquísimo tejido del Tucuman, ¡allí está la botella del vino que ha tomado Eduardo; y tambien beberé, porque el diablo se lleve á Rosas, porque Eduardo sane pronto, y porque mi Florencia haga mañana lo que habré de decirla! Y diciendo esto, se echó á la garganta média docena de tragos de vino en una magnífica copa que estaba sobre el tocador de Amalia, y cuyas flores arrojó dentro de la palangana.

Volvió inmediatamente al gabinete, sentóse delante de una pequeña escribanía, y tomando su semblante una gravedad que parecia ajena del carácter del jóven, escribió dos cartas, las cerró, púsolas el sobre, y entró á la sala donde Eduardo estaba cambiando algunas palabras con Amalia sobre el estado en que se sentia. Al mismo tiempo la puerta de la sala abrióse y un hombre como de sesenta años de edad, alto, vigoroso todavía, con el cabello completamente encanecido, con barba y bigotes en el mismo estado, vestido con chaqueta y calzon de paño azul, entró con el sombrero en la mano y con un aire respetuoso, que cambió en el de sorpresa al ver á Daniel de pié en medio de la sala, y sobre el sofá un hombre tendido y manchado de sangre.

— Yo creo, Pedro, que no es á usted á quien puede asustarle la sangre. En todo lo que usted ve no hay mas que un amigo mio á quien unos bandidos acaban de herir gravemente. Aproxímese usted. ¿Cuánto tiempo sirvió usted con mi tio el coronel Sáenz, padre de Amalía?

— Catorce años, Señor; desde la batalla de Salta hasta la de Junin, en que el coronel cayó muerto en mis brazos.

— ¿A cuál de los generales que lo han mandado ha tenido usted mas cariño y mas respeto: á Belgrano, á San Martin ó á Bolívar?

— Al general Belgrano, Señor, contestó el viejo soldado sin hesitar.

— Bien, Pedro, aquí tiene usted en Amalia y en mí, una

hija y un sobrino de su coronel, y allí tiene usted un sobrino del general Belgrano, que necesita de sus servicios en este momento.

— Señor, yo no puedo ofrecer mas que mi vida, y esa está siempre á la disposicion de los que tengan la sangre de mi general y de mi coronel.

— Lo creo, Pedro, pero aquí necesitamos, no solo valor sino prudencia, y sobre todo secreto.

— Está bien, Señor.

— Nada mas, Pedro. Yo sé que tiene usted un corazon honrado, que es valiente, y, sobre todo, que es patriota.

— Sí, Señor; patriota viejo, dijo el soldado alzando la cabeza con cierto aire de orgullo.

— Bien; vaya usted, continuó Daniel, y sin despertar á ningun criado ensille usted uno de los caballos del coche, sáquelo hasta la puerta con el menor ruido posible, ármese, y venga.

El veterano llevó su mano á la sien derecha, como si estuviese delante de su general, y dando média vuelta marchó á ejecutar las órdenes recibidas.

Cinco minutos despues, las herraduras del caballo se sintieron, luego se oyó girar sobre sus goznes el porton de la quinta, y en seguida apareció en la sala cubierto con su poncho el viejo soldado de quince años de combates.

— ¿Sabe usted, Pedro, la casa del doctor Alcorta?

— ¿Tras de San Juan?

— Allí.

— Sí, Señor.

— Pues irá usted á ella; llamará hasta que le abran, y entregará esta carta diciendo que, miéntras se prepara el doctor, usted va á una diligencia, y volverá á buscarlo. En seguida pasará usted á mi casa, llamara despacio á la puerta, y á mi criado, que ha de estar esperándome, y que abrirá al momento, le dará usted esta otra carta.

— Bien, Señor.

— Todo esto lo hará usted á escape.

— Bien, Señor.

— Otra cosa mas. Le he dado á usted una carta para el doctor Alcorta; mil incidentes pueden sobrevenirle en el camino, y es necesario que se haga usted matar ántes que dejarse arrancar esa carta.

— Bien, Señor.

— Nada mas, ahora. Son las doce y tres cuartos de la noche, dijo Daniel mirando un reloj que estaba colocado sobre el marco de una chimenea, á la una y média usted puede estar de vuelta con el doctor Alcorta.

El soldado hizo la misma vénia que anteriormente, y salió. Algunos segundos despues sintieron desde la sala la impetuosa carrera de un caballo que conmovia con sus cascos la solitaria calle Larga.

Daniel hizo señal á su prima de pasar al gabinete inmediato y, despues de recomendar á Eduardo que hiciese el menor movimiento posible en tanto que llegaba el médico, le dijo :

— Ya sabes cuál ha sido mi eleccion ; ¿ á quién otro podria llamar, tampoco, que nos inspirase mas confianza ?

— ¡ Pero, Dios mio, comprometer al doctor Alcorta ! exclamó Eduardo. Esta noche, Daniel, te has empeñado en confundir con mi mala suerte el destino de la belleza y del talento. Mi vida vale muy poco en el mundo para que se expongan por ella una mujer como tu prima, y un hombre como nuestro maestro.

— ¡ Estás sublime esta noche, mi querido Eduardo ! Tu sangre se ha escurrido por las heridas, pero tu gravedad y tus desconfianzas se quedaron dueñas de casa. Alcorta no se comprometerá mas que mi prima ; y aunque no fuera así, hoy estamos todos en un duelo, en que los buenos nos debemos á los buenos, y los pícaros se deben à los pícaros. La sociedad de nuestro país ha empezado á dividirse en asesinos y víctimas, y es necesario que los que no queramos ser asesinos, si no podemos castigarlos, nos conformemos con ser víctimas.

— Pero Alcorta no se ha comprometido, y sin embargo, con hacerlo venir aquí puedes comprometerlo gravemente.

— Eduardo, tu cabeza no está buena. Oye : tú, yo, cada jóven de nuestros amigos, cada hombre de la generacion á que pertenecemos, y que ha sido educado en la universidad de Buenos Aires, es un compromiso vivo, palpitante, elocuente del doctor Alcorta. Somos sus ideas en accion ; somos la reproduccion multiplicada de su virtud patricia, de su conciencia humanitaria, de su pensamiento filosófico. Desde la cátedra, él ha encendido en nuestro corazon el entu-

siasmo por todo lo que es grande: por el bien, por la libertad, por la justicia. Nuestros amigos que están hoy con Lavalle, que han arrojado el guante blanco para tomar la espada, son el doctor Alcorta. Frias es el doctor Alcorta en el ejército; Alberdi, Gutiérrez, Irigoyen son el doctor Alcorta en la prensa de Montevideo. Tú mismo, ahi bañado en tu sangre, que acabas de exponer tu vida por huir de la patria, ántes que soportar en ella la tiranía que la oprime, no eres otra cosa, Eduardo, que la personificacion de las ideas de nuestro catedrático de filosofía, y.... pero, bah! qué tonterías estoy hablando! exclamó Daniel al ver dos gruesas lágrimas que corrian sobre el rostro cadavérico de Eduardo. Vaya! vaya! no hablemos mas de esto. Déjame hacer las cosas á mí solo, que si nos lleva el diablo nos llevará á todos juntos; y á fe, mi querido Eduardo, que no hemos de estar peor en el infierno que en Buenos Aires. Descansa un momento, miéntras hablo con Amalia algunas palabras.

Y diciendo esto, se dirigió al gabinete, pestañeando rápidamente para enjugar con los párpados una lagrima que, al ver las de su amigo, habia brotado de la exquisita sensibilidad de este jóven, que mas tarde haremos conocer mejor á nuestros lectores.

— Daniel, le dice Amalia al entrar al gabinete, parada y apoyando su mano de alabastro sobre la mesa de mármol negro, yo no sé qué hacer, tú y tu amigo estáis cubiertos de sangre, necesitais mudaros, y yo no tengo mas trajes que los mios.

— Que nos sentarian perfectamente, si nos dieses tambien un poco de la belleza que te sobra, mi hermosa prima. No te aflijas; dentro de un rato tendremos vestidos, tendremos todo. Por ahora, ven acá. Y llevando á su prima á un pequeño sofá de damasco punzó, la sentó á su lado y continuó:

— Díme, Amalia, ¿cuáles son los criados en que tienes una perfecta confianza?

— Pedro, Teresa una criada que he traido de Tucuman, y la pequeña Luisa.

— ¿Cuáles son los demas?

— El cochero, el cocinero, y dos negros viejos que cuidan de la quinta.



— ¿ El cochero y el cocinero son hombres blancos?

— Sí.

— Entónces, á los blancos por blancos, y á los negros por negros, es necesario que los despidas mañana en cuanto se levanten.

— ¿ Pero crees tú?.....

— Si no lo creo, dudo. Oye, Amalia : tus criados deben quererte mucho, porque eres buena, rica y generosa. Pero en el estado en que se encuentra nuestro pueblo, de una órden, de un grito, de un momento de mal humor se hace de un criado un enemigo poderoso y mortal. Se les ha abierto la puerta á las delaciones, y bajo la sola autoridad de un miserable, la fortuna y la vida de una familia reciben el anatema de la Mashorca. Venecia, en tiempo del consejo de los Diez, se hubiese condolido de la situacion actual de nuestro país. Solo hay en la clase baja una excepcion, y son los mulatos; los negros están ensoberbecidos, los blancos prostituidos, pero los mulatos, por esa propension que hay en cada raza mezclada á elevarse y dignificarse, son casi todos enemigos de Rosas, porque saben que los unitarios son la gente ilustrada y culta, á que siempre toman ellos por modelo.

— Bien, los despediré mañana.

— La seguridad de Eduardo, la mia, la tuya propia, lo exigen así. Tú no puedes arrepentirte de la hospitalidad que has dado á un desgraciado, y.....

— ¡ Oh ! no, Daniel, no me hables de eso ! ¡ Mi casa, mi fortuna, todo está á la disposicion tuya y de tu amigo !

— No puedes arrepentirte, decia, y debes, sin embargo, poner todos los medios para que tu virtud, tu abnegacion, no dé armas contra ti á nuestros opresores. Del sacrificio que haces en despedir tus criados, te resarcirás pronto. Ademas, Eduardo no permanecerá en tu casa, sino los dias indispensables que determine el médico; dos, tres á lo mas.

— ¡ Tan pronto ! oh, no es posible ! Sus heridas son quizá graves, y seria asesinarlo el levantarlo de su cama. Yo soy libre ; vivo completamente aislada, porque mi carácter me lo aconseja así ; recibo rara vez las visitas de mis pocas amigas, y en las habitaciones de la izquierda podremos disponer un cómodo aposento para Eduardo, y completamente separado de las mias.



— ¡Gracias! gracias, mi Amalia! Bien sé que tienes en tus venas la sangre generosa de mi madre. Pero quizá no convenga que Eduardo permanezca aquí. Eso dependerá de muchas cosas que yo sabré mañana. Ahora, es necesario que vayamos á preparar la cama en que se habrá de acostar despues de su primera curacion.

— Sí... por acá; ven, y tomando una luz pasó con Daniel á su alcoba, y de esta á su tocador.

Pero ántes de seguir nosotros el paso y el pensamiento de Amalia, echemos una mirada sobre estas dos últimas habitaciones.

Toda la alcoba estaba tapizada con papel aterciopelado de fondo blanco, matizado con estambres dorados, que representaban caprichos de luz entre nubes ligeramente azuladas. Las dos ventanas que daban al patio de la casa, estaban cubiertas por dobles colgaduras, unas de batista hácia la parte interior, y otras de raso azul muy bajo, hácia los vidrios de la ventana, suspendidas sobre lazos de metal dorado, y atravesadas con cintas corredizas que las separaban, ó las juntaban con rapidez. El piso estaba cubierto por un tapiz de Italia, cuyo tejido verde y blanco era tan espeso que el pié parecia acolchonarse sobre algodones al pisar sobre él. Una cama francesa de caoba labrada, de cuatro piés de ancho, y dos de alto, se veia en la extremidad del aposento, en aquella parte que se comunicaba con el tocador, cubierta con una colcha de raso color jacinto, sobre cuya relumbrante seda caian los albos encajes de un riquísimo tapafundas de cambray. Una pequeña corona de marfil, con sobrepuestos de nácar figurando hojas de jazmines, estaba suspendida del cielo raso por una delgadísima lanza de metal plateado, en línea perpendicular con la cama, y de la corona se desprendian las ondas de una colgadura de gasa de la India con bordaduras de hilo de plata, tan leve, tan vaporosa que parecia una tenue neblima abrillantada por un rayo del sol. Entre la cama y el muro de la pared, habia una pequeña mesa cuadrada, cubierta por un terciopelo verde, sobre la que se veian algunos libros, un crucifijo de oro incrustado en ébano, una pequeña caja de música sobre una magnífica copa de cristal; una caja de sándalo, en forma de concha, con algunos algodones empapados en agua de Colonia, y



una lámpara de alabastro cubierta por una pantalla de seda verde. Al otro lado de la cama se hallaba una otomana cubierta de terciopelo azul, marcado á fuego, y delante de la cama, estaba extendida una alfombra de pieles de conejo, blancas como el armiño, y con la suavidad de la seda. Á los piés de la cama, se veia un gran sillon, forrado en terciopelo del mismo color que la otomana. Luego una papelera con incrustaciones de plata; y en los dos ángulos del aposento, que daban al gabinete contiguo á la sala, se descubrian dos hermosos veladores de alabastro en forma de piras, que contenian dentro las luces con que se alumbraba aquel pequeño y solitario templo de una belleza. Y por último : una mesa de palo de naranjo apénas de dos piés de diámetro, colocada á la extremidad de la otomana, contenia, sobre una bandeja de porcelana de la India, un servicio de té para dos personas, todo él de porcelana sobredorada. Otra cosa, la mas preciosa de todas, completaba el ajuar de este aposento, y era un par de zapatitos de cabritilla oscura bordados de seda blanca, de seis pulgadas de largo apénas, y de una estrechez porporcionada : eran los zapatos de levantarse Amalia de la cama, colocados sobre las pieles blancas que estaban junto á ella.

El retrete de vestirse estaba empapelado del mismo modo que la alcoba, y alfombrado de verde. Dos grandes roperos de caoba, cuyas puertas eran de espejos, se veian á un lado y al otro del espléndido tocador, cuyas porcelanas y cristales habia desordenado Daniel pocos momentos ántes. Frente al tocador, estaba una chimenea de acero bruñido, guarnecida de un marco de mármol blanco completamente liso; y en continuacion á ella, una bañadera de aquella misma piedra, cuya agua era conducida por caños que pasaban por los bastidores del empapelamiento. Un sillon de paja de la India, y dos taburetes de damasco blanco con flecos de oro, estaban, el primero, al lado de la bañadera; y los otros, frente á los espejos de los guardaropas; y un sofá pequeño, elástico y vestido del mismo modo que los taburetes, se hallaba colocado hácia un ángulo del retrete. Dos grandes jarras de porcelana francesa estaban sobre dos pequeñas mesas de nogal, con un ramo de flores cada una; y sobre cuatro rinconeras de caoba, brillaban ocho pebeteros de oro cincelado, obra del Perú, de un gusto y de un trabajo



admirable. Seis magníficos cuadros de paisaje, y cuatro jilgueros dentro jaulas de alambre dorado, completaban el retrete de Amalia, en el que la luz del dia penetraba por los cristales de una gran ventana que daba á un pequeño jardin en el patio principal, y que era moderada por un juego doble de colgaduras de crespon celeste y de batista. Al lado de uno de los roperos, habia una puerta que se comunicaba con el pequeño aposento en que dormia Luisa, jóven destinada por Amalia á su servicio inmediato.

Ahora, sigámosla que entra al aposento de Luisa, dormida dulce y tranquilamente, y que tomando una llave de sobre una mesa, abre la puerta de ese aposento que da al patio, y atravesándolo con Daniel, llega al frente opuesto á sus habitaciones, y abriendo con el menor ruido posible una puerta, en un corredor que cuadraba á aquel, entra, siempre con la luz en la mano y con Daniel al lado suyo, á un aposento amueblado.

— Aquí ha estado habitando cierto individuo de la familia de mi esposo, que vino del Tucuman y partió de regreso hace tres dias. Este aposento tiene todo cuanto puede necesitar Eduardo. Y diciendo esto, Amalia abrió un ropero, sacó mantas de cama, y ella misma desdobló los colchones, y arregló todo en la habitacion, miéntras Daniel se ocupaba de examinar con esmero un cuarto contiguo, y el comedor que le seguia, cuya puerta al zaguan estaba en frente de aquella de la sala, por donde una hora ántes habia entrado él con Eduardo en los brazos.

— ¿Adónde mira esta ventana? preguntó á su prima, señalando una que estaba en el aposento que iba á ocupar Eduardo.

— Al corredor por donde se entra de la calle á la quinta, por el gran porton. Sabes que todo el edificio está separado, hácia el fondo, por una verja de hierro; y cerrada, los criados pueden entrar y salir por el porton, sin pasar al interior de la casa. Es por ahí que ha salido Pedro.

— Es verdad, lo recuerdo..... pero..... ¿no oyes ruido?

— Sí..... — Son.....

— Son caballos á galope..... y el corazon de Amalia le batia en el pecho con violencia.

— Es probable que..... se han parado en el porton, dijo Daniel súbitamente, llevando la luz al cuarto inmediato,



volviendo como un relámpago, y abriendo un postigo de la ventana que daba al corredor de la quinta.

— ¡Quién será, Dios mio ¡ exclamó Amalia, pálida y bella como una azucena en la tarde. — Ellos, dice Daniel que habia pegado su cara á los vidrios de la ventana. — ¿Quiénes?

— Alcorta y Pedro..... oh ! ¡ el bueno, el noble, el generoso Alcorta ! y corrió á traer la luz que habia ocultado.

En efecto, era el viejo veterano de la Independencia, y el sabio catedrático de filosofía, médico y cirujano al mismo tiempo. Pedro hízole entrar por el porton, llevó los caballos á la caballeriza, y luego lo condujo por la verja de hierro, de cuya puerta él tenia la llave.

— ¡ Gracias, Señor ! dice Daniel, saliendo á encontrar al doctor Alcorta en el medio del patio, y oprimiéndole fuertemente la mano.

— Veamos á Belgrano, amigo mio, dijo Alcorta apresurándose á cortar los agradecimientos de Daniel.

— Un momento, dijo este, conduciéndole de la mano al aposento donde permanecia Amalia, miéntras el viejo Pedro los seguia con una caja de jacarandá debajo del brazo. ¿ Ha traido usted, Señor, cuanto cree necesario para la primera curacion, como se lo supliqué en mi carta ?

— Creo que sí, respondió Alcorta, haciendo una reverencia á Amalia, lo único que necesitaré son vendajes.

Daniel miró á Amalia, y esta partió volando á sus habitaciones.

— Este es el aposento que ha de ocupar Eduardo. ¿ Cree usted que lo debemos traer aquí ántes del reconocimiento ?

— Es necesario, respondió Alcorta, tomando la caja de instrumentos de las manos de Pedro, y colocándola sobre una mesa.

— Pedro, dijo Daniel, espere usted en el patio ; ó mas bien, vaya usted á enseñar á Amalia como se cortan vendas para heridas : usted debe saber esto perfectamente. Ahora, Señor, ya debo decir á usted lo que no le he dicho en mi carta : las heridas de Eduardo son oficiales.

Una triste sonrisa vagó por el rostro noble, pálido y melancólico de Alcorta, hombre de treinta y ocho años apénas.

— ¿ Cree usted que no lo he comprendido ya ? respondió, y una nube de tristeza empañó ligeramente su sem-

blante .... Veamos á Belgrano, Daniel, dijo despues de algunos segundos de silencio.

Y Daniel atravesó con él el patio, y entró á la sala por la puerta que daba al zaguan.

En ese momento, Eduardo estaba al parecer dormido, aunque propiamente no era el sueño, sino el abatimiento de sus fuerzas lo que le cerraba sus párpados.

Al ruido de los que entraban, Eduardo vuelve penosamente la cabeza, y, al ver á Alcorta de pié junto al sofá, hace un esfuerzo para incorporarse.

— Quieto, Belgrano, dijo Alcorta con voz conmovida y llena de cariño; quieto, aquí no hay otro que el médico. Y, sentándose á la orilla del sofá, examinó el pulso de Eduardo por algunos segundos.

— ¡Bueno! dijo al fin, vamos á llevarlo á su aposento.

Á ese tiempo, entraban á la sala por el gabinete Amalia y Pedro. La jóven traia en sus manos una porcion de vendas de género de hilo no usado todavía, que habia cortado segun las indicaciones del veterano.

— ¿Le parecen á usted bien de este ancho, doctor? preguntó Amalia.

— Sí, Señora. Necesitaré una palangana con agua fria, y una esponja. — Todo hay en el aposento.

— Nada mas, Señora, dijo tomando las vendas de las manos de Amalia, cuyos ojos vieron en los de Eduardo la expresion del reconocimiento á sus oficiosos cuidados.

Inmediatamente Alcorta y Daniel colocaron á Eduardo en una silla de brazos, y ellos y Pedro lo condujeron á la habitacion que se le habia destinado, miéntras Amalia quedó de pié en la sala sin atreverse á seguirlos.

Pálida, bella, oprimida por las sensaciones que habian invadido su espíritu esa noche, se echó en un sillon y empezó á separar con sus pequeñas manos los rizos de sus sienes, cual si quisiese de ese modo despejar su cabeza de la multitud de ideas que habian puesto en confusion su pensamiento. Hospitalidad, peligros, sangre, abnegacion, trabajo, compasion, admiracion, todo esto habia pasado por su espíritu en el espacio de una hora; y era demasiado para quien no habia sentido en toda su vida impresiones tan improvisas y violentas; y á quien la naturaleza, sin embargo, habia dado una sensibilidad exquisita, y una



imaginacion poéticamente impresionable, en la cual las emociones y los acontecimientos de la vida podian ejercer, en el curso de un minuto, la misma influencia que en el espacio de un año, sobre otros temperamentos.

Y miéntras ella comienza á darse cuenta de cuanto acaba de pasar por su espíritu, pasemos nosotros al aposento de Eduardo.

Desnudado con gran trabajo, porque la sangre habia pegado al cuerpo sus vestidos, Alcorta pudo al fin reconocer las heridas.

— No es nada, dijo, despues de sondar la que encontró sobre el costado izquierdo, la espada ha resbalado por las costillas sin interesar el pecho.

— Tampoco es de gravedad, continuó despues de inspeccionar la que tenia sobre el hombro derecho, el arma era bastante filosa y no ha destrozado.

— Veamos el muslo, prosiguió. Y á su primera mirada sobre la herida, de diez pulgadas de extension, la expresion del disgusto se marcó sobre la fisonomía elocuente del doctor Alcorta. Por cinco minutos á lo ménos examinó con la mayor prolijidad los músculos partidos en lo interior de la herida, que corria á lo largo del muslo.

— ¡Es un hachazo horrible! exclamó, pero ni un solo vaso ha sido interesado; hay gran destrozo solamente. Y en seguida lavó él mismo las heridas, é hizo en ellas la curacion que se llama de primera intencion, no haciendo uso del cerato simple, ni de las hilas, que habia traido en su caja de instrumentos, sino simplemente de las vendas.

En este momento se sintieron parar caballos contra el porton, y la atencion de todos, á excepcion de Alcorta, que siguió imperturbable el vendaje que hacia sobre el hombro de Eduardo, quedó suspendida.

— ¿Á él mismo entregó usted la carta? preguntó Daniel dirigiéndose á Pedro.

— Sí, Señor, á él mismo.

— Entónces, salga usted á ver. Es imposible que sea otro que mi criado.

Un minuto despues, volvió Pedro acompañado de un jóven de diez y ocho á veinte años, blanco, de cabellos y ojos negros, de una fisonomía inteligente y picaresca, y que, á pesar de sus botas y corbata negra, estaba revelando



cándidamente, ser un hijo legítimo de nuestra campaña; es decir, un perfecto gauchito, sin chiripá ni calzoncillos.

— ¿Has traido todo, Fermin? le preguntó Daniel.

— No ha de faltar nada, Señor, le contestó, poniendo sobre una silla un grueso atado de ropa.

Daniel se apresuró entónces á sacar del lio la ropa interior que necesitaba Eduardo, y á vestirle con ella, pues en aquel momento el doctor Alcorta terminaba la primera curacion. Y en seguida, entre los dos, colocaron á Eduardo sobre su lecho.

Daniel pasó al cuarto inmediato con Pedro y Fermin, y en pocos momentos se lavó y mudó de piés á cabeza, con las ropas que le acababan de traer, sin dejar un minuto de dar á Pedro disposiciones sobre cuanto debia de hacer, relativas á los demas criados, á limpiar la sangre de la sala, á quemar las ropas ensangrentadas etc.

Eduardo, entretanto, comunicaba á Alcorta en breves palabras los acontecimientos de tres horas ántes, y Alcorta, reclinada su cabeza sobre su mano, apoyando su codo en la almohada, oia la horrible relacion que le auguraba el principio de una época de sangre y de crímenes, que debia traer el duelo y el espanto á la infeliz Buenos Aires.

— ¿Cree usted que ese Merlo ignore su nombre? le preguntó á Eduardo.

— No sé si alguno de mis compañeros me nombró delante de él; no lo recuerdo. Pero si no es así, él no puede saberlo porque Oliden fué el único que se entendió con él.

— Eso me inquieta un poco, dijo Daniel, que acababa de oir la relacion que hacia Eduardo, pero todo lo aclararemos mañana.

— Es preciso mucha circunspeccion, amigos mios, dijo Alcorta, y sobre todo, la menor confianza posible con los criados. Á este acontecimiento pueden sobrevenir muchos otros.

— Nada sobrevendrá, Señor. Solo Dios ha podido conducirme al lugar en que Eduardo iba á perder la vida; y Dios no hace las cosas á médias. Él acabará su obra tan felizmente como la ha empezado.

— ¡Sí, creamos en Dios y en el porvenir! dijo Alcorta paseando sus miradas de Eduardo Belgrano á Daniel Bello, dos de sus mas queridos discípulos de filosofía, tres años



ántes, y en quienes veia en ese momento brotar los frutos de virtud y de abnegacion, que en el espíritu de ellos habian sembrado sus lecciones.

— Es necesario que Belgrano descanse, continuó. Ántes del dia sentirá la fiebre natural en estos casos. Mañana al mediodía volveré, dijo, pasando su mano por la frente de Eduardo, como pudiera hacerlo un padre con un hijo, y tomando y oprimiendo su mano izquierda.

Despues de esto, salió al patio acompañado de Daniel.

— ¿Cree usted, Señor, que no corre peligro la vida de Eduardo?

— Ninguno absolutamente; pero su curacion podrá ser larga.

Y cambiando estas palabras llegaron á la sala, donde Alcorta habia dejado su sombrero.

Amalia estaba en el mismo sillon en que la dejamos, apoyada su cabeza en su pequeña mano, cuyos dedos de rosa se perdian entre los rizos de su cabello castaño claro.

— Señor, esta Señora es una prima hermana mia, Amalia Sáenz de Olabarrieta.

— En efecto, dijo Alcorta, despues de cambiar con Amalia algunos cumplimientos, y sentándose al lado de ella, en la fisonomía de entrambos hay muchos rasgos de familia; y creo no equivocarme al asegurar, que entre ustedes hay tambien mucha afinidad de alma, pues observo, Señora, que usted sufre en este momento porque ve sufrir; y esta impresionabilidad del alma, esta propension simpática, es especial en Daniel.

Amalia se puso colorada sin comprender la causa, y respondió con palabras entrecortadas.

Daniel aprovechó el momento en que aquella recibia de Alcorta las instrucciones higiénicas relativas al enfermo, para ir de un salto al aposento de este.

— Eduardo, yo necesito retirarme, y voy á acompañar á Alcorta. Pedro va á quedarse en este mismo aposento por si algo necesitas. No podré volver hasta mañana á la noche. Es forzoso que me halle en la ciudad todo el dia; pero mandaré á mi criado á saber de ti. ¿Me permites que dé al tuyo todas las instrucciones que yo considere necesarias?



— Haz cuanto quieras, Daniel, con tal que no comprometas á nadie en mi mala fortuna.

— ¿Volvemos? Tú tienes mas talento que yo, Eduardo, pero hay ciertas cosas en que yo valgo cien veces mas que tú. Déjame hacer. ¿Tienes algo especial que recomendarme?

— Nada. ¿Has hecho que tu prima se recoja?

— ¡Á Dios! ¿ya empezamos á tener cuidados por mi prima?

— ¡Loco! dijo Eduardo sonriendo. Véte y consérvate para mi cariño.

— ¡Hasta mañana!

— ¡Hasta mañana!

Y los dos amigos se dieron un beso como dos hermanos.

Daniel hizo señas á Pedro y á Fermin, que permanecian en un rincon del aposento, y salió al patio con ellos.

— Fermin, toma esa caja de madera del doctor, y ten listos los caballos. Pedro, dejo al cuidado de mi prima la asistencia de Eduardo, y dejo confiada al valor de usted la defensa de su vida si sobreviniese algun accidente. Puede ser que los que asaltaron á Eduardo sean miembros de la Sociedad Popular; y puede ser tambien que algunos de ellos quieran vengar á los que ha muerto Eduardo, si por desgracia supiesen su paradero.

— Puede ser, Señor, pero á la casa de la hija de mi coronel no se entra á degollar á nadie, sin matar primero al viejo Pedro, y para eso es necesario pelear un poco.

— ¡Bravo! así me gustan los hombres, dijo Daniel apretando la mano del soldado. Cien como usted, y yo responderia de todo. Hasta mañana, pues. Cierre usted la verja y el porton cuando hayamos salido; hasta mañana!

— ¡Hasta mañana, Señor!

Alcorta estaba ya de pié despidiéndose de Amalia, cuando volvió Daniel.

— ¿Nos vamos ya, Señor?

— Me voy yo; pero usted, Daniel, debe quedarse.

— Perdon, Señor, tengo necesidad de ir á la ciudad, y aprovecho esta circunstancia para que vayamos juntos.

— ¡Bien, vamos pues! dijo Alcorta.

— Un momento, Señor. Amalia, todo queda dispuesto; Fermin vendrá á mediodía á saber de Eduardo y yo estar

aquí á las siete de la noche. Ahora recógete. Muy temprano haz lo que te he prevenido, y nada temas.

— ¡Oh! yo no temo sino por ti y por tu amigo! le contestó Amalia, llena de animacion.

— Lo creo, pero nada sucederá.

— ¡Oh! el Señor Daniel Bello tiene grande influencia! dijo Alcorta con una graciosa ironía, fijos sus ojos dulces y expresivos en la fisonomía de su discípulo, chispeante de imaginacion y de talento.

— ¡ Protegido de los señores Anchorenas, consejero de S. E. el señor ministro D. Felipe y miembro corresponsal de la Sociedad Popular Restauradora! dijo Daniel con tan afectada gravedad que no pudieron ménos de soltar la risa Amalia y el doctor Alcorta.

— Ríanse ustedes, continuó Daniel, pero yo no, que sé prácticamente lo que esas condecoraciones en mí sirven para....

— Vamos, Daniel.

— Vamos, Señor. Amalia, hasta mañana! Él imprimió un beso en la mano que le extendió su prima.

— Buenas noches, doctor, dijo Amalia acompañándolos hasta el zaguan de donde atravesaron el patio, y salieron por la puerta de hierro que daba á la quinta, doblando luego á la izquierda, y llegando al corredor del porton donde Fermin los esperaba con los caballos. Al pasar Daniel por la ventana del aposento de Eduardo que daba á la quinta, como se sabe, paróse y vió al viejo veterano de la Independencia sentado á la cabecera del herido.

Amalia, entretanto, no pudo volver á la sala sin echar desde el zaguan una mirada hácia el aposento en que reposaba su huésped. En seguida volvióse paso á paso á sus habitaciones á esconder, entre la batista de su lecho, aquel cuerpo cuyas formas hubieran podido servir de modelo al Ticiano, y cuyo cútis luciente como el raso tenia el colorido de las rosas y parecia tener la suavidad de los jazmines.

Entretanto, maestro, discípulo y criado habian enfilado, á gran galope, la oscura y desierta calle Larga, y subiendo á la ciudad por aquella barranca de Balcarce, que, doce años ántes, habia visto descender los escuadrones del general Lavalle para ir á sellar con sangre el orígen de los



males futuros de la patria, tiraron las riendas de sus caballos, á la puerta de la casa del Señor Alcorta tras de San Juan, en la calle del Restaurador.

Allí, maestro y discípulo se despidieron cambiando algunas palabras al oído : y Daniel, seguido de Fermin, tomó por el Mercado, salió à la calle de la Victoria, doblo á la izquierda, y á poco andar Fermin bajó de su caballo y abrió la puerta de una casa donde entró Daniel sin desmontarse. Era su casa.

CAPÍTULO III.

Las cartas.

En el patio de su casa Daniel dió su caballo á Fermin, y órden de no acostarse, y esperar hasta que le llamase.

En seguida, alzó el picaporte de una puerta que daba al patio, y entró en un vasto aposento alumbrado por una lámpara de bronce; y tomándola, pasó á un gabinete inmediato, cuyas paredes estaban casi cubiertas por los estantes de una riquísima librería : eran el aposento y el gabinete de estudio de Daniel Bello.

Este jóven, de veinte y cinco años de edad; de mediana estatura, pero perfectamente bien formado; de tez morena y habitualmente sonrosada; de cabello castaño, y ojos pardos; frente espaciosa, nariz aguileña; labios un poco gruesos, pero de un carmin reluciente que hacia resaltar la blancura de unos lindísimos dientes; este jóven de una fisonomía en que estaba el sello elocuente de la inteligencia, como en sus ojos la expresion de la sensibilidad de su alma, era el hijo único de D. Antonio Bello, rico hacendado del Sur, cuyos intereses giraba en sociedad con los señores Anchorenas, quienes por su inmensa fortuna y por sus relaciones de parentesco y de política con Rosas, gozaban, á esa época, de una alta reputacion en el partido federal.

D. Antonio Bello era un hombre de campo, en la acepcion que tiene entre nosotros esa palabra, y al mismo tiempo hombre honrado y sincero. Sus opiniones eran, desde



mucho ántes que Rosas, opiniones de federal; y por la federacion habia sido partidario de López primeramente, de Dorrego despues, y últimamente de Rosas; sin que por esto él pudiese explicarse la razon de sus antiguas opiniones; mal comun á las nueve décimas partes de los federalistas, desde 1811 en que el coronel Artígas pronunció la palabra federacion para rebelarse contra el gobierno general, hasta 1829 en que se valió de ella D. Juan Manuel Rosas para rebelarse contra Dios y contra el diablo.

D. Antonio Bello, sin embargo, tenia un amor mas profundo que el de la federacion: y era, el amor por su hijo. Su hijo era su orgullo, su ídolo ; y, desde niño, empezó á prepararlo para la carrera de las letras, para harcerlo *doctor*, como decia el buen padre.

Á la edad en que lo conocemos, Daniel habia llegado de sus estudios al segundo año de jusrisprudencia. Pero, por motivos que mas tarde trataremos de conocer, hacia ya algunos meses que no asistia á la universidad.

Vivia completamente solo en su casa, á excepcion de aquellos dias en que, como al presente, tenia huéspedes de la campaña que le recomendaba su padre.

Es probable que los sucesos nos vayan dando á conocer en delante la vida y las relaciones de este jóven, que despues de entrar á su gabinete, y colocar la lámpara sobre un escritorio, se dejó caer en un sillon volteriano, echó atras su cabeza, y quedó sumergido en una profunda meditacion por espacio de un cuarto de hora.

— ¡ Sí, dijo de repente, poniéndose de pié y separando con su mano los cabellos lacios de su frente; no hay remedio, de este modo les tomo todos los caminos!

Y, sin precipitacion, pero como ajeno á la mínima duda, ni hesitacion, sentóse á su escritorio y escribió las siguientes cartas, que leia con atencion despues de concluir cada una.

« 5 de Mayo, á las dos y média de la mañana.

» Hoy tengo necesidad de tu talento, Florencia mia, como tengo siempre necesidad de tu amor, de tus caprichos, de tus enojos y reconciliaciones para conocer una felicidad suprema en mi existencia. Tú me has dicho, en algunos momentos en que sueles hablar con seriedad, que yo he educado



tu corazon y tu cabeza; vamos á ver qué tal ha salido la discípula.

» Necesito saber, cómo se explica en lo de Dª. Agustina Rosas y en lo de Dª. María Josefa Ezcurra, un suceso ocurrido anoche por el Bajo de la Residencia : qué nombres se mezclan á él : de qué incidentes lo componen; de todo, en fin, cuanto sea relativo á ese acontecimiento.

» Á las dos de la tarde yo estaré en tu casa, donde espero encontrarte de vuelta de tu mision diplomática.

» Ten cuidado de Dª. María Josefa; especialmente, no dejes delante de ella asomar el menor interes en conocer lo que deseas y que harás que te revele ella misma : hé ahí tu talento.

» Tú comprendes ya, alma de mi alma; que algo muy serio envuelve este asunto para mí; y tus enojos de anoche, tus caprichos de niña, no deben hacer parte en lo que importa al destino de

» DANIEL. »

— ¡ Mi pobre Florencia ! exclamó el jóven despues de leer esta carta. Oh ! ¡ pero ella es viva como la luz, y nadie penetra en su pensamiento cuando ella no lo quiere ! Vamos á otra carta, continuó, pero á esta es necesario que el reloj esté adelantado algunas horas. Y escribió y leyó lo que sigue :

« 5 de Mayo de 1840, á las nueve de la mañana.

» *Señor D. Felipe Arana, etc., etc.*

» Mi distinguido amigo y Señor : Miéntras usted se desvela, y arrostra, con la energia propia de su carácter, todos los peligros de que está rodeado el gobierno, por la oposicion y la intriga de sus enemigos, ciertas autoridades, que estando bajo la dependencia de usted no dejan, sin embargo, de hacerle una guerra disfrazada, descuidan el cumplimiento de sus deberes.

» La policía, por ejemplo, tiene mas empeño en ostentar independencia de usted, que en velar aquello que únicamente la compete.

» Sabe usted que en la semana anterior han emigrado cuarenta y tantos individuos, sin que la policía lo haya es-



torbado, á pesar de sus poderosos medios; y que S. E. el Restaurador lo ha sabido por avisos de usted, á quien tuve el honor de comunicarle tal suceso. Pero basta que fuese usted quien lo comunicó á S. E. para que el Señor Victorica se manifieste indolente.

» Anoche á las diez y média, me retiraba de la Boca para la ciudad, por el camino del Bajo; y á la altura de la casa del Señor Mandeville, he visto una numerosa reunion de hombres que, por su inmediacion á la orilla del rio, creo que tenian el pensamiento de embarcarse, y que lo habrán efectuado. Y es el momento en que usted tome su desquite del Señor Victorica, informando de esto á S. E. que, casi me atreveria á asegurarlo, si tiene conocimiento del hecho, no lo ha de tener del nombre de los prófugos, que á estas horas deberia saberlo, si la policía imitase á usted en su actividad y celo.

» Despues de mediodía tendré el honor de hablar á usted personalmente, y me asiste la esperanza de poder ratificarme mas en la alta idea que tengo de su talento y de su actividad, al ver que á esas horas ya sabrá usted, sin necesidad de la policía, todo cuanto ha ocurrido anoche, con detalles y nombres, si, como lo creo, mi presuncion no es equivocada.

» Y, hasta entónces, saluda á usted con su acostumbrado respeto su atento y seguro servidor Q. B. S. M.

» Daniel Bello. »

— ¡Ah, mi buen D. Felipe, exclamó Daniel riéndose como un niño despues de la lectura de esta carta, quién te diria alguna vez que, ni en chanza, te hablarian de actividad y de talento! Pero no hay nadie inútil en este mundo, y tú me has de servir para grandes cosas todavía. Vamos á la otra.

« 5 de Mayo 1840.

» *Señor Coronel Salomon.*

» Paisano y amigo: Á mí me consta, como al que mas, que la federacion no tiene una columna mas robusta que usted, ni el heróico Restaurador de las Leyes, un amigo mas fiel y decidido. Y es por eso que me disgusta oir entre ciertas de las relaciones que frecuento, y que usted sabe



poco mas ó ménos quiénes son, que la Sociedad Popular, de que usted es digno Presidente, no ayuda á la policía con toda la actividad que debiera, en perseguir los unitarios, que fugan todas las noches para ir á incorporarse al ejército de Lavalle.

» El Restaurador debe estar disgustadísimo de esto; y yo, como amigo de usted, quisiera aconsejarle, que hoy mismo reuniese en su casa los mejores federales que tiene la Sociedad, tanto para que le diesen cuenta de cuanto se sepan respecto de los que se han ido últimamente, cuanto para acordar los medios de perseguir y escarmentar á los que quieran irse en adelante.

» Yo mismo tendria mucho gusto en asistir á la reunion y en prepararle á usted un discurso federal para que entusiasmase á los defensores del Restaurador, como lo he hecho otras veces, aun cuando usted es muy capaz de desempeñarse por sí solo, toda vez que se trate de nuestra santa causa de la federacion, y de la vida del ilustre Restaurador de las Leyes.

» Si usted dispone la reunion federal, sírvase contestarme ántes de las doce, y disponga de este su atento servidor que lo saluda federalmente.

» DANIEL BELLO. »

— Este hombre hará cuanto le digo, dijo Daniel despues de esbribir la carta, con un acento de completa confianza. Este hombre y todos los demas de su especie, devorarian à Rosas sin saberlo ellos, si solamente hubiera tres hombres como yo que me ayudasen á conducirlos: uno en la campaña, otro en el ejército, otro cerca de Rosas, y yo en todas partes como Dios, ó como el diablo..... Me falta otra carta todavía, continuó abriendo un secreto de su escritorio y sacando un papel lleno de signos convencionales, que consultaba á medida que escribia con ellos lo siguiente:

« Buenos Aires, 5 de Mayo de 1840.

» Anoche han sido sorprendidos cinco de nuestros amigos á tiempo de embarcarse. Lynch, Riglos, Oliden, Maisson han sido víctimas, á lo ménos así lo creo hasta este momento; uno ha escapado milagrosamente. Si por algun otro conducto tienen ustedes conocimiento de este suceso, no ha-



gan uso absolutamente de ningun otro nombre que no sea de los que dejo escritos. »

Y firmando con un signo especial, cerró esta carta y escribó en el sobre :

« *A. de G3* — Montevideo. »

Y poniendo esta carta bajo otro sobre, la colocó bajo su tintero de bronce, y tiró del cordon de una campanilla.

Fermin apareció en el acto.

— Las cosas no andan buenas, Fermin, dijo Daniel fingiendo cierto aire de distraccion y de indolencia miéntras hablaba. El enrolamiento es general y voy á tener que empeñarme otra vez con el general Pinedo por tu papeleta de excepcion, á no ser que tú quieras servir.

— ¡ Y cómo he de querer, Señor! dijo el criado, con esa entonacion perezosa, habitual en los hijos dal campo.

— Y sobre todo, continuó Daniel, el servicio va á ser terrible. Es probable que el ejército tenga que andar por toda la república; y tú no estás acostumbrado á tales fatigas.Has nacido en la estancia de mi padre y te has criado á mi lado con todas las comodidades posibles. Yo creo que nunca te he dado qué sentir.

— ¡ Qué sentir, Señor! dijo Fermin con lágrimas en los ojos.

— Te tengo á mi servicio inmediato, porque deposito en ti una completa confianza. Tú eres en mi casa el amo de mis criados, gastas cuanto dinero quieres; y yo creo que nunca te he reconvenido, ¿ no es verdad?

— Es verdad, Señor.

— Nunca hago venir un caballo para mí, sin pedir á mi padre otro para Fermin ; y hay pocos hombres en Buenos Aires que no tengan envidia de los caballos que montas. Así es que tendrias que sufrir mucho si te separasen de mi lado.

— Yo no sirvo, Señor. Primero me hago matar que dejar á usted.

— ¿ Y te harias matar por mí en cualquier trance apurado en que yo me encontrase?

— ¿ Y cómo no, señor? contestó Fermin con el acento mas cándido y sincero de un jóven de diez y ocho años, y que tiene en su pecho esa conciencia de su valor, que pa-



rece innata á los que han respirado con la vida el aire de la Pampa.

— Así lo creo, dijo Daniel, y si yo no hubiese penetrado en el fondo de tu corazon hace mucho tiempo, seria bien digno de una mala fortuna, porque los tontos no deben conspirar. Y pronunciando Daniel como para sí mismo esas últimas palabras, tomó las tres primeras cartas que habia escrito, y continuó : Bien, Fermin, no te llevarán al servicio. Oye lo que voy á decirte : mañana á las nueve llevarás un ramo de flores á Florencia, y cuando salga á recibirlo le pondrás en la mano esta carta. Pasarás en seguida á casa del señor D. Felipe Arana, y entregarás esta otra. Irás despues á casa del coronel Salomon, y entregarás tambien esta otra carta. Ten mucho cuidado de leer los sobres al entregar las cartas.

— No hay cuidado, Señor.

— Oye mas.

— Diga usted, Señor.

— De vuelta de tus diligencias, pasarás por la de Marcelina.

— Aquella de.....

— Aquella, sí; aquella á quien prohibiste que entrase de dia á mi casa, y que tuviste razon para ello : le dirás, sin embargo, que venga inmediatamente á verme.

— Está muy bien.

— Á las diez de la mañana estarás de vuelta, y, si no me he levantado aun, me despertarás tú mismo.

— Sí, Señor.

— Ántes de salir, dá órden que se me despierte si viene álguien á buscarme, cualquiera que sea.

— Muy bien, Señor.

— Ahora, una sola palabra mas, y véte á acostar. ¿ No adivinas qué palabra será esa?

— Ya sé, Señor, dijo Fermin con una marcada expresion de inteligencia en su fisonomia.

— Me alegro mucho que lo sepas y que no lo olvides jamas. Para merecer mi confianza y mi generosidad, se necesita no tener boca, ó tener una cabeza de hierro para libertarse de un momento de mal humor debido á alguna indiscrecion.

— No hay cuidado, Señor.



— Bien, véte ahora.

Y Daniel cerró la puerta de su aposento que daba al patio, á las tres y cuarto de la mañana, de esa noche en que su espíritu y su cuerpo habian trabajado mas que algunos otros hombres, de gran nombre, en el espacio de algunos años.

CAPÍTULO IV.

La hora de comer.

Á la vez que ocurrian los sucesos que se acaban de conocer, en la noche del 4 de Mayo, otros de mayor importancia tenian lugar en una célebre casa en la calla del Restaurador. Pero á su mas completa inteligencia, es necesario hacer revivir en la memoria del lector el cuadro político que representaba la república en esos momentos.

Era la época de crísis para la dictadura del general Rosas; y de ella debia bajar á su tumba, ó levantarse mas robusta y sanguinaria que nunca, segun el desenlace futuro de los acontecimientos.

De tres fuentes surgian los peligros que rodeaban á Rosas : de la guerra civil, de la guerra oriental, de la cuestion francesa.

La revolucion del Sur, acaecida seis meses ántes de la época con que da principio esta historia, habia conducido repentinamente á Rosas al mas eminente peligro de que se ha visto amenazado en su vida política. Pero el desgraciado suceso de esa revolucion espontánea, sin plan y sin direccion, habia, como sucede en tales casos, dado mas vigor y petulancia al vencedor Rosas, á ese hijo predilecto de las casualidades, que debe su poder y su fortuna á las aberraciones de sus contrarios.

Dos fuertes golpes, sin embargo, hacian temblar desde su base el edificio de su poder : la derrota de su ejército en el Estado Oriental, y la empresa del general Lavalle sobre la provincia de Entre-Rios.

La victoria del Yeruá lleva al general libertador á im-

primir el movimiento revolucionario en Corrientes; y, en efecto, el 6 de Octubre de 1839, Corrientes se alza como un solo hombre, y proclama la revolucion contra Rosas.

Los derrotados en Cagancha se refugian, entretanto, en la provincia de Entre-Rios, hácia la parte del Paraná, y, con los refuerzos precipitados que les envía Rosas, un nuevo ejército se organiza, donde se encontraba con sus orientales el ex presidente D. Manuel Oribe.

El general Lavalle vuelve de la provincia de Corrientes y con su ejército aumentado en número, en disciplina y en entusiasmo, da y gana la batalla de D. Cristóbal el 10 de Abril de 1840 : y arrincona en la Bajada los restos de ese segundo ejército, á quien una tempestad de dos dias, que sobrevino en la noche de la batalla, salvó de una total derrota sobre el campo mismo del combate.

De otra parte, la tempestad revolucionaria centellaba en Tucuman, Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy.

La sala de representantes de Tucuman, en ley de 7 de Abril de ese año 1840, habia cesado de reconocer en el carácter de gobernador de Buenos Aires al dictador D. Juan Manuel Rosas; y retirádole la autorizacion que, por parte de esa provincia, se le habia conferido para el ejercicio de las relaciones exteriores.

El 13 de Abril, el pueblo salteño depone á su antiguo gobernador, elige otro provisoriamente, y desconoce á Rosas en el carácter de gobernador de Buenos Aires.

La Rioja, Catamarca y Jujuy, de un momento á otro, debian hacer igual declaracion que las provincias de Tucuman y Salta.

Así pues, de las catorce provincias que integran la república, siete de ellas estaban contra Rosas.

La provincia de Buenos Aires presentaba otro aspecto.

El sur de la campaña estaba debilitado por la copiosa emigracion que sucedió al desastre de la revolucion, y por las sangrientas venganzas de que acababa de ser víctima.

Al norte, la campaña estaba intacta, y rebosaba de descontentos. Rosas lo conocia, y no podia, sin embargo, dar un golpe sobre ella; porque no habia allí caudillos ni campeones conocidos; habia ese rumor sordo, ese malestar sensible que indica siempre la cercanía de las grandes conmo-



ciones públicas, y que tiene su orígen en alguna situacion comun que pesa sobre todos.

Rosas queria atender á todas partes, pero en todas partes era mas pequeño que los sucesos que afrontaba, y solo su audacia le inspiraba confianza.

En los últimos dias de Marzo, el general La-Madrid habia sido enviado por Rosas á solidar su quebrantado poder en las provincias revolucionadas. Pero, casi solo, el valor personal del antiguo contendor de Quiroga, no era suficiente para la empresa que se le confiaba, y tuvo que demorarse en Córdoba para reclutar algunos soldados.

Para auxiliar á Echagüe y á Oríbe en la provincia de Entre-Rios, acaba Rosas por tirar el guante á la paciencia del pueblo de Buenos Aires; y, en los meses de Marzo y Abril, hace ejecutar esa escandalosa leva de ciudadanos de todas las clases, de todas las edades, de todas las profesiones, que no fuesen federales conocidos; y que debian elegir entre marchar al ejército como soldados veteranos, ó dar en dinero el valor de dos, diez y hasta cuarenta personeros; debiendo, entretanto, permanecer en las cárceles, ó en los cuarteles.

Este primer anuncio de la época del terror, que comenzaba, por una parte; y por otra el entusiasmo, la fiebre patria que agitaba el espíritu de la juventud, al ruido de las victorias del ejército libertador y á la propaganda de la prensa de Montevideo, daban orígen á la numerosa y distinguida emigracion, que dejaba las playas de Buenos Aires por entre los puñales de la Mashorca.

La ciudad estaba desierta. Los que huian de los personeros, se ocultaban; los que tenian valor y medios, emigraban.

Para resistir á Lavalle, vencedor en dos batallas, Rosas tenia apénas unos restos de ejército encajonados contra el Paraná en la provincia de Entre-Rios.

Para contener las provincias, solo podia enviar en auxilio de sus partidarios en ellas, al general La-Madrid en el estado en que se ha visto.

Para la provincia de Buenos Aires, solo contaba con su hermano Prudencio, Granada, González, Ramírez, al frente de pequeñas divisiones sin moral y sin disciplina.

Y para aterrorizar la capital, solo contaba con la Mashorca.



Otros peligros todavía mayores le amenazaban aun, hasta la época en que nos encontramos.

El general Rivera, embelesado con su victoria de Cagancha, no hacia sino pasearse con su ejército de un punto al otro en la república Uruguaya, sin ir á buscar sobre el territorio de su enemigo los resultados provechosos de aquella accion. Pequeñeces de carácter quizá, que la historia sabrá revelar mas tarde, estorbaban la unidad de accion entre los dos generales á quienes la victoria acababa de favorecer. Pero el pronunciamento del pueblo oriental era inequívoco. Desde el primer hombre de estado hasta el último ciudadano, comprendian la necesidad de obrar enérgicamente contra Rosas; y el noble deseo de contribuir á la libertad argentina, no entusiasmaba ménos á los orientales en esos momentos, que á los mismos hijos de la república. Era solo el general Rivera el responsable de su inaccion. Pero aquella opinion tan pronunciada hacia esperar que de un momento á otro se diese principio á la simultaneidad de las operaciones militares, y Rosas no podia ménos de creerlo así.

Últimamente, estaba el poder de la Francia delante del dictador.

Desde la ascension del general Rivera á la presidencia de la república, una alianza de hecho se habia establecido entre ese general y las autoridades francesas en el Plata, para resistir y hostilizar al enemigo comun.

Las concesiones mas importantes habian tenido lugar recíprocamente entres ambos; y, hasta ese momento, la buena fe y la lealtad eran los distintivos del gobierno de la república y de aquellas autoridades, en sus operaciones contra Rosas.

La suceptibilidad nacional de los emigrados argentinos habíase alarmado al principio de la cuestion francesa. Creian de su deber, los mas moderados, mantenerse neutrales en una cuestion internacional que se discutia con el gobierno de su país, fuese cual fuese el sistema interior de ese gobierno; y, los mas celosos de su nacionalidad, como el cantor de Ituzaingó, por ejemplo, hablaban sin reserva de la *audacia extranjera*.

Las repetidas y francas declaraciones del gobierno y los agentes de la Francia en el Plata, no tardaron, sin embargo, en traer el convencimiento á los emigrados, de que no se



trataba de ofender á la dignidad de la nacion argentina; ni de querer atentar á ninguno de sus derechos permanentes; que se trataba solamente, de obligar á un déspota á respetar principios universalmente reconocidos: y empezó á establecerse entónces, primero la amistad, y despues una verdadera alianza de hecho, entre las autoridades francesas y los emigrados, contra el enemigo comun.

La República Oriental, pues, la emigracion argentina y el poder frances en el Plata, obraban de acuerdo en sus operaciones contra Rosas.

Pero á la época en que presentamos los sucesos de esta obra, la política francesa en el Plata empezaba á sufrir ciertas variaciones alarmantes.

Al Señor Roger habia reemplazado el Señor Buchet de Martigni, y al almirante Le-Blanc, el contraalmirante Dupotet.

Bajo el mando de este último, el bloqueo habia sido levantado de todo el litoral de Buenos Aires, fuera del Rio de la Plata, y limitádose á lo que quedaba dentro de su embocadura en el Océano.

Esta medida debilitaba prodigiosamente los efectos del bloqueo. Y, durante el mando de aquel jefe, se sintieron los primeros síntomas de desconfianza en los enemigos de Rosas.

Desde la mediacion del comodoro americano Nicholson, en Abril de 1839, no se habia hablado de proposiciones de arreglo. Pero á bordo del buque de S. M. B. *la Acteon* tuvo lugar una entrevista, el 28 de Febrero de 1840, del Señor Mandeville, D. Felipe Arana y el contraalmirante frances. Y de este triunvirato nacieron alarmantes sospechas. Sin embargo, el Señor Buchet de Martigni era el encargado de entenderse diplomáticamente con Rosas, y él no tenia instrucciones que pudieran hacer declinar las proposiciones del *ultimatum* de Mr. Roger. Y así se le vió, un mes despues de la entrevista en *la Acteon*, desechar las proposiciones atrevidas del dictador de Buenos Aires, sobre una transaccion. Y era el Señor Martigni, quien, á la vez que sabia defender intransigiblemente en estas regiones los derechos y el crédito de su país, cuyo gobierno les prestaba tan débil atencion, cooperaba y fomentaba, con indecible actividad y entusiasmo, las empresas de los aliados de la Francia contra Rosas.



Y él, poniendo en accion los elementos de la Francia en el Plata; la República Oriental, amenezando con la invasion de sus armas; el general Lavalle sobre el Paraná, precedido de dos victorias; al norte de la república, Tucuman, Salta y Jujuy; al oeste, hasta la falda de la Cordillera, Catamarca y la Rioja, en pié proclamando y sosteniendo la revolucion; el norte de la provincia de Buenos Aires, pronta á conmoverse á la aparicion del primer apoyo que se le presentase; la ciudad, hostigada por la opresion, y desbordándose sobre el Plata para emigrar á la ribera opuesta, eran todos estos los rasgos de ese inmenso cuadro de peligros que se ofrecia á los ojos del dictador. Todo el horizonte de su gobierno se encapotaba. Y solo alguna que otra palabra consoladora recibia de la Inglaterra, por boca del Caballero Mandeville, en lo que hacia relacion con el bloqueo frances. Pero la Inglaterra, á pesar de los mejores deseos hácia Rosas que animaban á su representante en Buenos Aires, no podia desconocer el derecho de la Francia para mantener su bloqueo en el Plata, aun cuando el comercio inglés se resentia de esa larga interdiccion que sufria uno de los mas ricos mercados de la América Meridional.

De una situacion semejante solo la fortuna podia libertar á Rosas; pues de aquella no se podia deducir lógica y naturalmente sino su ruina próxima.

Él trabajaba sin embargo; acudia á todas partes con los elementos y los hombres de que podia disponer. Pero, se puede repetir, que solo esa reunion de circunstancias prósperas é inesperadas que se llama fortuna, era lo único con que podia contar Rosas en los momentos que describimos; pues tal era su situacion en la noche en que acaecieron los sucesos que se conocen ya. Y es durante ellos, es decir, á las doce de la noche del 4 de Mayo de 1840, que nos introducimos con el lector á una casa, en la calle del Restaurador.

En el zaguan de esa casa, completamente oscuro, habia, tendidos en el suelo, y envueltos en su poncho, dos gauchos y ocho indios de la Pampa, armados de tercerola y sable, como otros tantos perros de presa que estuviesen velando la mal cerrada puerta de la calle.

Un inmenso patio cuadrado y sin ningun farol que le diese luz, dejaba ver la que se proyectaba por la rendija de una puerta á la izquierda, que daba á un cuarto con una mesa



en el medio, que contenia solamente un candelero con una vela de sebo, y unas cuantas sillas ordinarias, donde estaban, mas bien tendidos que sentados, tres hombres de espeso bigote, con el poncho puesto y el sable á la cintura, y con esa cierta expresion en la fisonomía que da los primeros indicios á los agentes de la policía secreta de Paris ó Lóndres, cuando andan á caza de los que se escapan de galeras, ó de forajidos que han de entrar en ellas.

Del zaguan doblando á la derecha, se abria el muro que cuadraba el patio, por un angosto pasadizo con una puerta á la derecha, otra al fondo, y otra á la izquierda. Esta última daba entrada á un cuarto sin comunicacion, donde estaba sentado un hombre vestido de negro, y en una posicion meditabunda. La puerta del fondo del pasadizo daba entrada á una cocina estrecha y ennegrecida; y la puerta de la derecha, por fin, conducia á una especie de antecámara que se comunicaba con otra habitacion de mayores dimensiones, en la que se veia una mesa cuadrada, cubierta con una carpeta de bayeta grana, unas cuantas sillas arrimadas á la pared, una montura completa en un rincon: y algo mas que describiremos dentro de un momento. Esta habitacion recibia las luces por dos ventanas cubiertas por celosías, que daban á la calle; y por el tabique de la izquierda se comunicaba con un dormitorio, como este á su vez con varias otras habitaciones que cuadraban el patio á la derecha. En una de ellas, alumbrada, como todas las otras, por algunas velas de sebo, se veia una mujer dormida sobre una cama, pero completamente vestida, y cuyo traje abrochado hacia dificultosa su respiracion.

En el cuarto de la mesa cuadrada habia cuatro hombres en derredor de ella.

El primero era un hombre grueso, como de cuarenta y ocho años de edad, sus mejillas carnudas y rosadas, labios contraidos, frente alta pero angosta, ojos pequeños y encapotados por el párpado superior, y de un conjunto, sin embargo, mas bien agradable pero chocante á la vista. Este hombre estaba vestido con un calzon de paño negro, muy ancho, una chapona color pasa, una corbata negra con una sola vuelta al cuello, y un sombrero de paja cuyas anchas alas le cubririan el rostro, á no estar en aquel momento enroscada hacia arriba la parte que daba sobre su frente.



Los otros tres hombres eran jóvenes de veinte y cinco á treinta años, vestidos modestamente, y dos de ellos excesivamente pálidos y ojerosos.

El hombre de sombrero de paja leia un monton de cartas que tenia delante, y los jóvenes escribian.

En un ángulo de esta habitacion se veia otra figura humana, y al parecer con vida. Era ella la de un viejecito de setenta á setenta y dos años de edad, de fisonomía enjuta, escualida, sobre la que caian los cadejos de un desordenado cabello casi blanco todo él, y cuyo cuerpo flaco, y algo contrahecho, por la elevacion del hombro izquierdo sobre el derecho, estaba vestido con una casaca militar de paño grana, cuyas charreteras cobrizas, con sus canelones mas decrépitos que el portador de ellas, caian de los hombros, la una hácia el pecho y la otra hácia la espalda. Una faja de seda roja, rala y mugrienta como la casaca, le ataba á la cintura un espadin, que parecia heredado de los primeros cabildantes del vireinato; y un pantalon de color indefinible, y unas botas lustradas con barro, completaban la parte ostensible del vestido de aquel hombre, que solo mostraba señales de vida por las cabezadas que daba, en la terrible lucha que habia empredido con el sueño.

En el ángulo opuesto, hácia espaldas del hombre del sombrero de paja, habia en el suelo el cuerpo de un hombre, enroscado como un boa. Era ese hombre un mulato gordo y bajo al parecer, pero indudablemente vestido con el manteo de un sacerdote, y que dormia, tendido y pegando sus rodillas contra el pecho, un sueño profundísimo y tranquilo.

El silencio era sepulcral. Pero de repente uno de los escribientes levanta la cabeza y pone la pluma en el tintero.

— ¿Acabó usted? dice el hombre del sombrero de paja dirigiéndose al jóven.

— Sí, Excelentisimo Señor.

— Á ver, lea usted.

— En la provincia de Tucuman : Marco M. de Avellaneda, José Toribio del Corro, Piedrabuena (Bernabé), José Colombres. Por la provincia de Salta : Toribio Tedin, Juan Francisco Valdez, Bernabé López, Sola.

— ¿No hay mas?

— No, Excelentísimo Señor. Esos son los nombres de los salvajes unitarios que firman los documentos de 7 y 10 de



Abril, de la provincia de Tucuman; y 13 del mismo, de la provincia de Salta.

— ¡En que se me desconoce por gobernador de Buenos Aires, y se me despoja del ejercicio de las relaciones exteriores! dijo con una sonrisa indefinible ese hombre á quien daban el título de Excelentísimo, y que no era otro que el general D. Juan Manuel Rosas, dictador argentino.

— Lea usted los extractos de las comunicaciones recibidas hoy, continuó.

— De la Rioja, con fecha 15 de Abril, se comunica, que los traidores Brizuela, titulado Gobernador, y Francisco Ersilbengoa, titulado Secretario, en logia con Juan Antonio Carmona, y Lorenzo Antonio Blanco, titulados Presidente y Secretario de la Sala, se preparan á sancionar una titulada ley, en la cual se desconocerá en el carácter de Gobernador de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones exteriores, al Ilustre Restaurador de las Leyes, Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas; y todo esto por sugestiones del cabecilla unitario Marco Avellaneda, titulado Jefe de la Liga del Norte.

— ¡Brizuela! Ersilbengoa! Carmona! Blanco! repitió Rosas con los ojos clavados en la carpeta colorada, como si quisiera grabar con fierro en su memoria los nombres que acababa de oir y repetia... Continúe usted, dijo despues de un momento de silencio.

— De Catamarca, con fecha 16 de Abril, comunican que el salvaje unitario Antonio Dulce, titulado Presidente de la Sala, y José Cubas, titulado Gobernador, se proponen publicar una titulada ley en la que se llamará tirano al Ilustre Restaurador de las Leyes, Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas.

— ¡Yo les daré *dulces!* exclamó Rosas, contrayendo sus labios, y dilatándose las ventanas de su nariz. Á ver, continuó dirigiéndose á otro de los escribientes que acababa de poner la pluma sobre el tintero; á ver, déme usted la acta de Jujuy, de 13 de Abril. Muy bien; lea usted ahora la copia de los nombres que la firman.

Y el escribiente leyó los siguientes nombres, miéntras Rosas hacia el cotejo con los que estaban en la acta que te-



nia en su mano: Roque Alvarado, Rufino Valle, Francisco N. Carrillo, Pedro José de Sarverri, Pedro Saens, Benito S. de Bustamante, José Ignacio de Guerrico, Ignacio Segarola, Isidro Graña, José Tello, Pedro Ferreira, Juan Arroyo, José Rodríguez, Pedro Gerez, Pascual Blas, Juan Bautista Pérez, Manuel Sagardia, Mariano Fernández, Manuel J. de Moral, José L. Villar, Hilarion Echenique, Blas Agudo, Pedro Antonio Gogénola, Pedro Alberto Puch, Restituto Zenarruz, Juan Manuel Gogénola, Tomas Gámes, Estanislao Echavarría, Gavino Pérez, Policarpo del Morol, Jacinto Guerrore, Rafael Alvarado, Dr. Andres Zenarruza, Gabriel Marquieguy, José Cuevas Aguirre, Antonio Valle, Sandalio Ferreira, Prudencio Estrada, Natalio Herrera, José Pio Ramo, Pedro Antonio de Aguirre, (Secretario) Carlos Aguirre.

— Está bien, dijo Rosas volviendo el acta al escribiente. ¿Bajo qué rótulo va usted á poner esto?

— « Comunicaciones de las provincias dominadas por los unitarios; » como Vuecelencia lo ha dispuesto.

— Yo no he dispuesto eso; vuelva usted á repetirlo.

Comunicaciones de las provincias dominadas por los traidores unitarios, dijo el jóven empalideciendo hasta los ojos.

— Yo no he dicho eso; vuelva usted á repetirlo.

— Pero, Señor.

— ¡Qué Señor! á ver, diga usted fuerte para que no se le olvide mas:

— « Comunicaciones de las provincias dominadas por los salvajes unitarios. »

— « Comunicaciones de la provincias dominadas por los salvajes unitarios », repitió el jóven con un acento nervioso y metálico que hizo abrir los ojos al viejecito de la casaca colorada, que en aquel momento se habia dormido profundamente.

— Así quiero que se llamen en adelante; así lo he mandado ya, *salvajes*, oye usted?

— Sí, Excelentísimo Señor, salvajes.

— ¿Concluyó usted? preguntó Rosas dirigiéndose al tercer escribiente.

— Ya está, Excelentísimo Señor.

— Lea usted.

Y el escribiente leyó:

« *Viva la Confederacion Argentina!*
» *¡Mueran los salvajes unitarios!*

» Buenos Aires, 4 del mes de América de 1840, año 31 de la Libertad, 25 de la Independencia, y 11 de la Confederacion Argentina.

» El General Edecan de Su Excelencia al Comandante en Jefe del núm. 2, Coronel D. Antonio Ramírez.

» El infrascrito ha recibido órden del Excelentísimo Gobernador de la Provincia, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas, para avisar á Usía que Su Excelencia ha dispuesto, que al comunicar Usía el número de tropas de que se compone la division, diga siempre el doble, debiendo informar que la mitad es de línea, y que toda se halla animada de un santo entusiasmo federal.

» Lo que deberá Usía tener muy presente en adelante.

» Dios guarde á Usía muchos años. »

— Eso es, dijo Rosas tomando el oficio que le presentaba el escribiente. Eh! gritó en seguida dirigiendo sus ojos y su voz al lugar donde cabeceaba el viejo de la casaca grana, que, como tocado por una barra eléctrica, se puso de pié y se encaminó á la mesa, con el espadin hácia el espinazo, y una charretera sobre el pecho y la otra sobre la espalda. Ya se habia dormido, viejo flojo ¿no es verdad?

— Su Excelencia perdone....

— Déjese de perdon, y firme acá.

Y tomando el viejo la pluma que le presentaba Rosas, escribió al pié del oficio, y con una letra trémula :

» MANUEL CORVALAN. »

— Bien pudo aprender á escribir mejor cuando estuvo en Mendoza, dijo Rosas, riéndose de la letra de Corvalan, quien no le contestó una sola palabra, quedándose de pié como una estatua al lado de la mesa. Dígame, señor General Corvalan, continuó Rosas todavía sonriéndose, ¿qué le contestó Simon Pereira?

— Que los paños de tropa no se podian conseguir hoy al mismo precio que los anteriores, sino á un treinta por ciento mas.

— ¡Mire! dijo Rosas dándose vuelta en la silla y ponién-



dose cara á cara con Corvalan. Mañana á las doce vaya usted á verlo, y, delante de todos los que están con él, hágale así de mi parte, repitiéndole en cada vez, que yo se lo mando. ¿Ha oido?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿Á ver, cómo lo va á hacer?

— El Señor Gobernador le manda á usted esto.

El Señor Gobernador le manda á usted esto.

El Señor Gobernador le manda á usted esto.

Y al fin de la oracion, Corvalan daba un golpe con la mano abierta sobre la mitad del brazo opuesto, con la mas profunda y respetuosa gravedad. Rosas soltó una carcajada; los escribientes sonrieron, pero el edecan de Su Excelencia permaneció con una fisonomía inconmovible.

— ¿Dígame, General, á qué hora vino el médico que está ahí?

— Á las doce del dia, Excelentísimo Señor.

— ¿Ha pedido algo?

— Un vaso de agua una vez, y fuego dos veces.

— ¿Ha dicho algo?

— Nada, Señor.

— Bueno; llévele este oficio que me pasó ayer, y dígale que lo rehaga y ponga la raya marginal que le falta, y que otra vez no se olvide de las disposiciones del gobernio.

— ¿Y lo dejo retirarse?

— Sí, ya ha estado doce horas sin comer, y con miedo, para que aprenda á respetar otra vez lo que yo mando.

Y Corvalan salió á cumplir las órdenes recibidas con aquel hombre vestido de negro que encontramos en el cuarto á la izquierda del pasadizo.

— ¿Las comunicaciones de Montevideo están extractadas? preguntó Rosas á uno de los escribientes.

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿Los avisos recibidos por la policía?

— Están apuntados.

— ¿Á qué hora debia ser el embarque esta noche?

— Á las diez.

— ¡Son las doce y cuarto! dijo Rosas mirando su reloj y levantándose, habrán tenido miedo. Pueden ustedes retirarse. Pero ¿qué diablos es esto? exclamó reparando en el hombre que dormia enroscado en un rincon del cuarto



envuelto en un mateo. ¡Ah! Padre Viguá! Recuérdese Su Reverencia, dijo, dando una fuertísima patada sobre los lomos del hombre á quien llamaba Su Reverencia, que, dando un chillido espantoso, se puso de pié enredado en el manteo. Y los escribientes salieron uno en pos de otro, festejando con un semblante risueño la gracia de Su Excelencia el Gobernador.

Rosas quedó cara á cara con un mulato de baja estatura, gordo, ancho de espaldas, de cabeza enorme, frente plana y estrecha, carrillos carnudos, nariz corta, y en cuyo conjunto de facciones informes estaba pintada la degeneracion de la inteligencia humana, y el sello de la imbecilidad.

Este hombre, tal como se acaba de describir, estaba vestido de clérigo, y era uno de los dos estúpidos con que Rosas se divertia.

Dolorido, y estupefacto el pobre mulato, miraba á su amo y se rascaba la espalda, y Rosas se reia al contemplarlo, cuando entró de vuelta el general Corvalan.

— Qué le parece á usted, Su Paternidad estaba durmiendo miéntras yo trabajaba.

— Muy mal hecho, contestó el edecan con su siempre inmovible fisonomía

— Y porque lo he despertado se ha puesto serio.

— Me pegó, dijo el mulato con voz ronca y quejumbrosa, y abriendo dos labios color de hígado, dentro los cuales se veian unos dientes chiquitos y puntiagudos.

— Eso no es nada, padre Viguá, ahora con lo que coma mos se ha de mejorar Su Paternidad, ¿ Se fué el médico, Corvalan?

— Sí, Señor.

— ¿ No dijo nada?

— Nada.

— ¿ Como está la casa?

— Hay ocho hombres en el zaguan, tres ayudantes en la oficina, y cincuenta hombres en el corralon.

— Está bueno; retírese á la oficina.

— ¿ Si viene el jefe de policía?

— Que le diga á usted lo que quiere.

— Si viene.....

— Si viene el diablo, que le diga á usted lo que quiere, le interrumpió Rosas bruscamente.

— Está muy bien, Excelentísimo Señor.

— Oiga usted.

— ¿Señor?

— Si viene Cuitiño, avíseme.

— Está muy bien.

— Retírese.... ¿Quiere comer?

— Doy las gracias á Su Excelencia; ya he cenado.

— Mejor para usted.

Y Corvalan fuése con sus charreteras y su espadin á reunir con los hombres que estaban tendidos sobre las sillas, en aquel cuarto de la izquierda del patio, que ya el lector conoce, y al que el edecan de Su Excelencia acababa de dar el nombre de oficina; tal vez porque al principio de su administracion, Rosas habia instalado en ese cuarto la comisaría de campaña, aun cuando al presente solo servia para fumar y dormitar los ayudantes de ese hombre, que como invertia los principios políticos y civiles de una sociedad, invertia el tiempo, haciendo de la noche dia para su trabajo, su comida y sus placeres.

—¡Manuela! gritó Rosas luego que salió Corvalan, entrando al cuarto contiguo donde ardia una vela de sebo cuya pavesa carbonizada dejaba esparcir apénas una débil y amarillenta claridad.

— ¡Tatita! contestó una voz que venia de una pieza interior. Un segundo despues apareció aquella mujer que encontramos durmiendo sobre una cama, sin desvestirse.

Era esa mujer una jóven de veinte y dos á veinte y tres años, alta, algo delgada, de un talle y de unas formas graciosas, y con una fisonomía que podria llamarse bella, si la palabra interesante no fuese mas análoga para clasificarla.

El color de su tez era ese pálido oscuro que distingue comunmente á las personas de temperamento nervioso, y en cuyos seres la vida vive mas en el espíritu que en el cuerpo. Su frente poco espaciosa, era sin embargo fina, descarnada y redonda; y su cabello castaño oscuro, tirado tras de la oreja, dejaba descubrir los perfiles de una cabeza inteligente y bella. Sus ojos, algo mas oscuros que su cabello, eran pequeños pero animados é inquietos. Su nariz recta y perfilada, su boca grande pero fresca y bien rasgada, y por último una expresion picante en la animada fisonomía de esta jóven, hacia de ella una de esas mujeres á cuyo lado

los hombres tienen ménos prudencia que amor, y mas placer que entusiasmo. Se ha observado generalmente, que las mujeres delgadas, pálidas, de formas ligeramente pronunciadas, y de temperamento nervioso, poseen cierto secreto de voluptuosidad instintiva que impresiona fácilmente la sangre y la imaginacion de los hombres; en contrario de esa impresion puramente espiritual, que reciben de las mujeres en quienes su tez blanca y rosada, sus ojos tranquilos, y su fisonomía cándida revelan cierta lasitud de espíritu, por la cual los profanos las llaman indiferentes, y los poetas ángeles.

Su vestido de merino color guinda, perfectamente ceñido al cuerpo, le delineaba un talle redondo y fino, y le dejaba descubiertos unos hombros, que sin ser los hombros poetizados de María Stuart, bien pudieran pasar por hombros tan suaves y redondos, que la sien del mas altivo unitario no dejaria de aceptarlos para reclinarse en ellos un momento, en horas de aquel tiempo en que la vida era fatigada por tantas y tan diversas impresiones.

Y fué así que se le presentó á Rosas esa mujer; esa mujer que era su hija; y á quien saludó diciéndola :

— Ya estabas durmiendo ¿no? Todavía te he de casar con Viguá para que duerman hasta que se mueran. ¿Estuvo María Josefa ?

— Sí, tatita, estuvo hasta las diez y média.

— ¿Y quién mas?

— Doña Pascuala y Pascualita.

— ¿Con quién se fueron ?

— Mancilla las acompañó.

— ¿Nadie mas ha venido?

— Picolet.

— ¡Ah! el carcaman te hace la corte.

— Á usted, tatita.

— ¿Y el gringo no ha venido ?

— No, Señor. Esta noche tiene una pequeña reunion en su casa para oir tocar el piano no sé á quién.

— ¿Y quiénes han ido?

— Creo que son ingleses todos.

— ¡Bonitos han de estar á estas horas !

— ¿Quiere usted comer, tatita?

— Sí, pide la comida.

Y Manuela volvió á las piezas interiores, miéntras Rosas se sentó á la orilla de una cama, que era la suya, y con las manos se sacó las botas, poniendo en el suelo sus piés sin médias, tales como habian estado entre aquellas; se agachó, sacó un par de zapatos debajo la cama, volvió á sentarse, y, despues de acariciar con sus manos sus piés desnudos, se calzó los zapatos. Metió luego la mano por entre la pretina de los calzones, y levantando una finísima cota de malla que le cubria el cuerpo hasta el vientre, llevó la mano hasta el costado izquierdo, y se entretuvo en rascarse esa parte del pecho, por cuatro ó cinco minutos á lo ménos; sintiendo con ello un verdadero placer, esa organizacion en quien predominan admirablemente todos los instintos animales.

No tardó en aparecer la jóven hija de Rosas, á prevenir á su padre que la comida estaba en la mesa.

En efecto, estaba servida en la pieza inmediata, y se componia de un grande asado de vaca, un pato asado, una fuente de natas, y un plato de dulce. En cuanto á vinos, habia dos botellas de Burdeos delante de uno de los cubiertos. Y una mulata vieja, que no era otra que la antigua y única cocinera de Rosas, estaba de pié para servir á la mesa.

Rosas llamó con un fuerte grito á Viguá, que habia quedado durmiéndose contra la pared del gabinete de Su Excelencia, y fué á sentarse con su hija á la mesa de su comida nocturna.

— ¿Quieres asado? dijo á Manuela cortando una enorme tajada que colocó en su plato.

No, tatita.

— Entónces come pato.

Y miéntras la jóven cortó un alon del ave y lo descarnaba mas bien por entretenimiento que otra cosa, su padre comia tajada sobre tajada de carne, roseando los bocados con repetidos tragos.

Siéntese Su Paternidad, dijo á Viguá, que con los ojos devoraba las viandas, y que no esperó segunda vez la invitacion que se le hacia.

— Sírvelo, Manuela.

Y esta puso en un plato una costilla de asado, que pasó al mulato, quien al tomarla miró á Manuela con una expresion de enojo salvaje, que no pasó inapercibida de Rosas



— ¿Qué tiene, padre Viguá? ¿por qué mira á mi hija con esa cara tan fea?

— Me da un hueso, contestó el mulato, metiéndose á la boca un enorme pedazo de pan.

— ¡Cómo es eso! ¿tú no cuidas al que te ha de echar la bendicion cuando te cases con el Ilustrísimo Señor Gómez de Castro, fidalgo portugues, que le dió ayer dos reales á Su Paternidad? Has hecho muy mal, Manuela; levántate y bésale la mano para desenojarlo.

— Bueno, mañana le besaré la mano á Su Paternidad, dijo Manuela sonriendo.

— No, ahora mismo.

— ¡Qué ocurrencia, tatita! replicó la jóven entre séria y risueña, como dudando de la verdadera intencion de su padre.

— Manuela, dále un beso en la mano á Su Paternidad.

— Yo, no.

— Tú, sí.

— ¡Tatita!

— Padre Viguá, levántese Su Reverencia y déle un beso en la boca.

El mulato se levantó, arracando con los dientes un pedazo de carne de la costilla que tenia en sus manos, y Manuela clavó en él sus ojos chispeantes de altanería, de despecho, de rabia; ojos que habrian fascinado aquella máquina de estupidez y abyeccion, sin la presencia alentadora de Rosas. El mulato se acercó á la jóven, y ella, pasando de la primera inspiracion del orgullo al abatimiento de la impotencia, escondió su rostro entre sus manos para defenderle con ellas de la profanacion á que le condenaba su padre. Pero esta débil y pequeña defensa de su rostro, no alcanzaba hasta su cabeza, y el mulato, que tenia mas gana de comer que de besar, se contentó con poner sus labios grasientos sobre el fino y lustroso cabello de la jóven.

— ¡Qué bruta es Su Reverencia! exclamó Rosas riéndose á carcajada suelta. Así no se besa á las mujeres. ¿Y tú? bah! la mojigata! Si fuera un buen mozo no le tendrias asco. Y se echó un vaso de vino á la garganta, miéntras su hija, colorada hasta las orejas, enjugaba con los parpados una lágrima que el despecho le hacia brotar por sus claros y vivísimos ojos.



Rosas comia entretanto con un apetito tal, que revelaba bien las fibras vigorosas de su estómago, y la buena salud de aquella organizacion privilegiada, en quien las tareas del espíritu suplian la actividad que le faltaba al presente.

Luego del asado comióse el pato, la fuente de natas, y el dulce.

Y siempre cambiando palabras con Viguá, á quien de vez en cuando tiraba una tajada, acabó por dirigirse á su hija que guardaba silencio con los labios, miéntras bien claro se descubria en las alteraciones fugitivas de su semblante, la sostenida conversacion que entretenia consigo misma.

— ¿Te ha disgustado el beso, no?

— ¿Y como podrá ser de otro modo? Parece que usted se complace en humillarme con la canalla mas inmunda. ¿Qué importa que sea un loco? Loco es tambien Eusebio, y por él he sido el objeto de la risa pública, empeñado que estuvo, como lo sabe usted, en abrazarme en la calle; sin que nadie se atreviese á tocarlo, porque era el loco favorito del Gobernador, dijo Manuela con un acento tan nervioso, y con una tal animacion de semblante y de voz, que ponia en evidencia el esfuerzo que habia hecho en sufrir sin quejarse la humillacion por que acababa de pasar.

— Sí, pero has visto ya que le he hecho dar veinte y cinco azotes, y que le tendré en Santos Lugares hasta la semana que viene.

— ¿Y qué importa? ¿Es por ese castigo que se olvidarán del ridículo en que me puso ese imbécil? ¿Porque usted le mande dar veinte y cinco azotes, dejarán, y con razon, de hacerme el objeto de las conversaciones y la burla? Yo bien comprendo que usted se divierte con sus locos; que son, puede decirse, las únicas distracciones que usted tiene; pero la libertad que usted les consiente conmigo en su presencia, les da la idea de que están autorizados para desmandarse donde quiera que me hallan. Yo consentiria en que me dijesen cuanto quisieran, pero ¿qué diversion halla usted en que me toquen y me irriten?

— Son tus perros que te acarician.

— ¡Mis perros! exclamó Manuela, en quien la animacion se aumentaba á medida que se desprendian las palabras de sus labios rojos como el carmin : los perros me obedecerian; un perro le seria á usted mas útil que ese estúpido, porque

siquiera un perro cuidaria de la persona de usted, y la defenderia si llegase ese caso horrible que todos se empeñan en profetizarme con palabras ambiguas, pero cuyo sentido yo comprendo sin dificultad.

Manuela cesó de hablar, y una nube sombría cubrió la frente de Rosas, con las últimas palabras de su hija.

— ¿Y quiénes te lo dicen? preguntó con calma despues de algunos instantes de silencio.

— Todos, Señor, contestó Manuela volviendo su espíritu á su natural estado, todos cuantos vienen á esta casa parece que complotan para infundirme temores sobre los peligros que rodean á usted.

— ¿De qué clase?

— ¡Oh! nadie me habla, nadie se atreve á hablar de peligros de guerra, ni de política, pero todos pintan á los unitarios como capaces de atentar en cada momento á la vida de usted..... todos me recomiendan que le vele, que no le deje solo, que haga cerrar las puertas : acabando siempre por ofrecerme sus servicios, que, sin embargo, nadie tiene quizá la sinceridad de ofrecérmelos con lealtad, pues sus comedimientos son mas una jactancia que un buen deseo.

— ¿Y por qué lo crees?

— ¿Por qué lo creo? ¿piensa usted que Garrigós, que Tórres, que Arana, que García, que todos esos hombres que el deseo de ponerse bien con usted trae á esta casa, son capaces de exponer su vida por ninguna persona de este mundo? Si temen que suceda una desgracia, no es por usted, sino por ellos mismos.

— Puede ser que no te equivoques, dijo Rosas, con calma, y haciendo girar sobre la mesa el plato que tenia por delante, pero si los unitarios no me matan en este año, no me han de matar en los que vienen. Entre tanto, tú has cambiado la conversacion. Te has enojado porque Su Paternidad te quiso dar un beso, y yo quiero que hagas las paces con él. Fray Viguá, continuó dirigiéndose al mulato que tenia pegado el plato de dulce contra la cara, entreteniéndose en limpiarlo con la lengua : Fray Viguá, déle un abrazo y dos besos á mi hija para desenojarla.

— ¡No, tatita! exclamó Manuela levantándose, y con un acento de temor y de irresolucion, difícil de definir porque era la expresion de la multitud de sentimientos que en



aquel momento se agitaban en su alma de mujer, de jóven, de señorita, á la presencia de aquel objeto repugnante á cuya monstruosa boca queria su padre unir los labios delicados de su hija, solo por el sistema de no ver torcido un deseo suyo por la voluntad de nadie.

— Bésela, Padre.

— Déme un beso, dijo el mulato dirigiéndose á Manuela.

— No, dice Manuela corriendo.

— Déme un beso, repite el mulato.

— Agárrela, Padre, le grita Rosas.

— ¡ No, no! exclamaba Manuela con un acento lleno de indignacion.

Pero en medio de las carreras de la hija, de las carcajadas del padre, y de la persecucion que hacia el mulato á su presa, que siempre se le escapaba de entre las manos, pálida, despechada, impotente para defenderse de otro modo que con la huída, el rumor trepitoso que hacian sobre las piedras de la calle las herraduras de un crecido número de caballos, suspendió de improviso la accion y la atencion de todos.

CAPÍTULO V.

El comandante Cuitiño.

Los caballos pararon á la puerta de la casa de Rosas, y despues de un momento de silencio, Rosas hizo una seña con la cabeza á su hija, que comprendió al momento que su padre la mandaba á saber qué gente habia llegado. Y salió, en efecto, por el cuarto de escribir, alisando con sus manos el cabello de sus sienes, cual si quisiese con esa accion despejar su cabeza de cuanto acababa de pasar, para entregarse como era su costumbre, á cuidar y velar por los intereses y la persona de su padre.

— ¿Quién es, Corvalan? le dijo al encontrarse con el edecan en el pasadizo oscuro que daba al patio.

— El comandante Cuitiño, Señorita.

Y volvió Manuela con Corvalan adonde estaba su padre.

— El comandante Cuitiño, dijo Corvalan luego que pisó la puerta del comedor.

— ¿Con quién viene?

— Con una escolta.

— No le pregunto eso. ¿Cree usted que soy sordo para no haber oido los caballos?

— Viene solo, Excelentísimo Señor.

— Hágalo entrar.

Rosas permaneció sentado en una cabecera de la mesa; Manuela se sentó á su derecha en uno de los costados de ella, dando la espalda á la puerta por donde habia salido Corvalan; Viguá frente á Rosas, en la cabecera opuesta; y la criada, poniendo otra botella de vino sobre la mesa á una señal que le hizo Rosas, se retiró para las habitaciones interiores.

La rodaja de las espuelas de Cuitiño se sintió bien pronto sobre el suelo desnudo del gabinete y de la alcoba de Rosas; y este célebre personaje de la federacion apareció luego en la puerta del comedor, trayendo en la mano su sombrero de paisano con una cinta roja de dos pulgadas de ancho, luto oficial que hacia vestir el gobernador por su finada esposa; y cubierto con un poncho de paño azul, que no permitia descubrir su vestido sino de la rodilla al pié. Su cabello desgreñado caia sobre su tostado semblante, haciendo mas horrible aquella cara redonda y carnuda, donde se veian dibujadas todas las líneas con que la mano de Dios distingue las propensiones criminales sobre las facciones humanas.

— Éntre, amigo, le dijo Rosas examinándolo con una mirada fugitiva como un relámpago.

— Muy buenas noches. Con permiso de Vuecelencia.

— Éntre. Manuela, ponle una silla al comandante. Retírese, Corvalan.

Y Manuela puso una silla en el ángulo de la mesa, quedando así Cuitiño entre Rosas y su hija.

— ¿Quiere tomar alguna cosa?

— Muchas gracias, Su Excelencia.

— Manuela, sírvele un poco de vino.

Á tiempo que Manuela extendia su brazo para tomar la

botella, Cuitiño sacó su mano derecha, doblando la halda del poncho sobre el hombro, y tomando un vaso, sin soltarlo, se lo presentó á Manuela para que le echase el vino, pero al poner sus ojos en el vaso, un movimiento nervioso le hizo temblar el brazo, y temblando hasta hacer golpear la botella contra el vaso, echó una parte de vino en este, y otra en la mesa : la mano y el brazo de Cuitiño estaban enrojecidos de sangre. Rosas lo echó de ver inmediatamente, y un relámpago de alegría animó súbito aquella fisonomía encapotada siempre bajo la noche eterna y misteriosa de la conciencia. Manuela estaba pálida como un cadáver; y maquinalmente retira su sillon del lado de Cuitiño cuando acabó de derramar el vino.

— ¡Á la salud de Vuecelencia y de Doña Manuelita! dijo Cuitiño haciendo una profunda reverencia y tomándose el vino, miéntras Viguá se desesperaba haciendo señas á Manuela para que se fijase en la mano de Cuitiño.

— ¿Qué anda haciendo? preguntó Rosas con una calma estudiada, y con los ojos fijos en el mantel.

— Como Vuecelencia me dijo que volviese á verlo despues de cumplir mi comision.

— ¿Qué comision?

— ¡Pues! como Vuecelencia me encargó.....

— ¡Ah! si, que se diese una vuelta por el Bajo. Es verdad, Merlo le contó á Victorica no sé qué cosas de unos que se iban al ejército del salvaje unitario Lavalle, y ahora recuerdo que le dije á usted que vigilase un poco, porque este Victorica es buen federal, pero no puede negar que es gallego, y á lo mejor se echa á dormir.

— ¡Pues!

— ¿Y usted anduvo por el Bajo?

— Fuí por ese lado de la Boca, despues de haber convenido con Merlo lo que teníamos que hacer.

— ¿Y los halló?

— ¡Sí, fueron con Merlo, y, á la seña que me hizo, los cargué!

— ¿Y los trae presos?

— ¡Y que los traia! ¿no se acuerda Vuecelencia lo que me dijo?

— ¡Ah! es verdad! Como estos salvajes me tienen la cabeza como un horno.

— ¡ Pues!

— Yo estoy ya cansado ; no sé ya qué hacer con ellos. Hasta ahora no he hecho mas que arrestarlos, y tratarlos como un padre trata á sus hijos calaveras. Pero no escarmientan, y yo dije á usted que era preciso que los buenos federales los tomasen por su cuenta, porque, al fin, es á ustedes á los que han de perseguir si triunfa Lavalle.

— ¡ Qué ha de triunfar!

— Á mí no me harán sino un favor en sacarme del mando. Yo estoy en él porque ustedes me obligan.

— Su Excelencia es el padre de la federacion.

— Y, como le decia, á ustedes es á quienes toca ayudarme. Hagan lo que quieran con esos salvajes que no los asusta la cárcel. ¡ Ellos han de fusilar á ustedes si triunfan !

— ¡ Qué han de triunfar, Señor!

— Y ya le he dicho que esto mismo les diga, como cosa suya, á los demas amigos.

— En cuanto nos reunamos, Su Excelencia.

— ¿ Y eran muchos?

— Eran cinco.

— ¿ Y los ha dejado con ganas de volver á embarcarse?

— Ya los llevaron en una carreta á la policía, pues Merlo me dijo que así se lo habia encargado el jefe.

— Á eso se exponen. Yo bien lo siento; pero ustedes tienen razon : ustedes no hacen sino defenderse, porque si ellos triunfan los han de fusilar á ustedes.

— Estos no, Su Excelencia, dijo Cuitiño, vagando una satisfaccion feroz sabre su repulsiva fisonomía.

— ¿ Los ha lastimado?

— En el pescuezo.

— ¿ Y vió si tenian papeles? preguntó Rosas en cuyo semblante no pudo conservarse por mas tiempo la careta de la hipocresía, brillando en él la alegría de la venganza satisfecha, al haber arrancado con maña la horrible verdad que no le convenia preguntar de frente.

— Ninguno de los cuatro tenia cartas, respondió Cuitiño.

— ¿ De los cuatro? ¿ Pues no me dijo que eran cinco?

— Sí, Señor, pero como uno se escapó...

— ¡ Se escapó! exclamó Rosas hinchando el pecho, erguiendo la cabeza, y haciendo irradiar en sus ojos todo el

rayo magnético de su poderosa voluntad, que dejó fascinados, como el influjo de una potestad divina, ó infernal, los ojos y el espíritu del bandido.

— Se escapó, Excelentísimo, contestó inclinando su cabeza, porque sus ojos no pudieron soportar mas de un segundo la mirada de Rosas.

— ¿Y quién se escapó?

— Yo no sé quién era, Su Excelencia.

— ¿Y quién lo sabe?

— Merlo lo ha de saber, Señor.

— ¿Y dónde está Merlo?

— Yo no lo he visto despues que hizo la seña.

— ¿Pero cómo se escapó el unitario?

— Yo no sé... Yo le diré á Su Excelencia... Cuando cargamos, uno corrió hácia la barranca... algunos soldados lo siguieron... echaron pié á tierra para atarlo; pero dicen que él tenia espada y mató á tres... despues, dicen que lo vinieron á proteger... y fué por ahí cerca de la casa del cónsul inglés.

— ¿Del cónsul?

— Allá por la residencia.

— Sí; bien ¿y despues?

— Despues vino un soldado á dar aviso, y yo mandé en su persecucion por todas partes... pero yo no lo vi cuando se escapó.

— ¿Y por qué no vió? dijo Rosas con un acento de trueno, y dominando con el rayo de sus ojos la fisonomía de Cuitiño, en que estaba dibujada la abyeccion de la bestia feroz en presencia de su domador.

— Yo estaba degollando á los otros, contestó sin levantar los ojos.

Y Viguá, que durante este diálogo habia ido poco á poco retirando su silla de la mesa, no bien escuchó esas últimas palabras, cuando dió tal salto para atras, con silla y todo, que hizo dar silla y cabeza contra la pared. En tanto que Manuela, pálida y trémula, no hacia el menor movimiento, ni alzaba su vista por no encontrarse con la mano de Cuitiño, ó con la mirada aterradora de su padre.

El golpe que dió la silla de Viguá hizo volver hácia aquel lado la cabeza de Rosas, y esta fugitiva distraccion bastó, sin embargo, para que él imprimiese un nuevo giro á sus



ideas, y una nueva naturaleza á su espíritu, que cambiaba, segun las circunstancias, de ser, de animacion, y de expresion en el espacio de un segundo.

— Yo le preguntaba todo esto, dijo, volviendo á su anterior calma, porque ese unitario es el que ha de tener las comunicaciones para Lavalle, y no porque me pese que no haya muerto.

— ¡Ah! si yo lo hubiera agarrado!

— ¡Si yo lo hubiera agarrado! Es preciso ser vivo para agarrar á los unitarios. ¿Á qué no encuentra al que se escapó?

— Yo lo he de buscar aunque esté en los infiernos, con perdon de Vuecelencia y de Doña Manuelita.

— ¡Qué lo ha de hallar!

— Puede que lo encuentre.

— Sí, yo quiero que me encuentren ese hombre, porque las comunicaciones han de ser de importancia.

— No tenga cuidado Su Excelencia; yo lo he de hallar, y hemos de ver si se me escapa á mí.

— Manuela, llama á Corvalan.

— Merlo ha de saber cómo se llama; si Su Excelencia quiere...

— Váyase á ver á Merlo. ¿Necesita algo?

— Por ahora, nada, Señor. Yo le sirvo á Vuecelencia con mi vida, y me he de hacer matar donde quiera. Demasiado nos da á todos Su Excelencia con defendernos de los unitarios.

— Tome, Cuitiño, lleve esto para la familia. Y Rosas sacó del bolsillo de su chapona un rollo de billetes de banco, que Cuitiño tomó ya de pié.

— Los tomo porque Vuecelencia me los da.

— Sirva á la federacion, amigo.

— Yo sirvo á Vuecelencia, porque Vuecelencia es la federacion, y tambien su hija Doña Manuelita.

— Vaya, busque á Merlo ¿no quiere mas vino?

— Ya he tomado suficiente.

— Entónces, vaya con Dios; y extendió el brazo para dar la mano á Cuitiño.

— Está sucia, dijo el bandido hesitando en dar su mano ensangrentada á Rosas.

— Traiga, amigo; es sangre de unitaríos. Y, como si se

deleitase en el contacto de ella, Rosas tuvo estrechada entre la suya, por espacio de algunos segnndos, la mano de su federal Cuitiño.

— Me he de hacer matar por Su Excelencia.

— Vaya con Dios, Cuitiño.

Y miéntras salia del cuarto, con una mirada llena de vivacidad é inteligencia, midió Rosas aquella guillotina humana que se movia al influjo de su voluntad terrible, y cuyo puñal, levantado siempre sobre el cuello del virtuoso y el sabio, del anciano y el niño, del guerrero y la vírgen, caia, sin embargo, á sus plantas, al golpe fascinador y eléctrico de su mirada. Porque esa multitud oscura y prostituida que él habia levantado del lodo de la sociedad para sofocar con su aliento pestífero la libertad y la justicia, la virtud y el talento, habia adquirido desde temprano el hábito de la obediencia irreflexiva y ciega, que presta la materia bruta en la humanidad al poder físico y á la inteligencia dominatriz, cuando se emplean en lisonjearla por una parte, y en avasallarla por otra.

Ciencia infernal cuyos primeros rudimentos los enseña la naturaleza, y que las propensiones, el cálculo y el estudio de los hombres complementan mas tarde. Ciencia única y exclusiva de Rosas, cuyo poder fué basado siempre en la explotacion de las malas pasiones de los hombres, haciendo con los unos perseguir y anonadar á los otros, sin hacer otra cosa que azuzar los instintcs y lisonjear las ambiciones de ese pueblo ignorante por educacion, vengativo por raza, y entusiasta por clima.

Y si hubiera sido posible que en medio de la epopoya dramática de nuestra revolucion, las utopias no hubiesen herido la imaginacion de nuestros mayores, el porvenir les habria debido grandes bienes, si en vez de sus sueños constitucionales, y de su quimérica república, hubiesen consultado la índole y la educacion de nuestro pueblo para la aceptacion de su forma política de gobierno; y su ignorancia y sus instintos de raza, para la educacion de moral y de hábitos que era necesario comenzar á darle. Español puro y neto, solo la religion y el trono habian echado raices en su conciencia oscura; y las lanzas tumbando el trono, y la demagogia sellando el descrédito y el desprecio en los pórticos de nuestros templos católicos, dejaron sin



freno ese potro salvaje de la América, á quien llamaron pueblo libre, porque habia roto á patadas, no el cetro, sino la cadena del rey de España, no la tradicion de la metrópoli, sino las imposiciones inmediatas de sus opresores; no por respirar el aire de libertad que da la civilizacion y la justicia, sino por respirar el viento libre que da la naturaleza salvaje.

Y así, ese mismo pueblo, ese mismo potro que se revuelca desde la Patagonia á Bolivia, dió de patadas á la civilizacion y á la justicia, desde que ellas quisieron poner un límite á sus instintos naturales. Rosas lo comprendió, y, sin la corona de oro en su cabeza, puso su persona de caudillo donde faltaba el monarca, y un ídolo imaginario con el nombre « federacion », donde faltaban el predicador y el franciscano.

Pasar del siglo XVI de la España, á los primeros dias del siglo XIX de la Francia, era mas bien un sueño de poetas pastoriles, que una concepcion de hombres de Estado; y los resultados de ese sueño están ahí vivos y palpitantes en la reaccion que representa Rosas : ese Mesías de sangre que esperaba la plebe argentina, hija fanática de la supersticion española, para entonar himnos de muerte en alabanza del absolutismo y la ignorancia : ¡ ahí está Cuitiño, la mejor expresion de esa plebe, y ahí está su mano ensangrentada, el mejor canto en loor de su rey, y en homenaje de su fanatismo !

CAPÍTULO VI.

Victorica

—¡Buenas noches, Doña Manuelita! dijo Cuitiño á la hija de Rosas, encontrándola que entraba con Corvalan en el gabinete de su padre.

—¡Buenas noches! dijo la jóven refugiándose al lado de Corvalan, cual si temiese el contacto de aquel demonio de sangre que pasaba junto á ella.

— Corvalan, dijo Rosas viéndole entrar con Manuela, vaya usted á llamar á Victorica.

— Acaba de entrar, y está en la oficina. En este momento me preguntaba si podria hablar con Vuecelencia.

— Que entre.

— Voy á llamarlo.

— Oiga usted.

— ¿Señor?

— Monte usted á caballo, vaya á lo del ministro inglés, hable con él, y dígale que lo necesito ahora mismo.

— ¿Si está durmiendo?

— Que se despierte.

Corvalan saludó; y fué á cumplir sus comisiones, levantándose la faja de seda punzó que en aquel momento se le habia resbalado á la barriga, al peso del espadin que ya tocaba en tierra.

— ¿Qué miedo le ha tenido Su Paternidad á Cuitiño? Acérquese á la mesa, que está allí pegado á la pared como una araña. ¿De qué se asustó?

— De la mano, contestó Viguá acercándose con su silla á la mesa, y con aire de contentamiento al verse libre de Cuitiño que tan mal momento le habia dado.

— No te has portado bien, Manuela.

— ¿Por qué, tatita?

— Porque has tenido repugnancia de Cuitiño.

— ¿Pero usted vió?

— Todo lo vi.

— ¿Y entónces?

— ¡Entónces! tú debes disimular. Oye : á los hombres como el que acaba de salir, es necesario darles muy fuerte, ó no tocarlos : un golpe recio los anonada : un alfilerazo los hace saltar como víboras.

— Pero tuve miedo, Señor.

— ¡Miedo!..... Á ese hombre lo mataria yo con solo mirarlo.

— Miedo de lo que habia hecho.

— Lo que habia hecho era por mi conservacion y por la tuya; y nunca te expliques de otro modo cuanto veas y oigas en derredor de mí. Yo les hago comprender una parte de mi pensamiento, aquella que únicamente quiero; ellos la ejecutan, y tú debes manifestarte contenta, y popularizarte con ellos; primero, porque así te conviene; y segundo, porque yo te lo mando. Entre usted, Victorica,



continuó Rosas, dando vuelta su cabeza hácia la puerta, al ruido que hacian las pisadas del que entraba.

Victorica era un hombre de cincuenta á cincuenta y dos años de edad, de estatura mediana, y regularmente formado. La tez quebrantada era algo cobriza; su cabello negro, empezando á pintar en canas; su frente ancha pero carnuda hácia la parte de sus espesas cejas; sus ojos oscuros, pequeños y de una mirada encapotada y fuerte: dos líneas profundas le quebraban el rostro desde las ventanas de la nariz hasta las extremidades del labio superior; y una expresion dura y repulsiva estaba sellada en su rostro, donde se notaba mas el estrago que hacen las pasiones fuertes, que el que habian hecho los años; y se cuenta que sobre ese rostro se vió rara vez una sonrisa. El jefe de la policía de Rosas estaba vestido de pantalon negro, chaleco grana, y una chaqueta de paño azul con alamares negros de seda; y de uno de los ojales de ella, colgaba una divisa federal de doce pulgadas de largo. En la mano derecha traia colgado, en la muñeca, un rebenque de cabo de plata, y en la izquierda su sombrero de paisano, con el luto punzó por la finada esposa del Restáurador de las Leyes.

Despues de una reverencia profunda, pero sin afectacion, ocupó, á invitacion de Rosas, la misma silla en que habia estado Cuitiño.

— ¿Viene usted de la casa de policía? le preguntó Rosas.

— En este momento.

— ¿Ha ocurrido algo?

— Han traido los cadáveres de los que iban á embarcarse esta noche; es decir, tres cadáveres y un hombre espirando.

— ¡Y ese!

— Ya no existe. Me pareció que debia sufrir la suerte de sus compañeros.

— ¿Quién era?

— Lynch.

— ¿Tiene usted los nombres de los otros?

— Sí, Señor.

— ¿Y eran?

— Ademas de Lynch, se ha reconocido á un tal Oliden, á Juan Riglos, y al jóven Maisson.

— ¿Papeles?

— Ningunos.

— ¿Hizo usted firmar á Merlo la delacion?

— Sí, Señor, todas se firman, como Vuecelencia lo ha ordenado.

— ¿La trae usted?

— Aquí está, contestó el jefe de policía sacando del bolsillo exterior de su chaqueta una cartera de cuero de Rusia, conteniendo multitud de papeles, y sacando de entre ellos uno que desdobló sobre la mesa.

— Léala usted, dijo Rosas.

Y Victorica leyó lo siguiente :

« Juan Merlo, natural de Buenos Aires, de ejercicio carnicero, miembro de la Sociedad Popular Restauradora, enrolado en los abastecedores, con licencia temporal por recomendacion de Su Excelencia el Ilustre Restaurador de las Leyes, se presentó al Jefe de Policía en la tarde de 2 del corriente, y declaró : Que, sabiendo por una criada del salvaje unitario Oliden, con quien él tenia relaciones secretas, que aquel se preparaba á fugar para Montevideo, se presentó en la mañana siguiente al mismo salvaje unitario Oliden, á quien conocia desde muchos años, diciéndole que venia á pedirle quinientos pesos prestados porque queria desertar y pasar á Montevideo, no pudiendo efectuarlo sin tener aquella cantidad para pagar su pasaje en un bote de un conocido suyo, que hacia el negocio de conducir emigrados. Que con este motivo, Oliden le hizo muchas preguntas, acabando por convencerse que realmente queria fugar el declarante, comunicándole entónces el pensamiento que él y cuatro amigos mas tenian de emigrar, pero que no conocian ninguno de los hombres dueños de las balleneras que conducian emigrados : que entónces se le ofreció el declarante á arreglar la fuga de todos, mediante la cantidad de ocho mil pesos, á lo que se convino aquel inmediatamente : que fingió muchas idas y venidas, acabando por citarlos para el dia 4 á las diez de la noche; debiendo ir, el mismo dia 4 á las seis de la tarde, á saber de Oliden el paraje, ó la casa en que se habian de reunir todos á la hora indicada.

» Lo que ponia en conocimiento de la policía para que se lo comunicase á Su Excelencia, como un fiel cumpli-

miento de sus deberes de defensor de la sagrada causa de la federacion; agregando, que en todo este asunto, habia tenido el cuidado escrupuloso de consultarlo con D. Juancito Rosas, el hijo de Su Excelencia, y aconsejádose de él.

» Y lo firmó en Buenos Aires á 3 de Mayo de 1840.

» JUAN MERLO. »

— Fué en virtud de esta declaracion, que recibí anoche de Vuecelencia las órdenes que debia dar á Merlo para que se entendiese con el comandante Cuitiño.

— ¿Cuándo volvió usted á hablar con Merlo?

— Hoy á las ocho de la mañana.

— ¿Y no le dijo á usted si sabia algunos de los nombres de los compañeros de Oliden?

— Hasta esta mañana, no conocia á ninguno.

— ¿Y hay algo de particular en el suceso de esta noche?

— Uno de los unitarios ha logrado escaparse, segun me han referido los que escoltaban la carreta.

— Sí, Señor, uno se ha escapado, y es forzoso hallarlo.

— Espero que lo hallaremos, Excelentísimo Señor.

— Sí, Señor, es preciso hallarlo, porque una vez que la mano del gobierno toque la ropa de un unitario, es necesario que el unitario no pueda decir que la mano del gobierno no sabe apretar. En estos casos, la cantidad de hombres poco importa; tanto mal hace á mi gobierno un hombre solo que se burle de él, como doscientos, como mil.

— Vuecelencia tiene mucha razon.

— Sé bien que la tengo. Ademas, segun la relacion que se me ha hecho, el unitario que se ha escapado, ha peleado, y, lo que es mas, ha recibido proteccion de álguien; la una como la otra cosa no debe suceder, no quiero absolutamente que suceda. ¿Sabe usted por qué ha estado el país siempre en anarquía? Porque cada uno sacaba el sable para pelear con el gobierno el dia que se le antojaba. ¡Pobre de usted, y pobre de todos los federales, si yo doy lugar á que los unitarios los peleen cuando van á cumplir una órden mia!

— ¡Es un caso nuevo! dijo Victorica que en realidad comprendia bien toda la importancia futura de las reflexiones de Rosas, y del suceso acaecido esa noche.



— Es nuevo; y es por eso que es necesario darle atencion, porque en el estado actual yo no quiero que haya mas novedades que las mias. Es nuevo, pero ántes de mucho tiempo podrá ser viejo, si no se hace pronto un ejemplar.

— Pero Merlo debe haber ido con ellos, y ha de conocer al que se ha escapado.

— Eso falta saber.

— Lo haré buscar ahora mismo.

— No hay necesidad. Otro ha ido en su busca.

— Está bien, Señor.

— Otro se ha encargado de Merlo; y usted sabrá mañana si se conoce ó no el nombre que deseo saber. En uno ú otro caso tomará usted el camino que deba.

— Sin pérdida de tiempo.

— Vamos á ver, y si Merlo no sabe el nombre, ¿qué hará usted?

— ¿Yo?....

— Usted, sí, mi jefe de policía.

— Daré órdenes á los comisarios, y á los principales agentes de la policía secreta, para que ellos multipliquen entre sus subalternos la disposicion de encontrar un hombre que....

— ¡Un hombre unitario en Buenos Aires! dijo Rosas interrumpiendo á Victorica, con una sonrisa sardónica y despreciativa, que puso en confusion al pobre hombre, que creia estar desenvolviendo el mas perfecto plan inquisitorial para la persecucion de un hereje.

— ¡Y va usted fresco! continuó Rosas; ¿todavía no sabe usted cuántos unitarios hay en Buenos Aires?

— Debe de haber...

— Los que bastan para colgar á usted y á todos los federales, si no estuviera yo para trabajar por todos, haciendo hasta de jefe de policía.

— Señor, yo hago por Vuecelencia cuanto puedo.

— Puede ser que haga usted cuanto puede, pero no cuanto conviene hacer; y si no véalo usted en este caso: quiere usted echarse á buscar un unitario por la ciudad, como si dijésemos un grano de trigo en una parva, y tiene en su bolsillo, si no el nombre del unitario, el camino mas corto de encontrarlo.

— ¡Yo! exclamó Victorica cada vez mas turbado, pero do-



minándose fuertemente para conservar la serenidad de su semblante.

— Usted, sí, Señor.

— Aseguro á Vuecelencia que no comprendo.

— Y es eso por que me quejo de tener que enseñarle todo. ¿Por quién supo Merlo la proyectada fuga del salvaje unitario Oliden?

— Por una criada.

— ¿En dónde servia esa negra, mulata, ó lo que sea?

— En la familia de Oliden segun la declaracion.

— En la familia del salvaje unitario Oliden, Señor D. Bernardo Victorica

— Perdone Vuecelencia.

— ¿Con quién se iba á embarcar el que se ha escapado?

— Con el savaje unitario Oliden, y con los demas salvajes que lo acompañaban.

— Y usted cree que Oliden salió á la calle á recoger los primeros salvajes que encontró, para embarcarse con ellos.

— No, Excelentísimo Señor.

— Entónces, ¿esos salvajes eran amigos de Oliden?

— Es muy natural, dijo Victorica, que empezaba á comprender el punto adonde se dirigia Rosas.

— Entónces, ¿si eran amigos se debian visitar?

— Sin duda.

— Entónces, la criada que delató á Oliden debe saber quiénes lo visitaban con mas frecuencia.

— Es muy cierto.

— ¿Quiénes estuvieron con él, hoy, ayer y ántes de ayer?

— Así es, debe saberlo.

— Estuvieron, tal y tal y tal; han muerto Maisson, Lynch y Riglos; entónces, rastree por los nombres que no sean esos, y si por ahí no da con lo que busca, no pierda el tiempo en incomodarse mas.

— El genio de Vuecelencia no tiene igual. Haré exactamente lo que Vuecelencia me indica

— Mejor fuera que lo hiciese sin necesidad de indicaciones; que por no tener nadie que me ayude, tengo que trabajar por todos, respondióle Rosas.

Victorica bajó los ojos, en cuya pupila se habia clavado como una flecha de fuego la mirada imperatriz, y en ese momento despreciativa, de Rosas.

— ¿ Y sabe usted, pues, lo que ha de hacer?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿ Ha ocurrido alguna cosa particular esta noche?

— Una señora, Doña Catalina Cueto, viuda, y de ejercicio costurera, ha ido á quejarse de haber dado Gaitan de rebencazos á un hijo de esa Señora, que paseaba á caballo por la plaza del Retiro.

— ¿ Quién es el hijo ?

— Un estudiante de matemáticas.

— ¿ Y qué motivos le dió á Gaitan ?

— Gaitan se acercó á preguntarle por qué no usaba la testera federal en su caballo. El muchacho, de diez y seis ó diez y siete años, le respondió, que no la usaba porque su caballo era un buen federal que no necesitaba divisa; y Gaitan, entónces, le dió de rebencazos hasta voltearlo del caballo.

— ¡ Hoy son peores los unitarios muchachos! dijo Rosas reflexionando un momento.

— Ya se lo he dicho á Vuecelencia muchas veces : la universidad y las mujeres son incorregibles. No hay forma de que los estudiantes usen la divisa con letrero; me ven venir por una calle, y, casi á mi vista, desatan la cintita que llevan al ojal, y se la guardan en el bosillo. Tampoco hay medio para que las mujeres usen el moño fuera de la gorra, y, aun sin gorra, la mayor parte de las unitarias, especialmente las jóvenes, se presentan en todas partes sin la divisa federal. Yo en lugar de Vuecelencia haria prohibir las gorras en las mujeres.

— Han de obedecer, dijo Rosas, con cierto acento de reticencia, cuya reserva solo él podia comprender : han de obedecer, pero no es tiempo todavía de hacer uso de ese medio que usted echa de ménos, y que yo sé cuál es. Gaitan ha hecho muy bien. Despache usted á la viuda, y dígale que se ocupe en curar á su hijo. ¿ Hay alguna otra cosa?

— Nada absolutamente, Señor. Ah! he recibido una presentacion de tres federales conocidos, pidiendo el permiso para la rifa de cedulillas en las fiestas Mayas.

— Que la rifa sea por cuenta de la policía.

— ¿ Vuecelencia dispone algunas funciones particulares?

— Póngales los caballitos y la cucaña.



— ¿ Nada mas?

— No me pregunte tonterías. ¿ Usted no sabe que ese 25 de Mayo es el dia de los unitarios? ¡ Es verdad que como usted es de España!

— Vuecelencia se equivoca, yo soy Oriental. ¿ Dispone Vuecelencia alguna cosa particular esta noche?

— Nada, puede usted retirarse.

— Mañana cumpliré las órdenes de Vuecelencia relativas á la criada.

— Yo no le he dado órdenes : yo le he enseñado lo que no sabe.

— Doy las gracias á Vuecelencia.

— No hay de qué.

Y Victorica, haciendo una profunda reverencia al padre y á la hija, salió de aquel lugar despues de haber pagado, como todos los que entraban á él, su competente tributo de humillacion, de miedo, de servilismo; sin saber positivamente si dejaba contento ó disgustado á Rosas; incertidumbre fatigosa y terrible en que el sistemático dictador tenia constantemente el espíritu de sus servidores, porque el temor podria hacerlos huir de él, y la confianza podria engreirlos demasiado.

Un largo rato de silencio sucedió á la salida del jefe de policía, pues miéntras Rosas y su hija lo guardaban despiertos, absorto cada uno en bien distintas ideas, el repleto Viguá lo guardaba durmiendo profundamente, cruzados los brazos sobre la mesa, y metida entre ellos su cabeza.

— Véte á acostar, dijo Rosas á su hija.

— No tengo sueño, Señor.

— No importa, es muy tarde ya.

— ¡ Pero usted va á quedarse solo!

— Yo nunca estoy solo. Va á venir Mandeville y no quiero que pierda el tiempo en cumplimientos contigo; anda.

— Bien, tatita, llámeme usted si algo necesita.

Y Manuela se le acercó, le dió un beso en la frente, y, tomando una vela de sobre la mesa, entró á las habitaciones interiores.

Rosas se paró entónces, y, cruzando sus manos á la espalda, empezó á pasearse al largo de su habitacion, desde la puerta que conducia á su alcoba, por donde habian entrado

y salido los presonajes que hemos visto, hasta aquella por donde habia ídose Manuela.

Diez minutos habrian durado los paseos, en cuyo tiempo Rosas parecia sumergido en una profunda meditacion cuando se sintió el ruido de caballos que se aproximaban á la casa. Rosas paróse un momento, precisamente al lado de Viguá, y luego que conoció que los caballos habian parado en la puerta de la calle, dió tan fuerte palmada sobre la nuca del mulato, que á no tener en aquel momento posada la frente sobre sus carnudos brazos, se habrian roto sus narices contra la mesa.

— ¡Ay! exclamó el pobre diablo parándose lo mas pronto posible.

— No es nada; despiértese Su Paternidad que viene gente, y oiga : cuidado como se vuelva á dormir; siéntese al lado del hombre que entre, y cuando se levante, déle un abrazo.

El mulato miró á Rosas un instante é hizo luego lo que se le habia ordenado, con muestras inequívocas de disgusto.

Rosas sentóse en la silla que ocupaba àntes, á tiempo que Corvalan entraba.

CAPÍTULO VII.

El caballero Juan Enrique Mandeville.

— ¿Vino el inglés? preguntó Rosas á su edecan, viéndole entrar.

— Ahí está, Excelentísimo Señor.

— ¿Qué hacia cuando llegó usted?

— Iba á acostarse.

— ¿La puerta de la calle estaba abierta?

— No, Señor.

— ¿Abrieron en cuanto se dió usted á conocer?

— Al momento.



— ¿Se sorprendió el gringo?

— Me parece que sí.

— ¡Me parece! ¿para qué diablos le sirven á usted los ojos?.... ¿preguntó algo?

— Nada. Oyó el recado de Vuestra Excelencia y mandó aprontar su caballo.

— Que entre.

El personaje que va á ser conocido del lector, es uno de esos que, en cuanto á su egoísmo inglés, presenta con frecuencia la diplomacia británica en todas partes, pero que, respecto al olvido de su representacion pública y de su dignidad de hombre, solo se pueden encontrar en una sociedad cuyo gobierno sea parecido al de Rosas, y como esto último no es posible, se puede decir entónces, que solo se encuentran en Buenos Aires.

El caballero Juan Enrique Mandeville, plenipotenciario inglés cerca del gobierno argentino, habia conseguido de Rosas lo que este mismo negó á su predecesor Mr. Hamilton; es decir, la conclusion de un tratado sobre la abolicion del tráfico de esclavos. Y de este triunfo sobre Mr. Hamilton, nacieron las primeras simpatías de Mr. Mandeville hácia la persona de Rosas. Él no podia desconocer, sin embargo, que quien arrastraba al dictador á la celebracion de aquel pacto el 24 de Máyo de 1839, era la necesidad de buscar en la amistad y proteccion del gobierno de S. M. Británica un apoyo que le era necesario desde el 23 de Setiembre de 1838. Pero cualesquiera que fuesen las causas, era ese tratado un triunfo para aquel plenipotenciario, recogido de las manos de Rosas.

Pero los hombres como Rosas, esas excepciones de la especie que no reconocen iguales en la tierra, jamas quieren amigos, ni lo son de nadie: para ellos la humanidad se divide en enemigos y siervos, sean estos de la nacion que sean, é invistan una alta posicion cerca de ellos, ó se les acerquen con la posicion humilde de un simple ciudadano.

El prestigio moral de los tiranos, esa fuerza secreta que fascina y enferma el espíritu de los hombres, en union con la voluntad intransigible del dictador argentino, empezaron por insinuarse, y acabaron por dominar el espíritu del enviado británico; que, fiado en sus buenas disposiciones



personales hácia Rosas, no temió de cultivar y estrechar su relacion individual con él, sin alcanzar á prever, que hay ciertos contactos en la vida, de que no se sale jamas sino postrado el ánimo y avasallada la voluntad.

Una vez dominado moralmente, todo lo demas era lo ménos; y las humillaciones personales vinieron luego á complementar la obra, haciendo del represantante de la poderosa Inglaterra el mas sumiso federal, si no de la Mashorca, á lo ménos de la clase tribunicia de Rosas, cuya mision era propagar sus virtudes cívicas, dentro y fuera del país.

Instrumento ciego, pero al mismo tiempo poderoso y con medios eficaces, Rosas vió en él su primer caballo de batalla en la cuestion francesa; y, en obsequio de la verdad histórica, es preciso decir, que si Rosas no sacó de él todo el provecho que esperaba sacar, no fué por omision del Señor Mandeville, sino por la naturaleza de la cuestion, que no permitia al gabinete de San Jámes obrar segun las insinuaciones de su ministro en Buenos Aires, á pesar de sus comunicaciones informativas sobre la preponderancia que adquiria la Francia en el Plata, y sobre los perjuicios que inferia al comercio isleño la clausura de los puertos de la república por el bloqueo frances.

La Europa tenia fija su atencion política en una cuestion actual que afectaba el sistema de equilibrio de sus grandes naciones; y ella era la cuestion de Oriente. La Rusia, la Prusia, el Austria, la Inglaterra y la Francia, atendian á esa cuestion, no queriendo, por otra parte, en sus mas altas miras, sino la continuacion de la paz europea.

Esa cuestion era simplemente una querella hereditaria entre el Sultan y el Pachá de Egipto.

La Francia insistia en que se accediese á las pretensiones de Mehemet-Alí; y la Inglaterra resistia al pensamiento de la Francia, conviniendo solamente en que se agregase al bajalato de Egipto una parte de la Siria hasta el monte Carmelo. Pero, entretanto, la Rusia se declaraba protectora natural de Constantinopla contra todo enemigo que avanzase por el Asia Menor. « Obren la Francia y la Inglaterra contra Mehemet-Alí, y dejen á la Rusia que guarde á Constantinopla,» decia el emperador. Pero la Inglaterra, cuyo gabinete era dirigido por lord Palmerston, tenia la su-



ficiente perspicacia política para no comprender todo el peligro que se corria en dejar el tulipan del Bósforo bajo la planta del Oso del Norte. Y entónces, velando con todos los adornos de la mas hábil diplomacia su negativa á las proposiciones del gabinete de San Petersburgo, lord Palmerston procuró convencerle, y logró reducirle, á que la proteccion que necesitaba Constantinopla se le diese por medio de una escuadra rusa en el Bósforo, y de otra escuadra combinada anglo-francesa en los Dardanelos.

— Así pues, el estado de la cuestion de Oriente, en los primeros meses del año 40, era el siguiente : la Rusia, la Inglaterra, el Austria y la Prusia, habian convenido en que Mehemet-Alí quedase reducido á la posesion hereditaria del Egipto; pero la Francia se negaba á consentir en esta resolucion. Todas las potencias, no obstante, estaban convenidas en proteger en combinacion á Constantinopla; sin dejar de observarse unas á otras, con esa desconfianza que marca siempre el carácter de la política internacional de la Europa, de que los Americanos no podemos aprender sino lecciones que, si enseñan la virtud de la circunspeccion, enseñan tambien el vicio de la mala fe, porque aquella no existiria en tan alto grado, si en tan alto grado no se temiesen los efectos del otro.

En tal estado de cosas, fácil es ahora comprender que la Inglaterra no estaba en disposicion de prestar grande atencion á sus marcaderes del Rio de la Plata, cuando tenia, por temor de la Rusia, que estrechar su alianza con la Francia, en presencia de la mas grave cuestion de la actualidad.

El Señor Mandeville, sin embargo, no desmayaba por eso Y, decididamente en favor de los intereses personales de Rosas, trabajaba, cuanto le era posible en una posicion como la suya, por imprimir un movimiento contrario á los negocios del Plata; y obra suya fueron las proposiciones de Rosas á Monsieur Martigni, y obra exclusivamente suya la entrevista en *la Acteon*.

Rosas tenia en él una completa confianza ; es decir conocia que Mandeville sentia, como todos, la enfermedad del miedo; y contaba con su inteligencia cuando necesitaba de un enredo político, como contaba con el puñal de sus mashorqueros cuando habia una víctima que sacrificar á su sistema.



Tal es el personaje que atraviesa el gabinete y la alcoba de Rosas, y que entra al comedor donde este le espera. Era un hombre todo vestido de negro; de sesenta años de edad; de baja estatura; de frente espaciosa y calva; de fisonomía distinguida; y de ojos pequeños, azules, pero inteligentes y penetrantes, y en ese momento algo encendidos, como lo estaba tambien el color blanquísimo de su rostro. Esto era natural, pues habian dado ya las tres de la mañana, hora demasiado avanzada para un bombre de aquella edad; y que poco ántes se habia irritado al calor de una hirviente ponchera, con algunos de sus amigos.

— ¡Adelante, Señor Mandeville! dijo Rosas levantándose de su silla, pero sin dar un solo paso á recibir al ministro inglés, que en ese momento entraba al comedor.

— Tengo el honor de ponerme á las órdenes de Vuestra Excelencia, dijo el Señor Mandeville haciendo un saludo elegante y sin afectacion, y acercándose á Rosas para darle la mano.

— ¡He incomodado á usted, Señor Mandeville! le dijo Rosas con un acento suave é insinuante, é indicándole con un movimiento de mano, que un frances llamaria *comme il faut*, la silla á su derecha en que debia sentarse.

— ¡Incomodarme! ¡Oh no, Señor general! Vuestra Excelencia me da, por el contrario, una verdadera satisfaccion cuando me hace el honor de llamarme á su presencia. ¿La Señora Manuelita lo pasa bien?

— Muy buena.

— No lo pensé así, desgraciadamente.

— ¿Y por qué, Señor Mandeville?

— Porque siempre acompaña á Vuestra Excelencia á la hora de su comida.

— Cierto.

— Y no tengo en esta momento el placer de verla.

— Acaba de retirarse.

— ¡Ah! ¡soy bastante desgraciado en no haber llegado unos minutos ántes!

— Ella lo sentirá tambien.

— ¡Oh! ella es la mas amable de las argentinas!

— Á lo ménos hace cuanto es posible por ser amable.

— Y lo consigue.

— Doy á usted las gracias por ella. Sin embargo, no tiene usted por qué quejarse de esta noche.

— ¿Por qué no, general?

— Porque usted la ha pasado agradablemente en su casa.

— Vuestra Excelencia tiene razon, hasta cierto punto.

— ¿ Cómo?

— Que Vuestra Excelencia tiene razon en decir que he pasado agradablemente algunas horas, pero yo no soy completamente feliz, sino cuando estoy en sociedad con las personas de la familia de Vuestra Excelencia.

— Es usted muy amable, Señor Mandeville, dijo Rosas con una sonrisa tan sutil y tan maliciosa que no habria podido ser distinguida de otro hombre ménos perspicaz y acostumbrado al lenguaje de la acentuacion y de la fisonomía, que el Señor Mandeville.

— Si usted lo permite, continuó Rosas, daremos por concluidos los cumplimientos, y hablaremos de algo mas serio.

— Nada puede serme mas satisfactorio que ponerme en armonía con los deseos de Vuestra Excelencia, contestó el diplomático aproximando su silla á la mesa, y acariciando, mas bien por costumbre que por ocasion, los cuellos de batista de su camisa, no mas blancos que la mano que los tocaba, prolijamente cuidada, y cuyas uñas rosadas y perfiladas eran el mejor testimonio de la raza á que pertenecia el Señor Mandeville: esa raza sajona que se distingue especialmente por los ojos, por los cabellos y por las uñas.

— ¿Para qué dia piensa usted despachar el paquete? le preguntó Rosas cruzando su brazo sobre el respaldo de una silla.

— Por la legacion quedará despachado para mañana; pero si Vuestra Excelencia desea que se demore por mas tiempo...

— Precisamente lo deseo.

— Entónces yo daré mis órdenes para que se demore todo el tiempo que necesite Vuestra Excelencia para concluir sus comunicaciones.

— ¡ Oh, mis comunicaciones han quedado concluidas desde ayer !

— ¿Vuestra Excelencia me permitirá hacerle una pregunta?



— Cuantas usted quiera.

— ¿Podria saber qué motivo hay para detener el paquete, no siendo para esperar comunicaciones de Vuestra Excelencia?

— Es bien sencillo, Señor Mandeville.

— ¿Vuestra Excelencia despacha algun ministro?

— No hay para qué.

— Entónces no alcanzo á comprender...

— Mis comunicaciones están prontas, pero las de usted no lo están.

— ¿ Las mias?

— Ya lo ha oïdo usted.

— Creo haber dicho á Vuestra Excelencia que están terminadas, hasta cerradas, desde ayer, y solo me faltan algunas cartas particulares.

— No hablo de cartas.

— Si Vuestra Excelencia se dignase explicarme...

— Yo creo que la obligacion de usted es informar fielmente y con datos verdaderos al gobierno de Su Majestad, sobre la situacion en que quedan los negocios del Rio de la Plata á la salida del paquete para Europa. ¿No es así?

— Exactamente, Excelentisimo Señor.

— Pero usted no ha podido hacerlo porque carece de aquellos datos.

— Yo hablo á mi gobierno de las cuestiones generales, de los sucesos públicos, pero no puedo informarle de actos que petenezcan á la política interior del gabinete argentino, porque me son totalmente desconocidos.

— Eso es muy cierto, ¿pero sabe usted bien lo que valen esas cuestiones generales, Señor Mandeville?

— ¿Lo que valen? dijo el ministro repitiendo la frase para dar un poco de tiempo á sus ideas y no aventurar una respuesta, pues Rosas iba ya pisando su terreno habitual, es decir el campo de las ideas sólidas y desnudas de palabreo, con quienes se iba á fondo sobre el espíritu de los otros, cuando discutia alguna materia grave, ó cuando queria domeñar su inteligencia con golpes súbitos y recios.

— Lo que valen, sí, Señor; lo que valen para ilustrar a gobierno á quien tales generalidades se escriben.

— Valen...

— Nada, Señor ministro.

— ¡Oh!

— Nada. Ustedes los europeos abundan siempre en generalidades cuando quieren aparentar que conocen á fondo una cosa que totalmente ignoran. Pero ese sistema les da un resultado contrario del que se proponen, porque habitualmente generalizan sobre principios falsos.

— Vuestra Excelencia quiere decir...

— Quiero decir, Señor ministro, que habitualmente hablan ustedes de lo que no entienden, á lo ménos en mi país.

— Pero un ministro extranjero no puede saber las individualidades de una política en que no toma parte.

— Y es por eso que el ministro extranjero, si quiere informar con verdad á su gobierno, debe acercarse al jefe de aquella política y escuchar y apreciar sus explicaciones.

— Esa es mi conducta.

— No siempre.

— Á pesar mio.

— Puede ser... vamos : ¿conoce usted el verdadero estado de los negocios actualmente? Ó mas bien, y hablando en las generalidades que gustan á usted tanto, ¿cuál es el espíritu de las comunicaciones que dirige á su gobierno, respecto del mio?

— ¿El espíritu?

— Justamente; ó, con mas claridad ¿en esas comunicaciones me determina usted en buena ó mala situacion? ¿espera usted el triunfo de mi gobierno, ó el triunfo de la anarquía?

— Oh, Señor.

— Eso no es contestar.

— Ya lo veo.

— ¿Luego?

— Luego ¿qué? Excelentísimo Señor.

— Luego ¿qué me responde usted?

— ¿Sobre la situacion en que se encuentra el gobierno de Vuestra Excelencia en la actualidad?

— Precisamente.

— Me parece....

— Hable usted con franqueza.

— Me parece que todas las probabilidades están por el triunfo de Vuestra Excelencia.

— ¿Pero ese parecer lo funda usted en algo?

— Sin duda.

— ¿Y es en qué, Señor ministro?

— En el poder de Vuestra Excelencia.

— ¡Bah! ¡esa es una frase muy vaga en el caso de que nos cupamos!

— ¡Vaga, Señor!

— Indudablemente, pues si yo en efecto tengo poder y medios, tambien poder y medios tienen los anarquistas. ¿No es verdad?

— ¡Oh! Señor!

— Por ejemplo: ¿Sabe usted el estado de Lavalle en el Entre-Rios?

— Sí, señor: está imposibilitado para moverse despues de la batalla de D. Cristóbal, en que las armas de la confederacion obtuvieron tan completo triunfo.

— Sin embargo, el general Echagüe está en inaccion por falta de caballos.

— Pero Vuestra Excelencia, que todo lo puede, hará que el general tenga los caballos que le faltan.

— ¿Sabe usted el estado de Corrientes?

— Creo que, derrotado Lavalle, la provincia de Corrientes volverá á la liga federal.

— Entretanto, Corrientes está en armas contra mi gobierno, y ya son dos provincias.

— En efecto, son dos provincias, pero....

— ¿Pero qué?

— Pero la Confederacion tiene catorce.

— ¡Oh! no tantas!

— ¿Decia vuestra Excelencia?

— Que hoy no son catorce; porque no pueden contarse como provincias federales las que están en sublevacion con los unitarios.

— Cierto, cierto, Excelentísimo Señor, pero el movimiento de esas provincias no es de importancia, en mi opinion á lo ménos.

— ¡No dije á usted que sus generalidades habian de estar fundadas sobre datos falsos!

— ¿Lo cree Vuestra Excelencia?

— Yo creo lo que digo, Señor ministro. Tucuman, Salta, la Rioja, Catamarca y Jujuy son provincias de la mayor im-



portancia; y ese movimiento de que usted ha hablado, no es otra cosa que una verdadera revolucion con muchos medios y con muchos hombres.

— ¡Seria un cosa lamentable!

— Como usted lo dice. Tucuman, Salta y Jujuy me amenazan por el norte hasta la frontera de Bolivia; Catamarca y la Rioja, por el oeste hasta la falda de la Cordillera, Corrientes y Entre-Rios por el litoral, y todavía ¿quién mas, Señor ministro?

— ¿Quién mas?

— Sí, Señor, eso pregunto; pero yo lo diré, ya que usted tiene miedo de nombrar á mis enemigos : á mas de aquellos, me amenaza Rivera.

— ¡Bah!

— No vale tan poco como usted piensa, pues hoy tiene un ejército sobre el Uruguay.

— Que no pasará.

— Es probable, pero es preciso creer que ha de pasar; y entónces me ve usted rodeado por todas partes de enemigos, alentados, favorecidos y protegidos por la Francia.

— ¡En efecto, la situacion es grave! dijo el Señor Mandeville, soltando palabra por palabra, en una verdadera perplejidad de ánimo, no pudiendo explicarse el objeto que se proponia Rosas con descubrir él mismo los peligros que le amenazaban, cosa que en la astucia del dictador no podia ménos que tener alguna segunda intencion muy importante.

— ¡Es muy grave! repitió Rosas, con un aplomo y una sangre fria que acabó de intrigar el espíritu del diplomático. Y despues que conoce usted los elementos de ese peligro, continuó Rosas, querrá usted decirme ¿en qué fundará ante su gobierno la esperanza de mi completo triunfo sobre los unitarios, porque no dude usted que yo habré de obtener ese completo triunfo?

— ¿Pero en qué mas, Excelentísimo Señor, que en el poder, en el prestigio, en la popularidad de Vuestra Excelencia que le han dado su renombre y su gloria?

— ¡Bah! bah! bah! exclamó Rosas riéndose naturalmente como hombre que compadece ó que desprecia á otro por su ignorancia.

— Yo no sé, Señor general, dijo Mandeville descompuesto

al ver el inesperado resultado de su cortesana lisonja, ó mas bien, de la expresion de sus creencias, en cuál de las palabras que acabo de tener el honor de pronunciar está el orígen desgraciado de la risa de Vuestra Excelencia!

— En todas, Señor diplomático de Europa, respondió Rosas con ironía descubierta.

— ¡ Pero, Señor!

— Óigame usted, Señor Mandeville; todo cuanto acaba usted de decir está muy bueno para repetirlo entre el pueblo, pero muy malo para escribírselo á lord Palmerston, á quien llaman los unitarios de Montevideo el *eminente* ministro.

— ¿ Me haria el honor Vuestra Excelencia de explicarme el porqué?

— Á eso voy. He detallado á usted todos los peligros que en la actualidad rodean á mi gobierno, es decir, al órden y á la paz de la Confederacion argentina. ¿ No es cierto?

— Muy cierto, Excelentísimo Señor.

— ¿ Y sabe usted por qué acabo de enumerarle esos peligros? ¡ Oh ! ¡ usted no lo ha comprendido, no se ha dado cuenta de la causa de mi franqueza que lo ha dejado vacilante y perplejo! pero yo se la explicaré. He dicho á usted lo que ha oido, porque sé bien que de esta entrevista extenderá un protocolo que enviará luego á su gobierno; y esto es precisamente lo que yo mas deseo.

— ¡ Vuestra Excelencia quiere eso ! dijo el Señor Mandeville mas admirado ahora, que intrigado ántes.

— Lo quiero, y la razon es, que me conviene que el gobierno inglés sepa aquellos detalles por mí mismo, ántes que por los órganos de mis enemigos, ó á lo ménos, que lo sepa al mismo tiempo por ambos. ¿Entiende usted ahora mi pensamiento? ¿ Qué haria, qué ganaria yo con ocultar al gobierno inglés una situacion que él habrá de saber pública y oficialmente por mil distintos conductos? Ocultarla, seria descubrir temores de mi parte, y no temo, absolutamente no temo á mis actuales enemigos.

— Es por eso que dije á Vuestra Excelencia que con su poder....

— ¡ Dále con el poder, señor Mandeville !

— Pero si no es con el poder.... si Vuestra Excelencia no tiene poder....



— Tengo poder, Señor ministro, le interrumpió Rosas bruscamente, con lo que acabó el Señor Mandeville de perder la última esperanza de comprender en aquella noche á Rosas; y sin saber qué le convenia decir, pronunció la palabra :

— ¡ Entónces !.....

— ¡ Entónces! entónces ! Una cosa es tener poder, y otra es contar con el poder para libertarse de una mala situacion. ¿ Cree usted que lord Palmerston no sabe sumar y restar? ¿ Cree usted que si suma el número de enemigos y elementos que, con el poderoso auxilio de la Francia, amenazan el gobierno y el sistema federal del país, el ministro *eminente* tenga mucha confianza en el triunfo mio, aun cuando le presente usted una igual suma de poder á mis órdenes? ¿ Y cree usted, entónces, que se tomase mucho empeño en apoyar á un gobierno cuya situacion no le ofrecia probabilidades de existencia mas allá de algunos meses, de algunas semanas? ¿ Piensa usted que se anda mas pronto, dado el caso que su gobierno quisiera protegerme contra mis enemigos auxiliados por la Francia, de Lóndres á Paris, y de Paris á Buenos Aires, que de Entre-Rios al Retiro, y de Tucuman á Santa Fe, y que esto no lo conoceria lord Palmerston ? ¡ Bah, Señor Mandeville, yo nunca he esperado gran cosa del gobierno inglés en mi cuestion con la Francia, pero ahora espero ménos, desde que las informaciones que van á ese gobierno son escritas por usted sobre los cálculos de mi poder !

— Pero, Señor general, dijo Mandeville, desesperado, porque cada vez comprendia ménos el pensamiento de Rosas, oculto entre aquella nube de ideas que, al parecer, la daba vida el mismo Rosas para anunciar con ella la tempestad que lo rodeaba y que debia quebrantarlo y postrarlo,— si no es con el poder, con los ejércitos, con los federales, en fin, ¿con quién piensa Vuestra Excelencia vencer á los unitarios?

— Con ellos mismos, Señor Mandeville, dijo Rosas con una flema alemana, fijando su mirada escudriñadora en la fisonomía de aquel, para observar la impresion causada al levantar de súbito el telon de boca que cubria el misterioso escenario de su pensamiento.

— ¡ Ah ! exclamó el ministro, dilatándosele los ojos cual



acababa de espandirse su imaginacion en el inmenso círculo que habíanle trazado aquellas tres palabras, en cuyas veia la explicacion de todas las reticencias y paradojas que un momento ántes no podia explicarse, á pesar de su experiencia y talento de gabinete con que de vez en cuando solia adivinar las reservas de Rosas.

— Con ellos mismos, continuó este tranquilamente. Y ese es hoy mi principal ejército, mi poder mas irresistible, ó mejor dicho, mas destructor de mis enemigos.

— En efecto, Vuestra Excelencia me conduce á un terreno en el que, francamente, yo no habia pensado.

— Ya lo sé, contestóle Rosas, que no perdonaba ocasion de hacer sentir á los otros sus errores ó su ignorancia. Los unitarios, continuó, no han tenido hasta hoy, ni tendrán nunca lo que les falta para ser fuertes y poderosos, por mas que sean muchos y con tan buen apoyo. Tienen hombres de gran capacidad, tienen los mejores militares de la república, pero les falta un centro de accion comun : todos mandan, y por lo mismo, ninguno obedece. Todos van á un mismo punto, pero todos marchan por distinto camino, y no llegarán nunca. Ferrer no obedece á Lavalle, porque es el gobernador de una provincia, y Lavalle no obedece á Ferrer, porque es el general de los unitarios, el general *Libertador*, como ellos le llaman. Lavalle necesita de la cooperacion de Rivera, porque Rivera entiende nuestras guerras, pero su amor propio le hace creer que él solo se basta, y desprecia á Rivera. Rivera necesita obrar en combinacion con Lavalle, porque Lavalle es un jefe del país, y sobre todo, porque la oficialidad de este no la tiene Rivera, pero Rivera desprecia á Lavalle porque no es montonero, y lo aborece porque es porteño. Los hombres de pluma, los hombres de gabinete, como ellos se llaman, aconsejan á Lavalle ; Lavalle quiere seguir esos consejos, pero los hombres de espada que le acompañan desprecian á los que no están en el ejército, y Lavalle, que no sabe mandar, da oídos á la gritería, á sus subalternos, y por no disgustarlos, se pone en anarquía con los hombres de saber que hay en su partido. Todos los nuevos unitarios de las provincias, por lo mismo que son unitarios, están enfermos del mismo mal que aquellos, es decir, cada uno se cree un jefe, un ministro, un gobernador, y nadie quiere creerse ni soldado, ni empleado, ni ciudadano.



Entónces, Señor ministro de Su Majestad la Reina inglesa, cuando se tienen tales enemigos, el modo de destruirlos es darles tiempo á que se destruyan ellos mismos, y eso es lo que hago yo.

—¡Oh! muy bien! ¡es un magnífico plan! dijo alborozado el Señor Mandeville.

—Permítame usted, que no he concluido, dijo Rosas con la misma flema. Cuando se tiene tales enemigos decia, no se les cuenta por el número, sino por el valor que representa cada fraccion, cada círculo, cada hombre; y comparando esas fracciones luego con el poder contrario, sólido, organizado, donde nadie manda sino uno solo, y donde todos los demas obedecen como los brazos á la voluntad, se deduce entónces que el triunfo de este último poder es seguro, infalible aun cuando aparezca mas pequeño comparado con el total de sus enemigos en masa. ¿Está usted enterado ahora del modo cómo se debe apreciar la situacion de mis enemigos y la mia? preguntó Rosas, que no habia perdido ni un momento el aplomo con que habia empezado á desenvolver su original plan de campaña, que era el resultado de ese estudio prolijo que, en su vida pública, habia hecho de los enemigos que lo habian combatido, y que, queriendo destruirlo, le dieron esa grandeza de poder y de medios que lo hicieron tan respetable á los ojos del mundo, y que él por sí solo no tuvo nunca, ni el talento, ni el valor de conquistarla.

—¡Oh! lo comprendo, lo comprendo, Excelentísimo Señor! dijo el ministro frotándose sus blancas y cuidadas manos, con esa satisfaccion viva que tiene todo hombre que acaba de salir venturosamente de una incertidumbre, ó de un conflicto. Reformaré mis comunicaciones y haré que el pensamiento de lord Palmerston se fije ilustradamente en la situacion de los negocios, bajo el punto de vista que tan hábil, tan acertadamente acaba de determinar Vuestra Excelencia.

—Haga usted lo que quiera. Lo único que yo deseo es que se escriba la verdad, dijo Rosas con cierto aire de indiferencia, al traves del cual el Señor Mandeville, si hubiese estado con ménos entusiasmo en ese momento, habria descubierto que la escena del disimulo comenzaba.

—El saber la verdad, en el gabinete inglés importa hoy

tanto, como á Vuestra Excelencia el que haga saber esa verdad.

— ¿Á mí?

— ¡Cómo! ¿Vuestra Excelencia no miraria como el mas grande apoyo posible el auxilio de la Inglaterra?

— ¿En qué sentido?

— Por ejemplo, si la Inglaterra obligase á la Francia á la terminacion de su cuestion en el Plata, ¿no seria para Vuestra Excelencia la mitad del triunfo sobre todos sus enemigos?

— Pero esa interposicion de la Inglaterra ¿no me la ha ofrecido usted desde el comenzamiento del bloqueo?

— Es muy cierto, Excelentísimo Señor.

— Y de paquete á paquete, ¿no se ha pasado el tiempo sin recibir usted las instrucciones que siempre pide y que nunca le llegan?

— Cierto, Excelentísimo Señor, pero esta vez, á la menor insinuacion del gobierno inglés, el gobierno de Su Majestad el Rey de los Franceses despachará un plenipotenciario que arregle con Vuestra Excelencia esta malhadada cuestion. Hoy no puedo ponerlo en duda.

— ¿Y por qué?

— El gobierno frances se encuentra hoy en una posicion terrible, Excelentísimo Señor. En la Algería la guerra se ha encendido con mas vigor que nunca; Abd-el-Kader se presenta hoy como un enemigo formidable. En la cuestion de Oriente, la Francia sola tiene pretensiones diferentes y contrarias á las otras cuatro grandes potencias que se interponen entre el Sultan y el Pachá de Egipto; quince navíos, cuatro fragatas, y otros buques menores han sido enviados, por el gobierno frances á los Dardanelos, y si él insiste en sus pretensiones, ó si la Rusia se sostiene en proteger Constantinopla, dentro de poco el Rey Luis Felipe tendrá necesidad de enviar todas sus escuadras al Bósforo y á los Dardanelos. En el interior, la Francia no está mas tranquila, ni mas segura. La tentativa de Strasburgo ha puesto en accion a todos los napoleonistas, y los antiguos partidos empiezan á levantar su bandera parlamentaria. El ministerio Soult, si no ha caido ya, caerá pronto, y la oposicion mina y trabaja por colocar en la presidencia del consejo á alguno de sus miembros eminentes. En tal situacion, la Francia necesita conso-



lidar mas que nunca su alianza con la Inglaterra, y por una cuestion, para ella de tampoco interes, como es la del Plata, el gabinete frances no querrá hacer á lord Palmerston un desaire bien peligroso en estas circunstancias.

— Hágalo ó no lo haga, para mí es indiferente, Señor ministro. Yo no corro peligro en Constantinopla, ni en África, y por lo que hace al bloqueo, no es á mí á quien mas perjudica, como usted lo sabe.

— Ya lo sé, ya lo sé, Excelentísimo Señor : es el comercio británico el que sufre por este prolongado bloqueo.

— ¿Sabe usted qué capital inglés está encerrado en Buenos Aires porque la escuadra francesca no lo deja salir?

— Dos millones de libras en frutos del país que se deterioran cada dia.

— ¿Sabe usted cuánto es el gasto mensual que se hace por el cuidado de esos frutos?

— Veinte mil libras, Excelentísimo Señor.

— Exactamente.

— Todo eso acabo de comunicarlo á mi gobierno.

— ¿Sabe usted qué capital británico en manufacturas ha sido interrumpido en su tránsito y depositado la mayor parte en Montevideo?

— Un millon de libras. Tambien lo he comunicado á mi gobierno.

— Me alegro que lo sepa, ya que quiere sufrir esos perjuicios. Son ustedes los interesados. Por lo que hace á mí yo sé cómo defenderme del bloqueo.

— Yo he repetido muchas veces que Vuestra Excelencia lo puede todo, dijo el ministro con una sonrisa la mas insinuativa y cortesana, pero al mismo tiempo con la expresion de una verdad sentida.

— No todo, Sr. Mandeville, dijo Rosas echándose para atras en su silla y fijando sus ojos como dos flechas sobre la fisonomía de aquel en quien al parecer iba á estudiar el fondo de su conciencia, no todo, por ejemplo, cuando algun ministro extranjero abre las puertas de su casa á un unitario perseguido por la justicia y me lo oculta, yo no puedo contar con la franqueza de él para que venga á darme cuenta de tal suceso, y pedirme una gracia que yo concederia sin esfuerzo.



— ¡Cómo! ¿Ha sucedido tal cosa? Por mi parte yo no sé á qué ministro se refiere Vuestra Excelencia.

— ¿Usted no lo sabe, Señor Mandeville? dijo Rosas acentuando una por una sus palabras, con sus ojos clavados, sin pestañear, en la fisonomía de Mandeville.

— Doy á Vuestra Excelencia mi palabra de....

Basta, le interrumpió Rosas, que ántes de que hablase Mandeville se habia convencido de que en efecto ignoraba aquello que á él le interesaba saber, y porque únicamente lo habia llamado á su presencia. Basta, repitió, y se levantó para no descubrir en su rostro el sentimiento de rabia que en aquel momento le conmovia.

Mandeville habia vuelto á sus perplejidades anteriores cerca de aquel hombre de quien jamas otro alguno podia estar, ni retirarse satisfecho y tranquilo.

Rosas acababa de dar un paseo por la habitacion cuando de repente paróse, y poniendo su mano sobre el respaldo de la silla de Viguá, que habia estado batallando horriblemente con el sueño durante esta larga conversacion de que no habia entendido una sola palabra, quedó en la actitud de un hombre que reconcentra en su oído toda la sensibilidad de su alma. El motivo era ya perceptible : un caballo á todo galope se sentia venir del oeste por la calle del Restaurador; y en un minuto, el ruido de sus cascos vibraba en la cuadra de la casa de Rosas.

— Algun parte de la policía, dijo el Señor Mandeville que queria de algun modo anudar la conversacion tan bruscamente rota, y que comprendia la atencion de Rosas.

Rosas lo bañó con una mirada de desprecio, y le dijo :

— No, Señor ministro inglés : ese caballo viene de la campaña y el hombre que lo ha sentado contra la puerta de mi casa, no es celador, ni comisario de policía, sino un buen gaucho.

El ministro hizo un ligero movimiento de hombros y se levantó.

Á ese tiempo, el general Corvalan entró al comedor con un pliego en la mano.

Rosas lo abrió y no bien hubo leido las primeras líneas cuando una expresion de furor salvaje inundó su rostro, pero tan súbita que el Señor Mandeville, que habia perci-



bídola con facilidad, quedó en duda si habia sido acaso una ilusion de óptica, ó una realidad.

— Conque, Señor Mandeville, usted se retira, dijo Rosas interrumpiendo la lectura del pliego, y extendiendo la mano al Señor Mandeville que ya estaba con el sombrero en la suya.

— Vuestra Excelencia descanse en sus amigos.

— ¿Cuándo piensa usted despachar el paquete? preguntó Rosas sin haber oido siquiera las palabras del ministro.

— Pasado mañana, Excelentísimo Señor.

— Es mucho tiempo. Haga usted trabajar bien á su secretario, y que el paquete salga mañana á la tarde, ó mas bien, hoy á la tarde, porque ya son las cuatro de la mañana.

— Saldrá á las seis de la tarde, Excelentísimo Señor.

— Buenas noches, Señor Mandeville.

Y se retiró este ministro despues de tres ó cuatro profundas reverencias.

— Corvalan, que acompañen al Señor, y vuelva usted.

— ¡Señor! Señor! ¿qué le hago al gringo? dijo Viguá.

Pero Rosas sin oirle se sentó, extendió el pliego sobre la mesa, y, apoyando la frente sobre sus dos manos, continuó leyendo, miéntras á cada palabra sus ojos se inyectaban de sangre, y pasaban por su frente todas las médias tintas de la grana, del fuego y de la palidez.

Un cuarto de hora despues, él mismo habia cerrado la puerta exterior de su gabinete y se paseaba por él á pasos agitados, impelido por la tormenta de sus pasiones que se hubieran podido definir y contar en los visibles cambios de su fisonomía

---

CAPÍTULO VIII.

El amanecer.

El alba del 5 de Mayo habia despedido al fin aquella triste noche testigo de la ejecucion de un crímen horrible y de la combinacion de otros mayores.

La blanca luz de esa beldad pudorosa de los cielos que asoma tierna y sonrosada en ellos para anunciar la venida del poderoso rey de la naturaleza, no podia secar, con el ternísimo rayo de sus ojos, la sangre inocente que manchaba la orilla esmaltada de ese rio, de cuyas ondas se levantaba, cubierta con su velo de rosás, su bellísima frente de jazmines. Pero argentaba con él las torres y los chapiteles de esa ciudad á quien los poetas han llamado : « La Emperatriz del Plata; la Aténas, ó la Roma del Nuevo Mundo. »

Dormida sobre esa planicie inmensa en que reposa Buenos Aires, la ciudad de las propensiones aristocráticas por naturaleza, parecia que quisiera resistir las horas del movimiento y la vigilia que le anunciaba el dia, y conservar su noche y su molicie por largo tiempo aun. En sus calles espaciosas y rectas, se escondia aun, bajo los cuadrados edificios, alguna de esas médias tintas del claro-oscuro de los crepúsculos, que ponen en trepidacion á los ojos, y en cierto no sé qué de disgustamiento al espíritu.

Una de esas brisas del sur, siempre tan frescas y puras en las zonas meridionales de la América, purificaba á la ciudad de los vapores húmedos y espesos de la noche, que el sol no habia logrado levantar aun del lodo de las calles. Porque el invierno de 1840, como si hasta la naturaleza hubiese debido contribuir en ese año á la terrible situacion que comenzaba para el pueblo, habia empezado sus copiosas lluvias desde los primeros dias de Abril. Y aquella brisa, embalsamada con las violetas y los jacintos que alfombran en esa estacion las arenosas praderas de Barrácas, derramaba sobre la ciudad un ambiente perfumado y sutil que se respiraba con delicia.

Todo era vaguedad y silencio, tranquilidad y armonía.

Al oriente, sobre el horizonte tranquilo del gran rio el manto celestino de los cielos se tachonaba de nácares y de oro á medida que la aurora se remontaba sobre su carro de ópalo, y las últimas sombras de la noche amontonaban en el occidente los postrimeros restos de su deshecho imperio.

¡Oh! ¡por qué ese velo lúgubre y misterioso de las tinieblas no se sostenia suspendido del cielo sobre la frente de esa ciudad, de donde la mirada de Dios se habia apartado! Si la maldicion terrible habia descendido sobre su cabeza en



el rayo tremendo del enojo de la Divinidad, ¿por qué, entónces, la tierra no rodaba para ella sin sol y sin estrellas para que el escándalo y el crímen no profanasen esa luz de Mayo, cuyo rayo habia templado, treinta años ántes, el corazon y la espada de los regeneradores de un mundo?... Pero la naturaleza parece hacer alarde de su poder rebelde á las insinuaciones humanas, cuantomas la humanidad busca en ella alguna afinidad con sus desgracias. Bajo el velo de una oscura noche, una mano régia abria una ventana de palacio y hacia, en Paris, la señal de la San Bartolomé, y al siguiente dia un sol magnífico quebraba sus rayos de oro sobre las charcas de sangre de las víctimas, cuyo último gemido habia demandado de Dios la venganza de tan horrible crímen. ¡Y ante el crepúsculo de una tarde lánguida y perfumada, cuando la luna y las estrellas empezaban á rutilar su luz de plata sobre los cielos de la Italia, y la campana de *vísperas* llamaba al templo de Dios la alma cristiana, en las calles de Sicilia, una jóven dió la señal tremenda que debia fijar en un rio de sangre el recuerdo de una criminal venganza!

Como la naturaleza, la humanidad tambien debia aparecer indiferente á las desgracias que se acumulaban sobre la cabeza de ese pueblo inocente que, como fué solo en las victorias y en la grandeza, solo y abandonado debia sufrir la época aciaga de su infortunio. Porque, por una extraña coincidencia de los destinos humanos, ese pueblo argentino que surgió de las florestas salvajes para dar libertad é imprimir el movimiento regenerador en diez naciones, parece destinado á ser tan grande en la victoria como en la derrota, en la virtud como en el crímen; pues que hasta los crímenes por que ha derramado un mar de lágrimas y sangre, tienen una fisonomía original é imponente, que las eleva sobre la vulgaridad de los delitos que conmueven y ensangrentan la vida civil y política de los pueblos.

Solo, abandonado, él comprendia, sin embargo, cuál era su situacion actual, y presagiaba por instinto, por esa voz secreta de la conciencia que se anticipa siempre á hablarnos de las desgracias que nos amenazan, que un golpe nuevo y mas terrible aun que aquellos que lo habian postrado, estaba próximo á ser descargado sobre su cabeza por la mano inapiadable de la tiranía; y para contenerla él, el pueblo de



Buenos Aires no tenia, ni los medios, ni siquiera el espíritu para procurarlos.

El *terror*, — esa terrible enfermedad que postra el espíritu y embrutece la inteligencia; la mas terrible de todas, porque no es la obra de Dios, sino de los hombres, segun la expresion de Victor Hugo, empezaba á introducir su influencia magnética en las familias. Los padres temblaban por los hijos. Los amigos desconfiaban de los amigos, y la conciencia individual, censurando las palabras y las acciones de cada uno, inquietaba el espíritu, y llenaba de desconfianzas el ànimo de todos.

El triunfo de los libertadores era la oracion que cada uno elevaba á Dios desde el santuario secreto de sus pensamientos. Pero era tal la idea que se tenia de que los últimos parasismos de la dictadura serian mortales para cuantos vivian al alcance de su temible mano, que sus mas encarnizados enemigos deseaban que aquel triunfo fuese una obra pronta, instantánea, que hiriese en la cabeza al tirano, con la rapidez y prepotencia del rayo, para no dar lugar á la ejecucion de las terribles venganzas que temian. Y cuando para conseguir esto se ofrecian á sus ojos los obstáculos de tiempo, de distancia y de cosas, aquellos, los mas concienzudos enemigos del dictador, temblaban en secreto de la hora en que se aproximase el triunfo. ¡ Tal era el primer síntoma con que se anunciaba el terror sobre el espíritu !

Así era la situacion moral del pueblo de Buenos Aires en los momentos en que comenzamos nuestra historia.

Y en esos instantes en que el alba asomaba sobre el cielo, segun el principio de este capítulo, y en que el silencio de la ciudad era apénas interrumpido por el rodar monótono de algunos carros que se dirigian al mercado; un hombre alto, flaco, no pálido, sino amarillo, y ostentando en su fisonomía unos cincuenta, ó cincuenta y cinco años de edad, caminaba por la calle de la Victoria afirmándose magristralmente en su baston; marchando, con tal mesura y gravedad, que no parecia sino que habia salido de su casa á esas horas para respirar el aire puro de la mañana, ó para mostrar al rey del dia, ántes que ningun otro porteño, el inmenso chaleco colorado con que se cubria hasta el vientre, y las divisas federales que brillaban en su pecho y en su sombrero. Este hombre, sin embargo, fuera por casualidad ó intencional-

6.



mente, tenia la desgracia de que la hermosa caña de la India con puño de marfil que llevaba en su mano se le cayera dos ó tres veces en cada cuadra, rodando siempre hácia tras de su persona, cuyo incidente le obligaba á retroceder un par de pasos para cogerla, y, como era natural, á echar una mirada sobre las cuadras que habia andado, es decir, en direccion al campo; porque este individuo venia del lado del oeste, enfilando la calle de la Victoria, con direccion á la plaza.

Al cabo de veinte ó veinte y cinco caídas del baston, se paró delante de una puerta que ya nuestros lectores conocen: era aquella por donde Daniel y su criado habian entrado algunas horas ántes.

El paseante se reclinó contra el poste de la vereda, quitóse el sombrero y empezó á levantar los cabellos de su frente, como hacen algunos en lo mas rigoroso del estío. Pero por casualidad, por distraccion, ó no sabemos por qué, sumergió sus miradas á derecha é izquierda de la calle, y despues de convencerse que no habia alma viviente en una longitud de diez ó doce cuadras á lo ménos, se acercó á la puerta de la calle y llamó con el picaporte, desdeñando, no sabemos por qué, hacer uso de un leon de bronce que servia de estrepitoso llamador.

CAPÍTULO IX.

El ángel y el diablo.

No será largo el tiempo que sostengamos la curiosidad del lector sobre el nuevo personaje que acaba de introducirse en nuestros asuntos. Pero entretanto, separándonos algo bruscamente de la calle de la Victoria, y pidiendo á nuestro buen viejo Saturno el permiso de no seguirlo esta vez en su mesurada carrera, daremos un salto desde el alba hasta las doce del dia, de uno de esos dias del mes de Mayo, en que el azul celeste de nuestro cielo es tan terso y brillante que parece, propiamente hablando, un cortinaje de encajes y de raso; y apresurémonos á seguir un coche



amarillo, tirado por dos hermosos caballos negros, que dejando la casa del general Mancilla, marcan á gran trote sus gruesas herraduras sobre el empedrado de la calle de Potosí. Y por cierto que no seremos únicamente nosotros los que nos proponemos seguirle, pues no es difícil que la curiosidad se incite, y las imaginaciones de veinte años florezcan mas improvisamente que la primavera, cuando el pasaje fugitivo de ese coche da tiempo, sin embargo, á mirar por uno de los postigos abiertos una mano de mujer, escondida entre un luciente guante de cabritilla color paja, que mas bien parece dibujado que calzado en ella, y un puño de encajes blancos como la nieve, que acarician con sus pequeñas ondas aquella mano, cuya delicadeza no es difícil adivinar. Pero la mujer á quien pertenece, reclinada en un ángulo del carruaje, no quiere tener la condescendencia que su mano, y la mirada de los paseantes no puede llegar hasta su rostro.

El coche dobló por la calle de las Piedras, y fué á parar tras de San Juan, en una casa cuya puerta parecia sacada del infierno, tal era el color de llamas rojas que ostentaba.

Entónces una jóven bajó del coche, ó mas bien salvó los dos escalones del estribo, poniendo ligeramente su mano sobre el hombro de su lacayo. Y su gracioso salto dió ocasion por un momento á que asomase, de entre las anchas aldas del vestido, un pequeñito pié, preso en un botin color violeta. Y era esta jóven de diez y siete á diez y ocho años de edad, y bella como un rayo del alba, si nos es permitida esta tan etérea comparacion. Los rizos de un cabello rubio y brillante como el oro, deslizándose por las alas de un sombrero de paja de Italia, caian sobre un rostro que parecia haber robado la lozanía y colorido de la mas fresca rosa. Frente espaciosa é inteligente, ojos límpidos y azules como el cielo que los iluminaba, coronados por unas cejas finas, arqueadas y mas oscuras que el cabello; una nariz perfilada, casi trasparente, y con esa ligerísima curva apénas perceptible, que es el mejor distintivo de la imaginacion y del ingenio; y por último, una boca pequeña, y rosada como el carmin, cuyo labio inferior la hacia parecer á las princesas de la casa de Austria, por el bello defecto de sobresalir algunas líneas al labio superior,



completaban lo que puede describirse de aquella fisonomía distinguida y bella, en que cada faccion revelaba delicadezas de alma, de organizacion y de raza, y para cuyo retrato la pluma descriptiva es siempre ingrata.

Agregad á esto un talle de doce pulgadas de circunferencia, sosteniendo un delicado vaso de alabastro en que parecia colocada, como una flor, aquella bellísima cabeza, y tendréis una idea medianamente aproximada de la jóven del coche, vestida con un traje de seda color jacinto, y un chal de cachemira blanco, con guardas color naranja.

Habia algo de aéreo, de vaporoso en esta criatura, que esparcia en torno suyo un perfume que solo era perceptible al alma — al alma de los que tienen el sentimiento de la belleza. Fisonomía de perfiles, formas ligerísimamente dibujadas por el pincel delicado de la naturaleza, mas parecia la idealizacion de un poeta, que un ser viviente en este prosaico mundo en que vivimos. La jóven pisó el umbral de aquella puerta y tuvo que recurrir á toda la fuerza de su espíritu, y á su pañuelo perfumado, para abrirse camino por entre una multitud de negras, de mulatas, de chinas, de patos, de gallinas, de cuanto animal ha criado Dios, incluso una porcion de hombres vestidos de colorado de los piés á la cabeza, con toda la apariencia y las señales de estar, mas ó ménos tarde, destinados á la horca, que cuajaba el zaguan y parte del patio de la casa de Doña María Josefa Ezcurra, cuñada de D. Juan Manuel Rosas, donde la bella jóven se encontraba.

No con poca dificultad llegó hasta la puerta de la sala, y, tocando ligeramente los cristales, entró á ella esperando hallar álguien á quien preguntar por la dueña de casa. Pero la jóven no encontró en esa sala sino dos mulatas, y tres negras que, cómodamente sentadas, y manchando con sus piés enlodados la estera de esparto blanca con pintas negras que cubria el piso, conversaban familiarmente con un soldado de chiripá punzó, y de una fisonomía en que no podia distinguirse dónde acababa la bestia y comenzaba el hombre.

Los seis personajes miraron con ojos insolentes y curiosos á esa recien venida en quien no veian de los distintivos de la Federacion, de que ellos estaban cubiertos con exuberancia, sino las puntas de un pequeñito lazo de cinta rosa,



que asomaba por bajo el ala izquierda de su sombrero.

Un momento de silencio reinó en la sala.

— ¿La Señora Doña María Josefa está en casa? preguntó la jóven, sin dirigirse directamente á ninguna de las personas que se acaban de describir.

— Está, pero está ocupada, respondió una de las mulatas, sin levantarse de su silla.

La jóven vaciló un instante; pero tomando luego una resolucion para salir de la situacion embarazosa en que se hallaba, llegóse á una de las ventanas que daban á la calle, abrióla, y llamando á su lacayo, dióle órden de entrar á la sala.

El lacayo obedeció inmediatamente, y luego de presentarse en la puerta de la sala le dijo la jóven :

— Llama á la puerta que da al segundo patio de esta casa, y dí que pregunten á la Señora Doña María Josefa si puede recibir la visita de la Señorita Florencia Dupasquier.

El tono imperativo de esta órden y ese prestigio moral que ejercen siempre las personas de clase sobre la plebe, cualquiera que sea la situacion en que están colocadas, cuando saben sostenerse á la altura de su condicion, influyó instantáneamente en el ánimo de los seis personajes que, por una ficcion repugnante de los sucesos de la época, osaban creerse, con toda la clase á que pertenecian, que la sociedad habia roto los diques en que se estrella el mar de sus clases oscuras, y amalgamádose la sociedad entera en una sola familia.

Florencia, — en quien ya habrán conocido nuestros lectores al ángel travieso que jugaba con el corazon de Daniel, — esperó un momento.

No tardó en efecto, en aparecer una criada regularmente vestida, que la dijo, tuviese la bondad de esperar un momento.

En seguida anunció á las cinco damas de la federacion allí sentadas, que la Señora no podia oirlas hasta la tarde, pero que no dejasen de venir á esa hora. Ellas obedecieron en el acto; pero al salir, una de las negras no pudo ménos de echar una mirada de enojo sobre la que causaba aquel desaire que se les acababa de hacer; mirada que perdióse en el aire, porque, desde su entrada á la sala, Florencia no



se dignó volver sus ojos hácia aquellas tan extrañas visitas de la hermana política del gobernador de Buenos Aires, ó mas bien, á aquellas nubes preñadas de aire mal sano que hacian parte del cielo rojo-oscuro de la federacion.

La criada salió; pero el soldado, que no habia recibido órden ninguna para retirarse, y que estaba allí por llamamiento anterior, creyóse bien autorizado para sentarse, cuando ménos en el umbral de la puerta del salon, y Florencia quedó al fin completamente sola.

Al instante sentóse en el único sofá que allí habia, y oprimiendo sus lindos ojos con sus pequeñas manos, quedóse de ese modo por algunos segundos, como si quisiesen reposar su espíritu y su vista del rato desagradable y violento por que acababan de pasar.

Entretanto, Doña María Josefa se daba prisa en una habitacion contigua á la sala, en despachar dos mujeres de servicio con quienes estaba hablando, miéntras ponia una sobre otra veinte y tantas solicitudes que habian entrado ese dia, acompañadas de sus respectivos regalos, en los que hacian no pequeña parte los patos y las gallinas del zaguan, para que por su mano fuesen presentadas á Su Excelencia el Restaurador, aun cuando Su Excelencia el Restaurador estaba seguro de no ser importunado con ninguna de ellas. Y se apresuraba, decíamos, porque la Señorita Florencia Dupasquier, que se le habia anunciado, pertenecia por su madre á una de las mas antiguas y distinguidas familias de Buenos Aires, relacionada desde mucho tiempo con la familia de Rosas; aun cuando en la época presente, con pretexto de la ausencia de Mr. Dupasquier, su Señora y su hija aparecian muy rara vez en la sociedad.

El lector querria saber, qué clase de negocios tenia Doña María Josefa con las negras y las mulatas de que estaba invadida su casa. Mas adelante lo sabremos. Basta decir, por ahora, que en la hermana política de D. Juan Manuel Rosas, estaban refundidas muchas de las malas semillas, que la mano del genio enemigo de la humanidad arroja sobre la especie, en medio de las tinieblas de la noche, segun la fantasía de Hoffmann. Los años 33 y 35 no pueden ser explicados en nuestra historia, sin el auxilio de la esposa de D. Juan Manuel Rosas, que sin ser malo su corazon, tenia, sin embargo, una grande actividad y valor de espíritu para



la intriga política; y 39, 40 y 42 no se entenderian bien si faltase en la escena histórica la accion de Doña María Josefa Ezcurra.

Esas dos hermanas son verdaderos personajes políticos de nuestra historia, de los que no es posible prescindir, porque ellas mismas no han querido que se prescinda; y porque, ademas, las acciones que hacen relacion con los sucesos públicos, no tienen sexo.

La naturaleza no predispuso la organizacion de la hermana política de Rosas para las impresiones especiales de la mujer. La actividad y el fuego violento de pasiones políticas debian ser el alimento diario del alma de esa Señora. Circunstancias especiales de su vida habian contribuido á desenvolver esos gérmenes de su naturaleza. Y la posicion de su hermano político, y las convulsiones sangrientas de la sociedad argentina, le abrian un escenario vasto, tumultuario y terrible, tal cual su organizacion lo requeria. Sin vistas y sin talento, jamas un ser oscuro en la vida del espíritu ha prestado servicios mas importantes á un tirano que los que á Rosas la mujer de que nos ocupamos; por cuanto la importancia de los servicios para Rosas, estaban en relacion con el mal que podia inferir á sus semejantes; y su cuñada con un teson, una perseverancia y una actividad inauditas le facilitaba las ocasiones en que saciar su sed abrasadora de hacer el mal.

Esta Señora, sin embargo, no obraba por cálculo, no; obraba por pasion sincera, por verdadero fanatismo por la Federacion y por su hermano; y ciega, ardiente, tenaz en su odio á los unitarios, era la personificacion mas perfecta de esa época de subversiones individuales y sociales, que habia creado la dictadura de aquel. Época que no ha sido estudiada todavía, y que causará asombro cuando se haga conocer en ella todo cuanto puede relajarse la moral de una sociedad jóven, cuando esa relajacion es impelida por una mano poderosa que se empeña en ello; encontrando por resistencia apénas la moral y la virtud privada que se dejan arrastrar indefensas y fácilmente en el torbellino de los cataclismos públicos, porque les falta la potencia irresistible de la asociacion de ellas mismas. La asociacion de las ideas, de las virtudes, de los hombres, en fin, no existia en ese pueblo que creia con el candor del niño, que bastaba



para ser libre, grande y poderoso, el haber sido valiente en las batallas.

Desasociados los hombres, aislados los sentimientos de la justicia y de la moral, de la virtud y del decoro, fueron aniquilados al empuje violento del crímen asociado y organizado por un gobierno, cuyo objeto era ese únicamente, y que explotaba para conseguirlo todos los malos instintos de una plebe ignorante y apasionada, que buscaba el momento de reaccionarse contra un órden de cosas civilizado, que empezaba á oprimir en ella la expansion de sus habitudes salvajes.

La puerta contigua á la sala abrióse al fin, y la mano de la elegante Florencia fué estrechada entre la mano descuidada de Doña María Josefa : mujer de pequeña estatura, flaca, de fisonomía enjuta, de ojos pequeños, de cabello desaliñado y canoso, donde flotaban las puntas de un gran moño de cinta color sangre; y cuyos cincuenta y ocho años de vida estaban notablemente aumentados en su rostro por la accion de las pasiones ardientes.

— ¡ Qué milagro es este! ¿ por qué no ha venido tambien Doña Matilde? preguntó sentándose en el sofá á la derecha de Florencia.

— Mamá se halla un poco indispuesta, pero no pudiendo saludar á Vm. personalmente, me manda ofrecerla sus respetos.

— Si yo no conociera á Doña Matilde y su familia, creeria que se habia vuelto unitaria; porque ahora se conocen á las unitarias por el encerramiento en que viven. ¿Y sabe usted por qué se encierran esas locas?

— ¿Yo? no, Señora. ¿Cómo quiere usted que yo lo sepa?

— Pues se encierran por no usar la divisa como está mandado, ó porque no se la peguen con brea, lo que es una tontería, porque yo se la remacharia con un clavo en la cabeza para que no se la quitasen ni en su casa; y..... pero tambien usted, Florencita, no la trae como es debido.

— Pero al fin la traigo, Señora.

— ¡La traigo! la traigo! pero eso es como no traer nada. Así la traen tambien las unitarias; y aunque usted es la hija de un frances, no por eso es inmunda y asquerosa como son todos ellos. Usted la trae, pero.....

— Y eso es cuanto debo hacer, Señora, dijo Florencia in-

terrumpiéndola y queriendo tomar la iniciativa en la conversacion para domar un poco aquella furia humana, en quien la avaricia era una de sus primeras virtudes.

— La traigo, continuó, y traigo tambien esta pequeña donacion que, por la respetable mano de usted, hace mamá al hospital de mujeres, cuyos recursos están tan agotados, segun se dice. Y Florencia sacó del bolsillo de su vestido una carterita de marfil en donde habia doblados cuatro billetes de banco que puso en la mano de Doña María Josefa, y que no era otra cosa, que ahorros de la mensualidad para limosnas y alfileres que desde el dia de sus catorce años le pasaba su padre.

Desdobló los billetes, y dilató sus ojos para contemplar la cifra 100, que representaba el valor de cada uno; y enrollándolos y metiéndolos entre el vestido negro y el pecho, dijo, con esa satisfaccion de la avaricia satisfecha, tan bien pintada por Molière :

— ¡ Esto es ser federal! Dígale usted á su mamá que le he de avisar á Juan Manuel de este acto de humanidad que tanto la honra; y mañana mismo mandaré el dinero al Señor D. Juan Cárlos Rosado, ecónomo del hospital de mujeres, y apretaba con su mano los billetes, como si temiera se convirtiese en realidad la mentira que acababa de pronunciar.

— Mamá quedaria bien recompensada con que tuviese usted la bondad de no referir este acto, que para ella es un deber de conciencia. Sabe usted que el Señor Gobernador no tiene tiempo para dar su atencion á todas partes. La guerra le absorbe todos sus momentos; y, si no fuesen usted y Manuelita, difícilmente podria atender á tantas cargas como pesan sobre él.

La lisonja tiene mas accion sobre los malos que sobre los buenos, y Florencia acabó de encantar á la Señora con esta segunda ofrenda que la hacia.

— ¡Y bien que le ayudamos al pobre! contestó arrellanándose en el sofá.

— Yo no sé cómo Manuelita tiene salud. Pasa en vela las noches, segun se dice, y esto acabará por enfermarla.

— Anoche, por ejemplo, no se ha acostado hasta las cuatro de la mañana.

— ¿Hasta las cuatro?

— Y dadas ya.



— Pero ahora, felizmente creo que no tenemos ocurrencias ningunas.

— ¡Bah! cómo se conoce que no está usted en la política. Ahora mas que nunca.

— Cierto. Yo no puedo estar en unos secretos que solo usted y Manuelita poseen muy dignamente; pero pensaba que estando tan léjos el Entre-Rios, donde es el teatro de la guerra, los unitarios de aquí no molestarian mucho al gobierno.

— ¡Pobre criatura! Usted no sabe sino de sus gorras y de sus vestidos; ¿y los unitarios que quieren embarcarse?

— ¡Oh! eso no se les podrá impedir! La costa es inmensa!

— ¿Qué no se les puede impedir?

— Me parece que no.

— ¡Bah! bah! bah! y soltó una carcajada infernal mostrando tres dientes chiquitos y amarillos, únicos que le habian quedado en su encía inferior. ¿Sabe usted á cuántos se agarraron anoche? preguntó.

— No lo sé, Señora, contestó Florencia, ostentando la mas completa indiferencia.

— Á cuatro, hija mia.

— ¿Á cuatro?

— Justamente.

— Pero esos ya no podrán irse, porque supongo que estarán presos á estas horas.

— ¡Oh! de que no se irán yo le respondo á usted, porque se ha hecho con ellos algo mejor que ponerlos en la cárcel.

— ¡Algo mejor! exclamó Florencia como admirada, disimulando que sabia ya la suerte de aquellos infelices; pues que acababa de estar con la Señora de Mancilla, y sabia ya las desgracias de la noche anterior, aun cuando ni una palabra sobre el que habia tenido la dicha de libertarse de la muerte.

— Mejor; por supuesto. Los buenos federales han dado cuenta de ellos; los han....... los han fusilado.

— ¡Ah! los han fusilado!

— Y muy bien hecho; ha sido una felicidad aunque con una pequeña desgracia.

— ¡Oh! pero usted dice que es pequeña, Señora, y las cosas pequeñas no dan mucho que hacer á las personas como usted.



— Á veces. Uno logró escaparse.

— Entónces no tendrán mucho que molestarse para encontrarle, porque la policía es muy activa segun creo.

— No mucho.

— Dicen que en este ramo el Señor Victorica es un genio, insistió la traviesa diplomática, que queria picar el amor propio de Doña María Josefa.

—¡Victorica! no diga usted disparates — yo, yo y nadie mas que yo lo hace todo.

— Así lo he creido siempre, y en el caso actual casi estoy segura que será usted mas útil que el Señor jefe de policía.

— Puede usted jurarlo.

— Aunque por otra parte, las muchas atenciones de usted le impedirán acaso.....

— Nada, nada me impiden. Yo no sé muchas veces cómo me basta el tiempo. Hace dos horas que salí de lo de Juan Manuel, y ya sé mas sobre el que se ha fugado que lo que sabe ese Victorica que tanto ponderan.

— ¡Es posible!

— Lo que usted oye.

— ¡Pero eso es increíble..... en dos horas..... una Señora!

— Lo que usted oye, repitió Doña María Josefa cuyo flaco era contar sus hazañas, criticar á Victorica y procurar que la admirasen los que la oian.

— Lo creeré porque usted lo dice, Señora, continuó Florencia que iba entrando á carrera por la cueva en que aquella fanática mujer guardaba mal velados sus secretos.

—¡Oh! créamelo usted como si lo viera.

— Pero habrá puesto usted cien hombres en persecucion del prófugo.

— Nada de eso. Qué! Mandé llamar á Merlo que fué quien los delató; vino, pero ese animal no sabe ni el nombre ni las señas del que se ha escapado. Entónces mandé llamar á varios de los soldados que se hallaron anoche en el suceso; y allí está sentado en la puerta de la sala el que me ha dado los mejores informes. Y..... ¡verá usted qué dato! Camilo! gritó, y el soldado entró á la sala y se acercó á ella con el sombrero en la mano.

— Dígame usted, Camilo, continuó aquella, ¿qué señas puede usted dar del inmundo asqueroso salvaje unitario que se ha escapado anoche?



— Que ha de tener muchas marcas en el cuerpo, y que una de ellas yo sé dónde está, contestó con una expresion de alegría salvaje en su fisonomía.

— ¿Y dónde? preguntóle la vieja.

— En el muslo izquierdo.

— ¿Conque fué herido?

— Con sable, es un hachazo.

— ¿Está usted cierto de lo que dice?

— ¡Y qué no estaba cierto! Yo fuí quien le pegué el hachazo, Señora.

Florencia se echó atras, hácia el ángulo del sofá.

— ¿Y lo conoceria usted si lo viera? continuó Doña María Josefa.

— No, Señora, pero si lo oigo hablar le he de conocer.

— Bien, retírese usted, Camilo.

— Ya lo ha oido usted, prosiguió la hermana política de Rosas dirigiéndose á la Señorita Dupasquier que no habia perdido una sola palabra de la declaracion del bandido : ya lo ha oido usted! herido en un muslo! ¡Oh, es un descubrimiento que vale algunos miles! ¿No le parece á usted?

— Á mí! Yo no alcanzo, Señora, de qué importancia pueda serle á usted el saber que el que se ha escapado tiene una herida en el muslo izquierdo.

— ¿No lo alcanza usted?

— Ciertamente que no; pues supongo que el herido á estas horas estará curándose en su casa ó en alguna otra, y no se ven las heridas al traves de las casas.

— ¡Pobre criatura! exclamó Doña María Josefa riéndose, alzando y dejando caer su mano descarnada y huesosa sobre la rodilla de Florencia, pobre criatura! esa herida me da tres medios de averiguacion.

— ¡Tres medios!

— Justamente. Óigalos usted y aprenda algo : los médicos que asistan á un herido; los boticarios que despachen medicamentos para heridas; y las casas en que se note asistencia repentina de un enfermo. ¿Que le parece á usted?

— Si usted los halla buenos, Señora, así serán; pero en mi opinion no es gran cosa lo que se podrá adelantar con esos medios.



— ¡Oh! pero tengo otro de reserva para cuando con esos no logre nada.

— ¿Otro medio mas?

— ¡Por supuesto! Los que he indicado son para las diligencias de hoy y de mañana; pero el lúnes ya tendré cuando ménos una pluma del pájaro.

— Me parece que ni el color de las plumas ha de ver usted, Señora, respondióle Florencia con una sonrisa llena de picantería y de gracia, calculada para irritar y dar movimiento á aquella máquina de cuchillos que tenia á su lado.

— ¡Qué no! Ya verá usted el lúnes.

— ¿Y por qué el lúnes y no otro dia cualquiera?

— ¿Por qué? ¿usted cree, Señorita, que las heridas de los unitarios no vierten sangre?

— Sí, Señora, vierten sangre como las de cualquier otro; quiero decir, deben verterla; porque yo no he visto jamas la sangre de ningun hombre.

— Pero los salvajes unitarios no son hombres, niña.

— ¿No son hombres?

— No son hombres; son perros, son fieras, y yo andaria pisando sobre su sangre sin la menor repugnancia.

Un estremecimiento nervioso conmovió toda la organizacion de la jóven, pero se dominó.

— ¿Conviene usted, pues, en que sus heridas vierten sangre? continuó Doña María Josefa.

— Sí, Señora, convengo.

— Entónces, ¿convendrá usted tambien en que la sangre mancha las ropas con que se está vestido?

— Sí, Señora, tambien convengo en ello.

— ¿Que mancha las vendas que aplican á las heridas?

— Tambien.

— ¿Las sábanas de la cama?

— Así debe ser.

— ¿Las toallas en que se secan las manos los asistentes del enfermo?

— Tambien puede ser.

— ¿Cree usted todo esto?

— Sí, Señora, lo creo, pero todas esas cosas me intrigan, y lo que mas puedo asegurar á usted es, que no entiendo una palabra de lo que quiere usted decirme. — Y en efecto,

Florencia, con toda la vivacidad de su imaginacion hacia vanos esfuerzos por alcanzar el pensamiento maldito á que precedian aquellos preámbulos.

— ¡Toma! Vamos á ver. ¿Qué dia reciben la ropa sucia las lavanderas?

— Generalmente el primer dia de la semana.

— Á las ocho ó las nueve de la mañana, y á las diez van con ella al rio, ¿entiende usted ahora?

— Sí, contestó Florencia asustada de la imaginacion endemoniada de aquella mujer, que le sugeria recursos que no habrian pasado por la suya en todo el curso de su vida.

— La lavandera no ha de ser unitaria, y aunque lo fuese, ella ha de lavar la ropa delante de otras, y yo daré mis órdenes á este respecto.

— ¡Ah! es un plan excelente, dijo la jóven que ya hacia un gran esfuerzo sobre sí misma para soportar la presencia de aquella mujer cuyo aliento le parecia que estaba tan envenenado como su alma.

— ¡Excelente! y sé que no se le habria ocurido á Victorica en un año.

— Lo creo.

— Ni mucho ménos á ninguno de esos unitarios fatuos y botarates que creen que todo lo saben y que para todo sirven.

— De eso no me cabe la mínima duda, exclamó la Señorita Dupasquier con tal prontitud y alegría, que cualquiera otra persona que Doña María Josefa, habria comprendido la satisfaccion que animó á la jóven al hacer esa justicia á los unitarios : á esa clase distinguida á que ella pertenecia por su nacimiento y educacion.

— ¡Oh! ¡Florencita, no vaya usted á casarse con ningun unitario! Ademas de inmundos y asquerosos, son unos tontos, que el mas ruin federal se puede jugar con todos ellos. Y, á propósito de casamiento, ¿cómo está el Señor D. Daniel, que no se deja ver en parte alguna de algun tiempo á aquí?

— Está perfectamente bueno de salud, Señora.

— Me alegro mucho. Pero cuidado, abra usted los ojos; mire usted que le doy un buen consejo.

— ¡Que abra los ojos! ¿Y para ver qué, Señora? interrogó Florencia, cuya curiosidad de mujer amante no habia dejado de picarse un poco.

— ¿Para qué? Oh! usted lo sabe bien. Los enamorados adivinan las cosas.

— ¿Pero qué quiere usted que yo adivine?

— ¡Toma! ¿no ama usted á Bello?

— ¡Señora!

— No me oculte usted lo que yo sé muy bien.

— Si usted lo sabe...

— Si yo lo sé, debo prevenir que hay moros en la costa, que tenga cuidado de que no la engañen, porque yo la quiero á usted como á una hija.

— ¡Engañarme! ¿quién? Aseguro á usted, Señora, que no la comprendo, replicó Florencia algo turbada, pero haciendo esfuerzos sobre sí misma para arrancar de Doña María Josefa el secreto que le indicaba poseer.

— ¡Pues es gracioso! ¿y á quién he de referirme sino al mismo Daniel?

— ¡Oh! eso es imposible, Señora; Daniel no me ha engañado jamas, contestó con altivez Florencia.

— Yo he querido creerlo asi, pero tengo datos.

— ¿Datos?

— Pruebas. ¿No ha pensado usted en Barrácas mas de una vez? Vamos, la verdad; á mí no me engaña nadie.

— Alguna vez hablo de Barrácas, pero no veo qué relacion tenga Barrácas conmigo.

— Con usted, indirecta: con Daniel, directamente.

— ¿Lo cree usted?

— Y mejor que yo, lo sabe y lo cree una cierta Amalia, prima hermana de un cierto Daniel, conocido y algo mas de una cierta Florencia. ¿Comprende usted ahora, mi paloma sin hiel? dijo la vieja riéndose y acariciando con su mano sucia la espalda tersa y rosada de Florencia.

— Comprendo algo de lo que usted quiere decirme, pero creo que hay alguna equivocacion en todo esto, contestó la jóven con fingido aplomo, pues que su corazon acababa de recibir un golpe para el cual no estaba preparado, aun cuando le era perfectamente conocida la maledicencia de la persona con quien hablaba; ¡ qué mujer no está pronta siempre á creerse engañada y olvidada del ser á quien consagra su corazon y sus amores!

— No me equivoco, no, Señorita. ¿Á quién ve esa Amalia, viuda, independiente y aislada en su quinta? á Daniel sola-



mente. ¿Qué ha de hacer Daniel, jóven y buen mozo, al lado de su prima jóven, linda y dueña de sus acciones? no han de ponerse á rezar segun me parece. ¿De qué proviene la vida retirada que hace Amalia? Daniel lo sabrá porque es el único que la visita. ¿Qué se hace Daniel que no se le ve en ninguna parte? es porque Daniel va todas las tardes á ver á su prima, y á la noche á ver á usted. Esta es la moda de los mozos de ahora: dividir el tiempo con cuantas pueden. Pero ¿qué es eso? ¡Se pone usted pálida!

— No es nada, Señora, dijo Florencia que en efecto estaba pálida como una perla, porque toda su sangre se detenia en su corazon.

— ¡Bah! exclamó Doña María Josefa, soltando una carcajada estridente. Bah! bah! bah! Y eso que no le digo todo; lo que son las muchachas!

— ¡Todo! exclamó Florencia.

— No, no quiero poner mal á nadie, y seguia riéndose á carcajada tendida, gozando de los tormentos con que estaba torturando el corazon de su víctima.

— Señora, yo me retiro, dijo Florencia levantándose casi trémula.

— ¡Pobrecita! Tírele bien las orejas; no se deje engañar, y sin levantarse soltaba de nuevo sus malignas carcajadas, y era la risa del diablo la que estaba contrayendo y dilatando la piel gruesa, floja y con algunas manchas amoratadas de la fisonomía de esa mujer, que en ese momento hubiera podido servir de perfecto tipo para reproducir las brujas de las leyendas españolas.

— Señora, yo me retiro, repitió Florencia extendiendo la mano á quien acababa de enturbiar en su alma el cristal puro y trasparente de su felicidad, con la primera sombra de una sospecha horrible sobre la fidelidad de su amante.

— Bien, mi hijita, á Dios. Memorias á mamá y que se mejore para que nos veamos pronto. Á Dios, y abrir los ojos! eh! y riéndose todavía acompañó á la Señorita Dupasquier hasta la puerta de la calle.

La infeliz jóven subió á su carruaje, y tuvo que desprender los broches del vestido que oprimia su cintura de sílfide, para poder respirar con libertad, pues en ese momento estaba á punto de desmayarse. En Florencia habia una de esas organizaciones desgraciadas que carecen de esa triste conso-

lacion del llanto, que indudablemente arrebata en sus gotas una gran parte de la opresion física en que ponen al corazon las impresiones improvisas, y dolorosas.

La reflexion, esa facultad que levanta al hombre á la altura de la Divinidad que lo ha creado, y que, sin embargo, suele servirnos muchas veces para dar amplificacion á los males de que queremos libertarnos con ella, vino á llenar de sombras el espíritu impresionable de aquella jóven.

— En efecto, se decia Florencia, Daniel monta á caballo con frecuencia; nunca he sabido dónde pasa las tardes. Muchas noches, la de ayer por ejemplo, se ha retirado de mi casa á las nueve. Nunca me ha ofrecido la relacion de su prima. Por otra parte, esta mujer que lo sabe todo; que tiene á su servicio todos los medios que le sugiere su espíritu perverso para saber cuanto pasa, y cuanto se dice en Buenos Aires. Esta mujer que me ha hablado con tal seguridad; que posee pruebas, segun me ha dicho. Esta mujer que no tiene ningun motivo para aborrecerme y engañarme. ¡Oh! ¡es cierto! es cierto, Dios mio! exclamaba Florencia, oprimiendo con una de sus manos su perfilada frente cuyo color de rosa huia y reaparecia en cada segundo. Y su cabeza se perdia en un mar de recuerdos, de reflexiones y de dudas, sin tener el vigor necesario para sacudirse de esa especie de vértigo que la anonadaba, porque en ella la sensibilidad, el corazon, como se dice vulgarmente, era mas poderoso y activo que su viva y brillante inteligencia, y la absorbia toda en las situaciones en que un pesar ó una felicidad profunda la conmovian.

Agitada, pálida, no pensando ya sino en las conversaciones de Daniel relativas á Amalia, en que tantas veces habia ponderado su belleza, su talento y la delicadeza de sus gustos, Florencia llegó á su casa á la una y média de la tarde, decidida á referir á su madre cuanto acababa de oir, porque Florencia no habia tenido en la vida mas amor que el de Daniel, ni mas amistad que la de su madre. Felizmente la Señora Dupasquier acababa de salir y Florencia se encontró sola en su salon, en tanto que se aproximaba el momento de recibir la visita de Daniel, segun la hora que le habia anunciado en su carta de la mañana.

CAPÍTULO X.

Una agente de Daniel.

Á las nueve de la mañana, Daniel se vestia tranquilamente ayudado por su fiel Fermin, que habia cumplido ya todas las comisiones de que habia sido encargado por su Señor.

— ¿Florencia misma recibió las flores? le preguntó miéntras pasaba la escobilla por su cabello castaño oscuro y por su patilla rala que se abria artificialmente en la barba, segun las prescripciones federales de la época.

— Ella misma, Señor.

— ¿Y la carta?

— Junto con las flores.

— ¿ Observaste si estaba contenta?

— Me parece que sí, pero se sorprendió cuando le di la carta. Me preguntó si habia ocurrido alguna novedad.

— ¡Pobrecita! Vamos á ver, ¿cómo estaba vestida? cuéntame todo; pero primero, lo que estaba haciendo cuando llegaste.

— Estaba bajo la planta de jazmines que hay en el patio, desenvolviendo los papelitos de los rizos.

— ¡De sus rizos de oro, de sus rizos cuyas hebras tienen atado mi corazon al suyo! continúa, dijo Daniel, acabando de atar con negligencia una corbata de seda negra á su cuello.

— No hacia nada mas.

— Pero te he preguntado cómo estaba vestida.

— Con un vestido blanco con listas verdes, todo abierto por delante y atado á la cintura.

— ¡Bellísima descripcion! Eso se llama un baton de mañana, Fermin. ¡Qué linda estaria! Y bien ¿qué mas?

— Nada mas.

— Eres un tonto.

— Pero, Señor, si no tenia otro vestido.

— Sí, pero tenia zapatos ó botines, tenia algun pañuelo,

alguna cinta, alguna otra cosa en fin que tú has debido ver para contármelo todo.

— ¡Y cuándo iba á fijarme en todo eso, Señor! respondió el criado de Daniel con esa calma y esa expresion burlona en la fisonomía, peculiares al gaucho; porque Fermin lo era por su primera educacion, aun cuando los hábitos de la ciudad habian corregido mucho aquellos de su niñez.

— Peor para ti. Vamos á otra cosa. ¿Quiénes están ahí?

— La mujer á quien fuí á llamar de parte de usted, y Don Cándido.

— ¡Ah! mi maestro de palotes; ¡el genio de los adjetivos y de las digresiones! ¿Y qué motivo lo trae por esta casa? ¿Sabes algo de eso, Fermin?

— No, Señor. Me ha dicho que tiene precision de hablar á usted; que hoy á las seis vino y halló la puerta cerrada, que volvió á las siete, y desde esa hora está esperando á que usted se levante.

— ¡Diablo! ¡mi antiguo maestro de escritura no ha perdido la costumbre de incomodarme, y habria querido que me levantase á las seis de la mañana! Hazlo entrar á mi escritorio, pero despues que se haya retirado doña Marcelina, y esta puede entrar ya, dijo Daniel poniéndose una bata de tartan azul, que hacia resaltar la blancura de sus lindas manos, porque eran en efecto manos que podrian dar envidia á una coqueta.

— ¿La hago entrar aquí? preguntó Fermin como dudando.

— Aquí, mi casto Señor Don Fermin. Me parece que no hablo en griego. Aquí, á mi alcoba, y ten cuidado de cerrar la puerta del escritorio que da á la sala, y tambien la de este aposento cuando entre esa mujer.

Un momento despues un ruido como el que hace el papel de una pandorga cuando acaba de secarse al sol, y el niño lo sacude para ver si está en estado de pegarse al armazon, anunció á Daniel que las enaguas de Doña Marcelina venian caminando á par de ella por el gabinete contiguo.

Ella apareció, en efecto, con un vestido de seda color borra de vino y un pañuelo de merino amarillo con guardas negras, del cual la punta del inmenso triángulo que formaba á sus espaldas la caia regiamente sobre el tobillo izquierdo. Un pañuelo blanco de mano, muy almidonado y



tomado por el medio para que las cuatro puntas pudiesen mostrar libremente unos cupidos de lana color rosa que resplandecian en ellas; y un gran moño de cinta colorada en la parte izquierda de la cabeza, completaban la parte visible de los adornos de esa mujer en cuyo semblante moreno y carnudo, donde lo mejor que habia eran unos grandes ojos negros que debieron ser bellos cuando conservaban su primitivo brillo, estaban muy claramente definidos y sumados unos cuarenta y ocho inviernos con sus correspondientes tempestades; declaracion que se empeñaban en disimular en vano dos gruesos rulos que caian hasta la barba, de un cabello grueso, áspero, y cuyo color estaba apostando á que no lo distinguirian entre el chocolate y el café aguado. Agregando á esto una estatura mas bien alta que baja, un cuerpo mas bien gordo que flaco, donde lo mas notable era un pecho que parecia un vientre, ya se podrá tener una idea aproximada de Doña Marcelina, á quien Daniel saludó sin levantarse del sillon, y con esa sonrisa que nada tiene de familiar, aun cuando mucho de animador, que es un atributo de las personas de calidad acostumbradas á tratar con inferiores.

— La necesito á usted, Doña Marcelina, la dijo haciéndola señas de que ocupase una silla frente á él.

— Siempre estoy á las órdenes de usted, Señor D. Daniel, contestó la recien venida sentándose y estirando el vestido por los lados, tomándolo con la punta de los dedos, como si fuese á bailar el circunspecto y gentil minuet de nuestros padres; haciendo que la silla desapareciese bajo tan voluminosa nube.

— Ante todas cosas ¿cómo va la salud y cómo están en casa? preguntó Daniel, que era hombre que jamas pisaba fuerte sin haber tanteado ántes el terreno, aun cuando sobre él hubiese caminado la víspera.

— Aburrida, Señor; hoy se hace una vida en Buenos Aires capaz de purgar todos los pecados que una tenga.

— Eso habrá adelantado usted para cuando pase á la vida eterna, respondióla Daniel mirando sus manos y como si ellas solas le preocupasen.

— Otros tienen mas pecados que yo y ganarán el cielo, dijo doña Marcelina meneando la cabeza.

— ¿Por ejemplo?

— Por ejemplo, los que usted sabe.

— Hay ciertas cosas que yo las olvido con facilidad.

— Pues yo no, y si viviera doscientos años no dejaria un dia de recordarlas.

— Mal hecho; perdonar á nuestros enemigos es un precepto de nuestra religion.

— ¡Perdonarlos! ¿Perdonarlos despues del bochorno que me hicieron sufrir, despues de haberme hecho perder mi reputacion, confundiéndome con las mujeres públicas? Jamas. Yo tengo un corazon de Capuleto.

— ¡Bah! exclamó Daniel conteniendo la risa al oir la comparacion de Doña Marcelina, usted exagera siempre cuando habla de esas cosas.

— ¿Qué dice usted? exagerar! pues no es nada! ¡meterme en una carreta junta con las demas; confundirme con ellas; querer mandarme al Arroyo Azul; á mí que jamas habia recibido en mi casa sino la flor y nata de Buenos Aires! No, no crea usted que fué por mi conducta; fué una venganza política, porque mis opiniones eran conocidas de todos. Mis primeras relaciones fueron con unitarios. Me visitaban ministros, abogados, poetas, médicos, escritores; lo mejor que habia en Buenos Aires; y por eso el tirano de Perdriel me puso en lista, cuando Tomas Anchorena decretó el destierro de las mujeres públicas: ese viejo tartufo y usurero que bien hacian en decirle :

El inmortal macuquino,
Gran sacerdote apostólico,
No gastará un real en vino
Aunque reviente de cólico.

— Hermosos versos, Doña Marcelina.

— Magníficos. Eran los que le componian el año 33. Ah! ese insulto lo recibí en tiempo de la primera administracion de este gaucho asesino que me hizo víctima de mis opiniones políticas, y quizá tambien de mi amor á la literatura, porque este salvaje proscribió á todos los que nos dedicábamos á ella. Todos mis amigos fueron desterrados. Ah! época fausta de los Varelas y Gallardos! pasó, pasó á la nada, come dice..... ¡Acuérdese usted, Señor D. Daniel, acuérdese usted! y Doña Marcelina que empezaba á sudar

despues de su discurso, se pasó el pañuelo con pinos por la frente, y se echó á los hombros el que le cubria el pecho.

— Fué una injusticia atroz, la respondió Daniel con una cara en cuya grave y magistral seriedad estaba pintada la mas franca expresion de la risa que estaba agitando su espíritu.

— ¡Atroz!

— Y de que solo las relaciones de usted pudieron salvarla.

— Así fué, ya se lo he referido á usted muchas veces; me salvó uno de mis mas respetables amigos que se condolió de la inocencia ultrajada por la barbarie, que es lo mas inhumano, como dice Rousseau, exclamó con énfasis Doña Marcelina, cuyo flaco eran las citas literarias, y cuyo fuerte eran las citas de otra especie.

— Rousseau tuvo razon en escribir esa admirable novedad, dijo Daniel conteniendo la risa que le hervia en el pecho al oir aquel nombre y aquella citacion en los labios de Doña Marcelina.

— Pues eso fué lo que dijo. Oh! ¡si supiese usted la memoria que tengo! sabia la Argia y la Dido, verso por verso, al otro dia de representarse por la primera vez.

— ¡Admirable memoria!

— Pues así es. ¿Quiere usted que le recite el sueño de Dido, ó el delirio de Creon, que tiene unas diez páginas y que empieza así :

« Triste fatalidad! Dioses supremos....... »

— No, no, gracias, la dijo Daniel interrumpiéndola, temblando de que quisiera continuar hasta el fin aquel eterno delirio, que hace delirar de fastidio en la tragedia del poeta clásico de los unitarios.

— Muy bien, como usted quiera.

— ¿Y ahora qué lee usted, Señora Doña Marcelina?

— Ahora estoy leyendo el Hijo del Carnaval, para luego leer la Lucinda, que está concluyendo mi sobrina Tomasita.

— ¡Excelentes libros! ¿Y quién le presta á usted esa escogida coleccion de obras? preguntóla Daniel reclinándose en un brazo del sillon y fijando sus ojos tranquilos y pe-

netrantes en la fisonomía de aquella desacordada mujer.

— Á mí no me los prestan; es á mi sobrinita Andrea á quien se los lleva el Señor Cura Gaete.

— ¡El Cura Gaete! dijo Daniel no pudiendo ya contener la risa á que dió salida libremente.

— Y yo se lo agradezco mucho; porque las personas que tienen instruccion, saben que es necesario que las jóvenes lean lo malo como lo bueno para que no las engañen en el mundo.

— Perfectamente pensado, Doña Marcelina. Pero lo que no entiendo es cómo una persona con los principios políticos de usted acepta la amistad de ese honrado sacerdote que es hoy la mas brillante joya de la federacion.

— ¡Qué! Si á él mismo le canto la cartilla todos los dias!

— ¿Y la sufre á usted?

— La echa de tolerante. Se rie, me da la espalda, y se va al cuarto de Gertruditas á leerle los libros que lleva.

— ¡Gertruditas! Tambien tiene usted otra jóven de ese nombre en su casa.

— Es una sobrina mia á quien he recogido hace un mes.

— ¡Santa Bárbara! ¡tiene usted mas sobrinas que nietos tuvo Adan por la línea de Seth, hijo de Cain y de Ada! ¿Ha leido usted la Biblia, Doña Marcelina?

— No.

— ¿Pero habrá leido usted á Don Quijote?

— Tampoco.

— Pues ese Don Quijote, que era un buen hombre, muy parecido en la figura y en otras cosas á Su Excelencia el general Oribe, declaraba que no podia haber una república bien constituida sin cierto empleo, y ese empleo es el que usted ejerce dignamente.

— ¿El de protectora de mis sobrinas desgraciadas, querrá usted decir?

— Exactamente.

— Hago por ellas lo que puedo.

— Pero ¿qué haria usted, si el reverendo Cura de la Piedad hallase en casa de usted lo que yo encontré el dia que por primera vez entré en ella, bajo la recomendacion de Mr. Douglas?

— ¡Oh! Dios mio, seria perdida! Pero el Cura Gaete no sera

tan curioso como lo fué el Señor Don Daniel Bello, dijo Doña Macelina con cierto aire de reconvencion cariñosa.

— Tiene usted razon, y yo la tengo tambien. Fuí á su casa para entregarle una carta que debia llevar usted adónde yo se lo indicase. La pedí un tintero para poner la direccion de la carta; á ese tiempo llamaron á la puerta; me dijo usted que me ocultase en la alcoba y que en la mesa hallaria un tintero; lo busqué sin hallarlo, abrí el cajon y...

— Usted no debió haber leido lo que allí habia, picaruelo, dijo interrumpiéndolo Doña Marcelina con un tono cada vez mas cariñoso, que tomaba siempre cuando Daniel hablaba de este asunto, cosa que sucedia cada vez que se veian.

— ¿Y cómo resistir á la curiosidad? ¡Periódicos de Montevideo!

— Que me mandaba mi hijo como se lo he dicho á usted.

— ¡ Sí, pero la carta!

— ¡Ah! sí, la carta! Por ella me habrian fusilado sin compasion estos bárbaros. Qué imprudencia la mia! ¿Y qué ha hecho usted de esa carta, mi buen mozo, la conserva usted siempre?

— ¡ Oh! ¡eso de decir usted que les habia de cortar la trenza á todas las mujeres de la familia de Rosas cuando entrase Lavalle, eso es muy grave, Doña Marcelina!

— ¡Qué quiere usted! El entusiasmo! ¡las ofensas recibidas! pero qué! Yo soy incapaz de hacerlo! ¿Y la carta la conserva usted, tunante? preguntó de nuevo Doña Marcelina, haciendo un notable esfuerzo para sonreirse.

— Ya le he dicho á usted que tomé esa carta para librarle de un peligro.

— Pero usted debió romperla.

— Y habria hecho una inaudita bestialidad.

— ¿ Pero para qué la conserva usted?

— Para tener un documento con que hacer valer el patriotismo de usted, si alguna vez sufren un cambio las cosas. Yo quiero que los servicios que suele prestarme sean bien recompensados mas tarde.

— ¿Para ese solo objeto la guarda usted?

— No me ha dado usted motivos hasta ahora de mudar de idea, respondió Daniel marcando pausadamente sus palabras.

— ¡Ni los daré jamas! exclamó la pobre mujer descargando sus pulmones de una inmensa columna de aire que se habia comprimido en ellos durante la conversacion de la carta, que era su pesadilla diaria.

— Así lo creo. Y ahora vamos á lo que tenemos que hacer. ¿Ha visto usted á Douglas?

— Hace tres dias que lo vi. Antenoche embarcó á cinco individuos, de los cuales dos le fueron proporcionados por mí.

— Muy bien. Hoy tiene usted que volver á verlo.

— ¿Hoy?

— Ahora mismo.

— Iré en el acto.

Daniel pasó á su escritorio, levantó su tintero de bronce, tomó la carta que habia escrito y guardado bajo de él la noche anterior; púsole en seguida una nueva cubierta, y tomando una pluma volvió á su aposento.

— Ponga usted el sobre de esta carta.

— ¿Yo?

— Sí, usted : á Mr. Douglas.

— ¿Nada mas?

— Nada mas.

— Ya está, dijo la tia de todas las sobrinas despues de haber escrito aquel nombre, sirviéndole de mesa su maciza rodilla.

— Irá usted á lo de Mr. Douglas, le hablará á solas y le entregará esa carta de mi parte.

— Así lo haré.

— Guarde usted la carta en el seno.

— Ya está. No tenga usted el mínimo cuidado.

— Á otra cosa.

— Lo que usted ordene.

— Necesito estar solo en casa de usted, mañana ó pasado mañana á la tarde, por média hora solamente.

— Por el tiempo que usted quiera. Saldré con las nuchachas á pasear; pero ¿y la llave?

— Hoy mismo hará usted hacer otra igual, y me la mandará mañana temprano determinándome el dia y la hora en que saldrá usted; prefiero que sea á la oracion, porque quiero evitar el que me vean.

— ¡Oh! la calle de mi casa es un desierto! Solo en verano,



como está la casa á média cuadra del rio, suele pasar alguna gente á bañarse.

— Quiero tambien que deje usted abiertas las puertas interiores.

— Hay poco que robar.

— Algun dia habrá mas. No exijo de usted sino discrecion y silencio; la menor imprudencia, sin costarme á mí un cabello, le costaria á usted la cabeza.

— Mi vida está en manos de usted hace mucho tiempo, Señor Don Daniel; pero aunque así no fuera yo me haria matar por el último de los unitarios.

— Aquí no se habla de unitarios, ni yo le he dicho á usted nunca lo que soy. ¿Está usted informada de todo?

— No hay dos que tengan la memoria que yo, respondió Doña Marcelina que se hallaba algo turbada por el tono tan serio con que Daniel acababa de hablarla.

— Bien, hágase usted cargo que la he enseñado un trozo de versos, y despidámonos.

Y Daniel entrando á su gabinete abrió su escritorio y sacó un billete de quinientos pesos.

— Ahí tiene usted para la llave y para comprar dulces en el paseo que hará con las sobrinas.

— ¡Vale usted un Perú! exclamó la recitadora de la Argia. En sola una vez, y sin interes, es usted mas generoso, continuó, que el fraile Gaete en todo un mes con mi sobrina Gertrúdis.

— Sin embargo, guárdese usted de indisponerse con él; y hasta mas ver.

— Hasta siempre, Señor Don Daniel, y haciendo un saludo que no dejaba de tener cierto airecillo de buen tono, salió Doña Marcelina moviéndose como una polacra hamburguesa cuando navega con viento en popa.

CAPÍTULO XI.

Donde aparece el hombre de la caña de la India.

Apénas Doña Marcelina estuvo fuera de la sala, cuando Fermin introdujo al hombre del paseo matinal, en el gabinete de su Señor.

Con el sombrero en la mano izquierda y la caña de la India en la derecha, entró con paso magistral, poniendo luego sombrero y baston en una silla, y dirigiéndose á Daniel con la mano estirada.

— Buenos dias, mi Daniel querido y estimado. Por ser el dia en que mas he necesitado hablarte parece que se me han puesto mayores dificultades para conseguirlo, ¡ á mí, à tu primer maestro! Pero en fin, ya estoy á tu lado, y, con tu permiso, me siento.

— Sabe usted, Señor, que yo me levanto tarde generalmente.

— Siempre tuviste esa costumbre intrínseca, ese instinto innato; mas de una vez te puse en penitencia severa por haber faltado á las horas improrogables de clase.

— Y con todas las penitencias, no logró usted enseñarme á escribir, que es lo peor que pudo sucederme, mi querido Señor D. Cándido.

— De lo que yo me lisonjeo mucho.

— ¡ Es posible! Mil gracias, Señor.

— En los treinta y dos años que he ejercido la noble, ardua y delicada tarea de maestro de primeras letras, he observado que solo los tontos adquieren una forma de escritura hermosa, clara, fácil, limpia, en poquísino tiempo; y que todos los niños de grandes y brillantes esperanzas, como tú, no aprenden jamas una escritura regular, mediana siquiera.

— Gracias por la lisonja, pero declaro á usted que yo me avendria mucho con tener ménos talento y mejor letra.

— Pero eso no obsta á que me tengas cariñoso y sincero afecto, ¿ no es verdad?

— Cierto que no, Señor; respeto á usted como á toda las personas que dirigieron mi infancia.

— ¿Y me prestarias un servicio el dia que tuviese necesidad de ti?

— En el acto, si estaba en mi mano. Hábleme usted con franqueza.

— ¿Sí?

— Hoy los quebrantos en la fortuna, por ejemplo, son casi generales. Nada mas comun que los apuros de dinero en épocas como la que atravesamos. Hábleme usted con franqueza, le repitió Daniel cuya delicadeza habia querido ahorrar á su maestro el disgusto de amplificar la situacion pública en cuanto al estado de las fortunas, por si acaso era asunto de dinero el que le traia á su casa.

— No, no es dinero metálico, ni en papel moneda lo que necesito; felizmente con mis ahorros junté un pequeño capital de cuya renta vivo pasablemente, cómodamente. Es otra cosa de mayor importancia la que quiero de ti. Hay épocas terribles en la vida. Épocas de calamidad, de trastornos, cuando las revoluciones nos ponen en peligro á inocentes y á culpables. Porque las revoluciones son como las tormentas desatadas, furiosas, que al bajel que toman en alta y procelosa mar lo ponen á pique de zozobrar con todos los hombres que lleva adentro, buenos ó malos, judíos ó cristianos. Recuerdo un viaje que hice á las Vacas. ¡Qué viaje! Iba con nosotros un padre franciscano. ¡Excelente hombre! Porque mira, Daniel, por mas que se diga de los sacerdotes, los hay ejemplares; los hemos tenido aquí mismo que eran un modelo de caridad y de virtud. Hay otros malos, es verdad; pero todo es así en la vida, y...

— Perdone usted, Señor, creo que usted se ha distraido de su asunto especial, le dijo Daniel, que conocia prácticamente ser el hombre con quien hablaba uno de aquellos que no acabarian jamas sus digresiones, si no se les cortase el discurso.

— Á eso voy.

— Lo mejor de este mundo, Señor, es empezar las cosas por el principio y marchar de prisa en línea recta para llegar pronto adonde vamos. Al asunto, pues, insistió Daniel que á pesar de que solia divertirse algunas veces con la multitud de adjetivos, extravagantes los mas, con que amenizaba las



digresiones su antiguo maestro de escritura, ese dia no tenia su espíritu para juegos, ni tiempo para perder.

— Bien ; voy á hablarte como á un hijo tierno, cariñoso, discreto y racional.

— Con lo último, basta, Señor; ádelante.

— Yo sé bien que tú estás á buenas anclas, prosiguió Don Cándido, en quien los circunloquios formaban, juntos con los adjetivos, el carácter distintivo de su oratoria.

— No entiendo.

— Quiero decir que tus relaciones encumbradas, tus amigos distinguidos, tus lazos estrechos y continuamente rozados por el trato frecuente, familiar y poderoso de tus asunros propios, y las recomendaciones de tu Señor padre...

— Por el amor de Dios, Señor : créame usted que no está en mi organizacion el resistir mucho tiempo á ciertas situaciones. ¿ Qué es lo que quiere usted decirme?

— Á eso iba, genio de pólvora. Lo mismo, lo mismo eras cuando te sentabas á mi derecha con tus rizos hasta los hombros y tu polaquita azul. En cuanto te madaba escribir, si encontrabas la puerta abierta, dejabas la gorrita y echabas á correr hasta tu casa. Decia pues, que tu posicion distinguida á que te han abierto camino dilatado, llano y florido, las amistades de tu padre honrado, generoso y patriota, como á la vez tu talento exquisito y tu gusto extremado por el trato franco y cordial de los hombres...

— Muy bueno ¿ y qué puedo hacer por usted?

— Óyeme.

— Oigo.

— Yo sé que á medida que los sucesos apuran que las circunstancias apremian, es mejor...

— ¿ Pero no es mucho mejor que me diga usted lo que quiere ?

— Á ello voy.

— ¡ Paciencia ! dijo Daniel entre sí mismo, dominándose como era su costumbre despues de algunos años.

— ¿Tú tienes relaciones?

— Muchas, adelante.

— Y entre ellas la del Señor jefe de policía Don Bernardo Victorica. ¿ No se verdad ?

— Es cierto, y ¿ qué es lo que usted quiere ?

— Óyeme, Daniel. Yo te he enseñado á escribir, yo te



quise como á un hijo por lo vivo, alegre, travieso, inteligente, activo...

— Gracias, gracias, Señor.

— Tú eres casi el único de mis discípulos antiguos cuya amistad cultivo al presente; á este desgraciado presente que envuelto en la nube iracunda, tormentosa y fosfórica de las convulsiones ocultas, de las pasiones desencadenadas, hace ó está para hacer la desgracia completa, irremisible y fatal de mi existencia.

— Conque ¿que es lo que usted deseaba? preguntóle Daniel mordiéndose los labios, pero sin dejar asomar á su fisonomía la mas leve señal de la impaciencia que le agitaba.

— Deseaba, pues, que me hicieras un grande y no ménos importante servicio, Daniel.

— Pero eso es lo mismo que me dijo usted al empezar la conversacion, Señor.

— Despacio, vamos por partes.

— Vamos como usted quiera, vamos.

— ¿Tú tienes relaciones?

— Sí, Señor.

— ¿Poderosas?

— Sí, Señor.

— ¿Y con Victorica tambien?

— Sí, Señor.

— Entónces Daniel, hazme...

— ¿Qué?

— Daniel, en nombre de tus primeras planas que yo corregia con tanto gusto, hazme..... ¿estamos solos?

— Perfectamente solos, le contestó Daniel algo sorprendido al ver que Don Cándido se ponia pálido á medida que hablaba.

— Entónces, Daniel querido y estimado, hazme.....

— ¿Qué? por todos los santos del cielo.

— Hazme poner en la cárcel, Daniel, dijo Don Cándido, pegando su boca á la oreja de su discípulo, que se dió vuelta, y con toda la fuerza de su alma, clavó los ojos en su fisonomía para ver si descubria algo que le convenciera que realmente su maestro estaba loco.

— ¿Te sorprendes? continuó Don Cándido, sin embargo yo exijo de ti ese servicio eminente, como el mas valioso, importante y caro que puedo recib r de hombre nacido.

— Y ¿qué objeto se propone usted con estar en la cárcel? interrogó Daniel que no podia formarse una idea que lo calmase sobre el estado moral de su interlocutor

— ¿Qué objeto? vivir con seguridad, tranquilo, descansado miéntras pasa la tormenta espantosa y horrísona que nos amenaza.

— ¿La tormenta?

— Sí, jóven, tú no comprendes nada todavía de las terribles y sangrientas revoluciones de los hombres, y sobre todo, de las equivocaciones fatales que hay comunmente en ellas. El año 20, en aquel terrible año en que todos parecian locos en Buenos Aires, yo fuí preso dos veces por equivocacion; y estoy temblando de que en el año 40, en que todos parecen demonios, me corten la cabeza por equivocacion tambien. Yo sé lo que hay, sé lo que va á suceder, y quiero estar en la cárcel por alguna causa civil, por alguna causa que no sea política.

— ¿Pero qué hay? ¿Qué va á suceder? preguntó Daniel empezando á traslucir alguna cosa de importancia en el pensamiento de Don Cándido.

— ¡Qué hay! ¿No lees la *Gaceta?* ¿No lees todos los dias esas terríficas amenazas del furor popular, de sangre, de exterminio, de muerte?

— Pero eso es contra los unitarios, y segun creo usted no ha contraido compromisos políticos.

— Ningunos; pero esas amenazas aterrantes, fulmíneas é incendiarias, no son contra los unitarios, sino contra todos; y ademas yo tiemblo de las equivocaciones.

— ¡Aprehensiones, Señor!

— ¡Aprehensiones! No ves esos hombres de aspecto tremebundo y sangriento, que de algunos meses á aquí han salido, creo que de los infiernos, y que se encuentran en los cafés, en las calles, en las plazas, en las puertas sacras y puríficas de los templos, con sus inmensos puñales á la cintura, afilados como el perfil de la A mayúscula?

— ¿Y bien? ¿Usted no sabe que el puñal ha sido y será siempre la espada de la federacion?

— Pero esos son los síntomas primeros, atronadores y centellantes de la tempestad que he profetizado. El momento faltaba, pero el momento va á llegar.

— ¿Y por qué va á llegar ese momento? Hable usted, Señor.



— ¡Oh! ese es el secreto que traigo en el pecho como una rueda de puñales desde hoy á las cuatro de la mañana.

— Señor, confieso á usted que si no me habla con claridad y sin secretos en el pecho, no podré entenderle una palabra, y tendré el disgusto de decirle que tengo una forzosa diligencia que hacer á estas horas.

— No, no te irás. Oye.

— Oigo, pues.

Don Cándido se levantó, fué á la puerta del gabinete que daba á la sala, miró por la boca llave, y despues de convencerse que no habia nadie del otro lado de la puerta, volvió á Daniel y le dijo al oído con tono misterioso :

— ¡ La-Madrid se ha declarado contra Rosas!

Daniel dió un salto en la silla; un relámpogo de alegría brilló en su semblante, pero que súbitamente apagóse al influjo de la poderosa voluntad de ese jóven, que se ejercia especialemente sobre las revelaciones con que el semblante humano hace traicion con frecuencia á las situaciones del espíritu.

— Usted delira, Señor, le respondió volviendo á sentarse tranquilamente.

— Cierto, Daniel, cierto como que los dos estamos ahora conversando juntos y solos. ¿No es verdad que estamos solos?

— Y tanto, que si usted no me refiere cuanto dice saber, creeré que todavía me reputa como á un niño y que se burla de mí. Y los ojos de Daniel bañaron con su lumbre activa toda la fisonomía de aquel hombre que iba á ser observado hasta en lo mas secreto de su pensamiento.

— No te incomodes, mi Daniel querido y estimado. Óyeme y te convencerás de lo que digo. Tú sabes que despues que dejé la clase de escritura, es decir, hace cuatro años, me retiré á mi casa á vivir tranquilamente del fruto de mi pequeño capital. Y, para que cuidase de la casa y de mi ropa, conservé á mi servicio una mujer de edad, blanca, arribeña; muy buena mujer, aseada, prolija, económica.....

— Pero, Señor, ¿qué tiene que ver esa mujer con el general La-Madrid?

— Ya lo verás. Esa mujer tiene un hijo, que despues de diez años trabajaba de peon en Tucuman; ¡ hijo excelente,

jamas deja de mandarle una parte de sus ahorros á su madre! Habiéndote dicho esto ¿lo has oido bien?

— Demasiado bien, señor.

— Entónces vamos á lo que hace á mí. Mi casa tiene una puerta de calle. Ah! se me olvidaba decirte, que el hijo de la mujer que me sirve vino de chasque a mediados del año pasado, ¿estás?

— Estoy.

— Mi casa pues tiene una puerta de calle, y el cuarto de mi sirvienta una ventana sin reja que da á la calle. Despues de estos últimos meses, en que todos vivimos temblando en Buenos Aires, el sueño ha huido fugitivo de mis ojos, y no es dormir sino estar en pesadilla lo que yo hago. Yo concurria á una tertulia de malilla, en casa de unos amigos antiguos, honrados, leales, que no hablan jamas de la recóndita política de nuestro tiempo adverso, desgraciado y calamitoso; pero ya no concurro, y desde la oracion me encierro en mi casa.

— ¡Válgame Dios, señor! pero ¿qué tiene que ver la tertulia de malilla con?...

— Á eso voy.

— ¿Ádónde? ¿á la tertulia de malilla?

— No, al acontecimiento.

— Al de La-Madrid.

— Sí.

— ¡Gracias á Dios!

— Á noche, á las cuatro de la mañana, estaba yo desvelado como de costumbre, cuando de repente siento que un caballo pára á la puerta, y que el ruído de un laton decia claramente, que el hombre que se desmontaba era un oficial, ó un soldado. Yo no soy hombre de armas; tengo horror á la sangre, y, te lo confesáré todo, mi cuerpo se puso á temblar y un sudor frio me bañó de los piés á la cabeza, la cosa no era para ménos, ¿no es verdad?

— Prosiga usted, Señor.

— Prosigo. Me tiré de la cama, abrí sin hacer ruido el postigo de la ventana; despues una rendija de esta; la noche estaba oscura, pero distinguí que al otro lado de la puerta, en la ventana de Nicolasa mi sirvienta, el hombre de á caballo estaba llamando sin mucho ruido, y que en seguida, y despues de cambiadas algunas palabras que no oí, la ven-



tana se abrió y el hombre entró en el cuarto. Mis ideas se confundieron, mi cabeza era un horno volcanizado y ardiente, me creí vendido, y sin perder un momento salí descalzo al patio, y fuí á mirar por el ojo de la llave en el cuarto de Nicolasa. Y ¿á quién te parece que reconocí?

— Dígalo usted, y lo sabré con mas propiedad.

— Al hijo obediente, sumiso y cariñoso de Nicolasa, que la estaba abrazando. Sin embargo, yo no me retiré por eso, quise convencerme bien de que no me amenazaba ningun peligro eminente, y escuché atento. Nicolasa ofreció hacerle una cama, pero él rehusó, diciéndola que tenia que volver en el acto á la casa del gobernador, que venia de chasque de la provincia de Tucuman, y hacia un momento que habia entregado los pliegos.

— Prosiga usted, pero sin olvidar cosa alguna, le dijo Daniel, á quien ya no importunaban los adjetivos, los episodios, ni los circunloquios.

— Todas las palabras las tengo en la memoria como grabadas con candente fierro. La dijo, que los pliegos eran de unos señores muy ricos de Tucuman, en que le anunciarian al gobernador, problablemente, lo que habia hecho el general La-Madrid. Nicolasa curiosa, indagadora, como toda mujer, le hizo preguntas á este respecto, y el hijo, conjurándola á que guardase el mas profundo silencio, la refirió, que luego de llegar La-Madrid á Tucaman se pronunció públicamente contra Rosas, que todo el pueblo lo habia recibido en fiesta, y que el gobierno lo habia nombrado, y hecho reconocer, general en jefe de todas las tropas de línea y milicia de la provincia, como tambien por jefe del estado mayor al coronel D. Lorenzo Lugones, y jefe de coraceros del órden al coronel D. Mariano Acha ¡Imagínate, hijo mio, la impresion que todo esto me causaria, desnudo como estaba yo en la puerta de Nicolasa!

— Sí, si, prosiga usted, dijo Daniel, que estaba devorando palabra por palabra cuantas salian de la boca de D. Cándido, que hubiese querido pagar con toda su fortuna, y que, sin embargo, no obraban la menor alteracion en su exterior, pues que estaba oprimiendo los movimientos de su fisonomía, con la potencia irresistible de su voluntad.

— ¿Qué he de proseguir, qué mas necesitamos saber? Todo lo que en seguida contó á su madre, no fué sino so-



bre fiestas, sobre alegría, y sobre movimientos militares en las provincias, declarándose casi todas contra Rosas.

— Pero pronunciaria algun otro nombre, alguna cosa especial.

— Ninguna. Estuvo apénas diez minutos con su madre; y se fué despues de darla algun dinero y de besarla la mano, prometiéndola que hoy volveria, si no lo despachaban de madrugada; porque ese hijo ¡oh! te voy á contar toda la historia...

— ¿Qué edad tiene ese hombre?

— Es jóven, veinte y dos ó veinte y tres años á lo mas; alto, rubio, nariz aguileña, buen mozo, gallardo, fuerte, varonil.

— Á los veinte y dos años un hombre no es comunmente malo. Un hijo que atiende á su madre desde léjos, es un hombre de corazon. No tenia interes ninguno en engañar á su madre. Don Cándido no ha mentido en una palabra de cuanto me ha dicho, luego el suceso es cierto. ¡ Providencia divina ! dijo Daniel para sí mismo, sin dar atencion á los últimos adjetivos de Don Cándido.

— Y bien, continuó, será muy cierto cuanto usted me dice del general La-Madrid, pero no alcanzo la consecuencia personal que saca usted para sí mismo.

— ¿ Para mí ? Para todos, debes decir. Mira, hablemos con franqueza : á pesar de todas las apariencias, es imposible que seas amigo del gobierno, que quieras los desórdenes y la sangre. ¿No es verdad?

— Señor, yo tendré mucho honor en recibir todas las confianzas que quiera usted hacerme, dando á usted la mas completa seguridad en mi secreto, pero no es esta una ocasion que me inspire la necesidad de hacer confidencias sobre mis opiniones políticas.

— Bien, bien, esa es prudencia, pero yo sé lo que me digo; y te decia tambien, ó queria decirte, que el suceso del general La-Madrid va á irritar exuberantemente al señor gobernador; que su irritacion sanguínea va á comunicarse rápida y sutilmente á todos esos caballeros á quienes, ni tú, ni yo tenemos el honor de conocer, y que no debes tener la menor duda que han sido mandados por el diablo. Quiero decir tambien, que todas las amenazas de la *Gaceta* van á cumplirse; que van á herir y matar á diestra y si-



niestra; y que aunque tenga yo la conviccion profunda, religiosa y santa de mi inocencia, no tengo la seguridad de que no me maten por equivocacion cuando ménos. Y es esto lo que es preciso evitar; lo que es preciso que evites tú, mi Daniel querido y estimado. ¿Estás ahora?

— Lo único que pienso es que, con tales temores, lo mejor que podrá usted hacer, será no salir de su casa miéntras llega y se acaba la tormenta horrísona, como usted la llama.

— Y ¿qué sacamos con eso? Se entrarán á mi casa por entrarse á la del vecino, y por matar á Juan de los Palotes, matarán á Don Cándido Rodríguez, antiguo maestro de primeras letras, hombre honrado, pacífico, caritativo y moral.

— ¡Oh! pero eso seria una cosa horrible!

— Sí, señor, horrible para mí, espantosa, cruel, pero que no por eso dejaria yo de sufrirla inocente y doloridamente.

— ¿Pero qué hacer entónces?

— Evitarla, impedirla, estorbarla, repelerla, escaparla, huirla.

— ¿Y cómo?

— Escucha. Entrando en la cárcel, no por órden del señor gobernador, sino por alguna otra órden subalterna, el gobernador que no me conoce y que no sabrá nada, porque no se me pondrá preso por causas políticas, no dará órden ninguna contra mi persona. La cárcel no ha de ser invadida, y si lo fuese, el alcaide tendrá tiempo de informar sobre los motivos de mi prision. Viviré en la cárcel tan felizmente como en mi casa una vez que viva tranquilo. Los soldados no me asustarán, al contrario, ellos serán mi garantía contra todo asalto de la Sociedad Popular, sobre todo contra toda equivocacion.

— Todo eso no pasa de ser un desatino, pero suponiendo que fuese una cosa muy racional, ¿cómo quiere usted, Señor Don Cándido, que lo haga yo poner en la cárcel? ¿de qué pretexto valerme?

— ¡Pero eso es lo mas fácil! Yo te lo diré . te vas á ver ahora mismo á Victorica y le dices que yo te acabo de insultar groseramente, y que miéntras entablas tu accion criminal, pides mi prision en el dia; me llevan preso, yo no



reclamo, tú no das paso alguno, y héme aquí en la cárcel, hasta que yo te pida que me saques de ella.

— Pero señor, no es costumbre entre nosotros, que los hombres de mi edad vayan á quejarse á las autoridades cuando reciben un insulto privado. Sin embargo la situacion de usted me interesa, continuó Daniel cuya cabeza preocupada con la noticia importante que acababa de recibir tan accidentalmente, no dejaba, empero, de calcular el partido que podria sacarse de aquel hombre enfermado por el terror, que á todo se prestaria con la mayor docilidad, á cambio de adquirir un poco de confianza sobre los peligros que su imaginacion le creaba.

— ¡Oh! yo bien sabia que te interesarias por mí, tú el mas noble, bondadoso, y fino de mis antiguos discípulos. Me salvarás, ¿no es verdad?

— Creo que sí. ¿Se contentaria usted con un empleo privado al lado de una persona cuya posicion política en la actualidad es la mejor recomendacion de federalismo para los individuos que la sirven?

— ¡Ah! eso seria el colmo de mis deseos. Yo nunca he sido empleado, pero lo seré. Y ademas, seré empleado sin sueldo. Cedo desde ahora mis emolumentos al objeto que quiera mi noble y distinguido patron, á quien desde ahora tambien profeso el mas íntimo, profundo y leal respeto. ¡Tú me salvas, Daniel!

Y Don Cándido se levantó y abrazó á su discípulo, con una efusion de cariño á que él habria llamado entusiástica, ardiente, espontánea y simpática.

— Retírese usted tranquilo, Señor Don Cándido, y tenga usted la bondad de volver á verme mañana.

— ¡Sin falta, sin falta!

— No siendo á las seis de la mañana, bien entendido.

— No, vendré á las siete.

— Tampoco. Venga usted á las diez de la mañana.

— Bien; vendré á las diez, seré exacto y puntual á la cita.

— Una palabra : guarde usted el mas profundo silencio sobre el asunto del general La-Madrid.

— He determinado no dormir esta noche para no hablar de él soñando. Te lo juro á fe de honrado y pacífico ciudadano.

— Nada de juramentos, señor, y hasta mañana, dijo Daniel sonriendo, dando la mano, y acompañando á su maestro hasta la puerta del gabinete.

— Hasta mañana, mi Daniel querido y estimado, el mas bueno y generoso de mis antiguos discípulos. Hasta mañana.

Y D. Cándido Rodríguez salió de la casa de Daniel, con su caña de la India bajo el brazo, sin tomar las precauciones que á su entrada en ella, por cuanto pocas horas faltaban para que fuese empleado cerca de un gran señor de la federacion de 1840.

— Son las doce, Fermin. Pronto, una frac ó una levita, cualquier cosa, dijo Daniel á su criado que entró al gabinete en el momento de salir D. Cándido.

— Han venido de casa del coronel Salomon, le dijo Fermin.

— ¿Han traido una carta?

— No, señor. El coronel Salomon mandó decir á usted, que no le contestaba por escrito porque no hallaba el tintero en ese momento, pero que hoy á las cuatro de la tarde se iba á reunir la Sociedad, y que esperaba á usted á las tres y média.

— Bien, dáme la ropa.

CAPÍTULO XII.

Florencia y Daniel.

Pocos minutos faltaban para que el gran reloj del cabildo marcase las dos horas de la tarde, cuando Daniel Bello dejó la casa del señor ministro de Relaciones exteriores, D. Felipe Arana, en la calle de Representantes, por la cual siguió en direccion al sur, hasta encontrarse con la calle de Venezuela que cruza la ciudad de este á oeste; y doblando por ella, en direccion al Bajo, caminó hasta la calle de la Reconquista.

Daniel no habia adelantado nada en aquella visita sobre



lo que hacia relacion con su amigo Eduardo, ó mas bien, mucho habia ganado en contentamiento desde que se impuso de que el señor ministro Arana no sabia una palabra de los sucesos de la noche anterior, aun cuando, al llegar Daniel, el señor ministro venia de dejar la casa de Su Excelencia el Gobernador, y puesto de su parte todos los medios que estaban á su alcance para saber, ántes que Victorica, lo que habia ocurrido en el Bajo de la residencia, segun las propias palabras del señor ministro.

Y era esto precisamente cuanto Daniel deseaba en lo demas, es decir, una ignorancia completa, ó una confusion de relaciones en todos aquellos á quienes se habia dirigido, y cuyos informes debia recoger en el resto de ese dia.

Ya sabia que el ministro estaba ajeno de cuanto habia pasado. Iba á saber, por la linda boca de su Florencia, lo que hablaban Doña Agustina Rosas de Mancilla y Doña María Josefa Ezcurra sobre aquel incidente, cuya relacion que de él hicieran, debia provenir directamente de la casa de Rosas, adonde habrian afocádose los informes de Victorica y sus agentes, y adonde esas señoras concurrian todas las mañanas; y por último, esa tarde sabria lo mas ó ménos informada que estaba la Sociedad Popular y su presidente, sobre las ocurrencias de la noche anterior, con lo cual habria tomado entónces todos los caminos oficiales y semioficiales por donde podia andar, mas ó ménos oculta, en la capital de Buenos Aires, una noticia de la clase de aquella que tanto le interesaba saber.

Entretanto, él no habia perdido el tiempo en su ministerial visita, pues habia conseguido que el señor ministro Arana se envolviese en una red, primorosamente tejida por las manos de ese jóven que, casi solo, sin mas armas que su valor, y sin mas auxiliares que su talento, en una época en que todos los vínculos y todas las consideraciones de honor y de amistad empezaban á ser relajadas prodigiosamente por el terror en ese pueblo sorprendido por la tiranía; pero en el cual, es preciso decirlo, no habia desenvuéltose nunca ese espíritu de asociacion que sus necesidades morales reclamaron siempre; por ese jóven decíamos que era una especie de conspiracion viva contra Rosas, admirable por su temeridad, aun cuando reprensible por su petulancia al querer trastonar, con la sola potencia de su espíritu,



un órden de cosas constituido mas bien por la educacion social del pueblo argentino, que por los esfuerzos y los planes del dictador.

Don Felipe Arana, qne tenia grande respeto á los talentos de Daniel, á quien mas de una vez consultaba sobre alguna redaccion de fórmula, ó alguna traduccion del frances, cosas ambas de muy grave importancia y de no menor dificultad para el señor ministro de Relaciones exteriores, habia consentido en aceptar un consejo de Daniel, con la candidez que le era característica, y con aquella inocencia que empezó á revelarse en él desde el año de 1804, en que se afilió en la hermandad del santísimo sacramento, y cubierto con su pelliza de terciopelo punzó, y con la campanilla en la mano, marchaba delante de la custodia, cuando en el primer domingo de cada mes salia de la santa iglesia catedral la procesion que se llamaba de la renovacion, por ser el dia en que se renovaba la hostia consagrada.

Y aquella aceptacion de aquel consejo iba á convertirse en un árbol de excelentes frutos para aquel jóven, á quien solo faltaba apoyo para ser uno de los actores principales del drama revolucionario por que pasaba el pueblo de Buenos Aires, y en cuya cabeza, á pesar de su aislamiento, se desenvolvia, despues de algunos meses, un plan todo él de conspiracion activa contra Rosas, que irá conociéndose mas tarde, á medida que los acontecimientos sobrevengan; como dentro de poco habrá ocasion tambien de saberse algo sobre esa tan importante concesion que acababa de conseguir de D. Felipe Arana.

Y entretanto, diremos que Daniel habia doblado por la calle de la Reconquista, y caminaba con ese aire negligente, pero elegante, que la naturaleza y la educacion regalan á los jóvenes de espíritu y de gustos delicados, y que los elegantes por artificio no alcanzan á reproducir jamas. Con su levita negra abotonada, y sus guantes blancos, en la edad mas bella de la vida de un hombre, y con su fisonomía distinguida, y ese color americano que sirve á marcar tan bien las pasiones del alma y la fuerza de la inteligencia, Daniel era acreedor muy privilegiado á la mirada de las mujeres, y á la observacion de los hombres de espíritu, que no podian ménos de reconocer un igual suyo en aquel jóven en cuyos hermosos ojos chispeaba el talento, y que



revelaba la seguridad y la confianza en sí mismo, propiedad exclusiva de las organizaciones privilegiadas, en su aire medio altanero y medio descuidado.

Llegado á la calle de la Reconquista, nuestro jóven no tardó mucho en pisar la casa de la bien amada de su corazon.

De pié junto á la mesa redonda que habia en medio del salon, y sus ojos fijos en un ramo de flores que habia en ella, colocado en una hermosa jarra de porcelana, Florencia no veia las flores, ni sentia la impresion de sus perfumes, aletargada por la influencia de su propio pensamiento, que la estaba repitiendo, palabra por palabra, cuantas acababa de oir salir de boca de Doña María Josefa; al mismo tiempo que dibujaba á su capricho la imágen de esa Amalia á quien creia estar viendo bajo sus verdaderas formas.

La abstraccion de su espíritu era tal, que solo conoció que habian abierto la puerta del salon, á cuya daba la espalda, y entrado álguien en él, cuando la despertó de su enajenamiento el calor de unos labios que imprimieron un tierno beso sobre su mano izquierda, apoyada en el perfil de la mesa.

— ¡Daniel! exclamó la jóven volviéndose y retrocediendo súbitamente.

Y ese movimiento fué tan natural, y tan marcada la expresion, no de enojo, sino de disgusto, que asomó á su semblante, y tan notable la palidez de que se cubrió, en vez de esos ramos de rosas con que asoma el pudor á las mejillas de una joven en tales casos, que Daniel quedó petrificado por algunos instantes.

— Caballero, mi mamá no está en casa, dijo luego Florencia con un tono tranquilo y lleno de dignidad.

— ¡Mi mamá no está en casa, caballero! repitió Daniel como si le fuera necesario decirse él mismo esas palabras para creer que salian de los labios de su querida. Florencia, continuó, juro por mi honor, que no comprendo el valor de esas palabras, ni cuanto acabo de ver en ti.

— Quiero decir, que estoy sola, y que espero querrá usted usar para conmigo de todo el respeto que se debe á una señorita.

Daniel se puso colorado hasta las orejas.

— Florencia, por el amor de Dios, díme que estás ju-



gando conmigo, ó díme si es verdad que yo he perdido la cabeza.

— La cabeza no, pero ha perdido usted otra cosa.

— ¿Otra cosa?

— Sí.

— ¿Y cuál, Florencia?

— Mi estimacion, señor.

— ¡Tu estimacion! ¿yo?

— ¡ Y qué le importa á usted el cariño, ni la estimacion mia! dijo Florencia con una fugitiva sonrisa, y marcando ese gesto de desden que era el mas bello juguete de su pequeña boca.

— ¡Florencia! exclamó Daniel dando un paso hácia ella.

— ¡ Quieto! caballero, dijo la jóven sin moverse de su puesto; y alzando su cabeza y extendiendo su brazo hácia Daniel que casi tocaba con sus labios la palma de la linda mano de su amada. Pero fué tal la dignidad y la resolucion que acompañaron la palabra y la accion de la señorita Dupasquier, que Daniel quedó como clavado en el lugar que pisaba. Y en seguida retrocedió algunos pasos, y afirmó su brazo izquierdo sobre el repaldo de una silla, miéntras Florencia apoyaba su mano sobre la mesa redonda.

Los dos amantes se estuvieron mirando algunos segundos, creyendo tener cada uno el derecho de esperar explicaciones. La escena empezaba á cambiar.

— Creo, señorita, dijo Daniel rompiendo el silencio, que si he perdido la estimacion de usted, á lo ménos me queda el derecho de preguntar por la causa de esa desgracia.

— Y yo, señor, si no tengo el derecho, tendré la arbitrariedad de no responder á esa pregunta, repuso Florencia con esa altanería régia que es una peculiaridad de las mujeres delicadas cuando están, ó creen estar, ofendidas por su amado, miéntras poseen la conciencia de no tener él nada que reprocharlas.

— Entónces, señorita, me tomaré la libertad de decir á usted, que si en todo esto no hay una burla que ya se prolonga demasiado, hay una injusticia que está ofendiendo á usted en el concepto mio, replicó Daniel con seriedad.

— Lo siento, pero me conformo.

Daniel se desesperaba.

Otro momento de silencio volvió á reinar.

— Florencia, si anoche me retiré á las nueve, fué porque un asunto importante reclamaba mi presencia léjos de aquí.

— Señor, es usted muy libre para entrar á mi casa, y retirarse de ella á las horas que mejor le plazca.

— Gracias, señorita, dijo Daniel mordiéndose los labios.

— Gracias, caballero.

— ¿De qué, señorita?

— De vuestra conducta.

— ¡De mi conducta!

— ¿Se ha levantado usted sordo, caballero? repite usted mis palabras como si las estuviera aprendiendo de memoria, dijo Florencia riéndose y bañando á Daniel con una mirada la mas desdeñosa del mundo.

— Hay ciertas palabras que yo necesito repetirlas para entenderlas.

— Es un trabajo inútil esa repeticion.

— ¿Puedo saber por qué, señorita?

— Porque bien tiene obligacion de oir lo que se le dice, y comprender las cosas, aquel que tiene dos oídos, dos ojos y dos almas.

— ¡Florencia! exclamó Daniel con voz irritada : aquí hay una injusticia horrible, y yo exijo una explicacion ahora mismo.

— Exijo, ¿ha dicho usted?

— Sí, señorita, lo exijo.

— ¿Me hace usted el favor de volver á repetirlo?

— ¡Florencia!

— ¿Señor?

— ¡Oh! basta, esto ya es demasiado.

— ¿Le parece á usted?

— Me parece, señorita, que esto ó es una burla indigna, ó es buscar un pretexto de rompimiento, bien incompatible con personas de nuestra clase; y tres años de constancia y de amor me dan derecho á interrogar por la causa de un procedimiento semejante; y á pedir la razon del modo porque así se me trata.

— ¡Ah! ya no exige usted, *pide*, ¿no es verdad? Eso es otra cosa, mi apreciable señor, dijo Florencia midiendo á Daniel de piés á cabeza con una mirada la mas altiva y despreciativa posible.



Toda la sangre de Daniel subió á su rostro. Su amor propio, su honor, la conciencia de su buena fe, todo acababa de ser herido por la mirada punzadora de Florencia.

— Exijo ó pido, como usted quiera; pero quiero ¿entiende usted, señorita? quiero una explicacion de esta escena, dijo volviendo á apoyar su mano en el respaldo de la silla.

— Calma, señor, calma : necesita usted mucho de su voz, y hace mal en gastarla alzándola tanto. ¿Supongo no querrá usted olvidar que es á una mujer á quien está hablando?

Daniel se estremeció. Esa reconvencion le era mas amarga todavía que las anteriores palabras de Florencia.

— ¡Yo estoy loco, debo estar loco, Dios mio! exclamó bajando la cabeza y apretando sus ojos con la mano.

Un momento de silencio volvió á reinar en la sala. Daniel lo interrumpió al fin.

— Pero, Florencia, el proceder de usted es injusto, inaudito; ¿me negará usted el derecho que tengo para solicitar una explicacion?

— ¡Una explicacion! ¿y de qué, señor? ¿De mi proceder injusto?

— Eso es lo que pido, señorita.

— ¡Bah! Eso es pedir una necedad, caballero. En la época en que vivimos no se piden explicaciones de las injusticias que se reciben.

— Sí, pero eso será muy bueno cuando se trate de asuntos de política, pero creo que ahora.....

— ¿Qué cree usted?

— Que no tratamos de política

— Usted se engaña.

— ¡Yo!

— Cierto. Creo que conmigo son los únicos asuntos que le conviene á usted tratar; á lo ménos, tengo mis razones de creer que son los únicos para que le sirvo á usted.

Daniel comprendió que Florencia le echaba en cara el servicio que la habia pedido en su carta de la víspera, y este golpe dado en su delicadeza agitó visiblemente sus facciones, miéntras que Florencia lo miraba con una expresion mas bien de lástima que de resentimiento.

— Yo pensaba que la señorita Florencia Dupasquier, dijo

Daniel con sequedad, tenia algun interes en el destino de Daniel Bello, para tomarse alguna incomodidad por él cuando algun peligro amenazaba la existencia de sus amigos, ó la suya propia quizá.

— ¡Oh! esto último, caballero, no puede inquietar mucho á la señorita Dupasquier.

— ¡De véras!

— Desde que la señorita Dupasquier sabe perfectamente que si algun peligro amenaza al señor Bello, no le faltará algun lugar retirado, cómodo y lleno de felicidad, donde ocultarse y evitarlo.

— ¡Yo!

— Me parece que es con usted con quien estoy hablando.

— Un paraje lleno de felicidad donde ocultarme, repitió Daniel cada vez mas extraviado en aquel laberinto.

— ¿Quiere usted que hable en frances, señor, ya que en español parece que hoy no entiende usted una palabra? He dicho en muy buen castellano y lo repito, un paraje lleno de felicidad, una gruta de Armida, una isla de Ednido, un palacio de Hadas; ¿no sabe usted dónde es esto, Señor Bello?

— Esto es insufrible.

— Por el contrario, señor, esto es muy ameno. Le estoy á usted hablando de lo que mas le interesa en este mundo.

— ¡Florencia, por Dios!

— ¡Ah! ¿no le ha parecido á usted bien la comparacion de la gruta de Armida y la isla de Ednido? Vamos, compararé entónces su lugar encantado con la isla de Calipso; uste, será su Telémaco; ¿le parece á usted bien?

— Por el cielo, ó por el infierno; ¿dónde es ese paraje á que está usted haciendo esas alusiones insoportables?

— ¿De véras?

— ¡Florencia, esto es horrible!

— No tal; es bien divertido.

— ¿Qué?

— Hablo de la gruta. ¿Son muy bellos los jardines, Señor?

— ¿Pero dónde, dónde?

— En Barrácas, por ejemplo, y diciendo estas palabras la jóven dió la espalda á Daniel y empezó á pasearse por la



sala con el aire mas negligente del mundo, miéntras en su inexperto corazon ardia la abrasadora fiebre de los celos; esa terrible enfermedad del amor cuyos mayores estragos se obran á los diez y ocho y á los cuarenta años en la vida de las mujeres.

— ¡En Barrácas! exclamó Daniel dando precipitadamente algunos pasos hácia Florencia.

— Y bien, ¿no estaria usted perfectamente allí? continuó la jóven volviéndose á Daniel. Ademas, continuó moviendo la cabeza y repitiendo su gesto favorito, usted tendria cuidado de que no le hiriesen, para evitar el que su retiro fuese descubierto por los médicos, los boticarios ó las lavanderas.

— ¡En Barrácas! herido! Florencia, me matas si no te explicas.

— ¡Oh! no se morirá usted; á lo ménos hará usted lo posible por no morirse en la época mas venturosa de su vida. Ni siquiera temo que se deje usted herir en el muslo izquierdo, que debe ser una terrible herida cuando es hecha por un sable enorme.

— ¡Son perdidos, Dios mio! exclamó Daniel cubriéndose el rostro con sus manos.

Un momento de silencio reinó entre aquellos dos jóvenes que, amándose hasta la adoracion, estaban sin embargo torturándose el alma, al influjo del genio perverso que habia soplado la llama de los celos en el corazon de una mujer jóven y sin experiencia.

Pero ese silencio cesó pronto. Sin dar tiempo á que Florencia lo evitase, Daniel se precipitó á sus piés, y de rodillas, oprimió entre sus manos su cintura.

— Por el amor del cielo, Florencia, la dijo alzando los ojos hácia ella, pálido como un cadáver, por ti, que eres mi cielo, mi dios y mi universo en este mundo, explícame el misterio de tus palabras. Yo te amo. Tú eres el primer amor, el último amor de mi existencia. Ella te pertenece como tu alma, luz de mi vida, encanto angelicado de mi corazon. Mujer ninguna es en el mundo mas amada que tú. Pero ¡oh Dios mio! no es el amor lo que debe ocuparnos en este momento solemne en que está pendiente la muerte sobre la cabeza de muchos inocentes, y quizá yo entre ellos, alma del alma mia. Pero no es mi vida, no, lo que me inquieta; hace



mucho tiempo que la juego en cada hora del dia, en cada minuto; mucho tiempo que sostengo un duelo á muerte contra un brazo infinitamente superior al mio; es la vida de....... Oye, Florencia, porque tu alma es la mia, y yo creo hacerlo en Dios cuando deposito en tu pecho mis secretos y mis amores; oye : es la vida de Eduardo y la de Amalia la que peligra en este momento; pero la sangre de ellos no puede correr sino mezclada con la mia, y el puñal que atraviese el corazon de Eduardo ha de llegar tambien hasta mi pecho.

—¡Daniel! exclamó Florencia inclinándose sobre su amante y oprimiéndole la cabeza con sus manos, como si temiera que la muerte se lo arrebatase en ese momento. La espontaneidad, la pasion, la verdad estaban reflejándose en la fisonomía y en las palabras de Daniel, y el corazon de Florencia empezaba á regenerarse de la presion de los celos.

— Sí, continuó Daniel teniendo siempre oprimida con sus manos la cintura de Florencia, Eduardo ha debido ser asesinado anoche; yo pude salvarlo moribundo, y era preciso ocultarlo porque los asesinos eran agentes de Rosas. Pero ni mi casa, ni la de él podian servirnos.

— ¡Eduardo asesinado! ¡Dios mio! ¡qué dia espantoso es este para mi corazon! ¿pero no morirá, no es cierto?

— No, está salvado. Oye; oye todavía : era necesario conducirlo á alguna parte y lo conduje á lo de Amalia. Amalia, que es el único resto de la familia de mi madre; Amalia, la única mujer á quien despues de ti quiero en el mundo, como se quiere á una hermana, como se debe querer á una hija. ¡Gran Dios, yo la habré precipitado á su ruina, á ella que vivia tan tranquila y feliz!

— ¿Su ruina? ¿y por qué, Daniel? ¿por qué? y Florencia agitaba con sus manos los hombros de Daniel, porque su palidez y sus palabras imprimian el miedo en su corazon.

— Porque para Rosas la caridad es un crímen. Eduardo está en Barrácas, y tú has nombrado ese lugar, Florencia; Eduardo está herido en el muslo izquierdo y...

—¡Nada saben, nada saben! exclamó Florencia radiante de alegría, y palmeándose sus pequeñitas manos, nada saben, pero pueden saberlo todo; ¡oye!

Y Florencia, que ya no se acordaba de sus celos desde que tantas vidas estaban pendientes de sus palabras, levantó



ella misma á su querido, y sentándolo, y ella á su lado, en las primeras sillas que encontró, refirióle en cinco minutos su conversacion con la señora de Mancilla y Doña María Josefa. Pero á medida que iba llegando al punto de la conversacion sobre Amalia, su semblante se descomponia, y sus palabras iban siendo mas marcadas.

Daniel la oyó hasta el fin sin interrumpirla, y en su semblante no apareció la mínima alteracion al escuchar el episodio sobre sus visitas á Barrácas, lo que no escapó á la penetracion de la jóven.

— ¡Infames! exclamó luego que aquella habia concluido su narracion. Toda esa familia es una raza del infierno. Toda ella, y todo el partido que pertenece á Rosas, tiene veneno en vez de sangre, y cuando no mata con el puñal, habla y mata el honor con el aliento. ¡Infame! ¡Complacerse en torturar el corazon de una criatura!

— ¡Florencia! continuó Daniel volviéndose á esta, yo te insultaria si creyese que puedes poner en competencia mis palabras con las de esa mujer. Cuanto te ha dicho, no es mas que una calumnia con que ha querido martirizarte; porque el martirio de los demas es el placer de cuantos componen la familia de Rosas. Es una calumnia, lo repito; y yo creo que no puedes poner en balanza la palabra de esa mujer y la mia.

— Así es en general; pero en este caso, Daniel, lo mas que puedo hacer es suspender mi juicio. Florencia no dudaba ya; pero ninguna mujer confiesa que ha procedido con ligereza en una acusacion hecha á su amante.

— ¿Dudas de mí, Florencia?

— Daniel, yo quiero conocer á Amalia, y ver las cosas por mis propios ojos.

— La conocerás.

— Quiero frecuentar su relacion.

— Bien.

— Quiero que sea en esta semana el primer dia en que nos veamos.

— Bien, ¿quieres mas? constestó Daniel con seriedad.

— Nada mas, respondió Florencia, y extendió su mano á Daniel que la conservó entre las suyas. En cualquiera otra ocasion habria impreso un millon de besos en esa mano tan queria, dpero en esta, fuerza es decirlo, su espíritu es-

taba preocupado con los peligros que amenazaban á sus amigos de Barrácas. ¿Estás segura que el bandido no dió ninguna seña particular de Eduardo? la preguntó Daniel.

— Cierta; ninguna.

— Necesito retirarme, Florencia mia, y, lo que es mas cruel, hoy no podré volver á verte.

— ¿Ni á la noche?

— Ni á la noche.

— ¿Acaso irá usted á Barrácas?

— Sí, Florencia, y no regresaré hasta muy tarde. ¿Crees tú que no debo estar al lado de Eduardo, velar por su vida y por la suerte de mi prima, á quien he comprometido en este asunto de sangre? ¿Que debo abandonar á Eduardo, á mi único amigo, á tu hermano, como tú le llamas?

— Anda, Daniel, contestó Florencia levantándose de la silla y bajando los ojos cuyo cristal acababa de empañarse por una lágrima fugitiva, cosa rarísima en esa jóven.

— ¿Dudas de mí, Florencia?

— Anda, cuida de Eduardo; es cuanto hoy puedo decirte.

— Toma, no nos veremos hasta mañana y quiero que quede en ti lo que jamas se ha separado de mi pecho, y Daniel se quitó del cuello una cadena tejida con los cabellos de su madre y que Florencia conocia bien. Este rasgo de la nobleza de su amante hizo vibrar la cuerda mas delicada de la sensibilidad de su alma; y cubriéndose el rostro miéntras Daniel le colocaba la cadena, las lágrimas aliviaron al fin las angustias que acababan de oprimir su tierno corazon. Ya no dudaba; ya no tenia sino amor y ternura por Daniel; porque un instante despues de haber llorado en una tierna reconciliacion, una mujer ama doblemente á su querido.

Dos minutos despues, Florencia, sentada en un sofá, besaba la cadena de pelo, y Daniel volvia á tomar la calle de Venezuela.



CAPÍTULO XIII.

El presidente Salomon.

En la vereda en frente al costado derecho de la pequeña iglesia de San Nicolas, donde se cruzan las calles de Corrientes y del Cerrito, se encontraba una casa antigua, de pequeñas ventanas muy salientes, puerta de calle de una sola hoja, con umbral de madera á média vara del nivel del suelo, donde todas las tardes á la oracion era cosa segura que se hallaria sentado en él al habitante y propietario de aquella casa, en mangas de camisa, con los calzones levantados hasta mas arriba de las botas, con un cigarro de papel en la mano derecha, y en la izquierda un mate cuya agua se renovaba cada dos minutos por el espacio de una hora. Era este hombre como de cincuenta y ocho á sesenta años de edad, alto y de un volúmen que podria muy bien poner en celos al mas gordo buey de los que se presentan en las exposiciones anuales de los Estados-Unidos: cada brazo era un muslo, cada muslo un cuerpo y su cuerpo diez cuerpos.

Hijo de un antiguo español pulpero de Buenos Aires, él y su hermano Jenaro, recibieron por herencia de su padre la pulpería contigua á la casa que se acaba de conocer, y el oscuro apellido de González.

Jenaro, que era el mayor de los dos hermanos, se puso al frente del establecimiento de pulpería, y la tradicion no cuenta por qué ocurrencia los muchachos del barrio le daban el sobrenombre de Salomon. Pero lo que hay de positivo es, que á este nombre nuestro D. Jenaro se ponia furioso como una pantera, y que en sus arrebatos hizo prodigios de puño y de leñazos con aquellos que, por mas ó ménos vino ó aguardiente, le daban en su cara aquel ilustre nombre de la Biblia.

Este D. Jenaro era, al mismo tiempo que pulpero, capitan de milicias, y tuvo la desgracia de morir fusilado allá por los años 22 ó 23, por complicacion en un motin militar, de-



jando en prematura viudedad á su esposa Doña María Riso y en horfandad á su hija Quintina.

Á su muerte, quedó dueño de la pulpería su hermano menor Julian González. Y por un rasgo de filosofía popular ó acaso porque el nombre de Salomon sonaba mejor à su oído que el de González, desde la muerte de su hermano Jenaro, el D. Julian empezó á firmarse y hacerse llamar por todos sus amigos *Julian González Salomon.*

Y hé ahí desde entónces adherido à su nombre de bautismo el nombre ilustre que solia fermentar la bílis de su hermano mayor, el padre de Quintina.

Este D. Julian empezó á crecer en volúmen como en nombre, y en dignidades como en nombre y volúmen, pues que de pulpero empezó á elevarse con diferentes grados en la milicia cívica, sin que las ocupaciones de uno y otro destino le impidiesen por las tardes su rato de solaz en el umbral de la puerta de su casa; pues D. Julian González Salomon y el hombre en mangas de camisa que hemos descrito tomando mate, era un solo viviente verdadero é indivisible.

La ráfaga que levantó el polvo argentino á la entrada del general Rosas al gobierno, fué demasiado fuerte para que encontrase pesado aquel enorme terron de carne y barro, y, desde el umbral de su puerta, lo levantó á la altura de coronel de milicias, y mas tarde á la de presidente de la Sociedad Popular restauradora, de quien la union de sus miembros fué simbolizada por una mazorca de maíz, á imitacion de una antigua sociedad española, cuyo símbolo era aquel, y cuyo objeto era la propaganda de *Mas-horca :* equívoco de pronunciacion que servia para determinar el símbolo y la idea, y que fué aplicado tambien á la Sociedad Popular de Buenos Aires.

Á las cuatro de la tarde del dia en que han ocurrido los anteriores sucesos, toda la cuadra de la casa del coronel Salomon estaba obstruida por caballos vestidos de federales, es decir, con sobrepuestos punzóes; testeras de pluma ó de lana color rosa, y baticolas con borlas del mismo color, con lucientes sobrepuestos de plata en las cabezadas del recado y en el pretal; y riendas y cabezadas del freno con pasadores de ese mismo metal. Y á pesar de ser este un espectáculo muy comun en aquel paraje, todo el vecin



dario de San Nicolas estaba como de fiesta en las azoteas y ventanas.

La sala de la casa de Salomon estaba cuajada por los jinetes á quienes pertenecian aquellos caballos, y todos ellos uniformemente vestidos en lo mas ostensible de su traje, es decir, sombrero negro con una cinta punzó de cuatro dedos de ancho, chaqueta azul oscuro con su correspondiente divisa de média vara, chaleco colorado, y un enorme puñal á la cintura, cuyo mango salia por sobre la chaqueta un poco hácia el costado derecho : espada de la federacion, como lo llama Daniel. Y, del mismo modo que el traje, las caras de aquellos hombres parecian tambien uniformadas : bigote espeso; patilla abierta por bajo de la barba, y fisonomía de esas que solo se encuentran en los tiempos aciagos de las revoluciones populares, y que la memoria no recuerda haberlas encontrado ántes en ninguna parte de la tierra.

Sentados unos en las sillas de madera y de paja que habia desordenadamente colocadas en la sala, otros en el banco de las ventanas, y otros en fin sobre la mesa de pino cubierta con una bayeta punzó donde solia echar su firma el señor presidente Salomon, haciendo traer ántes un tarrito de pomada que servia de tintero en la heredada pulpería, cada uno de esos señores era un incensario de tabaco que estaba despidiendo una densa nube, al traves de cuyos celajes se descubrian sus tostados y repulsivos semblantes. Pero su ilustre presidente no estaba entre ellos. staba en la pieza contigua á la sala, sentado á los piés de un gran catre que le servia de cama, aprendiendo de memoria una especie de discurso en veinte palabras que le repetia por la vigésima vez un hombre que era precisamente el antítesis en cuerpo y alma del coronel Salomon : y este hombre era Daniel y el diálogo el siguiente :

— ¿Cree que ya estoy ?

— Perfectamente, coronel. Tiene usted una memoria prodigiosa.

— Pero mire : usted me hará el favor de sentarse á mi lado, y cuando se me olvide algo, me lo dice despacio.

— Ya habia pensado pedirle á usted eso mismo. Pero usted no se olvide, coronel, que tiene que presentarme á nuestros amigos, y advertirles lo que le he dicho.

— Eso corre de mi cuenta. Vamos á entrar

— Espere usted un momento. Luego que usted se siente, haga que el secretario lea la lista de los presentes, porque es preciso, coronel, que demos á nuestra sociedad federal el mismo órden que hay en la sala de representantes.

— Si ya se lo he dicho á Boneo, pero es un haragan que no sabe mas que hablar.

— No importa, vuelva usted á decírselo, y lo hará.

— Bueno, entremos.

Y el presidente Salomon, y Daniel Bello, vestido con su misma levita negra abotonada, pero con una divisa algo mas larga y sin sus guantes blancos, entraron en la sala de la sesion.

— Buenas tardes, Señores, dijo Salomon con el tono mas serio y magistral del mundo, encaminándose á ocupar la silla que habia delante de la mesa de pino.

— Buenas tardes, presidente, coronel, compadre, etc., contestó cada uno de los presentes, segun el título que acostumbraba dar á Don Julian Salomon; lanzando todos á la vez una mirada sobre aquel hombre que acompañaba al presidente y en el que echaban de ménos los principales atributos federales en el vestido, y hallaban de mas una cara y unas manos demasiado finas.

— Señores, dijo Salomon, el señor es Don Daniel Bello, hijo del hacendado Don Antonio Bello, patriota federal, á quien yo le debo muchos servicios. El señor, que es tan buen federal como su padre, quiere entrar en nuestra sociedad restauradora, y está esperando que llegue su padre para incorporarse con él, y entretanto quiere venir algunas veces á participar de nuestro entusiasmo federal. ¡Viva la Federacion! ¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! ¡Mueran los inmundos asquerosos Franceses! ¡Muera el rey guardachanchos Luis Felipe! ¡Mueran los salvajes asquerosos unitarios, vendidos al oro inmundo de los Franceses! ¡Muera el pardejon Rivera!

Y esas exclamaciones, lanzadas por la atronadora voz del presidente Salomon, fueron repetidas en coro por todos los asistentes que, á par que gritaban, hacian círculos por sobre su cabeza con el puñal que desenvainaron desde el primer grito de su presidente; y esta grita que se oia en cuatro cuadras á la redonda, fué repetida por la turba que



transitaba la calle; no cuidándose mucho en decir ¡Viva! cuando Salomon gritaba ¡Muera! y vice versa.

Calmado el huracan, Salomon se sentó en su silla, su secretario Boneo á su izquierda, y nuestro jóven Daniel á su derecha.

— Señor secretario, dijo Salomon echándose hácia atras en el respaldo de su silla, lea usted la lista de los señores presentes.

Boneo tomó el primer papel de unos que habia sobre la mesa, y leyó en voz alta los nombres que habia apuntado ántes con un lápiz; dijo así :

— Presentes : Los señores, Presidente, Cuitiño, Parra, Parra (hijo), Maestre, Alen, Alvarado, Moreno, Gaetano, Larrazabal, Merlo, Moreira, Diaz, Amoroso, Viera, Amores, Maciel, Romero, Boneo.

— ¿No hay mas? preguntó Salomon.

— Son los presentes, señor presidente.

— Lea usted la lista de los ausentes.

— ¿De toda la Sociedad?

— Sí, señor. ¿Pues qué, somos ménos que los representantes? Somos tan buenos federales como ellos y debemos saber los que están y los que no están, como se hace en la sala de representantes. Lea usted la lista.

— Socios ausentes, dijo Boneo, y leyó la lista de la Sociedad Popular restauradora, que constaba de 175 individuos de todas las jerarquías sociales.

— ¡Bravo! Ahora ya nos conocemos todos, aun cuando en esa lista hay hombres por fuerza, dijo Daniel para sí mismo, luego que el secretario concluyó la lectura de los socios; y en seguida dió un tironcito de los anchos calzones de Salomon.

— « Señores, dijo entónces el presidente de la Sociedad Popular, la federacion es el Ilustre Restaurador de las Leyes; luego nosotros nos debemos hacer matar por nuestro Ilustre Restaurador, porque somos las columnas de la santa causa de la federacion. »

— ¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! gritó uno de los socios federales á quien todos los demas hicieron coro.

— ¡Viva su digna hija la señorita Manuelita de Rosas y Ezcurra!

— ¡ Viva el héroe del desierto, Restaurador de las Leyes, nuestro padre, y padre de la Federacion !

— ¡ Mueran los Franceses inmundos, y su rey guarda-chanchos!

— « Señores, continuó el presidente, para que nuestro Ilustre Restaurador pueda salvar la federacion del..... pueda salvar la federacion del..... para que nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes pueda salvar la federacion del....

— Del eminente peligro, le dijo Daniel casi al oído.

— « Del eminente peligro en que se halla, debemos perseguir á muerte á los unitarios, luego todo unitario debe ser preseguido á muerte por nosotros.»

— ¡ Mueran los inmundos salvajes asquerosos unitarios! gritó otro de los socios populares que se llamaba Juan Manuel Larrazabal, á cuyas palabras todos los socios hicieron coro con el puñal en la mano.

— «Señores, es preciso que persigamos á todos sin compasion. »

— Hembras y machos, grita el mismo Juan Manuel Larrazabal, que parecia el mas entusiasta de los concurrentes.

— « Nuestro Ilustre Restaurador no puede estar contento de nosotros porque no le servimos como debemos, » continuó Salomon.

— Ahora entra lo de anoche, le dijo Daniel haciendo que se limpiaba el rostro con el pañuelo.

— « Ahora entra lo de anoche, » repitió Salomon, como si esa advertencia fuera parte de su discurso.

Daniel le pegó un fuerte tiron de los calzones.

— « Señores, continuó Salomon, ya sabemos todos que anoche han querido escaparse unos salvajes unitarios, y no lo han conseguido porque el señor comandante Cuitiño se ha portado como buen federal; pero entretanto, uno se ha escondido no sé en dónde, y así ha de ir sucediendo todos los dias, si no nos portamos como defensores de la santa causa de la federacion. Yo he llamado á ustedes para que juremos otra vez perseguir á los inmundos salvajes unitarios que quieren fugar para Montevideo y unirse al pardejon Rivera y venderse al oro asqueroso de los Franceses. ¡ Esto es lo que quiere nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes ! He dicho, y ¡ viva el Ilustre Restaurador



de las Leyes! ¡ y mueran todos los enemigos de la santa causa de la federacion! »

— ¡ Mueran á puñal los salvajes inmundos unitarios! gritó otro de los entusiastas federales, y este grito y todos los de costumbre se repitieron por diez minutos tanto en la sala de sesion, como en la calle donde habia apiñada á las ventanas una multitud tan entusiasta y honrada como la que daba la fiesta en la casa del coronel Salomon.

— Pido la palabra, dijo el comandante Cuitiño levantándose.

— Tiene la palabra, contésto Salomon, deshaciendo el tabaco de un cigarrillo en la palma de su inmensa mano.

— « Yo anoche he cenado con el Restaurador de las Leyes y su hija Doña Manuelita Rosas y Ezcurra. El Restaurador es mas que Dios porque es el padre de la Federacion, y cuantos unitarios caigan en mis manos les ha de suceder lo mismo que á los que agarré anoche. Es verdad que uno se escapó, pero va bien marcado, y ya esta mañana le mandé un hombre á Doña María Josefa que le ha de dar buenas señas, porque hombres y mujeres, siendo federales, todos debemos ayudar á Su Excelencia que es el padre de todos. Para ser buen federal, es preciso mostrar esto. » Y Cuitiño sacó su puñal, y con el dedo índice de la mano izquierda señalaba en la lámina de acero algunas manchas de sangre, de aquella en que se habia empapado la noche anterior.

Á esta accion todos los mashorqueros contestaron desenvainando el puñal y prorumpiendo en alaridos espantosos contra los unitarios, contra los Franceses, contra Rivera, y especialmente contra Luis Felipe, el rey guardachanchos, segun lo llamaban, por inspiracion de Rosas.

En toda esta escena, Daniel era el único de los personajes en cuya fisonomía no hubiera podido distinguirse por nadie la mínima alteracion, la mínima expresion, ni de entusiasmo, ni de miedo, ni de afeccion, ni enojo. Frio, tranquilo, imperturbable, él observaba hasta lo íntimo del pensamiento y la conciencia de cuantos le rodeaban, sin dejar de calcular las ventajas que podria sacar del frenesí de los otros.

Apagada la tormenta de gritos, Daniel pidió la palabra al presidente con el aire mas resuelto del mundo, y obtenida, dijo :

— « Señores, yo no tengo todavía el honor de pertenecer



á esta ilustre y patriótica sociedad, aun cuando espero incorporarme á ella dentro de poco tiempo; pero mis opiniones y amistades son conocidas de todos, y espero con el tiempo poder prestar á la Federacion y al Ilustre Restaurador de las Leyes servicios tan distinguidos como los que le prestan los miembros de la Sociedad Popular restauradora, que ya son conocidos tanto en la república como en toda la América.

Nuevos aplausos y nuevos gritos siguieron á este tan lisonjero exordio.

— »Pero, señores, continuó Daniel, es á las personas presentes a las que yo debo dar las enhorabuenas que se merecen de todo buen federal, porque, sin querer negar á los demas socios su entusiasmo por nuestra santa causa, yo veo que sois vosotros los que dais la cara de frente para sostener al Ilustre Restaurador de las Leyes, miéntras que los demas no asisten á la sesiones federales. La federacion no reconoce privilegios. Abogados, comerciantes, empleados, todos aquí somos iguales, y cuando haya sesion, ó cuando haya algo que hacer en beneficio de Su Excelencia, todos deben concurrir al llamamiento del presidente, ó adonde haya peligros, sin dejar á unos pocos los compromisos y los trabajos. Todos serán muy buenos federales, pero á mí me parece que los que están aquí no son unitarios para que se desdeñen de juntarse con ellos. Esto lo digo, porque yo creo que esta debe ser la opinion de Su Excelencia el Ilustre Restaurador, la cual debemos hacer que sea mas respetada en adelante. »

Daniel no dió su glope en falso. El entusiasmo producido por este discurso sobrepasó á lo que él mismo habia osado esperar. Todos los miembros de la sociedad allí presentes gritaron, juraron y blasfemaron contra todos aquellos que no habian asistido á la sesion y cuyos nombres habia leido el secretario Boneo. Empezaron á circular nombres de los inasistentes, no ya como tales, sino como unitarios disfrazados, y Daniel aprobaba estas clasificaciones con sonrisas maliciosas ó movimientos de cabeza.

— Así, así; mas os he de azuzar en adelante, mis lebreles, para que os devoréis unos á otros, decia Daniel para sí mismo.

El presidente Salomon volvió á poclamar á los socios para

que vigilasen mucho á los unitarios, y sobre todo los lugares del rio por donde era presumible que se embarcasen; y despues de nuevo entusiasmo y nuevos gritos, dió por concluida la sesion á las cinco y média de la tarde.

Daniel recibió apretones de mano y abrazos federales, y se despidió de todos, siendo acompañado hasta la puerta de la calle por el presidente Salomon que no cabia en la inmensa epidérmis que lo cubria, despues de su portentoso discurso, cuya satisfaccion le inspiraba los mas amables comedimientos por el hijo de Don Antonio Bello.

Nada sabian sobre Eduardo. Daniel salió contento; dobló por la calle de las Artes y en la esquina de la de Cuyo encontró á Fermin que lo esperaba con un caballo de la brida. La calle estaba llena de gente, y sin mirar al criado, Daniel le dijo al montar estas solas palabras :

— Á las nueve.

— ¿Allá?

— Sí.

Y el magnífico caballo blanco sobre que acababa de montar Daniel, tomó el trote por la plaza de las Artes en direccion á Barrácas. Llegó luego á la calle del Buen Órden, que es la prolongacion de aquella, y llegó á la barranca de Balcarce en el momento en que empezaban á apagarse los últimos crepúsculos del dia.

El jóven, cuyo espíritu habia pasado por tantas impresiones en el curso de ese dia como en la noche que habia precedídole, no pudo ménos de parar su caballo y extasiarse desde aquella altura en comtemplar el bellísimo panorama que se desenvolvia á sus piés, matizado con los últimos rayos de la tarde. Porque á los veinte y cinco años de la vida el corazon del hombre se encadena mágicamente á los espectáculos poéticos de la naturaleza, que descubren en su imaginacion fértil y robusta todo el poder de atraccion que Dios le ha impreso ante lo que se muestra bello y armónico á sus ojos. Porque los valles floridos de Barrácas, al fin de ellos el gracioso riachuelo, y á la izquierda la planicie esmeraltada de la Boca, son una de las mas bellas perspectivas que se encuentran en los alrededores de Buenos Aires, contemplada desde la alta barranca de Balcarce.

Ya Daniel empezaba á descender por esa barranca cuando sintió hácia atras una voz que lo llamaba por su nombre,

y dando vuelta la cabeza conoció á veinte pasos de él á su benemérito maestro de escritura que venia á gran carrera, faltándole ya las fuerzas para proseguir en ella, con su caña de la India en una mano y su sombrero en la otra.

Llegado que fué al estribo, se agarró del muslo de su discípulo y permaneció así dos ó tres minutos sin poder hablar, tal era lo opresion de sus pulmones.

— ¿Qué hay, qué le pasa á usted, Señor Don Cándido? le preguntó al fin Daniel, alarmado de la palidez de su semblante.

— Es una cosa horrible, bárbara, atroz, sin ejemplo en los anales del crímen.

— Señor, estamos en un camino público, dígame usted lo que quiere, pero que sea pronto.

— ¿Recuerdas del bueno, del noble y generoso hijo de mi antigua y hacendosa sirvienta?

— Sí.

- Recuerdas que vino anoche y...

— Sí, sí, ¿Qué le ha sucedido al hijo?

— Lo han fusilado, mi Daniel querido y estimado, lo han fusilado.

— ¿Á qué hora?

— Á las siete. Tan luego como se supo que habia salido anoche de casa del gobernador. Temieron sin duda..

— Que revelase ó que hubiera revelado lo que sabia; le ahorro á usted las palabras.

— Pero yo estoy perdido, sentenciado. ¿Qué hago, mi Daniel querido? ¿qué hago?

— Preparar sus plumas para entrar mañana á ocupar el empleo de copista privado del señor ministro de Relaciones exteriores.

— ¿Yó? Daniel! y en su arrebato de alegría Don Cándido llenó de besos la mano de su discípulo.

— Ahora, tome usted cualquier otra calle y retírese á su casa.

— Sí, yo fuí á la tuya á tiempo que salia Fermin con tu caballo, le seguí, despues te seguí á ti y.....

— Bien, otra cosa : ¿tiene usted alguna persona de su íntima confianza, hombre ó mujer, donde alguna vez haya usted pasado la noche?

— Sí.

— Pues ahora mismo vaya usted á convenir con ella, en que usted ha pasado en su compañía la noche de ayer, por lo que pueda suceder. Á Dios, Señor.

Y Daniel picó el caballo, y, corriendo un gran riesgo, bajó á galope la barranca de Balcarce, y tomó la calle Larga cuando ya estaba oscura por la sombra de los edificios ó de los árboles, en cuyas copas morian desmayadas las últimas claridades de la tarde.

Era ese el mismo camino por donde diez y ocho horas ántes habia pasado con el cuerpo exangüe de su amigo; y era á la casa de la hermosa Amalia, en que habia recibido hospitalidad y vuelto á la vida, donde ahora se dirigia el valiente y generoso Daniel

---

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO I.

Amalia Sáenz de Olabarrieta.

« Tucuman es el jardin del universo, en cuanto á la grandeza y sublimidad de su naturaleza, » escribió el capitan Andrews en su *Viaje á la América del Sur*, publicado en Lóndres en 1827; y el viajero no se alejó mucho de la verdad con esa metáfora al parecer tan hiperbólica.

Todo cuanto sobre el aire y la tierra puede reunir la naturaleza tropical de gracias, de lujo y poesía se encuentra confundido allí, como si la provincia de Tucuman fuese la mansion escogida de los genios de esa desierta y salvaje tierra que se extiende desde el Estrecho hasta Bolivia, y desde el Ándes al Uruguay.

Suave, perfumada, fértil, y rebosando gracias y opulencia de luz, de pájaros y flores, la naturaleza armoniza allí el espíritu de sus creaturas, con las impresiones y perspectivas poéticas en que se despierta y desenvuelve su vida.

El corazon especialmente es en el hombre la obra perfecta de su clima, á quien despues la educacion aumenta ó desfigura el grabado de su primitivo molde. Y en Tucuman, como en todas esas latitudes privilegiadas, entibiadas por la luz de los trópicos, el corazon participa con el aire, con la luz, con la vegetacion, de esa abundancia de calor y de vida, de armonía y de amor, que exhala allí superabundante la naturaleza.



Y es entre ese jardin de pájaros y flores, de luz y perspectivas, que se repite con frecuencia ese fenómeno fisiológico de que los Ingleses se rien y los Alemanes dudan, como dice el novelista Bulwer, que acontece bajo el tibio cielo de la Italia, y entre los pueblos mas meridionales de la península española; es decir, esas pasiones de amor que nacen, se desenvuelven y dominan en el espacio de algunas horas, de algunos minutos tambien, decidiendo luego del destino futuro de toda una existencia.

Y entre ese jardin de pájaros y flores, de luz y perspectivas nació Amalia, la generosa viuda de Barrácas, con quien el lector hizo conocimiento en los primeros capítulos de esta historia, y nació allí como nace una azucena ó una rosa, rebosando belleza, lozanía y fragancia.

El coronel Sáenz, padre de Amalia, murió cuando esta tenia apénas seis años; y en uno de los viajes que su esposa, hermana de la madre de Daniel Bello, hacia á Buenos Aires sucedió esa desgracia.

Amalia aspiró hasta en lo mas delicado de su alma todo el perfume poético que se esparce en el aire de su tierra natal, y cuando á los diez y siete años de su vida dió su mano, por insinuacion de su madre, al señor Olabarrieta, antiguo amigo de la familia, el corazon de la jóven no habia abierto aun el broche de la purísima flor de sus afectos, y los hálitos de su aroma estaban todavía velados entre las lozanas hojas mal abiertas.

Mas que un esposo, ella tomó un amigo, un protector de su destino futuro.

Pero el de Amalia parecia ser uno de esos destinos predestinados al dolor que arrastran la vida á la desgracia, fija, poderosa, irremediablemente, como la vorágine de Moskoe á los impotentes bajeles.

¡El coronel Sáenz amaba á su pequeña hija con un amor que rayaba en idolatría, y el coronel Sáenz bajó á la tumba cuando su hija aun no habia salido de la niñez!

¡El señor Olabarrieta amaba á Amalia como su esposa, como su hermana, como su hija, y el señor Olabarrieta murió un año despues de su matrimonio, es decir año y medio ántes de la época, en que comienza esta historia!

¡Ya no le quedaba á Amalia sobre la tierra otro cariño



que el de su madre; cariño que suple á todos cuantos brotan del corazon humano; único desinteresado en el mundo y que no se enerva ni se extingue sino con la muerte; y la madre de Amalia murió en sus brazos tres meses despues de la muerte del señor Olabarrieta!

Los espíritus poéticos, en quienes la sensibilidad domina prodigiosamente la organizacion y la vida, tienen en sí mismos el gérmen de una melancolía innata que se desenvuelve en el andar del tiempo y los sucesos, y llega á enseñorearse tanto de aquellos espíritus, que, sin saberlo ellos, llegan á ser melancólicos hasta en los sueños ó en las realidades de su propia felicidad.

Sola, abandonada en el mundo, Amalia, como esas flores sensitivas que se contraen al roce de la mano ó á los rayos desmedidos del sol, se concentró en sí misma á vivir con las recordaciones de su infancia, ó con las creaciones de su imaginacion alumbradas con los rayos diáfanos y dorados de las ilusiones, que de vez en cuando se escapan de la luz íntima de los espíritus poetizados y cruzan por ese mundo sin forma, ni color, que los sentidos no palpan, pero que existe, sin embargo, para la imaginacion y para el alma.

Sola, abandonada en el mundo, quiso tambien abandonar su tierra natal donde hallaba á cada instante los tristísimos recuerdos de sus desgracias, y vino á Buenos Aires á fijar en ella su residencia.

Ocho meses hacia que se encontraba allí, tranquila si no feliz, cuando nos la dieron á conocer los acontecimientos del 4 de Mayo. Y veinte dias despues de aquella noche aciaga, volvemos á encontrarnos con ella en su misma quinta de Barrácas.

Eran las diez de la mañana, y Amalia acababa de salir de un baño perfumado.

La luz de la mañana entraba al retrete, que los lectores conocen ya, al traves de las dobles cortinas de tul celeste y de batista, é iluminaba todos los objetos con ese colorido suave y delicado que se esparce sobre el oriente cuando despunta el dia.

La chimenea estaba encendida, y la llama azul que despedia un grueso leño que ardia en ella, se reflectaba, como sobre el cristal de un espejo, en las láminas de acero de la



chimenea; formándose así la única luz brillante que allí habia.

Los pebeteros de oro colocados sobre las rinconeras, exhalaban el perfume suave de las pastillas de Chile que estaban consumiendo ; y los jilgueros, saltando en los alambres dorados que los aprisionaban, hacian oir esa música vibrante y caprichosa con que esos tenores de la grande ópera de la naturaleza hacen alarde del poder pulmonar de su pequeña y sensible organizacion.

En medio de este museo de delicadezas femeniles, donde todo se reproducia al infinito sobre el cristal, sobre el acero, y sobre el oro, Amalia, envuelta en un peinador de batista, estaba sentada sobre un sillon de damasco caña, delante de uno de los magníficos espejos de su guardaropas ; su seno casi descubierto, sus brazos desnudos, sus ojos cerrados, y su cabeza reclinada sobre el respaldo del sillon, dejando que su espléndida y ondeada cabellera fuese sostenida por el brazo izquierdo de una niña de diez años, linda y fresca como un jazmin, que, en vez de peinar aquellos, parecia deleitarse en pasarlos por su desnudo brazo para sentir sobre su cútis la impresion cariñosa de sus sedosas hebras.

En ese momento, Amalia no era una mujer : era una diosa de esas que ideaba la poesía mitológica de los Griegos. Sus ojos entredormidos, su cabello suelto, sus hombros y sus brazos descubiertos, todo contribuia á dar mayor realce á su belleza. Era así, dormida y cubierta por un velo mas descuidado que ella misma, que algunos escritores de Roma antigua describen á Lucrecia, cuando se ofreció por primera vez á los ojos de Sextus, de quien el bárbaro crímen debia perder la mujer y salvar la patria, 509 años ántes de Cristo. Y cuando Cleopatra llegó hasta su vencedor, en su galera con *popa de oro, con velas de púrpura y remos de plata*, venia dormida sobre cojines egipcios, sirviendo de velo á su seno de *alabastro*, sus cabellos negros *como la noche*, y Antonio olvidó á Roma y sus legiones y se hizo el esclavo de la *diosa dormida*. Así, en ese momento, y de ese modo Amalia, repetimos, no era una mujer, sino una diosa.

Habia algo de resplandor celestial en esa criatura de veinte y dos años, en cuya hermosura la naturaleza habia agotado sus tesoros de perfecciones, y en cuyo semblante



perfilado y bello, bañado de una palidez ligerísima, matizada con un tenue rosado en el centro de sus mejillas, se dibujaba la expresion melancólica y dulce de una organizacion amorosamente sensible.

En ese momento no era el sueño quien cerraba los párpados de Amalia, entrelazando sus largas y pobladas pestañas; no era el sueño. era un éxtasis delicioso que embriagaba de amor aquella naturaleza armosiosa é impresionable, bajo la tibia temperatura que la acariciaba, y en medio á los perfumes, á la música, y á los rayos blancos y celestinos de luz que la inundaban blandamente.

Imágenes blancas y fugitivas, como esas mariposas del trópico que vuelan y sacuden el polvo de oro de sus alas sobre las flores que acarician, parece que volaban jugueteando por el jardin de su fantasía; pues dos veces su fisonomía animóse y la sonrisa entreabrió sus labios, que cerráronse luego como dos hojas de rosa á quien halaga y conmueve el aliento fugaz que se escapa de los labios de un amante que pone un beso sobre ella, en recordacion de la mano que se la envía.

De repente, Amalia hizo un ligero movimiento con su cabeza, huyendo como un perfume un ligero suspiro de su pecho, y Luisa, la pequeña compañera de Amalia, mas que su ayuda de tocador, viendo llegar el momento en que iba á concluirse su placer, mas bien que su tarea dejó caer suavemente los cabellos sobre el respaldo del sillon, los miró todavía un instante, y deslizándose como una sombra sobre el tapiz del retrete, puso nuevas pastillas en los pebeteros, agitó sus manecitas junto á las jaulas de los jilgueros, y corrió una pantalla de raso verde en la boca de la chimenea. La luz, entónces, quedó completamente amortiguada; los pájaros trinaron mas alegres, y un ambiente dulce y perfumado se esparció de nuevo al rededor de Amalia.

Luisa conocia, por la práctica, la organizacion de su señora, y al acercarse á ella, despues de sus rápidas y silenciosas operaciones, la miró con una sonrisa encantadora de triunfo, y comenzó á pasar su mano, casi imperceptiblemente por las sienes y los cabellos de la diosa dormida, acabando así de magnetizarla sin saberlo : porque en Amalia habia una de esas organizaciones perfectas y sensibles en quienes l



armonía de la naturaleza ó del espíritu obra esa influencia magnética y voluptuosa que postra el alma bajo el imperio de un encantamiento indefinible y misterioso, en los momentos en que está conmovida por impresiones simpáticas con su organizacion.

Luisa acababa de formar una corona con los cabellos de Amalia en torno de su bellísima cabeza, cuando la hija del jardin argentino abrió los ojos y derramó de ellos, húmedos y melancólicos, un mar de luz parecida á la que vierten los crepúsculos de una tarde lánguida del mes de Enero.

Sus labios, rojos como la flor del granado, se abrieron para dejar libertad á un suspiro aromado con las esencias de su corazon, que acababa de despertarse entre el jardin de las ilusiones.

Sus brazos, que habrian dado envidia al cincel que labró la Vénus de los Médicis, y cuya encarnacion casi trasparente solo habria podido imitarse en alguna veta privilegiada del mármol de Carrara, desnudos hasta los hombros, sobre los que habia apénas una pulgada de encaje para sostener el cambray que coqueteaba sobre su seno, se extendian descuidados sobre los del sillon; y su pequeño pié, desnudo, entre una chinela de cabritilla, se escapaba del peinador de batista, de cuyas ondas, semejantes á una tenue neblina, se podria decir :

« Porem nem tudo esconde, nem descobre »

como de la gasa que cubria á la hermosa *Dione* del príncipe de los poetas Lusitanos.

Sin embargo, en aquel modelo de perfecciones mujeriles, radiante en aquel momento de cuanto puede animar la voluptuosidad humana, se reflejaba algo que los sentidos no alcanzaban á comprender, porque pertenecia á lo mas ideal de la poesía y del amor.

Aquella fisonomía tan dulce á par de bella estaba bañada por una luz tenue de melancolía y sentimiento; y en el cristal límpido de aquellos ojos, que se entreabrian en medio de un éxtasis del alma, habia mas de ilusion que de mirada mundanal; mezcla indefinible de abstraccion de la vida y de esa claridad sobrenatural que se difunde en la pupila cuando el espíritu está mas arriba de la tierra, y absorbe, en sus



raptos de poesía, los destellos de la luz del cielo. Y puede decirse que en ese raudal de luz que se desprendia de sus ojos, las gracias, la belleza material de esa mujer, se espiritualizaban á su vez; sublimándose de ese modo cuanto la naturaleza tiene de mas perfecto y encantador en los pinceles con que delinea y pinta ese hermoso ángel de tentacion que se llama mujer.

En la mujer, los encantos físicos dan resplandor, colorido, vida á las bellezas y gracias de su espíritu; y las riquezas de este á su vez dan valor á los encantos materiales que la hermosean. Y es de esta union armónica del alma y los sentidos, que resalta siempre la perfeccion de una mujer; ante quien los sentidos entónces dejan de ser audaces por respeto á su alma, y el amor deja de ser una espiritualizacion extravagante por respeto á la belleza material que lo fomenta, si no precisamente lo origina.

Y era Amalia, pues, una de esas privilegiadas creaturas que reunen en sí aquella doble herencia del cielo y de la tierra, que consiste en las perfecciones físicas, y en la poesía ó abundancia de espíritu en el alma.

Perezosa como una azucena del trópico á quien mueve blandamente la brisa de la tarde, su cabeza se inclinó á un lado del respaldo del sillon, fijó sus ojos tiernos en la pequeña Luisa, y con una sonrisa encantadora la preguntó :

— ¿He dormido, Luisa?

— Sí, señora, le contestó la niña sonriendo á su vez.

— ¿Mucho tiempo?

— Mucho tiempo no, pero mas que otras veces.

— ¿Y he hablado?

— Ni una palabra; pero ha sonreido usted dos veces.

— Es verdad; sé que no he hablado, y que me he sonreido.

— ¡Cómo! ¿Lo que hace usted dormida, lo recuerda cuando se despierta?

— Pero yo no duermo cuando tú lo piensas, Luisa mia, contestóle Amalia mirando con una expresion llena de cariño á su inocente compañera.

— ¡Oh! sí que duerme usted! replicó la niña sonriendo otra vez.

—No, Luisa, no. Yo estoy perfectamente despierta cuando

tú crees que duermo. Pero una fuerza superior á mi voluntad cierra mis párpados, me domina, me desmaya; no sé nada de cuanto pasa en derredor de mí, y, sin embargo, no estoy dormida. Veo cosas que no son realidades; hablo con seres que me rodean, siento, gozo, ó sufro segun las impresiones que me dominan, segun los cuadros que me dibuja la imaginacion, y, sin embargo, no estoy soñando. Vuelvo de esa especie de éxtasis y recuerdo perfectamente cuanto ha pasado en mí; aun mas : conservo por mucho tiempo el influjo poderoso que me ha dominado y creo estar aun en medio de las imágenes que acaba de crear mi fantasía; como en este momento, por ejemplo, creo verlo como hace un instante lo estaba viendo aquí, aquí á mi lado...

— ¡Viendo! ¿ á quién, señora? preguntó la niña que no podia explicarse lo que acababa de oir.

— ¿ A quién?

— Sí, señora; aquí no ha habido nadie mas que nosotras, y usted dice que lo *estaba viendo.*

— Á mi espejo... contestó Amalia sonriendo y mirándose por primera vez en el espejo que tenia delante.

— ¡Ah! pues si no veia usted mas que el espejo! .....

— Sí, Luisa, solamente á mi espejo.... vísteme pronto.... y, entretanto, díme : ¿qué me referiste al despertarme?

— ¿ Del señor Don Eduardo?

— Sí; eso era; del señor Belgrano.

— ¡ Pero, señora, todo lo olvida usted! es esta la cuarta vez que voy á hacer la misma relacion.

— ¡ Ah ! la cuarta vez! bien, mi Luisa, despues de la quinta yo no te lo preguntaré mas, dijo Amalia parada delante de su espejo ajustándose un baton de merino color violeta con guarniciones de cisne.

— ¡Vaya, pues! prosiguió Luisa. Cuando salí al patio, fuí como me ha ordenado usted que lo haga todas las mañanas, á preguntar al criado como se hallaba su señor; pero ni el uno ni el otro estaban en sus habitaciones. Yo me volvia cuando al traves de la verja los descubrí en el jardin. El señor Don Eduardo cogia flores y hacia un ramillete cuando me acerqué á él. Nos saludamos y estuvimos hablando mucho rato de...

— ¿ De quién?

— De usted, señora, casi todo el tiempo ; porque ese se

ñor es el hombre mas curioso que he visito en mi vida. Todo lo quiere saber; si usted lee de noche, qué libros lee, si usted escribe, si le gustan mas las violetas que los jacintos, si usted misma cuida de sus pajaros, si... ¡qué sé yo cuántas cosas!

— ¿Y de todo eso hablaron hoy-?

— De todo eso.

— Y de la salud de él no hablastes nada, tontuela.

— ¡Pues! Tonta seria si le hubiese preguntado sobre lo mismo que estaba viendo con mis ojos.

— ¿Viendo?

— ¡Solo que estuviese ciega! Me parece que hoy cojea mas que ayer que fué el primer dia que salió al patio; y á veces al asentar la pierna izquierda se conoce que sufre horriblemente.

— ¡Oh! Dios mio! si no debe caminar todavía! es terco!... es terco! exclamó Amalia como hablando consigo misma y dando un glope con su preciosa mano sobre el brazo atercíopelado del sillon. ¡Y quiere salir! continuó Amalia despues de un momento de silencio. ¡Este Daniel quiere perderlo, y quiere enloquecerme, está visto! Acaba, Luisa, acaba de vestirme y despues...

— Y despues tomará usted su vaso de leche azucarada, porque está usted muy pálida. ¡Ya se ve, está usted en ayunas y ya es tan tarde!

— ¡Pálida! ¿Te parezco muy mal, Luisa? preguntó Amalia delante de su espejo, mirándose de piés á cabeza miéntras sujetaba con una cinta azul el cuello de encajes con que pretendia velar el delicado alabastro de su garganta.

— ¿Mal? no, señora, hoy está usted tan bella como siempre. Está usted un poco pálida y nada mas.

— ¿De véras?

— Cierto que sí, señora; y esta noche...

— ¡Ah! no me hables de esta noche!

— ¿Cómo? ¿no le gustará á usted el estar bien para esta noche?

— Por el contrario, Luisa, querria estar enferma.

— ¡Enferma!

— Como lo oyes.

— Pues, señora, cuando yo tenga mas edad y me conviden para un baile, desearé estar muy buena, y muy buena moza.



— Ya lo ves, hija mia, dijo Amalia sonriendo de la ingenuidad de Luisa. Ya lo ves, tú dasearias estar buena, y yo deseo estar enferma.

— ¡Ah, eso yo sé por qué es!

— ¿Tú?

— Yo, sí, señora, ¿piensa usted que yo no la conozco?

— ¿Tú sabes por qué deseo enfermarme?

— ¡Toma! ¿á que acierto?

— Á ver, dílo.

— Por no ponerse la divisa, ¿acerté?

Amalia se rió, y dijo:

— En la mitad has acertado.

— Bien, ¿á que acierto en la otra mitad?

— Vamos á ver.

— Porque no va usted á poder tocar su piano á las doce, como lo hace todas las noches ántes de acostarse, ¿es eso?

— No.

— ¿No?

— No has acertado.

— Entónces... no importa; pero usted está lindísima, que es lo que mas interesa.

— Gracias, mi Luisa, gracias, dijo Amalia pasando su mano por la cabeza de la niña. Sin embargo, yo quiero creer lo que me dices, porque por la primera vez de mi vida tengo la pueril ambicion de parecer bien á los demas..... pero, y como arrepintiéndose al momento de lo que acababa de pronunciar, prosiguió:

— No hablemos de estas tonterías, Luisa. ¿Sabes una cosa?

— ¿Qué, señora?

— Que estoy enojada contigo, respondió Amalia mirando los jilgueros.

— Será la primera vez, replicó Luisa entre cierta y dudosa de las palabras de su señora, que jamas la habia reconvenido.

— ¿La primera vez? es verdad, pero es porque esta es la primera vez que mis pájaros no tienen agua.

— ¡Ah! exclamó Luisa, dándose una palmadita en la frente.

— Y bien, ¿confiesas que tengo razon?

— No, señora.

— ¿Pues no ves?
— No, señora, no tiene usted razon.
— Pero; ¿y la copa con el agua?
— No está en la jaula.
— Luego.
— ¿Luego qué, señora?
— Luego tú tienes la culpa.
— No, señora; la tiene el señor D. Eduardo.
— ¿Belgrano? estás loca, Luisa.
— No, señora, estoy en mi juicio.
— Explícate entónces.

— Es muy fácil. Esta mañana cuando fuí á saber de la salud del enfermo, llevaba las copitas para limpiarlas, y como ese señor es tan curioso, quiso saber de quién y para qué eran, y luego que le dije la verdad, las tomó, se puso él mismo á limpiarlas, y ahora recuerdo que miéntras su criado traia agua, él las puso junto á una planta de jacintos. En esto fué que sentí la campanilla, vine, y olvidé las copitas.

— ¿Ves? dijo Amalia, sin saber lo que decia, pues miéntras sus dedos de rosa y leche jugaban con las alas de sus pájaros, su imaginacion se habia preocupado de mil ideas diversas, y que solo Dios y su espíritu podrian explicarnos, al escuchar la sencilla relacion de Luisa.

— Ves, ¿qué? señora, insistió esta. Si el señor Don Eduardo no hubiera sido tan curioso, yo no hubiera olvidado...

— Luisa.
— ¿Señora?
— Oye.
— Me va usted á retar por otra cosa.
— No... oye... ¿qué horas son?
— Las once.

— Bien, irás á decir al señor Belgrano, que dentro de média hora tendré mucha satisfaccion en recibirle, si le es posible llegar hasta el salon.

CAPÍTULO II.

Como una sola puerta tenia tres llaves.

Acababan de dar las cinco de la tarde en el reloj de San Francisco; y el sol, próximo á su ocaso, no prometia por mucho tiempo ese recuerdo de su pasado esplendor que se llama crepúsculo, porque la tarde estaba nebulosa, cargado el aire de esos vapores densos y húmedos tan comunes en Buenos Aires, en la estacion del invierno, que en el año de 1840 habia anticipado sus rigores desde los últimos dias del mes de Abril.

La calle de Comercio, donde no hay, sin embargo, comercio ni comerciantes, estaba casi desierta en ese momento, y de las pocas personas que la transitaban eran dos hombres que venian caminando á prisa en direccion al rio: uno de ellos cubierto con una capa azul, corta y sin cuello, como la que usaban los antiguos caballeros españoles y los nobles venecianos; y el otro vestia un sobretodo blanco que le llegaba hasta el tobillo.

— De prisa, mi querido maestro, de prisa, porque la tarde se nos va, dijo el personaje de la capa azul á su compañero de leviton blanco.

— Si hubiéramos salido mas temprano, no tendríamos que andar á este paso fatigoso, precipitado, incómodo que llevamos, contestó aquel último, poniendo bajo su brazo izquierdo una larga caña de la India con un puño de marfil que llevaba en su mano, y siguiendo el paso ligero de su compañero.

— No tengo yo la culpa; esta naturaleza del Plata mas veleidosa que sus hijos, es la que me ha engañado: hace dos horas que el cielo estaba limpio; contaba con média hora de crepúsculo, y de repente el cielo se ha cargado, se ha embozado el sol, y he perdido en mi cálculo; pero no importa, ya estamos cerca y trabajará usted de prisa

— Trabajará usted de prisa.

— Eso he dicho.

— ¿Pero en qué especie de ocupacion?



— Adelante, mi querido maestro, adelante.

— ¿Quieres que te diga una cosa, mi estimado y querido Daniel?

— Pero sin pararnos.

— Sin pararnos.

— Sin digresiones.

— Sin digresiones.

— ¿Á ver, qué cosa?

— Que tengo un miedo justísimo, razonable, profundo.

— ¡Ah! señor, usted tiene dos cosas que lo acompañan siempre.

— ¿Y cuáles, mi Daniel querido y amado?

— Un caudal inagotable de adjetivos, y una dósis de miedo entre el cuerpo, que no acabará usted de digerirla en su vida.

— Bien, bien : de lo primero hago alarde, porque eso no prueba otra cosa que los vastos estudios que he hecho en nuestro rico, fecundo y elocuente idioma. En cuanto á lo segundo, te diré que yo no he tomado la dósis, sino cuando poco mas ó ménos, todos nos hemos enfermado de un mismo mal en Buenos Aires, y...

— Silencio y despacio, dijo el individuo de la capa, en quien los lectores habrán reconocido á su amigo Daniel, como en su interlocutor al antiguo maestro de primeras letras, empleado en otro tiempo por la comision topográfica, segun la hoja de sus servicios públicos.

— Silencio y despacio, habia dicho Daniel al llegar con su acompañante à la prolongacion de la calle de Balcarce cuya línea irregular son los tres últimos ángulos de las calles de San Lorenzo, de la Independencia y de Lujan, segun se llamaban entónces.

Los dos personajes siguieron por ella en direccion á Barrácas muy tranquilamente; llegaron á la de Cochabamba, y, siendo Daniel quien dirigia la marcha, doblaron hácia el rio y se pararon á la puerta de una casa, al principio de esa calle de Cochabamba, á la derecha.

— Dé usted vuelta con precaucion y vea si álguien viene, dijo Daniel á su compañero en el momento de llegar á la puerta.

La caña de la India cayó al suelo inmediatamente, como era la costumbre del señor D. Cándido Rodríguez, cuando á

costa del puño de marfil, policeaba con sus ojos el camino que acababa de andar.

— Nadie, mi querido Daniel.

Y el joven, con la mayor calma y sangre fria, abrió la puerta con una llave que traia en su bolsillo; hizo entrar á su acompañante, y, cerrando otra vez la puerta, volvió á guardar su llave en el bolsillo.

D. Cándido, entretanto, se habia puesto mas blanco que la alta y almidonada corbata de estopilla, tan adherida siempre á su persona como su caña de la India.

— ¿Pero qué es esto? qué casa misteriosa y recóndita es esta á que me conduces, mi querido Daniel?

— Es una casa como otra cualquiera, mi querido señor, dijo Daniel levantando el picaporte de una puerta al zaguan y entrando á una pieza que servia de sala, yendo el señor D. Cándido casi pegado á los pliegues de la capa de su discípulo.

— Espere usted aquí, le dijo Daniel, pasando á una habitacion contigua á la sala donde habia una de esas camas de matrimonio que necesitan una escalera para su ascension. Daniel levantó la colcha de zaraza que la cubria, se convenció de que no habia nadie oculto bajo aquella mole inmensa; pasó en seguida á otras dos habitaciones en que repitió la misma operacion que con la colcha de la cama, en cuatro catres de lona muy pobremente cubiertos, pero con mucho aseo y con algunas mallas en las fundas, últimos restos de una pasada opulencia en la reina de aquella Roma; registró en fin todo cuanto en aquella casa podia ocultar una persona, y, saliendo al pequeño patio, afirmó á la pared una escalera de mano, y subió á la azotea: no quedaba ya sino un cuarto de hora ó veinte minutos de claridad.

Daniel recorrió con una mirada de águila toda la extension que descubria desde aquel punto. No habia en derredor de él ninguna eminencia que dominase el lugar en que se encontraba. Al frente de la casa se descubria una hermosa quinta; al fondo, el hueco y las casuchas de donde comienza la calle de San Juan; á la derecha, unos cuartos en ruina; á la izquierda, una casa antigua y vacía que daba á la barranca, y á la cual se habria una pequeña ventana en la cocina de la casa. Daniel examinó todo esto en un minuto y descendió al patio.



— ¡ Mi querido y estimado y bien amado señor D. Cándido! gritó desde allí.

— ¿ Daniel? contestó con voz trémula desde la sala el maestro de primeras letras.

— Ha llegado el momento de trabajar, le dijo el discípulo, y sobre todo, de no tener miedo, continuó al verlo pálido como un cadáver.

— ¡ Pero Daniel, esta casa! Esta soledad! Este misterio! En las circunstancias en que vivimos!..... Mi posicion de empleado secreto de Su Excelencia el señor Ministro y.....

— Señor D. Cándido, usted ha desparramado la noticia de la rebelion del general La-Madrid.

— ¡ Daniel! Daniel!

— Es decir, me lo dijo usted á mí, y tanto vale decir estas cosas á uno solo, como á mil.

— Pero tú no me perderás, Daniel, exclamó el pobre D. Cándido próximo á caer de rodillas delante del jóven.

— Al contrario, para salvar á usted le hice dar un empleo que hoy comprarian con cien mil pesos muchos otros.

— Es por eso que yo te daria mi borrascosa, huérfana y trémula existencia, exclamó D. Cándido abrazando fuertemente á Daniel.

— Bien, eso era lo que yo queria que usted me repitiera; vamos ahora al trabajo : trabajo de cinco minutos solamente.

— De un año, de dos, no importa.

— Suba usted, dijo Daniel señalando la escalera á D. Cándido.

— ¿ Subo?

— Hasta la azotea.

— ¿ Y qué quieres que haga en la azotea?

— Suba usted.

— ¡ Pero nos van á ver!

— Suba usted con mil.....

— Ya estoy en la azotea.

— Y yo tambien, dijo el jóven poniéndose en tres saltos al lado de su compañero, ahora sentémonos en el suelo.

— Pero hombre.....

— ¡ Señor D. Cándido!

— Ya estoy, Daniel.

El jóven sacó del bolsillo de su levita un pliego de papel



marquilla, un compas, un lápiz; desdobló el papel, lo extendió sobre el piso de la azotea, y dijo con una voz que no admitia réplica :

— Señor D. Cándido : un cróquis de todos los alrededores de esta casa, en diez minutos, porque no tenemos sino quince de luz.

— Pero.....

— Á grandes líneas : no necesito detalles : distancias y límites solamente. Dentro de diez minutos baje usted á la sala donde me encontrará.

Un sudor frio inundaba la frente de D. Cándido, porque á medida que la escena se hacia mas misteriosa, creia ver mas cerca de sí el cuchillo de la Mashorca. Pero de otro lado estaba la mirada fascinadora de Daniel, su influencia moral que le dominaba en cuerpo y alma, y el secreto de la imprudente revelacion.

D. Cándido era un vulgar ingeniero, pero lo que se le exigia en ese momento era una cosa demasiado fácil, y ántes de los diez minutos todo su trabajo estaba perfectamente concluido. Las distancias eran tan cortas, que la vista pudo suplir la falta de instrumentos.

Concluido el cróquis, descendió D. Cándido cuando empezaba á apagarse la luz del crepúsculo en el cielo, y cuando, por consiguiente, todo el interior de la casa empezaba á estar en tinieblas. Con la caña de la India, el plano, el lápiz y el compas en las manos, el buen hombre no pudo ménos de llamar á su querido Daniel ántes de decidirse á entrar en las habitaciones oscuras.

— ¿Está hecho? le preguntó aquel saliendo á recibirlo al patio.

— Ya, ya está. Pero es necesario ponerlo en limpio, arreglarlo y.....

— Concluir todo lo que haya que hacer en él, en el curso de esta noche para entregármelo mañana ántes de las diez.

— Bien, mi querido Daniel. Pero ahora nos iremos de esta casa, ¿no es verdad?

— Ya no tenemos nada que hacer en ella, dijo Daniel encaminándose al zaguan, completamente oscuro.

Pero en el momento de ir á poner la llave en la cerradura, otra llave entró en ella por la parte exterior de la puerta, y la abrió con tanta prontitud que apénas dió

tiempo á Don Cándido para pegarse como una sombra á la pared del zaguan, y á Daniel para retroceder dos pasos y llevar su mano á uno de los bolsillos de su levita. Esta accion fué instintiva sin embargo, porque Daniel hacia algunos minutos ya que esperaba por momentos sentir abrir aquella puerta, pero él esperaba ver entrar por ella una mujer, varias mujeres quizá, pero no un hombre. Entretanto, era un hombre el que entró, y Daniel sacó entónces de su bolsillo aquel mismo instrumento mortífero con que salvó á Eduardo en la noche del 4 de Mayo, y que todavía no hemos podido ver á clara luz para dar su nombre ó su definicion.

El individuo recien llegado hizo la misma operacion que habia hecho Daniel, es decir, cerró por dentro la puerta y se guardó la llave.

Don Cándido temblaba de piés á cabeza y hacia esfuerzos inauditos por rarificar su cuerpo contra la pared, pero todo esto eran flores.

El zaguan estaba oscurísimo.

Al darse vuelta el recien llegado y caminar el primer paso hácia adentro, rozó su brazo contra el pecho de Don Cándido, y dando un salto hácia el ángulo de la puerta:

— ¿Quién esta ahí? exclamó con una voz pujante, tirando al mismo tiempo de un cuchillo de quince pulgadas, cuya aguzada punta fué á tocar el hombro de Don Cándido al estirarse el brazo que la dirigia.

La oscuridad era sepulcral, y un silencio profundo sucedió á la interrogacion del desconocido.

— ¿Quién está ahí? repitió, conteste usted ó le mato por unitario, porque solo los unitarios hacen emboscadas á los defensores de la federacion.....

Nadie respondió.

— ¿Quién es? conteste porque le mato, repitió el amable interrogador que, sin embargo, léjos de querer dar un paso hácia adelante, se perfilaba lo mas que le era posible en el ángulo de la puerta, extendiendo el brazo, armado de su cuchillo, hácia adelante.

— Servidor de usted, mi distinguido y estimado señor, á quien no tengo el honor de conocer, pero á aquien aprecio muchísimo, contestó Don Cándido con una voz tan trémula y meliflua que inspiró al desconocido todo el valor que le



faltaba y de que habia querido hacer alarde un momento ántes.

— ¿ Pero quién es usted ?

— Un humilde servidor suyo.

— ¿ Su nombre?

— ¿ Tiene usted la bondad de abrirme la puerta y dejarme pasar, mi distinguido y apreciable señor?

— Ah, no quiere usted decir su nombre, porque es algun unitario, algun espía, ¿ eh ?

— Señor de toda mi estimacion, yo soy capaz de hacerme ahorcar en servicio del Ilustre Restaurador de las Leyes, gobernador y capitan general de la provincia de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores de la confederacion, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas, marido de su difunta esposa la señora heroína Doña Encarnacion Ezcurra de Rosas que en paz descanse, padre de la señorita federal Doña Manuelita de Rosas y Ezcurra, hermano del señor ilustre federal Don Prudencio, Don Gervasio, Don.....

— Acabe usted con todos los diablos, ¿ cómo se llama le he preguntado ?

— Y tambien soy capaz de hacerme ahorcar en servicio de usted y de su amable familia ; ¿ tiene usted familia, mi estimado señor?

— Yo le voy á dar familia : á ver.....

— Á ver qué, preguntó Don Cándido yerto y ya sin fuerza para sostenerse sobre sus piernas.

— Á ver : bata usted las manos.

— ¿ Que bata las manos, mi querido señor?

— Pronto, porque si no le mato.

Nuestro Don Cándido no esperó oir segunda vez esta amenaza, y se puso á batir las manos sin saber lo que aquella pantomima significaba.

Luego que el desconocido comprendió que no tenia armas en las manos, se lanzó sobre él, y poniéndole al pecho la punta del cuchillo :

— Confiéseme usted, le dijo, por cuál de ellas viene, ó le clavo contra la pared.

— ¿ Yo?

— Sí, usted.

— ¿ Por cuál de ellas?

— Sí; ¿ viene usted por Andrea?

— ¿Por misía Andreita?..... Señor!.....

— Acabe usted, ¿viene por Gertrúdis?

— Pero señor, si yo no conozco á misía Gertrúdis ni á misía Andrea, ni á su digna y respetable familia, ni.....

— Confiese: confiese, ó le mato.

— Confiéseme usted por cuál de ellas viene, ó le astillo el cráneo, dijo junto al desconocido la voz de un hombre que con una mano le tenia sujeto por el brazo derecho, y con la otra martillaba suavemente en la cabeza con una cosa durísima y pesada; hombre que, como se comprende, no era otro que nuestro Daniel que habia presenciado tranquilo la cómica escena entre el desconocido y Don Cándido, hasta que vió llegado el momento de tomar parte en ella para darla fin.

— ¡Socorro!

— Silencio ú os mando á los infiernos, le dijo Daniel dando un poco mas fuerte con su instrumento; cosa que dejó aturdido por un momento á quien recibió el golpe.

— ¡Piedad! ¡piedad! ¡soy un sacerdote, el mejor federal, el cura Gaete! ¡No cometáis el sacrilegio de darramar mi sangre!

— Soltad el cuchillo, mi reverendo padre.

— Dádmelo á mí, exclamó Don Cándido buscando á tientas el brazo que tanto le habia hecho temblar y recogiendo de él el formidable puñal.

— Soltad.

— ¡Ya lo he dado, ya lo he dado! exclamó el cura Gaete, segun que este era el nombre que acababa de darse. ¡Soltadme ahora! continuó, haciendo esfuerzos por desasirse de la mano de fierro de Daniel. Soltadme! ya os he dicho que soy un sacerdote.

— ¿Y por cuál de ellas viene á esta casa, reverendo padre? dijo Daniel parodiando la pregunta que habia hecho el dignísimo cura de la piedad á Don Cándido.

— ¿Yo?

— Usted, mal sacerdote, federal inmundo, hombre canalla: usted á quien yo deberia ahora mismo pisarlo como á un reptil ponzoñoso y libertar de su aspecto á la sociedad de mi país, pero cuya sangre ma repugna derramar porque me parece que su olor me infectaria. Os siento temblar, miserable, miéntras mañana levantaréis vuestra cabeza de demo-

nio para buscar sobre todas las otras la que no podéis ver en este momento, y que sin embargo es bastante fuerte por sí sola, pues que os hace temblar : á vos que subís á la cátedra del Espíritu Santo con el puñal en la mano, y lo mostráis al pueblo para excitarlo al exterminio de los unitarios, de quienes el polvo de su planta es mas puro y limpio que vuestra conciencia....

— ¡ Piedad ! piedad ! soltadme ! exclamó el fraile á quien mas arredraba la entonacion de la voz y las palabras de Daniel, que caian como gotas de plomo derretido sobre su cancerosa conciencia, que el peligro material de su posicion entre las manos de aquel hombre á quien no conocia, y que, como un juez terrible, tenia en sus palabras el sello de la inexorabilidad y la justicia.

— ¡ De rodillas, miserable ! exclamó Daniel tomando al cura Gaete por el cuello, inclinándolo hácia el suelo y consiguiendo ponerlo de rodillas sin dificultad.

— Así, dijo despues de una breve pausa. Así ! sacrílego; ministro de ese culto de sangre con que hoy profanan en mi patria la libertad y la justicia. ¡ En mi persona, pide perdon á los buenos del mal que les haces, y sea el anatema que descargo sobre tu cabeza, un presagio del que te espera en el cielo ! Así, de rodillas; y representa en este momento la imágen de la horda maldita á que perteneces, cuando esté de rodillas en el cadalso pidiendo misericordia á Dios, misericordia á los hombres, misericordia al verdugo; y Dios vuelva su vista, y los hombres cierren sus oídos, y el verdugo descargue el golpe de la justicia humana sobre la cabeza de los bandidos heroificados en ese reino de sangre y de delitos que llamáis Federacion. De rodillas, así, como estará ante la historia desde el primeró hasta el último de cuantos de vosotros habéis contribuido á la desgracia de la patria, y al extravío de las generaciones todavía. Así, fraile apóstata, de rodillas. Y Daniel sacudió con fuerza la cabeza del cura Gaete, que se apoyó maquinalmente sobre el jóven, porque un vértigo terrible estaba próximo á desmayarle.

— Ahora, otra cosa, dijo Daniel alzándolo de la ropa como un fardo.

— ¡ No ! no mas ! Piedad ! exclamó con voz desfallecida.

—¿Piedad? la tenéis vosotros, sacerdotes ensangrentados

de esa herejía política á que llamáis Federacion? ¿Qué habéis dejado sin ofender? ¿Qué habéis dejado sin humillar y ensangrentar? ¿Qué piedra no os ha pedido piedad en la terrible noche de delitos que habéis levantado sobre el cielo de vuestra patria?

— ¡Piedad! piedad!

— En pié, miserable, en pié, dijo Daniel sacudiendo á Gaete y arrimándolo contra la pared.

— ¡Señor!

— La llave de esta puerta que tenéis en vuestro bolsillo, dijo Daniel con una voz que no admitia réplica, y en el acto la llave empezó á martillar sobre su brazo, pues que la mano que la entregaba temblaba horriblemente.

Daniel tomó la llave, arrastró á Gaete hácia la puerta de la sala que daba al zaguan, la abrió y dióle á su reo un empujon tal, que le hizo ir rodando y caer estrepitosamente en medio de la pieza. Cerró la puerta y :

— Pronto, ahora.... ¿dónde está usted? dijo.

— Aquí, contestó Don Cándido desde el medio del patio.

— Venga usted con mil diablos.

— Salgamos de esta casa, dijo Don Cándido acercándose á su discípulo y tomándose de su brazo.

Daniel tocaba ya la puerta de la calle y buscaba la cerradura para abrirla, cuando de la parte exterior otra llave entró en ella y abrióse la puerta.

— ¡Santos y querubines del cielo! exclamo Don Cándidó abranzándose de la cintura de Daniel.

— Afuera, afuera, dijo Daniel casi al oido de la persona que acababa de abrir la puerta, á quien habia conocido á la escasa claridad de la noche, como á tres otras mas que venian con ella : las cuatro eran mujeres. Y arrastrando hácia la vereda á Don Cándido, cerró la puerta, y dando la llave á la persona primera á quien habia hablado :

— Es necesario que no entre usted á su casa hasta dentro de un cuarto de hora : el cura Gaete está en la sala, le dijo.

— ¡El cura Gaete! Dios mio! ¡Una tragedia en mi estancia!

— No sabe quién soy; pero si se le abre la puerta podrá seguirme.

— ¡Dioses inmortales!



— Sostendrá usted, continuó Daniel embozándose en la capa y hablando quedo para no ser visto ni oido de las otras mujeres, que no sabe ni quién soy, ni cómo he entrado: un solo mal rato sobre mí lo comprará usted bien caro, Doña Marcelina, pero, como hemos de ser siempre buenos amigos, miéntras el reverendo cura descansa en la sala, vuelva usted á las tiendas y compre algo á las niñas, dijo Daniel poniendo un rollo de billetes de banco en la mano de Doña Marcelina, y en seguida atravesó la calle, se reunió á Don Cándido que lo esperaba en la vereda opuesta, y tomándolo del brazo, se sumergió en la oscura y solitaria calle de Cochabamba.

CAPÍTULO III.

Treinta y dos veces veinte y cuatro.

— ¡Despacio, Daniel, mas despacio porque me ahogo! dijo Don Cándido al llegar á la esquina de la calle de Chacabuco.

— Adelante, adelante, le contestó Daniel, doblando por esa calle, tomando en seguida la de San Juan, y enfilando luego la de las Piedras.

— Bien, dijo entónces Daniel, acortando el paso, ya hemos maniobrado en cuatro calles, y es demasiado gordo el buen fraile para que no hubiera reventado ya, en caso que el diablo le hubiera hecho salir por la boca-llave de la puerta.

— ¡Qué fraile! Daniel, qué fraile! exclamó Dan Cándido, aspirando todo el aire que podia caber en sus pulmones, y apoyándose, al caminar, en su inseparable caña de la India.

— ¡Oh, mi buen amigo, usted no lo conoce todavía!

— Y Dios me libre de conocerlo jamas.

— ¿Un sacerdote con cuchillo, eh?

— Sí, Daniel; pero convendrás en que nos hemos portado maravillosamente.

— ¡Pues!



— Yo me he desconocido.

— ¿ Cómo?

— Decia que me he desconocido.

— Pero usted siempre se portará lo mismo, mi querido amigo.

— No, mi amado, mi proctector, mi salvador Daniel : no, porque en cualquiera otra ocasion me habria caido muerto al sentir la punta del puñal contra mi pecho.

— ¡Bah!

— Créelo, créelo, Daniel. Es efecto de mi organizacion sensible, delicada, impresionable. Tengo horror á la sangre, y ese demonio de fraile...

— Despacio.

— ¿Qué hay? preguntó Don Cándido girando su cabeza á todos lados.

— Nada, no hay nada; pero las calles de Buenos Aires tienen oídos.

— Sí, sí; mudemos de conversacion, Daniel. Iba á decirte solamente que....

— ¿Qué?

— Que tú tienes la culpa del peligro en que me he encontrado.

— ¿Yo?

— Pues, ¿y quién?

— Sea, pero no le debo á usted nada.

— ¿Cómo?

— Decia que si lo puse á usted en tal peligro, he sido al mismo tiempo quien le ha salvado de él.

— Es cierto, Daniel, y eres ya desde hoy mi amigo, mi protector, mi salvador.

— Amen.

— ¿Pero crees que el fraile?...

— Silencio, y andemos, dijo Daniel doblando por la calle de los Estados Unidos, luego por la de Tacuarí, en seguida por la del Buen Órden, por donde caminó hasta llegar á la de Cangallo. Paróse en la esquina de ella, reclinó su codo en un poste, y mirando, con una expresion picante de burla y de cariño, la pálida fisonomía de Don Cándido, alumbrada en aquel momento por la claridad de uno de los faroles de la calle, soltó la risa en las barbas de su respetable maestro de primeras letras.

— ¿Te sonríes, Daniel?
— No, señor, me rio con todas ganas, como lo ve usted.
— ¿Y de qué?
— De ver atribuirle á usted empresas amorosas, querido maestro.
— ¿Á mí?
— ¿Pues no se acuerda usted de la pregunta de su rival?
— Pero tú sabes....
— No, señor, no sé, y es por eso que me he parado aquí.
— ¿Cómo? ¿No sabes que no conozco á nadie en esa casa?
— Ya lo sé.
— ¿Y qué es, pues, lo que no sabes?
— Una cosa que va usted á decírmela ya, le contestó Daniel que se entretenia en las perplejidades de D. Cándido, y á la vez descansaba un momento su fatigado cuerpo, pues que acababa de andar con su compañero mas de média legua por las calles mas pésimas de la ciudad.
— ¿Qué puedo yo negarte, Daniel? Habla, interroga.
— Una cosa muy simple quiero saber : y es, en cuál de estas calles inmediatas está la casa de usted.
— ¡Ah! querrias hacerme el honor de venir á mi casa?
— Precisamente ; ese es mi deseo.
— ¡Oh! nada mas fácil, estamos á dos cuadras de ella solamente.
— Sí, yo sabia que era por este barrio, ¿quiere usted guiarme?
— Por acá, dijo D. Cándido atravesando la plaza de las Artes y entrando en la calle de Cuyo.

Á pocos pasos, llamó á la puerta de una casa cuyo aspecto le daba un respetable carácter de antigüedad, revelando que si no era hija, era cuando mas nieta de las que allí empezaron á edificarse desde el miércoles 11 de Junio del año de gracia de 1580, en que el teniente de gobernador D. Juan de Garay, fundó la ciudad de la Trinidad y Puerto de Buenos Aires, haciendo el repartimiento de la traza de esa ciudad en ciento cuarenta y cuatro manzanas; de las cuales tocó á D. Juan de Basualdo aquella en que estaba la casa de nuestro D. Cándido Rodríguez.



Una mujer, á quien no haremos injusticia en atribuirla cincuenta inviernos, pues que las primaveras no se distinguian en ella, y á quien un buen español llamaria ama de llaves, pero á quien nosotros, buenos americanos, distinguiremos con el nombre de señora mayor; alta, flaca, y arrebozada en un gran pañuelo de lana, abrió la puerta, y echó sobre Daniel su correspondiente mirada de mujer vieja : es decir, mirada sin egoísmo, pero curiosa.

— ¿Hay luz en mi cuarto, Doña Nicolasa? la preguntó D. Cándido.

— Desde la oracion está encendida, le contestó la buena mujer con esa entonacion acentuada, peculiar á los hijos de las provincias de Cuyo, que no la pierden jamas, pasen los años que pasen léjos de ellas, pues que es al parecer un pedazo de su tierra que traen en la garganta.

Doña Nicolasa atravesó el patio, y D. Cándido entró con Daniel á una sala en cuyo suelo desnudo, embaldosado con esos ladrillos que nuestros antiguos maestros albañiles sabian escoger para divertirse en formar con ellos miniaturas de precipicios y montañas; dió Daniel un par de excelentes tropezones, aun cuando sus piés de porteño estaban habituados á las calles de la Muy Heróica Ciudad, donde las gentes pueden sin el menor trabajo romperse la cabeza, á pesar de todos los títulos y condecoraciones de la orgullosa libertadora de un mundo, ménos de ella.

Todo lo demas de la sala correspondia naturalmente al piso; y las sillas, las mesas y un surtido estante de obras en pergamino, pero esencialmente históricas y monumentales, confesaban, sin ser interrogadas, que la ocupacion de su dueño era, ó habia sido, la de enseñar muchachos quienes lo primero que aprenden es el modo de sacar astillas de los asientos, y escribir sobre las mesas con el cortaplumas, ó con la tinta derramada.

Sin embargo, la mesa revelaba que D. Cándido no era un hombre habitualmente ocioso, sino, por el contrario, dedicado á los trabajos de pluma : se veia en ella mucho papel, algunos cróquis, un enorme diccionario de la lengua, un tintero y un arenillero de estaño, y todo en ese honroso desórden de los literatos, que tienen las cosas como tienen generalmente la cabeza.

— Siéntate, descansa, reposa, Daniel, dijo D. Cándido,

echándose en una gran silla de baqueta, mueble tradicional y hereditario, colocado delante de la mesa.

— Con mucho gusto, señor secretario, le contestó Daniel sentándose al otro lado de la mesa.

— ¿Y por qué no me dices como siempre, mi querido maestro?

— ¡Toma! porque hoy tiene usted una posicion mas esclarecida.

— De que yo reniego todos dias.

— Y que, sin embargo, es preciso que usted la conserve.

— ¡Oh! sin duda, hoy es mi áncora de salvacion! Ademas, yo tengo buenos pulmones, fuertes, vigorosos, y no me ha de cansar el señor doctor D. Felipe Arana.

— Ministro de Relaciones exteriores del gobierno de la Confederacion Argentina.

— Eso es, Daniel. Sabes de memoria todos los títulos de Su Excelencia.

— ¡Oh! ¡Yo tengo mejor memoria que usted, señor secretario!

— ¿Esa es ironía, eh? ¿Adónde vas con ella?

— Á una friolera : á decir á usted que en ocho dias de secretaría, no me ha mostrado usted sino dos notas del señor D. Felipe, que bien poco valian á fe mia.

— Pero no ha sido por olvido, Daniel. Te he dicho yo que D. Felipe me ocupa actualmente en poner en limpio las cuentas que debe presentar al gobierno sobre consumos hechos en sus estancias por tropas de la provincia, pero nada, nada absolutamente de política, despues de las dos notas que te mostré bajo la mas completa reserva. Pero, á propósito, Daniel, ¿qué empeño tienes tú, qué interes en tomar parte en los secretos de Estado? Mira, oye, Daniel : entrometerse en la política en tiempos calamitosos y aciagos, es exponerse á lo que me pasó á mí el año 20. Salia yo de casa de una comadre mia, natural de Córdoba, donde se hacen las mejores empanadas y los mejores confites de este mundo, y donde mi padre aprendió el latin. ¡Qué hombre tan instruido era mi padre, Daniel! Sabia de memoria la gramática de Quintiliano, el Ovidio, al cual un dia, siendo yo muchacho, le eché encima un tintero que tenia mi padre por herencia de mi abuelo, que vino...

— Que vino de cualquier parte; es lo mismo.

— Bien; no quieres que prosiga; ya te conozco. Te preguntaba pues ¿qué interes tienes en saber los secretos de D. Felipe?

— ¡Bah! curiosidad de hombre desocupado, nada mas.

— ¿Nada mas?

— Cierto. Pero soy tan intolerante cuando no se satisface á mi curiosidad, que suelo olvidarme de todos los vínculos que me ligan á los que me irritan. Ademas, beneficio por beneficio ¿no es esto justo, mi querido maestro? dijo Daniel dominando con su fuertísima mirada el pobre espíritu de D. Cándido, como era su costumbre cuando le veia hesitar.

— ¡Oh! justo, muy justo, le contestó el secretario de D. Felipe, apresurándose con una sonrisa paternal á borrar la mala impresion que hubiera podido hacer con sus últimas palabras en el ánimo de aquel jóven cuya influencia lo avasallaba tanto; le habia dado un puerto de seguridad en la borrasca que empezaba á correr en el pueblo de Buenos Aires, y que era poseedor al mismo tiempo de algunas indiscreciones suyas, cuya revelacion le traeria infaliblemente su ruina.

— Estamos de acuerdo entónces, prosiguió Daniel, y como prenda de nuestra firme alianza, tenga usted la bondad, mi buen amigo, de tomar la pluma de su tintero, y darme á mí un pliego de papel.

— ¿Que yo tome una pluma y te dé á ti papel?

— Eso es.

— ¿Y vamos á escribir?

— Á escribir.

— Pues, hijo, con una mesa de por medio, tú con el papel y yo con la pluma, te juro que será un verdadero prodigio nuestra escritura; sin embargo, ahí tienes el papel.

Daniel se reia, y empezó á doblar y multiplicar los dobleces en el papel que le dió D. Cándido. En seguida, tomó un cortaplumas y cortó el papel por todos los dobleces, formando pequeños cuadros, poco mas ó ménos del tamaño de una carta de visita. Y contando de ellos hasta el número 32, tomó ocho papelitos y se los dió á D. Cándido, que lo estaba mirando y devanándose los sesos por comprender la ocupacion de su discípulo.



— ¿Y bien, qué hago con esto?

— Una cosa muy fácil y muy sencilla. ¿Es esa la mejor pluma del tintero?

— Está cortada para perfiles, le contestó el antiguo maestro de escuela levantando la pluma á la altura de sus ojos.

— Bien; ponga usted en cada uno de esos papelitos el número 24, en forma de escritura inglesa.

— El número 24 es un mal número, Daniel.

— ¿Por qué, Señor?

— Porque era el máximum de los palmetazos que han llevado de mi mano todos los muchachos remolones; muchachos que ya hoy son hombres de gran valía en la actualidad, por lo mismo que no me dieron grandes esperanzas en nada, y que pueden querer vengarse de mí, y sin embargo....

— Escriba usted 24, Señor D. Cándido.

— ¿Y nada mas?

— Nada mas.

— 24. 24. 24.... ya está, dijo D. Cándido despues de haber escrito y repetido ocho veces aquella cifra.

— Muy bien; ahora escriba usted en el reverso del papel: Cochabamba.

— ¡Cochabamba!

— ¿Qué hay, Señor? le preguntó Daniel con mucha calma al oir la exclamacion de D. Cándido.

— Que esta palabra me recordará siempre la casa de esta tarde, y, como las ideas se ligan instantáneamente, ese nombre me recordó la calle, luego la casa, y con la casa ese fraile impío, renegado, asesino y....

— Escriba usted, Cochabamba, mi querido maestro.

— Cochabamba, Cochabamba, Cochabamba.... ya están los ocho.

— Tome usted la pluma mas gruesa del tintero.

— Pero si esta está excelente, superior.

— Tome usted la mas gruesa.

— Vaya pues. Aquí está una de rayar.

— Perfectamente. Escriba usted con escritura española el mismo número, y la misma palabra en estos otros papelitos, y Daniel dió á D. Cándido ocho papeles mas.

— ¿Es decir que quieres que desfigure la letra?

— Justamente.

— Pero, Daniel, eso está prohibido.

— Señor D. Cándido, ¿me hace usted el favor de escribir lo que le dicto?

— Bien; ya está, dijo D. Cándido despues de haber escrito con la pluma gruesa, y en forma española el número y la palabra.

—¿Tiene usted tinta de color?

— Aquí hay punzó de la mejor clase, superior, brillante.

— Úsela usted, pues, para estos otros papeles.

— ¿El mismo número?

— Y la misma palabra.

— ¿En qué escritura?

— Francesa.

— La peor de todas las escrituras posibles, ya está.

— Ahora, los últimos ocho papelitos.

—¿Con qué tinta?

— Moje usted en la negra la pluma que ha usado con la punzó.

— ¿En qué forma?

— En forma *sui generis;* es decir, en forma de letra de mujer.

—¿Todo de mismo?

— Exactamente.

— Ya está; y son treinta y dos papelitos.

— Eso es : treinta y dos veces veinte y cuatro.

— Y treinta y dos Cochabambas, dijo Don Cándido que no podia despreocuparse de este nombre.

— Doy á usted repetidísimas gracias, mi querido amigo, dijo Daniel contando y guardando los papeles dentro de su cartera.

— ¿Es algun juego de prendas, Daniel?

— Esto es lo que es, mi buen señor, y nada mas.

— Esto me huele á alguna intriga amorosa, Daniel, ¡cuidado, hijo mio, cuidado! ¡Buenos Aires está perdido en ese sentido, como en muchos otros!

— Amen. Y para que la perdicion no se extienda hasta mi antiguo maestro y mi presente amigo, usted me hará el favor de olvidarse para siempre jamas de lo que acaba de escribir.

— Palabra de honor, Daniel, dijo Don Cándido apretando



la mano de su discípulo que acababa de levantarse y se disponia á retirarse. Palabra de honor, yo he sido jóven, y sé lo que importa el honor de las mujeres y la reputacion de los hombres. Palabra de honor. Véte tranquilo, y sé feliz, favorecido, acatado, como bien lo mereces.

— Gracias mil, amigo mio. Pero miéntras yo sigo sus consejos de cuidarme, usted no olividará mi recomendacion del plano. ¿No es verdad?

— ¿No me has dicho que para mañana lo necesitas?

— Para mañana.

— No habrán dado las doce del dia, cuando lo tendrás en tu poder.

— ¡ Llevado por usted mismo, bien entendido !

— Por mí mismo.

— Entónces, buenas noches, mi querido maestro.

— ¡ Á Dios, mi Daniel, mi amigo, mi salvador, hasta mañana !

Y Don Cándido acompañó hasta la puerta de calle á aquel discípulo de primeras letras, que mas tarde debia ser su protector y salvador, como acababa de llamarlo. Y Daniel, embozado en su capa, siguió tranquilamente por la calle de Cuyo, procupado en el recuerdo de ese hombre que, mucho mas allá de la mitad de su vida, conservaba, sin embargo, la candidez y la inexperiencia de la infancia, y que reunia al mismo tiempo cierto caudal de conocimientos útiles y prácticos en la vida ; uno de esos hombres en quienes jamas tienen cabida, ni la malicia, ni la desconfianza, ni ese espíritu de accion y de intriga, de inconsecuencia y de ambicion, peculiar á la generalidad de los hombres, y que forman esa especie excepcional, muy diminuta, de seres inofensivos y tranquilos, que viven niños siempre, y que no ven en cuanto les rodea sino la superficie material de las cosas

---

CAPÍTULO IV.

Quinientas onzas.

Reflexionando iba Daniel sobre las raras condiciones de su primer maestro, mas que sobre otros asuntos de mayor importancia que le preocupaban despues de algunos dias, en la vida agitada à que lo conducia su organizacion, á la vez que su entusiasta patriotismo. Este jóven reunia dos condiciones morales, opuestas diametralmente, y que, á pesar de eso, se hallan reunidas alguna vez en un mismo individuo; es decir, habia en él el talento y la circunspeccion de un grande hombre, y el espíritu frívolo y sutil de un jóven comun. Y así se le veia en las circunstancias mas difíciles, en los trances mas apurados, mezclar á lo serio la ironía, á lo triste la risa, y lo mas grave, aquello que era la obra misma de su alta inteligencia, picarlo un poco con los alfileres del ridículo.

En este momento acababa por ejemplo de guardar una sentencia de muerte contra su vida en los treinta y dos papelitos que llevaba en su pecho, pues cualquiera que fuese el objeto que se proponia con ellos, el mismo misterio que encerraban, habria sido en aquella época un asunto de pena capital. Y sin embargo, Daniel caminaba reflexionando y riéndose de D. Cándido sin acordarse de tales papelitos. Organizacion rara : corazon frio y valiente en los peligros; débil y ardiente para el amor; imaginacion altísima para las mas vastas concepciones; sutil y ligera para encontrar siempre los contrastes del sello de las cosas.

Ni mas, ni ménos que como un jóven indolente, embriagado por esa voluptuosidad del alma y los sentidos á los veinte y cinco años de la vida, que nos hace perezosos exteriormente, porque toda nuestra actividad se reconcentra entónces en los deseos y en los recuerdos, Daniel llegó á su casa en la calle de la Victoria, en cuya puerta encontró á su fiel Fermin que le esperaba con impaciencia, porque eran ya las ocho y média de la noche, es decir, una hora mas



tarde de aquella en que Daniel volvia á su casa generalmente, á ponerse en estado, como decia, de no ser satirizado por su Florencia; verdadero afecto, única ilusion amorosa en su corazon; único hálito de felicidad que refrescaba el alma de ese jóven, abrasada por la fiebre de la desgracia pública, y de la cual él no habia conocido aun el mas terrible de sus estragos, y por que habian pasado ya millares de hombres de la generacion á que él pertenecia : y tal era la separacion repentina y sin término del objeto amado.

Á esa época de la dictadura, la mayor parte de los jóvenes argentinos, en esa edad en que la vida rebosa su sensibilidad y su energía en las fuentes secretas de los afectos, habia tenido que decir un ¡Á Dios! á alguna mujer querida, á alguna realizacion bella de los sueños dorados de su juventud; y al sentimiento de la patria, de la familia, del porvenir, se mezclaba siempre la ausencia de una mujer amada en esa segunda generacion que se levantó contra la dictadura, y que, para combatirla, tuvo que dejar de improviso las playas de la patria.

La mano de Rosas interrumpia en el corazon de esos jóvenes el curso natural de las afecciones mas sentidas : la de la patria y la del amor. Y en la peregrinacion del destierro, en los ejércitos, en el mar, en el desierto los emigrados alzaban su vista al cielo para mandar en las nubes un recuerdo á su patria y un suspiro de amor á su querida.

Á la época que atravesamos, las esperanzas del triunfo radiaban en la imaginacion de los emigrados; pero por halagüeña que sea una promesa, si posible es tener la paciencia de esperar su logro en la edad mas inquieta de la vida, cuando esa promesa hace relacion con la política, no es lo mismo cuando ella hace parte de la vida de nuestro corazon, porque entónces cada hora es un siglo que pesa lleno de fastidio y zozobra sobre el alma, así con el dolor de la proscripcion los emigrados sufrian, en su mayor parte, los terribles martirios del amor en la ausencia de la mujer amada.

Pero en este sentido Daniel era feliz. Él, el mas devorado por el deseo de la libertad de su patria, el mas dolorido por sus desgracias, el mas activo por su revolucion, podia, sin embargo, á los veinte y cinco años de su vida, respirar paz y felicidad en el aliento de su amada y ver á su lado esa



luz divina, recuerdo ó revelacion del paraíso, que se derrama en la mirada tierna y amorosa de ese ángel de purificacion y de armonía que se encarna en la mujer amada de nuestro corazon.

Así Daniel entró contento á su casa; pues pronto debia salir de ella para volar al lado de su Florencia.

— ¿Ha venido álguien? preguntó Daniel dirigiéndose á sus habitaciones.

— Sí, Señor, hay un caballero en la sala.

— ¿Y quién es ese caballero? prosiguió Daniel sin manifestar la menor curiosidad y entrando á su escritorio por la puerta que daba al patio.

— El Señor Don Lúcas González, respondió Fermin entrando al escritorio junto con su Señor.

— ¡Ah, ah, el Señor Don Lúcas González! Por ahí debias haber comenzado, tonto: los hombres honrados, y sobre todo, los amigos de mi padre, no deben hacer antesala mucho tiempo, dijo Daniel, dirigiéndose á su sala de recibo, pasando por su alcoba y dos habitaciones mas, todas iluminadas, y adornadas con sencillez pero con elegancia.

— Cuánto siento, Señor, que se haya usted incomodado en esperarme. Rara vez falto de mi casa á las siete, pero hoy una ocurrencia imprevista me ha detenido fuera de ella, dijo el jóven dando la mano á un hombre anciano y de un aspecto noble y respetable á quien colocó á su derecha en uno de los sofás de la sala.

— Hace apénas algunos minutos que he llegado, y de ningun modo me incomodaba el esperar á usted, Señor Bello, contestó con amabilidad el Señor Don Lúcas González, antiguo vecino de Buenos Aires, español, hombre acaudalado y de una honradez y buena fe conocidas.

— Es justo que los hijos hereden las afecciones de los padres; y yo siento, señor, perder un minuto de sociedad con aquellos hombres á quienes estima el mio, y que yo sé que son bien dignos de esa estimacion.

— Gracias, Señor Don Daniel. Yo tambien tengo por el Señor Don Antonio una verdadera estimacion: fué de los primeros argentinos que conocí en Buenos Aires. ¿Y cuándo viene á la ciudad?

— No lo sé, Señor, Sin embargo, me parece que para Setiembre ú Octobre tendré el placer de darle un abrazo; y



espero entónces que tendremos el honor de ver á usted con mas frecuencia en esta casa.

— ¡Oh! sí, sí! Yo salgo poco. Pero por el Señor Don Antonio se hacen excepciones con gusto. Somos antiguos amigos. Y, fiado en esta amistad, es que vengo á pedir al hijo una disculpa.

— ¿Á mí, Señor? Los hombres como usted no se ven nunca en el caso de pedir disculpas.

— Sin embargo, me hallo en ese caso, dijo el anciano con cierta expresion de digusto.

— Veamos, Señor, ¿qué falta es esa de que habla la escrupulosa delicadeza de usted?

— Sabe usted, Señor Bello, que he respondido á usted por los ciento cuarenta y cinco mil pesos que importan las tropas de ganado vendidas al abastecedor Núñez.

— Es cierto, Señor, y en el acto de recibir la carta de usted, di órden para que fuese entregado el ganado.

— Es verdad, pero el plazo se vence mañana

— No lo recuerdo ciertamente.

— Sí, mañana; mañana 19 de Mayo.

— ¿Y bien, Señor?

— Es el caso, que Núñez no ha reunido el dinero, que recien me lo avisa hoy, y que no tengo en caja esa cantidad, que no podré realizarla ántes de una semana.

— ¿Y qué necesidad que sea en una semana? ¿Por qué no decir ocho, diez, veinte semanas, las que usted quiera? Al presente no tengo ninguna letra urgente de mi padre, y aun cuando así no fuera, sabe usted que los Señores Anchorenas la cubririan en el acto. No me fije usted tiempo, Señor González. Su palabra de usted me vale tanto como si aquella cantidad estuviese en mis gavetas.

— Gracias, amigo mio, dijo el Señor González con una expresion marcada de ese reconocimiento que es peculiar en los corazones sanos, cuando reciben un servicio; yo tenia en mi caja, continuó, quinientas onzas de oro. Podia con ellas cubrir á usted; pero anteayer me he encontrado en uno de esos compromisos..... de esos compromisos de esta época... pues... de que un hombre no sabe cómo libertarse.

— ¡Ya! exclamó Daniel, que al oir compromiso y época, olvidó el respeto que debia guardar á los asuntos privados

de un extraño, y quiso, por el contrario, incitarlo á su explicacion. ¡Ya! ¡tanta suscripcion, tanto donativo á hospitales, expósitos, universidad, guerra! Sobre todo; tantos préstamos, de que un hombre pacífico no puede eximirse por la posicion de los que piden.

— ¡Pues! Eso mismo es lo que acaba de sucederme.

— Préstamos que no vuelven, continuó Daniel echándose hácia un brazo del sofá, como si solo quisiera hablar de las generalidades de la época.

— No; felizmente, creo que esto no me sucederá esta vez, porque Mancilla me hipoteca su casa.

— ¡Oh! es una hermosa finca! dijo Daniel, que al oir el nombre de Mancilla conoció que el asunto era mas interesante de lo que al principio creyó.

— ¡Hermosísima! Pero de todos modos, es dinero parado, porque ni pagará intereses, ni yo le haré vender la finca cuando llegue el plazo.

— ¡Oh! y hará usted muy bien! Usted conoce la posicion del general Mancilla: con el préstamo usted se hace de él un buen apoyo; con el reclamo se haria usted de él un mal enemigo quizá: los hombres colocados muy alto, no gustan de que les reclamen nada.

— Ha acertado usted, Señor Bello. La amistad de Mancilla me cuesta ya mucho, como la de otros señores; pero me daré por bien servido con tal de que me dejen vivir tranquilo, gozando con mi familia de esa poca ó mucha fortuna que tengo y que es el fruto del trabajo personal de toda mi vida.

— ¡Triste estado por cierto, Señor González : tener que comprar como un favor lo que se nos debe en justicia! ¡Pero cómo ha de ser! no se puede hacer de otro modo, y es muy prudente lo que usted hace.

— Así lo creo.

— Sin embargo, si las sumas se multiplican en esa proporcion de quinientas onzas, la cosa irá muy mal al fin de algun tiempo. ¿No es usted de mi opinion?

— ¿Y qué he de hacer? Sin embargo esta vez me garanto á lo ménos con una hipoteca.

— ¿Se ha extendido ya?

— Todavía no.

— ¿Pero, ha entregado usted el dinero?



— Anteayer : una sobre otra, quinientas onzas de oro.

— ¿Y no habría sido mejor que anteayer se hubiera extendido la escritura de hipoteca, y dar despues una sobre otra las quinientas onzas de oro al general Mancilla?

— Esa era mi idea. Pero fué á casa; el dinero me lo pidió para cubrir un compromiso del momento, y quedó conmigo, en que ayer se labraria la hipoteca.

— ¿Y se hizo así?

— No, no le he visto la cara en todo el dia de ayer.

— ¿Y hoy?

— Tampoco.

— Entónces, Señor González, siento decir á usted que mañana sucederá lo mismo que ayer y que hoy.

— ¡Cómo! ¿Cree usted?...

— Yo creo muy pocas cosas en la vida, Señor; pero dudo de muchas.

— ¡Ah! Entónces duda usted que Mancilla...

— No dudo del general; dudo de la época : época esencialmente excepcional, todas las acciones deben serlo.

— Pero...

— Eso es lo único de que dudo, Señor. Pero, no es sino una idea mia que puede ser extravagante... qué sé yo!... tantas veces nos equivocamos al cabo del dia.

— Hombre, ¡por Dios! Si Mancilla hiciera eso, seria una ingratitud, una felonía indigna de un hombre decente, dijo el honrado español esforzándose en persuadirse que el jóven Bello se excedia en sus dudas, porque, mas que la pérdida de sus quinientas onzas, le lastimaba la idea de ser burlado por un hombre á quien prestaba un servicio.

— Señor González, usted es un anciano respetable; un hombre lleno de probidad y de experiencia; y yo no soy otra cosa que un jóven que comienza la vida; sin embargo, yo le hablo á usted con la lealtad que uso siempre con aquellos que la merecen : haga usted lo posible porque se firme esa escritura; pero si encuentra usted resistencia, no lleve usted adelante este negocio : hágase usted cargo que ha perdido aquella cantidad en cualquiera especulacion.

— ¿Pero qué resistencia puede haber?

— No pregunte usted eso, Señor González. Raciocinemos sobre los hechos, y no preguntemos si deben ó no suceder; bástenos saber que suceden. ¿Cree usted que un cuñado de

Rosas se deje demandar impunemente? ¿No cuenta usted por nada el orgullo de los hombres, nunca mas resentido que cuando les hieren en su altanería?

— Conque entónces, si le quitan á uno...

— Y bien, Señor González; ¿usted quiere decir que si le quitan á uno lo suyo, uno tiene el derecho de quejarse?

— Claro está.

— Pues no, Señor, no está claro, sino muy oscuro. Por ejemplo, pongámonos en el caso, que el general Mancilla no le hipoteca á usted la casa.

— Pero si ya ha recibido las qninientas onzas.

— Bien, bien, Señor González, pero pongámonos en ese caso.

— ¿En el de que no me extienda la escritura?

— Justamente.

— En ese caso habria...

— En ese caso habria cometido una mala accion, ¿no es eso?

— Hombre...

— Sí, eso es lo que quiso usted decir... ¿Pero no estamos rodeados de ejemplos de esa naturaleza de cinco años á esta parte, dados por el gobierno, por el clero, por los diputados, y por todos, Señor, cuantos viven á la sombra de Rosas?

— ¿Y bien? La autoridad haria entónces que se me extendiera la escritura.

— La autoridad judicial, puede ser; pero la autoridad popular tiene tambien sus trámites muy expeditivos, y hay noventa y nueve probabilidades contra una, á que tomaria la parte del cuñado de Su Excelencia. ¿Entiende usted ahora todo lo que tiene de grave este asunto, Señor González?

— Sí.

— ¿Perfectamente bien?

— Sí, contestó el anciano bajando la cabeza como avergonzado de no poder alzarla á la altura de sus derechos.

— Entónces repito á usted, Señor, que si no nace del general Mancilla el cumplimiento de su obligacion, no se presente á la autoridad, ni le hostilice.

— Respetaré ese consejo, dijo el anciano algo pálido y descompuesto su rostro, al descubrir en las palabras de Daniel cierta reserva que no podia ménos de alarmarle, en aquella época en que la confianza y la seguridad estaban espirando, y comenzando á nacer la incertidumbre y el terror.



— Si no es un consejo, à lo ménos es una opinion de un buen amigo.

— Gracias, Señor Bello, gracias. Yo respeto mucho la opinion de los hombres de bien, sean viejos ó jóvenes. Los ciento cuarenta y cinco mil pesos los tendrá usted la semana que viene, dijo el anciano levantándose.

— El dia que usted quiera, Señor.

Y Daniel acompañó hasta la puerta de la calle al Señor Don Lúcas González, antiguo amigo de su padre, y cuyo nombre, por desgracia, debia inscribirse muy pronto en el martirologio de 1840.

Daniel dió algunos paseos en el patio, y, despues de haber conversado consigo mismo, aquella cabeza jamas tranquila plegó sus alas, y dejó un poco de tiempo á la vida del corazon, que en aquella organizacion febriciente estaba en continua lucha con la vida de la inteligencia.

— Un frac, Fermin, dijo Daniel entrando á su aposento donde lo esperaba, tranquilo como buen hijo de la Pampa, el gauchito civilizado en quien depositaba toda su confianza, porque realmente la merecia.

— ¡ Bien ! continuó Daniel despues de vestirse su frac y de guardar en su escritorio su cartera con los treinta y dos papelitos, de acepillarse su cabello castaño, y de calzarse un par de guantes de cabritilla blanca.

— ¿ Lleva usted la capa ?

— No.

— ¿ Saco lo que esta en la levita ?

— No, no habrá necesidad de él.

— ¿ Las pistolas ?

— Tampoco, dáme un baston solamente.

— ¿ Las llevo luego ?

— Sí : á las once, me llevarás tambien mi caballo y mi poncho.

— ¿Lo he de acompañar á usted ?

— Sí, vendrás conmigo á Barrácas....... á las once en punto.

— ¿Á lo de Doña Florencia, señor ?

— ¿ Y á qué otra casa, tonto ? dijo Daniel disgustado de ver que álguien ponia en duda, que sus únicas horas de recreo pudieran ser pasadas al lado de otra mujer que de aquella tan bien amada de su corazon.

CAPÍTULO V.

La rosa blanca.

Ahora el lector tendrá la bondad de volver con nosotros á nuestra conocida quinta de Barrácas, en la mañana del 24 de Mayo, y una hora despues de aquella en que dejamos á la señora Amalia Sáenz de Olabarrieta acabando de arreglar su traje de mañana en su primoroso tocador.

Ella es, otra vez, la primera que se nos presenta.

Está sentada en un sofá de su salon, donde los dorados rayos de nuestro sol de Mayo penetran tibios y descoloridos al traves de las celosías y las colgaduras.

Está sentada en un sofá; su rostro mas encendido que de costumbre, y fijos sus ojos en una magnífica rosa blanca que tiene en su mano, y á quien acaricia distraida con sus manos mas blancas y suaves que sus hojas.

Á su izquierda está Eduardo Belgrano, pálido como una estatua, con sus ojos negros, rasgados y melancólicos, jaspeados sus párpados por una sombra azul que los circunda contrastando con la palidez de su semblante, sus ojos, su patilla, y cabellos renegridos y rizados, que caen sobre sus sienes descarnadas y redondas con que la naturaleza descubre la finura de espíritu de aquel jóven, como en su ancha frente la fuerza de su inteligencia.

— ¿Y bien, Señora? preguntó Eduardo con una voz armoniosa y tímida, despues de algunos momentos de silencio.

— Y bien, Señor, usted no me conoce, dijo Amalia levantando su cabeza y fijando sus ojos en los de Eduardo.

— ¿Cómo, Señora?

— Que usted no me conoce; que usted me confunde con la generalidad de las personas de mi sexo, cuando cree que mis labios puedan decir lo que no sienta mi corazon, ó mas bien, porque no hablamos del corazon en este momento, lo que no es la expresion de mis ideas.

— Pero yo no debo, Señora.....

— Yo no hablo de los deberes de usted, le interrumpió Amalia con una sonrisa encantadora, hablo de *mis deberes*: he cumplido para con usted una obligacion sagrada que la humanidad me impone, y con la cual mi organizacion y mi carácter se armonizan sin esfuerzo. Buscaba usted un asilo, y le he abierto las puertas de mi casa. Entró usted á ella moribundo, y le he asistido. Necesitaba usted atencion y consuelos, y se los he prodigado.

— ¡ Gracias, Señora!

— Permítame usted, no he concluido. En todo esto, no he hecho otra cosa que cumplir lo que Dios y la humanidad me imponen. Pero yo cumpliria á médias estos deberes, si consintiese en la resolucion de usted : quiere usted retirarse de mi casa, y sus heridas se volverán á abrir, mortales, porque la mano que las labró volverá á sentirse sobre su pecho en el momento que se descubra el misterio que la casualidad y el desvelo de Daniel han podido tener oculto.

— Usted sabe, Amalia, que no han podido conseguir ni indicios del prófugo de aquella fatal noche.

— Los tendrán. Es necesario que usted salga perfectamente bueno de mi casa; y quizá será necesario que emigre usted, dijo Amalia bajando los ojos al pronunciar estas últimas palabras. Y bien, continuó volviendo á levantar su preciosa cabeza, yo soy libre, Señor, perfectamente libre; no debo á nadie cuenta de mis acciones, sé que cumplo, y sin el mínimo esfuerzo, un rigoroso deber que me aconseja mi conciencia, y sin prohibirlo, porque no tengo derecho para ello, digo á usted otra vez, que será contra toda mi voluntad si usted se aleja de mi casa como lo desea, sin salir de ella perfectamente bueno y en seguridad.

— ¡ Como lo deseo! Oh! no, Amalia, no! exclamo Eduardo aproximándose á la seductora beldad que se empeñaba en retenerlo; no, yo pasaria una vida, una eternidad en esta casa. En los veinte y siete años de mi existencia yo no he tenido vida, sino cuando he creido perderla, mi corazon no ha sentido el placer, sino cuando mi cuerpo ha sido atormentado por el dolor; no he conocido en fin la felicidad, sino cuando la desgracia me ha rodeado. Amo de està casa el aire, la luz, el polvo de ella, pero temo, tiemblo por los peligros que usted corre. Si hasta ahora la providencia ha



velado por mí, ese demonio de sangre que nos persigue á todos, puede descubrir mi paradero y entónces... oh! ¡Amalia, yo quiero comprar con mi felicidad el sosiego de usted, como compraria con toda la sangre de mi cuerpo cada momento de la tranquilidad de su alma!

— ¿Y qué habria de noble y de grande en el alma de una mujer, si no arrostrase tambien algun peligro por la salvacion del hombre á quien... á quien ha llamado su amigo?

— ¡Amalia! exclamó Eduardo tomando entusiasmado una de las manos de la jóven.

— ¿Cree usted, Eduardo, que bajo el cielo que nos cubre no hay tambien mujeres que identifiquen su vida y su destino á la vida y el destino de los hombres? Oh! Cuando todos los hombres han olvidado que lo son en la patria de los argentinos, deje usted á lo ménos que las mujeres conservemos la generosidad de nuestra alma y la nobleza de nuestro carácter. Si yo tuviera un hermano, un esposo, un amante; si fuese necesario huir de la patria, yo le acompañaria en el destierro; si peligraba en ella, yo interpondria mi pecho entre el suyo y el puñal de sus asesinos; y si le fuese necesario subir al cadalso por la libertad, en la tierra que lo vió nacer en la América, yo acompañaria á mi esposo, á mi hermano, ó á mi amante, y subiria con él al cadalso.

—¡Amalia! Amalia! ¡Yo seré blasfemo: yo bendeciré las desgracias de nuestra patria desde que ellas inspiran todavía bajo su cielo el himno mágico que acaba de salir de las inspiraciones de vuestra alma! exclamó Eduardo oprimiendo entre sus manos la de Amalia. Perdon, yo la he engañado á usted; perdon mil veces. Yo habia adivinado todo cuanto hay de noble y generoso en su corazon; yo sabia que ningun temor vulgar podria tener cabida en él. Pero mi separacion es aconsejada por otra causa, por el honor... Amalia, ¿nada comprende usted de lo que se pasa en el corazon de este hombre á quien ha dado una vida para conservarla en un delirio celestial que jamas hubo sentido?

— ¿Jamas?

— Jamas, jamas.

— ¡Oh! repítalo usted, Eduardo, exclamo Amalia oprimiendo á su vez entre las suyas la mano de Belgrano, y cambiando con los ojos de él esas miradas indefinibles, magnéticas, que trasmiten los flúidos secretos de la vida en-



tre las organizaciones que se armonizan cuando, en ciertos momentos, están templadas en el mismo fuego dinivizado del alma.

— Cierto, Amalia, cierto. Mi vida no habia pertenecido jamas á mi corazon, y ahora...

— ¿Ahora? le preguntó Amalia agitando convulsiva entre las suyas la mano de Eduardo.

— Ahora, vivo en él : ahora, amo, Amalia. Y Eduardo, pálido, trémulo de amor y de entusiasmo, llevó á sus labios la preciosa mano de aquella mujer en cuyo corazon acababa de depositar, con su primer amor, la primera esperanza de felicidad que habia conmovido su existencia; y durante esa accion precipitada, la rosa blanca se escapó de las manos de Amalia. y, deslizándose por su vestido, cayo á los piés de Eduardo.

Á las últimas palabras del jóven el semblante de Amalia se coloreó radiante de felicidad; pero instantáneo, rápido como el pensamiento, ese relámpago de su alma evaporóse, y la reaccion del rubor vino despues á inclinar, como una hermosa flor abatida por la brisa, la espléndida cabeza de la tucumana.

Las manos de los jóvenes no se separaron, pero el silencio, ese elocuente emisario del amor, á quien se debe tanto en ciertos momentos, vino á hacer que el corazon saborease en secreto las últimas palabras de los labios.

— ¡ Perdon, Amalia ! dijo Eduardo sacudiendo su cabeza y despejando las sienes de los cabellos que las cubrian, perdon, he sido un insensato ; pero no, yo tengo orgullo de mi amor y lo declararia á la faz de Dios : amo y no espero, hé ahí mi defensa si la he ofendido á usted.

Dulces, húmedos, aterciopelados, los ojos de Amalia bañaron con un torrente de luz los ojos ambiciosos de Eduardo. Esa mirada lo dijo todo.

— Gracias, Amalia, exclamó Eduardo arrodillándose delante de la diosa de su paraíso hallado. Pero, en nombre de Dios, una palabra, una sola palabra que pueda yo conservar eterna en mi corazon.

— ¡ Oh ! levántese usted, por Dios ! exclamó Amalia obligando á Eduardo á volver al sofá.

— Una palabra solamente, Amalia.

— ¿Sobre qué, señor? dijo Amalia colorada como un

carmin; pretendiendo retrogradar en un terreno en que se habia avanzado demasiado.

— Una palabra que me diga lo que mi corazon adivina, continuó Eduardo volviendo à tomar entre las suyas la mano de Amalia.

— ¡ Oh, basta, señor, basta! dijo la jóven retirando su mano y cubriéndose los ojos. Su corazon sufria esa terrible lucha que se establece en las mujeres en ciertos momentos en que su corazon quiere hablar, y sus labios se empeñan en callarse.

— No, prosiguió Eduardo, déjeme usted al ménos por la primera, por la última vez quizá hacer á sus piés el juramento santo de la consagracion de mi vida al amor de la única mujer que ha inspirado en mi alma, con mi primera pasion, la primera esperanza de mi felicidad en la tierra. Amo, Amalia, amo y Dios es testigo que mi corazon es estrecho para la extension de mi cariño.

Amalia puso la mano sobre el hombro de Eduardo. Sus ojos estaban desmayados de amor. Sus labios, rojos como el carmin, dejaron escurrir una fugitiva sonrisa. Y tranquila, sin volver sus ojos de la contemplacion extática en que estaban, su brazo extendióse, y el índice de su mano señaló la rosa blanca que se hallaba en el suelo.

Eduardo volvió los ojos al punto señalado, y.....

— ¡ Ah ! exclamó, recogiendo la rosa y llevándola á sus labios. No, Amalia, no es la beldad la que ha caido á mis piés, soy yo quien viviré de rodillas : yo que tendré su imágen en mi corazon, como tendre esta rosa, lazo divino de mi folioidad en la tierra.

— ¡ Hoy no ! dijo Amalia arrebatando la rosa de la mano de Eduardo. Hoy necesito esta flor, mañana será de usted.

— Pero esa flor es mi vida, ¿por qué quitármela, Amalia?

— ¿Vida, Eduardo? basta, ni una palabra mas, por Dios, dijo Amalia retirándose del lado de Eduardo. Sufro, prosiguió, esta flor, caida en el momento que se me habla de amor, ya ha sido interpretada. Bien, se ha interpretado la verdad; pero en mi espíritu supersticioso acaba de pasar una idea horrible. Basta, basta ya.

— ¿Y quién estorbaria hoy nuestra felicidad en el mundo?...

— Cualquier locura, cosa muy fácil de hacer por ciertas

personas en ciertos estados de la vida, sobre este mundo el mejor de los mundos posibles, como decia no sé quién dijo Daniel Bello que entraba á la sala sin que le hubieran sentido venir por las piezas interiores.

— No hay que incomodarse, continuó, al ver el movimiento que hizo Eduardo para retirarse un poco del lugar tan inmediato á Amalia que ocupaba en el sofá. Pero ya que me dejas espacio, me sentaré en medio de los dos.

Y como lo dijo, Daniel sentóse en el sofá en medio de su prima y su amigo, y tomando la mano de cada uno, dijo :

— Empiezo por confesar á ustedes que no he oido mas que las últimas palabras de Eduardo, y que tanto valdria que no las hubiera oido, porque hace muchos dias que me las estaba imaginando. He dicho. Y saludó con una gravedad llena de burla á su prima colorada como un carmin, y á Eduardo que fruncia el entrecejo.

— ¡ Ah ! Como ustedes no me quieren contestar, prosiguió Daniel, seré yo el que continúe hablando. ¿ Cómo dispone usted, mi señora prima : vendrá el coche de la señora Dupasquier á buscar á usted, ó irá usted en el suyo á casa de la señora Dupasquier ?

— Iré yo, dijo Amalia sonriendo con esfuerzo.

— ¡ Gracias á Dios que veo una sonrisa ! Ah ! ¿ y usted tambien, Señor D. Eduardo ? ¡ Alabado sea Baco, santo de la alegría ! Yo pensaba que de véras se habian enojado porque yo hubiese oido un poquito de lo mucho que naturalmente tienen ustedes que decirse en este solitario palacio encantado, donde, aunque sea un año, he de venir á habitarlo algun dia con mi Florencia. ¿ Me le prestará usted, Señora Doña Amalia ?

— Concedido.

— En hora buena. Recapitulemos pues. Horas fijas, como hacen los ingleses, que jamas yerran sino en la América : á las diez ¿ te parece buena esa hora ?

— Preferiria mas tarde.

— ¿ Á las once?

— Mas todavía, contestó Amalia.

— ¿ Á las doce?

— Bien, á las doce.

— En hora buena. Á las doce de la noche, pues, estarás en casa de Florencia, para conducirla al baile, pues la se-

ñora Dupasquier solo de este modo consiente en que vaya su hija.

— Eso es.

— ¿Quién te acompañará en el coche?

— Yo, dijo Eduardo precipitadamente.

— Despacio, despacio, caballero. Usted se guardará muy bien de andar acompañando á nadie hoy á las doce de la noche.

— ¿Y cómo ha de ir sola?

— ¿Y cómo ha de ir usted con ella, en la noche del 24 de Mayo? contestó Daniel mirando fijamente á Eduardo y recargando la voz sobre las palabras *veinte y cuatro.*

Eduardo bajó los ojos, pero Amalia que con su vivísima imaginacion habia comprendido que aquellas palabras encerraban algun misterio, se dirigió á su primo con esa prontitud de las mujeres, cuando les hieren alguna de las cuerdas de esa arpa de celosos afectos que se llama su corazon, y le preguntó :

— ¿Puedo saber, por qué no es lo mismo la noche del 24 de Mayo que otra cualquiera, para que el señor me haga el honor de acompañarme?

— Es justísima tu interrogacion, mi querida Amalia, pero hay ciertas cosas que los hombres tenemos que reservar de las señoras.

— Pero aquí hay algo de política, ¿no es verdad?

— Puede ser.

— Yo no tengo ningun derecho para exigir de este caballero el que me acompañe; pero á lo ménos, creo tenerlo sobre él y sobre ti para recomendarles un poco de prudencia.

— Yo te respondo de Eduardo.

— De los dos, se apresuró á decir Amalia.

— Bien, de los dos. Quedamos pues en que á las doce irás á lo de Florencia. Pedro te servirá de cochero, y el criado de Eduardo de lacayo. Una vez en casa de Madama Dupasquier, montarás con ella en su coche para ir al baile; y el tuyo volverá á buscarte á las cuatro de la mañana.

— ¡Oh; es mucho! cuatro horas! una solamente.

— Es muy poco.

— Me parece que para el sacrificio que hago, es demasiado.



— Lo sé, Amalia ; pero es un sacrificio que haces por la seguridad de tu casa, y con ella por la tranquila permanencia de Eduardo. Te lo he dicho diez veces : no asistir á este baile dado á Manuela, en que recibes una invitacion de ella, solicitada por Agustina, es exponerte á que lo consideren como un desaire, y estamos mal entónces. Agustina tiene un especial empeño en tratarte, y ha buscado este medio. Entrar al baile y salirte de él ántes que ninguna otra, es hacerte notable en mal sentido á los ojos de todos.

— ¿Y qué me importa de esa gente? dijo Amalia con un acento marcado de desprecio.

— Muy cierto; á esta señora, ni le deben dar cuidado los resentimientos de esa gente, ni he sido nunca de tu opinion, Daniel, de que le haga el honor de concurrir á su baile, dijo Eduardo dirigiéndose á su amigo.

— ¡Bravo! Superior! exclamó Daniel saludando á Amalia y á Eduardo sucesivamente. Estáis inspirados y me habéis convencido, continuó, es una locura que mi querida prima vaya al baile. Que no vaya, pues. Pero hará muy bien en empezar á quemar sus colgaduras celestes, para no ofender los delicados ojos de la Mashorca, cuando tenga el honor de recibir su visita dentro de algunos dias.

— ¡ Esa canalla en mi casa! exclamó Amalia, resplandeciendo sus ojos con todo el brillo de su orgullo, é irguiendo su cabeza que parecia en aquel momento querer reclamar la majestad de una corona. Y bien, prosiguió, mis criados harán con ella lo que se hace con los perros : la echarán á la calle.

— ¡ Superior! Sublime! exclamó Daniel frotándose las manos; y, echando luego su cabeza hácia el respaldo del sofá y mirando al cielo raso, preguntó con una calma glacial :

— ¿ Cómo van las heridas, Eduardo?

Un estremecimiento nervioso y súbito como el que ocasiona el golpe eléctrico, conmovió la organizacion de Amalia. Eduardo no respondió. El y ella habian comprendido en el acto todo el horrible recuerdo que encerraba la interrogacion de Daniel, y todo cuanto, al mismo tiempo, queria presagiarles con ella.

— Iré al baile, Daniel, dijo Amalia, humedecidos sus ojos por una lágrima brotada de su orgullo.

— ¡ Pero es terrible que yo sea la causa! dijo Eduardo



vantándose y paseándose precipitadamente por la sala, sin sentir el dolor agudísimo que le ocasionaban esos violentos pasos en su pierna izquierda, que apénas podíase afirmar en tierra.

— ¡ Vamos! Por amor de Dios! dijo Daniel levantándose, tomando del brazo á Eduardo y volviéndole al sofá, vamos, tengo que hacer con vosotros como con dos niños. ¿Puedo tener otro objeto en lo que hago, que vuestra propia seguridad? ¿No he hecho lo mismo, no he puesto el mismo empeño en que Madama Dupasquier asista con mi Florencia á este baile? ¿Y por qué, Amalia? ¿por qué, Eduardo? Por despejar en algo el porvenir de todos de esas prevenciones, de esas sospechas que hoy fermentan el rayo sobre la cabeza en que se amontonan. La muerte se cierne sobre la cabeza de todos; el acero y el rayo están en el aire, y á todos es preciso salvar. Á trueque de estos pequeños sacrificios yo proporciono la única garantía para todos, y á la sombra de ellos tambien me garanto yo mismo. Yo, que hoy necesito la libertad, la garantía, la estimacion, puedo decir, de esa gente, para mas tarde, de un dia, de un momento á otro, poder arrancar la máscara de mi semblante, y..... pero, estamos convenidos, ¿no es verdad? dijo Daniel interrumpiéndose á sí mismo, y, á merced de aquella potencia admirable que ejercia sobre su espíritu, haciendo vagar la risa en su semblante, un momento ántes grave y serio, por no acabar de descubrir á su prima algo de los misterios de su vida política.

— Convenido, sí, dijo Amalia. Á las doce á casa de Madama Dupasquier; de estas nuevas amigas que tú me has dado, y que pareces tener empeño en que las sea importuna desde temprano.

— ¡ Bah! la señora Dupasquier es una santa señora, y Florencia está encantada de ti, desde que sabe que no eres su rival....

— Y Agustina, Agustina, ¿qué motivos, qué interes tiene para querer tratarme? tambien es por celos?

— Tambien.

— ¿De ti?

— No; desgraciadamente.

— ¿Y de quién?

— De ti.

— ¿De mi?

— Sí, de ti; ha oido hablar de tu belleza, de tus muebles y trajes exquisitos, y la reina de la belleza y los caprichos quiere conocer á su rival en ellos : hé ahí todo.

— ¡ Bah! Pero, ¿y Eduardo?

— Me lo llevo.

— ¿Tú?

— Yo.

— ¿Ahora mismo?

— Ahora mismo. ¿No hemos convenido en que me lo prestariais por hoy?

— ¡ Pero salir de dia ! Tú me habias hablado de llevarlo esta noche por algunas horas á tu casa.

— Ciertísimo, pero no podré volver á esta casa hasta mañana.

— ¿Y bien?

— Y bien, Eduardo no saldra sino conmigo.

— ¿De dia?

— De dia; ahora mismo.

— Pero, le verán.

— No, señora, no le verán : mi coche esta á la puerta.

— ¡ Ah! no lo habia sentido llegar, dijo Amalia.

— Ya lo sabia.

— ¿Tú?

— Yo.

— ¿Tienes tambien el don de segunda vista como los escoceses?

— No, mi linda prima, no; pero tengo la ciencia de las fisonomías, y cuando entré á esta sala....

— Señora, ¿me hace usted el favor de mandar callar á su primo para que no nos diga algun disparate? dijo Eduardo cortando la frase de Daniel, y acompañando sus palabras con una sonrisa la mas inteligible para Amalia.

— ¡Toma! nuestro querido Eduardo, Amalia mia, cree que yo iba á cometer el desatino de repetir lo que él probablemente te estaria diciendo al entrar yo, pues que ha clasificado de disparate la frase que me dejó entre la boca.

— ¡ Hola! Tambien es usted mordaz, caballero, dijo Amalia acompañando sus palabras con una mímica poco agradable para Daniel; es decir, arrancándole dos ó tres hebras de sus

lacios cabellos, sin que Eduardo lo notase y con tal prontitud que obligó á Daniel á hacer una exclamacion.

—¿Qué hay? preguntó Amalia con la cara mas séria del mundo, y fijando sus bellísimos ojos en los de su primo.

— Nada, hija, nada. Me imaginaba en este momento, que tú y Florencia serán las mas lindas mujeres de esta noche.

— ¡Gracias á Dios, que te oigo decir una cosa razonable! dijo Eduardo.

— Gracias, y para que sean dos, te diré que es hora de que pidas tu sombrero y me acompañes.

— ¿Ya?

— Sí, ya.

— Pero es temprano aun.

— No, señor; por el contrario, es tarde

— Bien, ahora.

— No, ya.

— ¡Oh!

— ¿Qué?

— Nada.

— Cáspita, el huésped parece sueco, pues, segun el vulgo, donde entran allí se quedan los compatriotas de Carlos XII, actuales súbditos del bravo Bernadotte, cuya mirada cuentan que nadie puede resistir. ¡Hace veinte dias que está de visita en esta casa, y todavía le parece poco!

— Daniel, ¿me haces el favor de visitar temprano á Florencia? dijo Amalia.

— ¿Y para qué, señora?

— Para recibir tu audiencia de despedida.

— ¿Cómo? ¿cómo?

— Tu audiencia de despedida.

— ¿Yo?

— Sí, tú.

— ¿Despedirme, Florencia?

— Justamente.

— ¿Ha hablado con ella Doña María Josefa?

— No.

— ¿Entónces?

— Entónces, seré yo quien hable, yo.

— ¿Para decirla que me despida?

— Eso es.

— ¡ Diablo !

— ¿ No te parece bien?

— No por cierto, ni en broma.

— Pues lo haré.

— ¿Quieres decir?

— Quiero decir : que esta noche haré ver á esa pobre criatura todo lo que la espera con marido tan insufrible.

— ¡Ah! ¡ Bueno ! Tomarás la revancha. Eduardo, ¿ me haces el favor de despedirte de Amalia?

— Es irresistible, Señora, dijo Eduardo levantándose y tomando la mano que le extendia Amalia.

— ¡ Bah ! Esa es condicion de todos los de mi familia : somos irresistibles, dijo Daniel sonriéndose y dando un paseo del sofá á las ventanas, miéntras las manos de Amalia y Eduardo parecian querer estar despidiéndose todo el dia.

Ni él, ni ella se dijeron una sola palabra; sus ojos habian pronunciado largos discursos. Cuando Daniel dió vuelta, Eduardo se dirigia á la puerta, y los ojos de Amalia estaban clavados sobre su rosa blanca.

— Mi Amalia, dijo Daniel, solo ya con su prima, nadie en el mundo velará por Eduardo mas que yo. Yo velo por todos, miéntras á mí solo me guarda la providencia. Nadie tampoco desea mas que yo tu felicidad en este mundo. Todo lo adivino y todo lo apruebo. Dejadme hacer. ¿Quedas contenta?

— Sí, dijo Amalia con los ojos llenos de lágrimas.

— Eduardo te ama, y yo tambien estoy contento de eso.

— ¿ Lo crees tú?

— ¿Lo dudas tú?

— ¿ Yo?

— Sí, tú.

— Dudo de mí.

— ¿No eres feliz con ese amor?

— Sí, y no.

— Es como no decir nada.

— Y sin embargo, digo cuanto siento en mi alma.

— ¿Le amas y no le amas entónces?

— No; le amo, le amo, Daniel.

— ¿ Y entónces, Amalia?

— Entónces, soy feliz con el amor que le profeso, y tiemblo, sin embargo, de que él me ame.

— ¡ Supersticiosa!

— Puede ser; pero la desgracia me ha enseñado á serlo.

— La desgracia suele conducirnos á la felicidad, amiga mia.

— Bien, anda, te espera Eduardo.

— ¡Hasta luego! dijo Daniel poniendo sus labios sobre la frente de su prima.

Un momento despues, los dos amigos subieron al coche, y, á tiempo de romper á gran trote los caballos, alzóse una de las celosías de las ventanas del salon de Amalia, y dos miradas se cambiaron un expresivo á Dios.

CAPÍTULO VI.

Veinte y cuatro

El sol del 24 de Mayo de 1840 habia llegado á su ocaso, y precipitado en la eternidad aquel dia que recordaba en Buenos Aires la víspera del aniversario de su grandiosa revolucion. Treinta años ántes se habia despedido de la tierra, viendo desaparecer para siempre la autoridad del último de nuestros vireyes, de quien, en tal dia como ese en 1810, el cabildo de la ciudad habia hecho un presidente de una junta gubernativa, y cuya autoridad limitada descendió mas, pocas horas despues, contra la voluntad del cabildo, pero por la voluntad del pueblo.

La noche habia velado el cielo con su manto de estrellas, y del palacio de los antiguos delegados del rey de España se esparcia una claridad que sorprendia los ojos del pueblo bonaerense habituados despues de muchos años á ver oscura é imponente la fortaleza de su buena ciudad, residencia de sus pasados gobernantes, ántes y despues de la revolucion, pero abandonada y convertida en cuartel y caballeriza, despues del gobierno destructor de Don Juan Manuel Rosas.

Los vastos salones en que la señora marquesa de Sobre-Monte daba sus espléndidos bailes, y sus alegres tertulias



de revesino, radiantes de lujo en tiempo de la presidencia, y testigos de intrigas amorosas y de disgustos domésticos en tiempo del gobernador Dorrego, derruidos y saqueados en tiempo del Restaurador de las Leyes, habian sido barridos, tapizados con las alfombras de San Francisco, y amueblados con sillas prestadas por buenos federales para el baile que dedicaba al señor gobernador y á su hija su guardia de infantería, al cual no podria asistir Su Excelencia, por cuanto en ese dia honraba la mesa del caballero H. Mandeville, que celebraba en su casa el natalicio de su soberana. Y la salud de Su Excelencia podria alterarse pasando indiscretamente de un convite á un baile, por lo que estaba convenido que la señorita su hija lo representase en la fiesta.

Las luminarias de la plaza de la Victoria, la iluminacion interior del palacio, que al traves de sus largas galerías de cristales proyectaba su claridad hasta la plaza del 25 de Mayo, la rifa pública, los caballitos, y sobre todo la aproximacion de ese 25 que jamas deja de obrar su influencia mágica en el espíritu de sus hijos, arrastraban en oleadas hácia las dos grandes plazas á ese pueblo porteño que pasa tan fácilmente del llanto á la risa, de lo grave á lo pueril, y de lo grande á lo pequeño: pueblo de sangre española y de espíritu frances, aunque no era esta la opinion de Dorrego, cuando desde la tribuna gritó á la barra que le interrumpia : « silencio, pueblo italiano;» pueblo en fin cuyo estudio sicológico seria digno de hacerse, si álguien pudiera estudiar en las páginas desencuadernadas del libro sin método y sin plan que representa su historia.

Los coches que se dirigian á las casas de los convidados al baile, empezaban á correr con dificultad por las calles paralelas á las plazas de la Victoria y de 25 de Mayo; los cocheros tenian que contener los caballos; y los lacayos, que habérselas con esos muchachos de Buenos Aires que parecen todos discípulos del diablo; y que se entretienen en asaltar á aquellos y disputarles su lugar, en lo mas rápido del andar del coche.

De repente, uno de los coches que venia del Retiro hácia la plaza de la Victoria, pasa sus ruedas por encima de una especie de confitería ambulante colocada bajo la vereda de la catedral, y una grita espantosa se alza en derredor del



coche, acusando al cochero de haber muerto média docena de personas; porque para el pueblo no hay una cosa mas divertida que tener á quien acusar en los momentos en que todo lo que le rodea es inferior á la potencia soberana que representa.

Los vigilantes acudieron. El coche estaba entre un mar de pueblo. Se buscan los muertos, los heridos; no se halla nada de esto, sin embargo; pero las mujeres lloran, los muchachos gritan, los vigilantes regalan cintarazos á derecha é izquierda y el coche no puede moverse.

— ¡Adelante! Rompe por el medio de todos. Rompe la cabeza á cuantos halles, pero anda, con mil demonios, dice al cochero uno de los personajes que conducia el carruaje.

— Señor vigilante, dice otro de los que estaban dentro, sacando la cabeza por uno de los postigos del coche, y dirigiéndose á uno de los agentes de policía, que en ese momento hacia mas heroicidades sobre las espaldas de los pobres diablos que allí habia, que las que hizo Enéas en la terrible noche; señor vigilante, creo que no se ha hecho mal á nadie; reparta usted este dinero entre los que hayan perdido algunas frutas, y haga usted que podamos pasar, pues que vamos de prisa.

— Sí, eso mismo decia yo. Es gritería, nada mas! dijo el servidor del señor Victorica guardando los billetes en su bolsillo; campo, señores, gritó en seguida, campo, que son buenos federales y puede que vayan en servicio de la causa.

La trompeta de Josué tuvo ménos magia para derribar las murallas de Jericó, que las palabras de nuestro hombre para arrinconar la multitud contra las paredes del templo, y despejar en un minuto la bocacalle de la plaza.

— Dobla por la calle de la Federacion, y toma en seguida la de Representantes, dijo al cochero el primero de los que habian hablado.

Momentos despues, el coche pasaba libremente por la puerta de Su Excelencia el señor D. Felipe Arana, en la calle de Representantes, y á los diez minutos de marcha, se paró en el ángulo donde se cruzan las calles de la Universidad y de Cochabamba.

— Cuatro hombres bajaron del carruaje, y de uno de ellos



recibió órden el cochero, de estar en ese mismo lugar á las diez y média de la noche.

En seguida los cuatro desconocidos, embozados en sus capas, siguieron en direccion al rio por la misma calle de Cochabamba, oscura en esos momentos, y solitaria como el desierto.

Marchaban de dos en dos, cuando, al desembocar la última calle que les faltaba para llegar á la casa aislada que se encontraba sobre la barranca, se hallaron de manos á boca con tres hombres, encapados tambien, que venian en la direccion de la calle de Balcarce.

Las dos comitivas se pararon instantáneamente, y, contemplándose sin duda, guardaron por algun tiempo un profundo silencio.

— Es preciso salir de esta posicion; en todo caso somos cuatro contra tres, dijo á sus compañeros uno de los hombres que habian bajado del coche. Y con su última palabra dió su primer paso hácia lo tres desconocidos.

— ¿Puedo saber, señores, si es por nosotros que se han tomado ustedes la molestia de interrumpir su camino?

Una carcajada en trino fué la respuesta que recibió el que habia hecho aquella paladina interrogacion.

— ¡Al diablo con todos vosotros! No ganamos para sustos! dijo el mismo que habia hablado ántes, á quien ya se habian reunido sus compañeros, pues que todos se habian reconocido recíprocamente por la voz y por la risa : todos eran unos. Y todos marcharon en direccion al rio.

Á pocos pasos llegaron á una puerta que nuestros lectores recordarán, aun cuando un poco ménos que el maestro de primeras letras de Daniel.

— Ninguno de los siete golpeó la puerta; pero uno de ellos puso sus labios en la boca-llave, y pronunció las palabras : *Veinte y cuatro.*

La puerta abrióse en el acto, y cerróse luego de pasar por ella el último de los recien venidos.

Algunos minutos despues, las mismas palabras fueron pronunciadas en el mismo paraje, y dos individuos mas entraron á la casa. Y, sucesivamente por un cuarto de hora, fueron llegando comitivas de á dos, y de á tres individuos, usando todos de las mismas palabras y de las mismas precauciones.



CAPÍTULO VII.

Escenas de un baile.

Entretanto, desde las nueve de la noche, los convidados al baile dedicado á Su Excelencia el Gobernador, y á su hija, empezaban á llegar al palacio de gobierno, y á las once los salones estaban llenos, y la primer cuadrilla se acababa.

El gran salon estaba radiante. El oro de las casacas militares, y los diamantes de las señoras resplandecian á luz de centenares de bujías, malísimamente dispuestas, pero que al fin despedian una abundante claridad.

Un no sé qué, sin embargo, se encontraba allí de ajeno al lugar en que se daba la fiesta, y á la fiesta misma; es decir se veian con excesiva abundancia esas caras nuevas, esos hombres duros, tiesos y callados que revelan francamente que no se hallan en su centro, cuando se encuentran confundidos con la sociedad á que no pertenecen; esas mujeres que no hacen sino abanicarse, no hablar nada, y levantar muy sérias y duras la cabeza, cuando quieren dar á entender que están muy habituadas á ocupar asientos en las sociedades de gran tono, sintiendo, empero, lo contrario de lo que quieren indicar. Todo esto, en cuanto al lugar del baile, pues que en esos salones no se habian encontrado nunca sino las personas de esa sociedad elegante de Buenos Aires, tan democrática en política, y tan aristocrática en tono y en maneras. Y en cuanto al contraste con la fiesta misma, habia allí ese silencio exótico, que en las grandes concurrencias revela siempre algo de ménos, ó algo de mas.

Se bailaba en silencio.

Los milatares de la nueva época, reventando dentro de sus casacas abrochadas, doloridas las manos con la presion de los guantes, y sudando de dolor á causa de sus botas recien puestas, no podian imaginar que pudiera estarse de otro modo en un baile que muy tiesos y muy graves.

Los jóvenes ciudadanos, salidos de la nueva jerarquí aso-

cial, introducida por el Restaurador de las Leyes, pensaban, con la mejor buena fe del mundo, que no habia nada de mas elegante, ni cortés, que andar regalando yemas y bizcochitos á las señoras.

Y por último, las damas, unas porque allí estaban á ruego de sus maridos, y estas eran las damas unitarias; otras, porque estaban allí enojadas de no encontrarse entre las personas de su sociedad solamente, y estas eran las damas federales, todas estaban con un malísimo humor: las unas despreciativas, y celosas las otras.

La señorita hija del gobernador acababa de llegar, y estruendosos aplausos federales la acompañaron por las galerías y salones.

Su asiento en la testera del salon quedó al punto rodeado por una espesa muralla de buenos defensores de la santa causa, que alentados con la presencia de la hija de su Restaurador, empezaron á sacarse los guantes que habian encarcelado por tanto tiempo sus manos habituadas al aire puro de la libertad.

Las buenas hijas de la restauracion, unas en pos de otras, se acercaban á cumplimentar al primer eslabon de su cadena social.

Otras de las damas, se les ocurria pasar al tocador, al entrar la señorita Manuela, otras dar un paseo por las salas, otras, en fin, ménos disimuladas, se dejaban estar graciosamente en sus sillas, sin cuidarse de la entrada de nadie.

Manuela, sin embargo, ni se fijaba en el despego de las unas, ni se envanecia con las adulaciones de las otras.

Amable con todos, comunicativa y sencilla, Manuela se atraia tambien las miradas y el aprecio de los pocos hombres que allí habia capaces de juzgar sin pasion esa pobre y primera víctima de su padre.

Vistiendo un traje de tul blanco sobre otro de raso color rosa, con adornos de cintas del mismo color en su cabeza y en su seno, ella no radiaba de lujo como otras, pero estaba elegante y *buena moza*, como se dice para definir ese término medio entre lo bello y lo regular.

À pocos minutos de la llegada de Manuela, se presentó la señora Doña Agustina Rosas de Mancilla; y todas las miradas se volvieron á ella. Aquí no era el temor, ni la adulacion, era la expresion franca de la admiracion por la



belleza, lo que inspiraba entusiasmo á los hombres, y admiracion á las damas.

Aquí debemos especializar la ligerísima observacion que estamos haciendo, porque el objeto bien merece la pena de escribirse y de leerse.

« Doña Agustina Rosas de Mancilla fué la mujer mas bella de su tiempo; » es necesario que escriba la crónica contemporánea, para que algun dia lo repita la historia de nuestro país, fiada en la verdad de escritores independientes é imparciales, y de bastante altura de espíritu para descender á animosidades pequeñas por afiliaciones de partido ó de creencias políticas. Y hemos nombrado la historia, porque ella no podrá prescindir de ocuparse de toda la familia de Don Juan Manuel Rosas, cuyos miembros han figurado, mas ó ménos, en los diversos cuadros y episodios del gran drama de su gobierno. Y la misma Agustina, si bien en la época de los acontecimientos que narramos, vivia completamente ajena á la política, embebida en su vida misma, rodeada de admiradores y lujo, pasó á ser, mas tarde, cuando el gobierno de su hermano se dió una exterioridad diplomática y régia, uno de los personajes mas espectables de la época, y cuyo nombre, como el de Manuela, ocupó los libros, los diarios, y la conversacion de cuantos trataron de los asuntos del Plata, grandes ó pequeños, amigos ó enemigos.

Á la época que describimos, la hermana menor de Rosas, esposa del general Don Lucio Mancilla, no tenia la mínima importancia política, ni se ocupaba un instante de unitarios ni de federales. Y á esa época tambien su espíritu, ó por falta de ocasion, ó por un tardío desenvolvimiento, no habia manifestado toda la actividad y extension con que mas tarde se hizo remarcable, en la nueva faz del gobierno de su hermano que comenzó con Palermo y con las complicaciones exteriores.

La importancia de esa jóven, en 1840, no se la daba su hermano, ni su marido, ni nadie en la tierra; se la habia dado Dios.

En 1840 tenia apénas 25 años. La naturaleza, pródiga, entusiasmada de su propia obra, habia derramado sobre ella una lluvia de sus mas ricas gracias, y á su influjo habia abierto sus hojas la flor de una juventud que radiaba



en todo el esplandor de la belleza. De una belleza de estatuario, de pintor, y á quien ni el uno, ni el otro podrian imitar exactamente. El cincel quebraria los detalles del mármol ántes de dar á la estatua los contornos del seno y de los hombros de esa mujer; y el pincel no encontraria cómo combinar en las tintas el color indefinible de sus ojos, brillantes y aterciopelados unas veces, y otras con la sombra indecisa de la média luz de ese color; ni dónde hallar tampoco el carmin de sus labios, el esmalte de sus dientes, y el color de leche y rosa de su cútis. Rebosando en ella la vida, la salud, la belleza, esa flor del Plata ostentaba la lozanía de su primera aurora, y debia ser, y lo era en efecto, el encantamiento de las miradas de los hombres, y aun de las mismas mujeres, que, con sus ojos perspicaces, y tan interesadas en este caso, no podian señalar otro defecto en Agustina, sino que sus brazos eran algo mas gruesos de lo que debian ser, y no bien redonda su cintura.

Pero, magnífica Diana para la escultura; espléndida Rebeca para el lienzo, la belleza de Agustina no estaba sin embargo en armonía con el bello poético del siglo XIX: habia en ella demasiada bizarría de formas, puede decirse, y muy pocas de esas líneas sentimentales, de esos perfiles indefinibles, de esa expresion vaga y dulce, tierna y espiritual que forma el tipo de la fisonomía propiamente bella en nuestro siglo, en que el espíritu y el sentimiento campean tanto en las condiciones del gusto y del arte: tal era Doña Agustina Rosas de Mancilla en 1840, y que entraba al baile que se describe aquí, resplandeciente de belleza y de lujo. Sus brazos, su cuello y su cabeza, estaban cubiertos de diamantes; y la presion que sufria su talle, daba al rosado subido de su rostro una animacion que solo á las unitarias pareció chocante. Pero habituada la mayor parte de los que se encontraban en los salones, especialmente los hombres, á mirar en Agustina la reina de las bellezas porteñas, creyó que en esa noche conquistaba Agustina, y para siempre, aquel indisputable rango.

Su vestido era de blonda blanca sobre raso del mismo color, y su peinado á la griega daba lugar, no á que resaltasen los perfiles ó la redondez de su bella cabeza, sino un lazo de diamantes que sujetaba su moño federal.

La maga paseaba los salones, sin haber tomado asiento



todavía, al brazo de su esposo el general Mancilla, que en esos momentos parecia recuperar algo de su perdida juventud, al influjo del aire gentil y elegante que este antiguo caballero habia aprendido y ostentado en la culta sociedad que habia frecuentado, cuando pertenecia en alma y cuerpo al partido unitario.

Las miradas seguian á Agustina; la seguian, la devoraban. Pero, de repente un murmullo sordo se escucha en todos los ángulos del salon. Las miradas se vuelven hácia la puerta; y la misma Agustina, arrebatada por la impresion general, lanza los rayos de sus lindos ojos hácia el centro comun de la mirada universal: dos jóvenes, del brazo, una de la otra, acaban de entrar al salon : la señora Amalia Sáenz de Olabarrieta, la señorita Florencia Dupasquier.

La primera, siguiendo la rigorosa etiqueta de la viudedad, vestia un traje de raso color lila muy bajo, ó mas bien color torcaz, y sobre él, otro de blonda negra mas corto que el primero. Su talle, redondo y fino como el de la estatua griega, estaba ajustado por una cinta del mismo color que el viso, cuyas puntas tocaban con la orilla del vestido negro. Su escote era tambien de blonda; y en el centro del pecho, un pequeño lazo de cinta igual á la del talle completaban los adornos de su sencillo y elegante traje. Sus cabellos estaban rizados, y sus rizos finos y lucientes caian hasta su cuello de alabastro; y entre ellos, en su sien derecha, estaba colocada una linda rosa blanca. El resto de sus hermosos cabellos castaños circundaba la parte posterior de su cabeza, en una doble trenza que parecia sujetada solamente por un alfiler de oro á cuya extremidad se veia una magnífica perla; y bajo la trenza, en el lado izquierdo de la cabeza, se descubria apénas la punta de la cintita roja, adorno oficial impuesto bajo terribles penas por el Restaurador de las libertades argentinas.

Florencia vestia un traje de crespon blanco con alforzas, adornado con dos guirnaldas de pequeños pimpollos de rosas, que, bajando de la cintura en forma de delantal, hasta tocar en la última alforza, daban vuelta en derredor de ella por todo el vestido. Las mangas de este eran extremadamente cortas; y un escote de finísimo encaje era cerrado en medio del pecho por una rosa punzó.

Los cabellos de la jóven, partidos en medio de la frente,



caian, como los de Amalia, en flexibles rizos sobre la mejilla; y su trenza, entretejida con hilos de perlas, daba tres vueltas sobre su cabeza, y dos hilos de aquellas se escapaban de la trenza é iban á adornar la blanca y casta frente de la jóven; y un ramito de pimpollos, semejantes á los del vestido, estaba colocado, bella y maliciosamente, en el lado izquierdo de la cabeza; para que el lindo adorno de la naturaleza hiciera las veces del repulsivo símbolo de la Federacion.

Agustina estaba perdida. Acababa de caer de su trono al impulso de una revolucion obrada en la admiracion universal por la belleza de Amalia.

La señorita Dupasquier estaba encantadora, pero era una belleza conocida ya, en tanto que Amalia era la primera vez que se presentaba en público. Y la novedad, esta reina despótica de la sociedad, hacia alianza con la radiante hermosura de Amalia para cautivar la mirada y el entusiasmo de todos.

La misma Agustina no pudo prescindir de contemplarla y admirarla largo tiempo.

Varios jóvenes se apresuraron á ofrecer su brazo á las recien llegadas y conducirlas à los asientos que eligieran; porque en ese baile ninguna señora habia los honores del recibimiento.

Pero, fuera casualidad, ó la obra de ese instinto pocas veces equivocado entre las personas de una misma clase para encontrar sus iguales sin conocerlos, Amalia fué á sentarse con Florencia en un ángulo del salon, donde habíanse reunido todas las damas que allí habia por la voluntad de sus maridos, tan poco federales como ellas, pero, en obsequio de la verdad, con mucho mas miedo que sus nobles esposas.

Florencia fué levantada en el acto por un jóven amigo de Daniel para las cuadrillas que comenzaban en aquel momento. Pero Amalia, sin ser olvidada, no fué invitada á las cuadrillas; sucede generalmente que á la primera impresion que hace una mujer bella y desconocida al presentarse en un baile, se apodera del espíritu de los hombres cierto temor, cierta desconfianza de solicitar su compañía en la danza, porque no pueden imaginarse que tal mujer no tenga veinte compromisos para esa noche, y temen recibir una negativa en la primera solicitud.



Pero la pobre Amalia no conocia á nadie, con nadie estaba comprometida; los jóvenes se chasquearon, y ella quedó sola al lado de una señora anciana, con todos los aires de una de aquellas viejas marquesas de tiempo de Luis XIII en Francia, ó del virey Pezuela en la ciudad de los Incas.

— Ha venido usted muy tarde, señorita, dijo á Amalia la señora anciana, haciéndola uno de esos saludos casi imperceptibles, pero elegantes, que solo saben hacer las personas de calidad, que han aprendido desde niñas el manejo de los ojos y de la cabeza.

— En efecto, pero me ha sido imposible venir ántes, contestó Amalia volviendo el saludo á su vecina, en cuya fisonomía y en cuyo traje descubrió al momento una persona de distincion, como al mismo tiempo su poca exaltacion por la causa federal, en el moño pequeñísimo que traia, casi oculto, entre un adorno de blondas negras en su cabeza. Porque, hasta los dias en que estamos del año de 1840, el mas ó ménos federalismo se calculaba por el mayor ó menor tamaño de las divisas; y dos personas que se encontraban, sabian perfectamente la opinion á que ambas pertenecian con solo mirarse el ojal de la casaca, si eran hombres, ó la cabeza, si eran señoras.

— Creo que es esta la primera vez que tengo el honor de ver á usted. ¿Acaso ha llegado usted de Montevideo?

— No, señora, resido en Buenos Aires hace algun tiempo.

— ¡Algun tiempo! Entónces ¿no es usted de Buenos Aires?

— No, señora, soy tucumana.

— ¡Ah! Bien me lo decia yo, ¡era imposible que usted no hubiera llamado mi atencion, si fuera usted mi compatriota!

— Sin embargo, creo que tengo el honor de ser compatriota de usted, señora.

— Sí, sí; en cuanto á argentina, quise decir, de Buenos Aires.

— Es cierto, soy provinciana, como nos llaman aquí, dijo Amalia con una sonrisa tan amable que acabó de seducir á la buena señora, que desde ese momento conoció que tenia por interlocutora á una persona de espíritu y de clase.

— Conozco mucho, la dijo, á la madre de Florencia. ¿Acaso será usted parienta de ella?

— No, señora. Tengo el honor de ser su amiga solamente; me llamo Amalia Sáenz de Olabarrieta, dijo Amalia anticipándose á satisfacer la curiosidad de su compañera, en quien ya habia descubierto la propension de hablar y preguntar que nunca es mas comun que en los bailes entre ciertas señoras que ya han perdido la esperanza de danzar en ellos.

— ¡Ah! ¿es usted la señora viuda de Olabarrieta? Tengo mucho gusto en conocer á usted. He oido su nombre muchas veces; y por cierto que en cuanto he oido, no hay nada de exagerado.

— Yo creia, señora, que en Buenos Aires habia sobradas cosas de que ocuparse para hacer á una pobre viuda el honor de acordarse de ella.

— ¡Una pobre viuda, que no tiene rival en belleza, y que, segun dicen, ha hecho de su casa un templo de soledad y buen gusto! ¡Ah, señora! ¡Si usted supiera qué pocas son las cosas bellas y de buen gusto que nos han quedado en Buenos Aires, no se resentiria entónces la modestia de usted!

— Pero, señora, contestó Amalia, yo veo aquí el ejemplo contrario de lo que usted me dice.

— ¿Aquí?

— Aquí, sí, señora.

— ¿Aquí? ¿De buen gusto? ¡Por Dios, no me haga usted perder parte de la admiracion que me ha causado! dijo la señora, con una sonrisa la mas picante y despreciativa del mundo. El buen gusto, prosiguió, hace muchos años que ha desaparecido de Buenos Aires. ¡Oh! ¡si usted hubiera visto nuestros bailes de otro tiempo! ¡Qué hombres! ¡qué mujeres! ¡Oh! eso era elegancia y buen gusto, señora! ¡Pero hoy!

— ¿Podria saber, señora, si no es indiscrecion, con quién tengo el honor de hablar?

— Soy la señora de N...

— ¡Ah! me felicito por esta ocasion en que tengo el honor de saludar á la señora de N...

— Parece que usted quedó admirada sobre mi juicio respecto á este baile, ¿no es verdad? prosiguió la señora de N... que al parecer estaba empeñada en criticar cuanto allí habia.



— Confieso á usted que yo no echo de ménos ese buen tono que extraña usted, la respondió Amalia, que todo queria oir, sin decir nada.

— ¡Oh, por Dios!

— ¡Cómo! ¿No halla usted de buen tono la concurrencia de esta noche? le preguntó Amalia que empezaba á encontrar que su vecina podria distraerla del mal humor que sentia.

— ¡Buen tono! dijo la señora riéndose, echando negligentemente su brazo al respaldo de la silla, y aproximándose á Amalia. ¿Conoce usted, continuó, ciertas calidades físicas en los hombres, que revelan perfectamente su buena ó su mala raza?

— Quizá.

— Fíjese usted un momento en el pié de los hombres.

— ¿Y bien? Ya está.

— ¿Qué nota usted?

— ¿Qué noto?

— Sí; con franqueza.

— Nada.

— No es cierto.

— Pues, señora, no comprendo.

— Yo se lo explicaré á usted: son hombres de piés anchos y botas cortas; ¿se rie usted?

— De la ocurrencia, señora.

— Pues esa es la primera señal de la clase á que esos hombres pretenecen. ¡Oh, de esos no habia por cierto en nuestros pasados bailes! ¡Botas en un baile! ¿Ve usted aquel frente del salon? ¿Ve usted la primera cuadrilla?

— Sí, todo lo veo.

— Pues las señoras sentadas, y las que están bailando, son esposas ó hermanas de estos modernos caballeros.

— ¿De manera, señora, que usted tiene la suerte de conocer á todos?

— En general los distingo por clases; en particular conozco á algunos.

— ¡Ah! es una verdadera fortuna! ¡Yo que estóy aquí como si me hallara en Constantinopla!

— Tanto mejor.

— Tanto peor, señora, porque siquiera usted puede saber con quién habla, cuando alguna de esas damas, ó caballeros se le acerquen.



— ¿Pero qué, no tiene usted ningun pariente en Buenos Aires? preguntó la señora, fijando sus ojos como para conocer la verdad de la respuesta que iba á recibir.

— Ninguno al servicio, ó en la amistad del gobierno, contestó Amalia, comprendiendo que la señora buscaba seguridades.

— ¡Ah! pues entónces, solo ganaria usted una cosa con conocer lo que desea.

— ¿Y cuál es, señora?

— Un poco de risa.

— Es algo.

— En esta época especialmente. ¿Qué le parece á usted aquel caballero que está recostado contra el marco de aquella puerta estirándose su hermoso chaleco colorado?

— Me parece bien.

— No, señora, le parece á usted mal.

— ¿Mal?

— Sí, mal, yo quiero defender á usted contra usted misma.

— Vaya, pues, señora; me parecerá mal, si usted se empeña.

— Ese es el señor D. Pedro Ximeno, comandante interino del puerto.

— ¡Ah! ese es el señor Ximeno?

— El mismo. Uno de los hombres mas afortunados en su carrera.

— ¡Es posible!

— Figúreselo usted: en 1821 fué mozo de servicio en el café de la Victoria.

— ¡Ah!

— Sí, señora, mozo de café.

— Por algo se empieza en este mundo, señora.

— Y despues se va adelante, ¿no es cierto?

— Así es en general.

— Pues eso mismo le pasó á Ximeno.

— ¿Ascendió á la capitanía?

— No; de mozo de café, ascendió á mercachifle.

— ¡Hola! la casa va en progreso, dijo Amalia sin poder contener su risa.

— ¡Oh! Pero ascendió todavía.

— ¿En el mismo órden?

— Óigalo usted : de mercachifle pasó á ser empleado en estro teatro viejo.

— ¡ Hola ! se hizo cómico!

— Ménos que eso.

— ¿Apuntador?

— Ménos que eso.

— ¿Ménos que apuntador?

— Sí, señora.

— ¿Entónces, qué fué?

— Uno de los peones encargados de levantar e. telon de boca.

— ¡ Oh ! es admirable la carrera de ese señor! ¿Y cómo ha llegado hasta el lugar donde se halla?

— Muy sencillamente : el general Zapiola lo empleó de escribiente en la capitainía del puerto, y la Federacion lo hizo comandante de ella.

— Y aquel otro caballero que en este momento conversa con el señor Ximeno, ¿quién és?

— Ese es el señor general Mancilla.

— ¡Ah! el general Mancilla!

— Uno de los mas furiosos unitarios que ocuparon un banco en el congreso constituyente. ¿ Ve usted ese otro personaje que se les acerca?

— Sí ¿quién és?

— Tórres, Don Lorenzo Tórres. ¡Dios los cria y ellos se juntan!

— ¿Por qué dice usted eso, señora?

— Porque Tórres tambien fué unitario hasta mucho despues de la revolucion de Lavalle, contestó la señora de N... que parecia saber de memoria la biografía de todo el mundo.

— ¿ De suerte, dijo Amalia, que hoy hay nuchos federales que no lo han sido siempre?

— Cierto. Sin embargo, aquí hay algunos que lo han sido toda su vida. Por ejemplo, allí tiene usted uno, dijo la señora de N... señalando á un caballero de cuarenta años poco mas ó ménos, de tez morena y de ceño zonzo.

— Y ese caballero ¿quién es? preguntó Amalia.

— Ese es Don Baldomero García, federal toda su vida; hombre de carácter mas duro que su figura, y tan tartamudo de ideas como de lengua. ¡Hola! ¡Hola! Y se da la mano

13.



con un excelente personaje de la actualidad. ¿Lo ve usted?

— Sí, pero no conozco á ese señor.

— ¡ Por Dios, que usted no conoce á nadie ! Ese es Juan Manuel Larrazabal. ¡ Dios me libre de creerlo ! pero dicen que es un espía del señor gobernador.

— Voces de partido quizá, dijo Amalia, fijando sus ojos rápidamente en un hombre que hacia rato la estaba contemplando con unas miradas trasversales, pues que salian de dos ojos al sesgo.

— Y podrá usted decirme, preguntó Amalia á la señora de N... ¿ quién es aquel caballero que está haciendo molinete con un guante blanco, y que se distingue por el tamaño exagerado de su divisa punzó?

— ¡Cómo! ¿Pues que no lee usted la *Gaceta?*

— ¡La *Gaceta!*

— Sí, la *Gaceta Mercantil.*

— No la leo jamas, pero aun cuando así fuera...

— Si así fuera, habria comprendido usted que aquel caballero no podria ser otro que el redactor de la *Gaceta*. Se llama Nicolás Mariño. Es el que predica el degüello de los unitarios. El 1.º de Diciembre de 1828, lo vi desde los balcones de mi casa andar por las calles prodigando abrazos á los revolucionarios. Despues entró de oficial en el ministerio Guido, bajo la administracion Biamont. En 1833, escribió algunos mamarrachos en el *Clasificador*. Despues escribió el *Restaurador de las Leyes*. Á esa época ya no abrazaba sino á los federales. Ahora escribe la *Gaceta*, y abraza al diablo. ¡Qué ojos! ¿Le ha reparado usted los ojos?

— Sí, señora, contestó Amalia riendo de la pregunta, del calor y de las indiscreciones de la señora de N... una de aquellas intransigibles unitarias, con quienes la dictadura no pudo jamas, y que las súplicas y el llanto de sus maridos arrastraban á las fiestas federales, donde ellas se desquitaban de la violencia que se hacian en estar en ellas midiendo con su inflexible rigorismo las categorías de la nueva época que se presentaban á sus ojos.

— ¿Y sabe usted una cosa? continuó la señora de N...

— ¿ Qué cosa, señora?

— Que observo que Nicolas Mariño la mira á usted demasiado, y que la mira con los ojos que él tiene, que es lo peor que puede sucederle á una jóven de la belleza de usted.

— Gracias, señora.

— Y sobre todo, de sus principios, porque ¿no es verdad que usted no haria á ese hombre el honor de recibirle en su casa?

— Yo tengo formadas ya mis relaciones, y con dificultad contraeria otras nuevas, respondió Amalia esquivando el dar una contestacion directa.

— Y sobre todo, la de este hombre, prosiguió la señora de N... Y la mira, la mira á usted, no hay duda. Oh! y ¡es un honor! ¡El redactor de la *Gaceta!* ¡El comandante del ilustre cuerpo de serenos! Pero ¡vaya! al fin la esposa lo distrae de sus melancólicas miradas.

— ¿Aquella señora de vestido de raso colorado con guarniciones amarillas y negras, y un adorno de fleco de oro en la cabeza, es la esposa del señor Mariño?

— Sí.

— ¡Ah!

— ¡Qué bailes!

— Á propósito, ¿me dice usted, señora, quiénes son aquellos cuatro caballeros vestidos de uniforme que están allí, que los veo parados hace tan largo rato sin conversar ni hacer un movimiento?

— ¿Aquellos? Ah! el primero es el coronel Santa Coloma, carnicero á la vez que coronel.

— ¿Sí?

— Carnicero de animales y de gente.

— Degeneracion del oficio.

— El otro, es el señor coronel Salomon, pulpero.

— Vaya, eso es ménos malo.

— El otro, es el comandante Maestre, forajido de profesion

— Vamos, no falta sino que el otro pertenezca á tan nobles jerarquías.

— Pues no, señora, el otro es el general Pintos, verdadero caballero, verdadero soldado de la república; pero para manchar los galones de él y de los que se le parecian, la federacion moderna puso los galones militares en hombres como los tres primeros.

— ¿Sabe usted, señora, dijo Amalia, que sin negar que son interesantes las biografías que usted hace en tan pocas palabras, me interesaria mas el saber, ¿cuál de estas señoras es Manuelita, y cuál Agustina?



— Las dos están en este momento bailando en la otra sala; ¿le habrán dicho á usted que Agustina es una belleza?

— Cierto, esa es la opinion universal. ¿No es así en la opinion de usted?

— Cierto que sí; solamente que yo la llamo belleza federal.

— ¿Lo que quiere decir?

— Que es una belleza con la cara punzó.

Amalia se rió.

— Ese no es un defecto, señora; ese es el color de las rosas, dijo á la señora de N.....

— Usted lo ha dicho: es el color de las *rosas*.

— Pero en fin, ¿es una linda mujer?

— No.

— ¿No?

— Es una linda aldeana, pero aldeana; es decir, demasiado rosada, demasiado gruesos sus brazos y sus manos, demasiado silvestre para el buen tono, y demasiado frívola entre la gente de espíritu.

— Está visto, dijo Amalia para sí misma, que esta señora es un tesoro en un baile; pero hay un gran riesgo en dejarse ver de ella, porque está enojada con la humanidad entera.

— Desgracia seria para usted, señora, dijo Amalia, que Agustina supiese que tan mal trata usted á su belleza, porque en general las personas de nuestro sexo no perdonan ese alfilerazo.

— ¡Bah! ¿cree usted que no lo sabe? ¿Cree usted que toda esa gente no comprende de qué modo es mirada por nosotras?

— ¿Por nosotras?

— Sí, por nosotras. Saben ellas que si nos presentamos en sus fiestas es por nuestros hijos, ó por nuestros maridos.

— Es expuesto, sin embargo.

— Ese es nuestro único desquite: que lo sepan: que comprendan la diferencia que hay entre ellas y nosotras. Por lo demas, el riesgo no es mucho, porque ¿qué pueden hacernos? Por otra parte, no hablamos sino entre nosotras mismas.

— ¿Siempre? preguntó Amalia con una sonrisa la mas maliciosa del mundo.

— Siempre, como ahora mismo, por ejemplo, contestó la señora de N..... con el mayor aplomo.

— Perdon, señora, yo no he tenido el honor de decir á usted cómo pienso.

— ¡Qué gracia! ¡Si desde que se sentó usted á mi lado me lo dijo!

— ¿Yo?

— Usted, sí, señora, usted. Fisonomías como la suya, maneras como las suyas, lenguaje como el suyo, trajes como el suyo, no tienen, ni usan, ni visten las damas de la federacion actual. Es usted de las nuestras aunque no quiera.

— Gracias, señora, gracias, dijo Amalia con su sonrisa habitual.

En este momento la señora de N... saludó cariñosamente á otra señora que tomaba asiento frente á ella.

— ¿Sabe usted quién es aquella?

— Ya he dicho á usted, señora, que no conozco á nadie.

— ¡Válgame Dios!

— ¿Y qué he de hacer, señora?

— Esa es la esposa del general Rolon: buen corazon, excelente amiga; pero las nuevas amistades á que la ha conducido la posicion de su marido, la han hecho perder el poco de buen tono que tenia, y convida á sus tertulias de invierno, anunciando, ¿qué le parece á usted que anuncia en las esquelas de invitacion?

— Anunciará la hora y el dia, supongo.

— Bien, ¿pero demas que eso?

— ¿Demas? Si dice que es una tertulia, el dia y la hora del recibimiento, no sé qué mas....

— Pues, bien, oiga usted: anuncia que la tertulia se abre con café con leche; ¡pobre Juana!

Amalia no pudo ménos que soltar la risa con ménos conveniencia que la que requeria el lugar en que se encontraba; y á tiempo de volver su cabeza para no hacerse notable por su risa, un relámpago de alegría brilló en sus ojos: acababa de descubrir á Daniel en la puerta del salon. Daniel entraba en aquel momento; y se dirigia á su prima, despues de haber divisado á su Florencia paseando los salones con uno de sus mejores amigos, con quien acababa de bailar.

Pero ántes de que los primos y los amantes se cambien una palabra, salgamos del baile con el lector y vamos un



momento á recoger los pormenores de otra escena bien diferente en otra parte, en nada parecida á la que dejamos; y del brazo con el lector hagamos tambien lo posible para volver pronto á los salones de nuestro viejo fuerte.

CAPÍTULO VIII.

Daniel Bello.

El jóven Daniel entraba al baile á las doce y média de la noche, pero ántes de seguirlo en él, veamos lo que era y lo que hacia tres horas ántes en la casa misteriosa de la calle de Cochabamba, á cuya puerta hemos visto acercarse varios individuos, dar una seña, entrar en la casa, y cerrarse luego la puerta de la calle.

Entre el lector con nosotros á esa casa, á las nueve y média de la noche, y encontraremos una reunion de hombres bien interesante, pero bien en peligro al mismo tiempo.

La sala de Doña Marcelina, cuyas ventanas daban á la calle, se habia convertido esa noche en campamento general. La cama matrimonial y los catres de lona de sus distinguidas sobrinas habian sido trasportados de la alcoba á la sala. Y todas las sillas de esta, las del comedor, tres baúles, y un banco que parecia haber tenido el honor en algun tiempo de ser colocado en la portería de algun convento, estaban cuidadosamente colocados en el círculo que permitia el estrecho aposento convertido improvisamente en sala de recepcion para esa noche, estando colocada en uno de sus testeros una mesa de pino con dos velas de sebo, y delante de ella una silla que parecia la presidencia de aquel lugar.

Parados unos, otros sentados, y otros cómodamente acostados en los catres y en la cama, una crecida reunion de hombres ocupaba la sala de Doña Marcelina, sin mas luz que la escasa claridad de las estrellas que entraba al traves de los pequeños y empañados vidrios de las ventanas.

Las palabras eran dichas al oído, y de cuando en cuando alguno de los que allí estaban se aproximaba á las ventanas,



y con la mayor atencion paseaba sus miradas por la lóbrega y desierta calle de Cochabamba.

El reloj del cabildo hizo llegar hasta esta reunion misteriosa la vibracion metálica de su campana.

— Son las nueve y média de la noche, señores, y nadie puede equivocarse en una hora de tiempo cuando le espera una cita importante. Los que no han venido no vendrán ya. Vamos á reunirnos.

Al concluirse la última de esas palabras, dichas por una voz muy conocida nuestra, los postigos de las ventanas se cerraron, y la luz de la pieza inmediata penetró á la sala por la puerta de la habitacion contigua.

Un minuto despues, el señor Don Daniel Bello ocupaba la silla colocada delante de la mesa de pino, teniendo á su derecha al señor Don Eduardo Belgrano; ocupados los demas asientos por veinte y un hombres, de los cuales el de mas edad contaria apénas veinte y seis ó veinte y siete años, y cuyas fisonomías y trajes revelaban la clase inteligente y culta á que pertenecian.

« — Amigos mios, dijo Daniel paseando sus miradas por la reunion, hemos debido reunirnos esta noche treinta y cuatro jóvenes; y sin embargo, no estamos aquí sino veinte y tres. Pero cualesquiera que sean las causas por que nuestros amigos nos abandonan, no hagamos á ninguno la ofensa de creerlo traidor, y no abriguemos el menor recelo sobre su secreto. Treinta y dos nombres fueron elegidos por mí. Cada uno recibió su aviso anticipado para concurrir á esta casa en esta noche, y yo sé bien, señores, quiénes son los hombres con cuyo honor puede contarse en Buenos Aires. Ahora dos palabras mas para inspiraros la mas completa confianza en esta casa. Sorprendidos en ella por los asesinos del tirano, nuestra sentencia estaria pronunciada en el acto. Pero si él tiene la fuerza, yo tengo la astucia y la prevision. Esta casa da sobre la barranca del rio. El agua está á una cuadra de ella, y á su orilla hay en ese momento dos balleneras prontas para recibirnos. En caso de ser sorprendidos, saldremos á la barranca por la ventana de una habitacion interior que da sobre ella; y si aun allí fuésemos atacados, me parece que veinte y tres hombres, mas ó ménos bien armados, pueden llegar sin dificultad hasta la orilla del rio. Una vez en las balleneras, los que quieran volver á la ciudad



tienen algunas leguas de costa donde poder desembarcarse, y los que quieran emigrar, tienen las costas orientales á pocas horas de viaje. En la puerta de la calle está mi fiel Fermin. En la ventana que da á la barranca, esta el criado de Eduardo de cuya fidelidad tenemos todos repetidas pruebas; y últimamente, sobre la azotea está una persona de mi mas completa confianza, y cuyo poco valor es nuestra mejor garantía, pues si el miedo le impidiese hablar, no le impediria hacer temblar el techo de esta sala con sus carreras: es un antiguo maestro de casi todos nosotros, que ignora los que están aquí, pero que sabe que estoy yo, y eso le basta. ¿Estáis satisfechos? »

— « El exordio ha sido un poco largo, pero en fin, ya se acabó, y no creo que haya nadie aquí que despues de haberle oido no se crea tan seguro como si se hallase en Paris, » dijo un jóven de ojos negros, de fisonomía alegre y cándida, y que, durante hablaba Daniel, se habia entretenido en jugar con una cadena de pelo que tenia al cuello.

— « Yo conozco la tierra en que aro, mi querido amigo; yo sé que ninguno de vosotros está tranquilo; y sé ademas que soy el responsable de cuanto pueda sucederos. Ahora, vamos al objeto de nuestra reunion.

» Aquí tenéis, señores, presiguió Daniel sacando una cartera llena de papeles, el primer documento de que quiero hablaros: es una lista de las personas que en el mes de Abril y la primera qnincena de este Mayo, han llegado emigrados de nuestro pais á la República Oriental. Representan un número de ciento sesenta hombres, todos jóvenes, patriotas y entusiastas. Contamos, pues, con ciento sesenta hombres ménos en Buenos Aires. Tengo motivos para aseguraros que los que hacen hoy el negocio de conducir emigrados á la Banda Oriental, tienen solicitados mas de trescientos pasajes, y esto despues de los asesinatos del 4 de Mayo.

» Resulta pues que para el mes de Julio vamos á tener cuatrocientos ó quinientos patriotas de ménos en Buenos Aires, y esto despues que en los años anteriores de 38 y 39 han salido del país las dos terceras partes de la juventud.

» Entretanto, oid ahora el estado del ejército libertador y de las provincias interiores, para poder comprender mejor aquel hecho anterior:



» Despues de la accion de Don Cristóbal, en que se ganó la batalla y se perdió la victoria, el ejército libertador se encuentra en las puntas del Arroyo Grande, sitiando al ejército de Echagüe arrinconado en las Piedras, todo esto, á pocas leguas de la Bajada, y todas las probabilidades parecen estar en favor del general Lavalle, en el caso de una nueva batalla. Si él triunfa en ella, el paso del Paraná será la consecuencia inmediata, y la campaña se emprenderá entónces sobre Buenos Aires. Si él es derrotado, los restos de su ejército vendrán á reorganizarse sobre el norte de nuestra provincia, pues tienen para el tránsito de los rios las embarcaciones bloqueadoras; y veis entónces que en uno ú otro caso, la provincia de Buenos Aires está esperando al general Lavalle.

» En las provincias, la liga se ha extendido como un incendio. Tucuman y Salta, la Rioja, Catamarca y Jujuy ya no pertenecen al tirano; se han proclamado contra él, y aprontan sus ejércitos. El fraile Aldao no es bastante á sofocar la revolucion, y Córdoba se plegará al primero que la amenace. Rosas tenia una esperanza en La-Madrid; La-Madrid ya no le pertenece. »

— « ¿Cómo? » preguntaron á la vez todos los jóvenes levantándose de sus asientos, ménos Eduardo que parecia sumergido en los misterios de su corazon.

— « Vais á saberlo, señores; pero, despacio, no alcéis la voz, todavía no es tiempo de dar gritos en Buenos Aires.

» He dicho la verdad : el general La-Madrid, comisionado por Rosas para apoderarse del parque de Tucuman, ha dejado que la revolucion se apodere de él, y el 7 de Abril se ha puesto sobre su pecho la cinta azul y blanca de la libertad, y ha pisado la ignominiosa marca de la federacion de Rosas. »

— « ¡ Bravo ! ¡ Bravo ! »

— « Silencio, silencio, señores; aquí tenéis este documento, oidlo :

« LIBERTAD Ó MUERTE.

» *Órden general del* 9 *de Abril de* 1840.

» De órden del excelentísimo gobierno se reconoce por general en jefe de todas las tropas de línea y milicia de la



provincia, al señor coronel mayor, general Don Gregorio Araoz de La Madrid, y por jefe del estado mayor, al coronel Don Lorenzo Lugones, y jefe de coraceros del órden, al coronel Don Mariano Acha. »

La explosion del sentimiento fué espontánea. No hubo gritos; no hubo vivas, pero las fisonomías hablaban, y los abrazos pronunciaron discursos y juramentos. Daniel midió aquella escena con su mirada de águila : estaba entusiasmado, estaba estudiando en el complicado libro de la naturaleza moral.

— » Ya lo veis, señores, continuó con su imperturbable sangre fria, en todas partes la revolucion se levanta gigantesca, pero esa revolucion tiene un fin ; ¿por qué no hemos de creer que la revolucion sea lógica y que vendrá á buscar ese fin en el lugar en que se esconde? Ese fin es una cabeza y esa cabeza está en Buenos Aires. Si todos los esfuerzos se han de dirigir á este punto, ¿no es cierto, señores, que debemos cooperar al triunfo, cuando se aproxime á él ? »

— « Sí, sí, » exclamaron todos los jóvenes.

— « Despacio, señores, despacio. Tengamos lógica ántes que entusiasmo. Decís que *sí ;* pero hé aquí que el modo como vosotros deseáis cooperar, es aquel precisamente con el que yo estoy en oposicion continua.

» He empezado por mostraros el crecido número de hombres nuestros que han emigrado del país, y ese número lo veréis aumentar con el vuestro.... oidme, señores :

» Cuando hay que vencer un principio difundido en la conciencia de una clase ó de un pueblo, es necesario batirse con esa clase ó con ese pueblo, con las armas de la razon ó con el acero.

» Cuando hay que batir á un gobierno cuya existencia reposa en su poder moral, es necesario entónces minar las bases de ese poder, arrebatándole su popularidad, bien sea en la tribuna, en la prensa, ó en los ejércitos. Pero, señores, cuando lo que hay que combatir no es un principio. sino un sistema encarnado en un hombre; no un influjo moral, sino un poder material que se mueve, como una máquina de puñales, al resorte de la voluntad de aquel hombre, es necesario entónces extinguir con el hombre el prestigio, la máquina y voluntad.

» Contad los hombres patriotas que han salido de Buenos

Aires; calculad los que habrán de salir en adelante, si no ponemos un dique á ese torrente de emigracion, y decidme luego, si ese número de hombres no es suficiente para cooperar en la ciudad á la revolucion que traigan á la provincia las armas del general Lavalle, ó las armas de la coalicion de Cuyo.

» La emigracion deja en poder de las mujeres, de los cobardes y de los mashorqueros la ciudad de Buenos Aires, es decir, señores, el punto céntrico de donde parten los rayos del poder de Rosas.

» ¿ Tres ó cuatrocientos hombres aseguran acaso el triunfo del general Lavalle, alistados en las filas de su ejército? Pues bien, señores, tres ó cuatrocientos hombres de corazon son bastantes para levantar la ciudad y colgar de los faroles de las calles á Rosas y su mashorca el dia que los aturda la noticia de la aproximacion de cualquiera de los ejércitos libertadores.

» No podemos reconquistar los que se han ido; pero á lo ménos paremos el curso de esa copiosa emigracion que va á buscar léjos una libertad que puede encontrarla á su lado, cuando alce su brazo armado sobre la cabeza del tirano.

» ¿Hay peligros en permanecer en Buenos Aires? ¿ Habrá peligros y sangre el dia que demos el primer grito de libertad? Pero, señores, ¿no hay peligros y sangre en los ejércitos? ¿ no hay miseria y humillacion en el destierro?

» Creedme, amigos mios; yo estoy mas cerca de Rosas que ninguno de vosotros; yo expongo mas que mi vida, porque expongo mi honor á las sospechas de mis compatriotas; creedme, pues, que el peor sistema que la juventud de Buenos Aires puede adoptar en el deseo que la anima de la libertad de su patria, es el ausentarse de ella. ¿Seria tan desgraciado que no hubiese ninguno de vosotros que pensase como yo pienso? »

— « Esa es mi opinion, esa es mi fe; yo moriré al puñal de la mashorca ántes que dejar la ciudad. Rosas está en ella, y es á Rosas á quien debemos buscar el dia en que uno de nuestros ejércitos pise la provincia. Muerto Rosas, volveremos á todas partes los ojos y no hallaremos un enemigo, » dijo uno de los jóvenes que se encontraba en la reunion.



— « ¿Sois vosotros tambien de esa misma opinion, amigos mios? » preguntó Daniel.

— « Sí, sí, es necesario quedarnos, » respondieron con entusiasmo todos los jóvenes.

— « Señores, dijo Eduardo Belgrano luego que se restableció el silencio, no hay una sola palabra de las que ha pronunciado el señor Bello que no esté perfectamente en armonía con mis opiniones, y, sin embargo, yo he sido uno de los que han querido emigrar del país, y aun no sé todavía, si de un momento á otro renovaré mi resolucion. Os revelo pues una contradiccion entre mis opiniones y mi conducta, y en este caso, os debo una explicacion que voy á dárosla :

» Es cierto que debemos quedarnos; es cierto que léjos de abandonar, debemos estrechar cada vez mas un círculo de fierro en derredor de Rosas para ahogarlo en el dia oportuno á la libertad argentina. Esta teoría no puede ser, ni mas racional, ni conveniente, dicha en general, aplicada á cualquier otro pueblo de la tierra en iguales circunstancias que el nuestro. Pero nosotros los argentinos, señores, representamos una excepcion bien práctica respecto de lo que nos ocupa. Vamos á verlo :

» El señor Bello ha dicho que tres ó cuatrocientos hombres serian bastantes para concluir con Rosas en la ciudad. Yo quiero creer que es bastante ese número ; quiero mas : quiero creer que están en Buenos Aires todavía todos los hombres de nuestra generacion que han emigrado; mas aun, todos los emigrados unitarios del año 29 y 30, y que somos dos, tres, cuatro mil hombres enemigos de Rosas. ¿ Pero sabéis, señores, lo que esta cifra representa en Buenos Aires? Representa un hombre.

» Un partido no es poderoso por el número de sus hombres, sino por la asociacion que lo compacta. Un millon de hombres individualizados no vale mas, señores, que dos ó tres hombres asociados por las ideas, por la voluntad y por el brazo.

» Estúdiese como se quiera la filosofía de la dictadura de Rosas, y se averiguará que la causa de ella está en la individualizacion de los ciudadanos. Rosas no es dictador de un pueblo; esto es demasiado vulgar para que tenga cabida en hombres como nosotros : Rosas tiraniza á cada



familía en su casa, á cada individuo en su aposento; y para tal prodigio no necesita por cierto, sino un par de docenas de asesinos.

» Sociedades pequeñas, sin clases, sin jerarquías; sin prestigio en ellas la virtud, la ciencia y el patriotismo; ignorantes á la vez que vanas, susceptibles á la vez que celosas, las sociedades americanas no tienen entre sí y para sí mismas otros principios de asociacion, que el catolicismo y la independencia política.

» Sin comprender todavía las ventajas de la asociacion en ningun género, en los partidos políticos es en los que ella existe ménos.

» Un espíritu de indolencia orgánica de raza, viene á complementar la obra de nuestra desorganizacion moral, y los hombres nos juntamos, nos hablamos, nos convenimos hoy, y mañana nos separamos, nos hacemos traicion, ó cuando ménos, nos olvidamos de volver á juntarnos.

» Sin asociacion, sin espíritu de ella, sín esperanza de poder organizar improvisamente esa palanca del poder y del progreso europeo que se llama asociacion, ¿con qué contar para la obra que nos proponemos? ¿con el sentimiento de todos? ¡Ah, señores, ese sentimiento existe hace muchos años en nuestro pueblo, y la mashorca sin embargo, es decir, un centenar de miserables, nos toma en detalle y hace de nosotros lo que quiere. Esto es lo práctico, y yo prefiero ir á morir en el campo de batalla, á morir en mi casa esperando una revolucion que los porteños todos juntos no podremos efectuar jamas, porque todos no representamos sino el valor de un solo hombre.

» Entretanto, es una verdad indisputable lo que ha dicho mi querido amigo: es decir, que seria mas oportuno y eficaz buscar en la persona única de Rosas el exterminio de la tiranía. Decidme si es posible establecer la asociacion y seré el primero en desechar toda idea de abandonar el país. »

Un silencio general sucedió á este discurso.

Todos los jóvenes tenian fijos sus ojos en el suelo. Solo Daniel tenia su cabeza erguida, y sus miradas estudiaban una por una la fisonomía de los jóvenes.

— « Señores, dijo al fin, mi querido Belgrano ha hablado



por mí en cuanto al espíritu de individualismo que por desgracia de nuestra patria ha caracterizado siempre á los argentinos. Pero los males que ha traido esa falta de nuestra vieja educacion, es la mejor esperanza de que nos enmendaremos de ella, y el incitaros á la asociacion, despues de iniciaros la necesidad de permanecer en Buenos Aires, era la segunda parte del pensamiento que me ha conducido á este lugar. Habéis convenido conmigo en que debemos esperar los sucesos en Buenos Aires; justo es convengais tambien en que si esos sucesos nos encuentran desasociados, en bien poca parte les podremos ser útiles.

» Ademas, nos encontramos hoy sobre el cráter de un volcan, que fermenta, que ruge, y cuya explosion no está distante.

» Los asesinatos cometidos ya, no son un fin; son el príncipio de una cadena de crímenes que, como los anillos de una serpiente, va á desenvolver sus eslabones en torno á la cabeza de todos.

» Rosas por medio de su *Gaceta* y de sus representantes hace muchos meses que está azuzando á sus lebreles.

» La embriaguez del crímen ha perturbado ya el cerebro de nuestros asesinos, y dado á su sangre la irritacion febriciente que es necesaria para el desbocamiento en los delitos populares.

» Los puñales se aguzan; los brazos se levantan, las víctimas están señaladas, y el momento terrible se aproxima.

» No es una venganza espontánea; es una combinacion reflexionada para enervar, por medio del terror, los esfuerzos del espíritu público.

» Bien pues, si ese momento terrible nos encuentra aislados, todos — no lo dudéis, señores — vamos á ser víctimas de Rosas.

» Unidos, sistematizada nuestra defensa; solidarios todos para la venganza del primero que caiga, ó suspenderemos el brazo de los asesinos ó provocaremos á la revolucion, ó podremos emigrar en masa, cuando se pierda para todos la última esperanza de exterminar la tiranía, ó por último, moriremos en las calles de nuestro país habiendo ántes dejado una leccion honrosa á las eneraciones futuras.

» Asociados, una vez que tengamos en la provincia alguno de nuestros ejércitos libertadores, que obran en Entre-Rios, ó que se organizan á la falda de la Cordillera, yo mismo haré cuanto esté de mi parte por precipitar la hora de la San Bartolomé que se prepara. No os alarméis, mis amigos; en las revoluciones, toda combinacion abortada da siempre un resultado contrario. Piensan degollarnos despues de haber aterrorizado nuestro espíritu por medio de esa sostenida predicacion de amenazas con que se nos saluda todos los dias desde la tribuna y la prensa; y si yo logro que los puñales se alcen prematuramente, y que en vez de encontrar un pueblo de individuos atemorizados, se hallen con un pueblo asociado y fuerte, yo habré éntonces preparado el terror para que obre su influencia sobre el ánimo de los asesinos, en vez de obrarse, como ellos pensaron, en el ánimo de las víctimas.

» Hay ciertos momentos en que el medio seguro, infalible de hacer fracasar un plan político, consiste en facilitar rápidamente el espacio en que quiere desenvolverse. Con su sistema de economías, el ministro Necker habria conseguido suspender a marcha de la revolucion francesa que caminaba sordamente; pero el ministro Calonne, sucesor de Necker, y que queria la revolucion del pueblo contra la aristocracia y el clero, prodigaba el tesoro para los placeres de la corte, irritando mas de esta manera el espíritu revolucionario del pueblo empobrecido y oprimido, y facilitando el camino de la revolucion.

» Yo que compro con mi sosiego y mi nombre los secretos todos de mis enemigos; yo, que palpitando de rabia mi corazon, junto mi mano con las manos ensangrentadas de los asesinos de nuestra patria, yo irritaré con mis palabras su corazon envenenado y los excitaré al crímen cuando crea que ese mismo crímen ha de sublevar contra ellos la venganza de los oprimidos. Porque el dia, el instante en que la mano de un hombre de corazon, á la luz del sol, clave su peñal en el pecho de uno de los asesinos, ese instante, señores, será el postrero del tirano; porque los pueblos oprimidos no necesitan sino un hombre, un grito, un momento para pasar estrepitosamente de la esclavitud á la libertad, del marasmo á la accion. »

La fisonomía de Daniel estaba radiante, sus ojos chispea-



ban, sus labios gruesos, y rosados habitualmente, estaban encendidos como el carmin. Las miradas de todos estaban fijas sobre él. Solamente Eduardo, pensamiento profundo y filosófico, y corazon altivo, franco y valiente, tenia apoyado el codo sobre la mesa, y su frente reposaba en su mano

— « Sí, la asociacion, dijo uno de los jóvenes, la asociacion hoy para defendernos de la mashorca, para esperar la revolucion, para colgar á Rosas. »

— « La asociacion mañana, dijo Daniel alzando por primera vez la voz, y sacudiendo su altiva, fina é inteligente cabeza : la asociacion mañana para organizar la sociedad de nuestra patria.

» La asociacion en política para darla libertad y leyes.

» La asociacion en comercio, en industria, en literatura y en ciencia para darla ilustracion y progreso.

» La asociacion en todas la doctrinas del cristianismo para conquistar la moral y virtudes que nos faltan.

» La asociacion en todo y siempre para ser fuertes, para ser poderosos, para ser europeos en América.

» La asociacion de los individuos y de los pueblos para estudiar filosófica y prácticamente, si esta república que improvisó la revolucion de Mayo, fué una inconveniencia política, hija de las necesidades del momento, ó si debe ser un hecho definitivo y duradero.

» Asociacion de estudio sobre los elementos constitutivos del país para alcanzar á saber exactamente, si no fué un error de la revolucion de Mayo el excomulgar el principio monárquico, cuando esa revolucion desprendió á estos pueblos del yugo de fierro que le imponia un rey extraño; para estudiar en fin los efectos por que hemos pasado, en las causas generales que los han motivado.

» ¿Queréis patria, queréis instituciones y libertad, vosotros que os llamáis herederos de los regeneradores de un mundo? Pues bien, recordad que ellos y la América toda, fué una asociacion de hermanos durante la larga guerra de nuestra independencia, para lidiar contra el enemigo comun; y asociaos vosotros para lidiar contra el enemigo general de nuestra reforma social : — ¡ la ignorancia ! contra el instigador de nuestras pasiones salvajes : — ¡ fanatismo político ! contra el generador de nuestra desunion, de

nuestros vicios, de nuestras pasiones rencorosas, de nuestro espíritu vanidoso y terco : — el escepticismo religioso. Porque, creedme : nos falta la religion, la virtud y la ilustracion, y no tenemos de la civilizacion sino sus vicios. »

Durante ese discurso, Daniel habia levantádose poco á poco de su asiento, y, como arrebatados por la energía de sus palabras, todos los jóvenes habian hecho lo mismo. La última palabra se escapó de los labios del jóven orador, y los brazos de Eduardo lo estrecharon contra su corazon.

— « Mirad, señores, dijo Belgrano, paseando sus ojos por la reunion de sus amigos, y conservando su brazo izquierdo sobre el hombro derecho de Daniel : mirad, mi semblante está bañado de lágrimas, y los ojos que las vierten habian con la niñez perdido su recuerdo. ¿Las adivináis? no. La sensibilidad de todos vosotros está conmovida por las palabras de mi amigo, y la mia lo está por el porvenir de nuestra patria. Yo creo en su regeneracion, creo en su grandeza y su futura gloria; pero esa asociacion que las ha de germinar en el Plata, no será, no, la obra de nuestra generacion, ni de nuestros hijos; y mis lágrimas nacen de la terrible creencia que me domina de que no seré yo ni vosotros los que veamos levantarse en el Plata la brillante aurora de nuestra libertad civilizada, porque nos falta para ello naturaleza, hábitos y educacion para formar esa asociacion de hermanos que solo la grandeza de la obra santa de nuestra independencia pudo inspirar en la generacion de nuestros padres. »

— Sí, sí, nos asociaremos, gritaron muchos jóvenes.

— Silencio, Eduardo, silencio por Dios, dijo Daniel al oído de Eduardo.

— « Sí, amigos mios, nos asociaremos, continuó Daniel, y bajo el entusiasmo de esa idea debemos separarnos ya. Yo redactaré nuestro estatuto. Será sencillo, la expresion de una necesidad bien simple : la de poder juntarnos en un cuarto de hora cuando la defensa ó la iniciacion revolucionaria lo requieran.

» Hoy es el 24 de Mayo. Separémonos ántes que la luz del 25 sorprenda á tantos argentinos reunidos, que no pueden, sin embargo, saludarla libres.

» El 15 de Junio nos volveremos á reunir en esta misma casa y á las mismas horas.



» Una sola palabra mas : ponga cada uno de vosotros sus medios, su influencia toda para evitar que nuestros amigos emigren; pero si decididamente lo quieren, que se acerquen á mí; yo respondo de la seguridad en su embarque. Pero solo para este caso buscad mi persona. Fuera de él huid de mí; censurad mi conducta entre los indiferentes; enturbiad mi nombre con vuestra censura, pues llegará el momento en que yo lo purifique en el crisol de la libertad patria. ¿ Estáis satisfechos, tenéis en mí una completa confianza? »

Los jóvenes se precipitaron á Daniel y un fuerte abrazo fué la respuesta que recibió de cada uno.

En seguida, abrióse la puerta que daba á la sala, luego los postigos á la calle; y, diez minutos despues, no quedaban de los jóvenes de la reunion, sino Daniel y Eduardo.

Ellos volvieron de la sala al cuarto en que habia tenido lugar la sesion; y allí, parado junto á la mesa, con su sombrero puesto, y una capa color pasa sobre sus hombros, Daniel y Eduardo encontraron á un personaje que durante la escena anterior habia oido todo desde el cuarto contiguo al de la reunion, y cuya puerta habia estado intencionalmente entreabierta.

— ¿ Y bien, señor?

— ¿ Y bien, Daniel?

— ¿ Está usted satisfecho?

— No.

Eduardo se sonrió y se puso á pasear.

— ¿ Pero qué opinion ha formado usted, señor? preguntó Daniel al nuevo personaje.

— Que todos han salido conmovidos por esa virtud santa del entusiasmo patrio; que todos serian capaces en este momento del mas heróico y grande sacrificio; pero que ántes del 15 de Junio ya no estará la mitad de ellos en Buenos Aires, y la otra mitad se habrá olvidado de la asociacion.

— Pero entónces ¿ qué hacer, señor, qué hacer? exclamó Daniel dando un fuerte golpe de puño sobre la mesa, olvidando por un momento el respeto con que parecia tratar á ese personaje, en cuya ancha y noble fisonomía estaba dibujada la superioridad y el talento.

— ¿ Qué hacer? Insistir, insistir siempre, y dejar comenzada una obra que acabarán nuestros nietos.



— Pero, ¿y Rosas? preguntó Daniel.

— Rosas es la expresion ingenua de nuestro estado social, y ese estado mismo se opone á nosotros y lo sostiene á él.

— Sin embargo, si conseguimos matarlo.....

— ¿ Quiénes? preguntó sonriendo el interlocutor de Daniel.

— Cualquier hombre de corazon, señor.

— No, Daniel, no : para ser tiranicida se necesita una de dos cosas; ó una grande venalidad de alma para vender su puñal, y hombres de estos no existen en nuestro partido, ó un gran fanatismo republicano, y esto último no existe en nuestro siglo.

— Y entónces ¿qué hacer?

— Trabajar, trabajar siempre : un hombre que se consiga ganar para la libertad y la civilizacion, es al fin un triunfo por pequeño que sea. ¿No es así, Belgrano?

— Así es, señor.

— Entónces hemos hecho bastante por esta noche. Marchemos, mis amigos, mis hijos. Dios á lo ménos os dará el premio que se merece la sanidad de vuestra conciencia.

— Vamos, señor, dijeron los dos jóvenes pasando á la sala con aquel hombre que parecia tener sobre ellos una influencia moral ejercitada desde mucho tiempo.

El mismo dió su brazo á Eduardo que movia su pierna izquierda con visible dificultad.

El fiel Fermin estaba sentado en la puerta de calle observando si álguien se aproximaba á la casa.

— ¿Ha llegado el coche? le preguntó Daniel.

— Hace média hora que está en la bocacalle.

El sereno acababa de cantar las once.

Á una palabra de Daniel, Fermin marchó al interior de la casa y volvió con el criado de Eduardo que hacia la centinela de retaguardia; y Eduardo, el nuevo personaje y el criado se dirigieron á la bocacalle para tomar el coche.

Una vez solo Daniel con su criado en la casa, dió en el patio un ligero silbido, y una voz meliflua, resfriada, trémula, le respondió de la azotea :

— Aquí estoy. ¿Bajo ya de esta altura frígida, sombría y terrible, mi querido y estimado Daniel?

— Sí, baje usted, mi querido y estimado maestro, dijo

Daniel imitando la voz y el estilo de nuestro buen amigo Don Cándido Rodríguez.

— Daniel, tú precipitas mi salud y mi alma.....

— Marchemos, señor, que álguien nos espera en el coche.

Y Daniel, arrastrando á Don Cándido, salió de la casa de Doña Mercelina cuya puerta cerró Fermin, guardándose la llave. Don Cándido y Daniel subieron al coche, que luego de saltar Fermin y Manuel á la zaga, se sumergió en la oscurísima calle de Cochabamba; parando, quince minutos despues, en la calle del Restaurador, tras de San Juan, donde bajó el personaje que hemos mencionado, siguiendo en seguida el carruaje hasta la casa de Daniel, donde bajaron todos cerca de las once y média de la noche.

CAPÍTULO IX.

Promesas de la imaginacion.

Á la plaza Nueva, dijo Daniel á su cochero inglés, que hizo partir los caballos á gran trote dirigiéndose al lugar indicado para dejar en él á Don Cándido, que, como se sabe, vivia á pocos pasos de allí; y luego los dos jóvenes, seguidos de sus criados, entraron en la casa de Daniel.

Por la sala de ella iba Daniel, y ya su levita estaba desabrochado, y deshecho el lazo de su corbata, para no perder sino el muy necesario tiempo en cambiar su traje ordinario en uno de baile; que para aquella organizacion inquieta, para aquella existencia tormentosa no habia en el tiempo un solo minuto inútil, pues todos estaban consagrados á la actividad de su inteligencia y de su corazon.

— Piensa que no puedo seguirte á ese paso, le dijo Eduardo, que solo con gran dificultad andaba.

— Piensa que son cerca de las doce; y que á esa hora deben entrar Amalia y mi Florencia al baile; y que yo debo estar allí para velar por ellas, y para ciertas presentaciones muy necesarias hoy, le respondió Daniel, entrando á su alcoba y desvistiéndose, miéntras Fermin, que adivinaba sus



pensamientos, ponia luces delante de un espejo y le preparaba un traje.

— ¡Ah, eres muy feliz, Daniel! dijo Eduardo echándose en un sillon y estirando su débil y dolorida pierna, al mismo tiempo que desabrochaba su leviton, porque en ese momento su herida del hombro derecho le incomodaba demasiado.

— ¿Decias, mi querido Eduardo?

— Decia que la naturaleza ha hecho de ti el ser mas original y mas feliz al mismo tiempo.

— ¿Crees lo que dices?

— Lo juraria. Tienes una felicidad inaudita para dejar tu pensamiento en los sucesos que quedan tras de ti, y fijarlo á tu antojo en los sucesos nuevos que procuras. Juegas tu vida; te entregas en cuerpo y alma á la intriga política, á los peligrosos acontecimientos del dia; tu espíritu se levanta, hace grande, altiva, dominatriz tu inteligencia; y dos minutos despues de ser el primero en el poder de tu voluntad y en la grandeza de tus ideas, pasas con una puerilidad, con una hilaridad sorprendente de lo mas alto de la vida á las vulgaridades de ella. Sabes de donde venimos, lo que acabamos de ser, y, sin embargo, ahí estás delante de tu espejo como el mas frívolo de nuestros jóvenes, preparando tu cabello para ir á lucir á un baile, como si tal cosa acabaras de hacer, como si tal hombre acabaras de ser. Esto es, mi amigo, lo que se llama ser feliz en la vida.

— ¿Está bien así? preguntó Daniel dándose vuelta, dirigiéndose á Eduardo y señalando el lazo de una corbata de batista que acababa de ponerse.

— Véte al diablo, le contestó Eduardo haciendo un gesto de malísimo humor al oir la burlona contestacion de su amigo acompañada de una gravedad la mas irónica posible.

— Me voy al diablo, dijo Daniel volviéndose al espejo y continuando su tocador.

— Prosigue, mi querido Eduardo, continuó, los estudios sicológicos son habitualmente tu fuerte; pero yo creo que despues que concluyas tu discurso voy á darte apénas la clasificacion de *mediano*..... ¡Ah! no respondes! pues bien: yo continuaré por ti.

Y Daniel, que concluia su tocador, vino y sentóse al lado



de su amigo apoyando su brazo sobre uno de los del sillon en que estaba.

— No hay nada, mi querido Eduardo, que se explique con mas facilidad que mi carácter, porque él no es otra cosa, que una expresion cándida de las leyes eternas de la naturaleza Todo en el órden físico como en el órden moral es inconstante, transitorio y fugitivo : los contrastes forman lo bello y armónico en cuanto ha salido de la mano de Dios; y en nada se ostenta mas esa variedad infinita que reina en el universo, que en el alma humana. En un dia, en una hora, en un minuto, Eduardo, el corazon, la inteligencia y el espíritu se modifican y cambian tan improvisamente como los colores sobre la superficie del ópalo. Al lado de un gran pensamiento, la pluma con que lo escribimos, el fuego, ó el libro en que tenemos fijos los ojos al meditar, la risa de un niño, el ala de un insecto, la mínima cosa hace que aparezca al lado de aquel gran pensamiento una pequeñísima idea que se apodera tanto de la mente, como otra cualquiera de mayor importancia. En medio de la felicidad, cruza fugitiva una idea; el cristal de nuestra dicha se empaña un momento, y una lágrima cae al corazon en medio mismo de la embriaguez de su ventura. De la ocupacion mas séria se desciende instintivamante á los goces, ó á los pasatiempos mas frívolos ; y en medio de esas grandezas de alma que suelen deificar la vida de un mortal, la vulgaridad viene á poner de repente su rasgo en el grande y luminoso cuadro de esa vida. Los hombres que temen la espontaneidad de su naturaleza se cubren con el velo de la hipocresía, denso para el vulgo, trasparente para los hombres que tienen inteligencia en sus miradas. Esos hombres eternamente graves en la expresion de su semblante, en sus discursos y en sus maneras, esos hombres mienten, ó su gravedad no es efecto de la importancia filosófica de su alma, sino de una inflexibilidad de su espíritu, que los hace incapaces para la mayor parte de las situaciones de la vida, ó que los hace de condicion mala en la sociedad. Los que no son hipócritas, son como yo : siguen el curso de las diferentes impresiones que los rodean. Ademas, Eduardo, yo soy porteño ; hijo de esta Buenos Aires cuyo pueblo es por carácter el mas inconstante y veleidoso de la América ; donde los hombres son, desde que nacen hasta que se mueren, mitad niños y mitad

hombres, condicion por la cual buscaron el despotismo por el gusto de hacer una inconstancia á la libertad. Y esto mismo lo piensas tú, Eduardo. Pero ¿quieres que yo te enseñe á profundizar el corazon humano con una sola mirada, ó á interpretarlo á una sola palabra que pronuncian los labios? ¿Quieres que te pruebe, cómo las inteligencias mas altas descienden de las ideas mas sociales á un sentimiento de individualidad y de egoísmo? Pues bien, en ti mismo tengo el ejemplo.

—¿En mí? contestó Eduardo volviendo sus ojos á Daniel.

—En ti, Eduardo, en ti. No te ha chocado el verme pasar de una ocupacion política, grave y difícil á la compostura de un vestido de baile, no; lo que te ha chocado es tu mala fortuna; es decir, el no poder tú tambien venir conmigo.

—¿Yo? Daniel.

—Tú, Eduardo. Tú que acabas de hablar como un gran filósofo en nuestra reunion, y unos minutos despues no haces sino sentir como cualquier pobre diablo enamorado de una mujer. Acabas de pensar en la patria, y estás pensando en Amalia. Acabas de pensar cómo conquistar la libertad, y estás pensando cómo conquistar el corazon de una mujer. Acabas de echar de ménos la civilizacion en tu patria, y echar de ménos los bellísimos ojos de tu amada. Esa es la verdad, Eduardo. Ese es el hombre, esa es la naturaleza.

Eduardo bajó su cabeza y llevó la mano á sus cabellos.

—Y ¿crees que te hago la mínima inculpacion, amigo mio? prosiguió Daniel, no. Pocas veces he sentido mayor contentamiento que cuando he llegado á conocer que amabas á mi prima. Esa mujer tan delicada, tan poética, tan bella, es la que mejor conviene á tu corazon y á tu carácter Ella te ama, ¿qué mas puedes desear?

—No, Daniel, no puede ser: ella me compadece solamente.

—No; ella te ama. Tu misma situacion dramática ha sido un incentivo á su corazon.

—¿Lo crees? repítemelo, ¿crees que soy amado de Amalia? preguntó Eduardo con esa ansiedad de los corazones locamente enamorados, que no se satisfacen jamas de oir repetir las seguridades de su felicidad.

—Lo creo, y creo mas: creo que ántes de un año habrá cuatro personas verdaderamente felices en Buenos Aires Amalia y tú, Florencia y yo.



— Sí, Daniel, yo la amo. Tú conoces mi vida, sabes esa existencia árida en que ha vegetado mi corazon; este corazon tan rebelde á las vulgaridades de la vida; este corazon que parecia guardar toda su savia, toda la virginidad de sus afectos para alguna mujer privilegiada que yo creia que existia solamente en los sueños de mi imaginacion; este corazon la ha hallado y la ama, Daniel, con el entusiasmo que se ama la gloria, con la sensibilidad que se ama á una hermana, con la adoracion que se ama á Dios. Mi naturaleza abatida, amortiguada por el desencanto de mi época, ha revivido en todo el esplendor de mi juventud, y mi vida parece extenderse en el espacio celestino de la felicidad. Mi sueño es posearla; vivir á su lado, cubrirla con mis manos para que la luz del dia no marchite la delicada flor de su hermosura; descubrir en el cristal de sus ojos los deseos recónditos de su alma para complacerla. Como mortal, yo llegaré por ella hasta el límite donde no hay mas allá para la inteligencia humana, y buscaré gloria y nombre para que se abrillante su destino en el mundo; y si fuera un Dios, yo escogeria el mas radiante de mis astros y la diria: Amalia, reina aquí.....

— Bien, mi Eduardo, exclamó Daniel, pasando su mano por la pálida y noble frente de su amigo, donde no hay esa exaltacion poética del corazon, no hay verdadero amor á los veinte y siete años de la vida.

— La amo, Daniel, continuó Eduardo casi sin oir las palabras de su amigo, la amo y quiero ser su esposo; mi corazon, ni vida, mi fortuna, todo es de ella. Viviremos siempre en el campo, siempre en la misma casa donde cambiamos nuestra primer mirada. ¿No es verdad que esa felicidad me espera, Daniel?

— Sí, Eduardo, y mas que esa todavía, oye: dentro de poco tendremos libertad, y con ella un campo inmenso á los trabajos de la inteligencia. La felicidad la buscaremos en nuestra familia, la gloria la buscaremos en la patria. Viviremos juntos. Haremos en Barrácas una magnífica casa, en una parte de ella vivirás tú y Amalia; en la otra mi Florencia y yo; y cuando necesitemos extraños ojos para que admiren nuestra felicidad, los buscaremos recíprocamente entre nosotros cuatro.

— ¡Perfecto, perfecto plan, Daniel! Nosotros mismos edu-



caremos nuestros hijos, ¿no es verdad? Y olvidaremos esos dias pálidos de nuestra juventud; esa época terrible en que hemos vivido con el puñal al pecho, viendo deshojarse las mejores ramas de la existencia de la patria y.....

— ¿Lo ves? ¿no te lo dije? Éramos muy felices hace un instante con las promesas de nuestra imaginacion, y, sin saber cómo, arrojas tú mismo en nuestra copa de néctar esa gota amarga de los recuerdos patrios. Bah! Dejemos esto, dijo Daniel levantándose y mirando el reloj, van á dar las doce, Eduardo.

— Bien, anda.

— Amalia no ha de querer estar sino hora y média ó dos horas en el baile.

— ¿Y para qué mas? Mira : no permitas que baile con ninguno de esa canalla inmunda, para que no la manche ninguno con su aliento, ¿oyes?

— ¿Bien, qué mas ?

— Cuando salga, dále tú el brazo hasta el coche.

— Eso es, y que Florencia vaya con el primero que la tome.

— Pero tienes dos brazos.

— ¿Sea en hora buena, qué mas?

— Despues del baile llevarás á Florencia hasta su casa, ¿no es cierto?

— Á no ser que quieras que Florencia se vaya sola.

— Bien, á las dos de la mañana en punto, yo estaré en tu coche, cerca de la casa de Florencia; cuando hayan dejado á esta, nos cambiaremos : tu pasarás á tu coche, y yo, subiré en el de Amalia para acompañarla á Barrácas.

— ¡Ah! Yo pensaba, caballero, que usted me haria el honor de cenar conmigo.

— ¡Daniel, hace diez horas que no la veo! Mañana pasaremos todo el dia juntos en Barrácas. ¿Me perdonas?

— Á condicion de una cosa.

— La que quieras.

— Que mañana te dejarás estar en cama todo el dia.

— ¡Diablo! ¿Y qué quieres que haga en la cama despues de haber pasado en ella veinte dias eternos?

— Calmar la irritacion que se haya producido hoy en tus heridas. No puedes tenerte, loco, hace doce horas que andas caminando en un pié; y un amante así es lo mas ridículo posible, dijo Daniel sonriendo.

— Sí, pero es que..... no se me conoce, contestó Eduardo, colorado hasta las orejas y tratando de poner muy derecha su pierna izquierda.

— ¡Oh mundo! Oh mundo! exclamó Daniel echando al aire una bendicion.

— ¡Véte al diablo! dijo Eduardo arrellanándose en el sillon.

— No; me voy al baile; y lo primero que haré será bailar en tu nombre con..... ¿quieres que sea con Doña María Josefa?

— Estás de un humor insoportable, Daniel.

— ¡Ah! entónces será con Amalia. ¿Te parece bien?

Eduardo extendió la mano y apretando muy fuerte la de su amigo, le dijo:

— Para Amalia.

Y, separados los dos jóvenes, Eduardo quedó meditando en el sillon, y Daniel subió á su coche cuyos caballos hicieron chispear las piedras de la calle de la Victoria, partiendo en direccion á la plaza de ese nombre.

CAPÍTULO X.

Donde continúan las escenas del baile.

Daniel entraba á los salones del baile á las doce de la noche, como se ha visto al final del capítulo VII.

Florencia paseaba los salones, y Daniel se dirigió á su prima, sentada al lado de aquella intransigible señora que parecia saber de memoria la biografía de cuantos allí estaban.

La señora de N..... contestó algo fria al saludo de Daniel, y este tomó la mano de Amalia, la dió su brazo, y la dijo, paseándola por la sala:

— ¿Has conversado mucho con esa señora?

— No. Pero ella ha hablado desmedidamente.

— ¿Sabes quién es?

— Es la señora de N.....

— No; es el marido de la señora N.....



— ¿Cómo?

— Digo que en ese matrimonio están invertidos los sexos, ella es él, y él es ella.

— En cuanto á la mitad no tengo duda.

— Es la unitaria mas intransigible; la porteña mas altiva que creo ha existido jamas. Algo muy picante te decia al entrar yo, pues que te reias tanto.

— Sí, me referia que la señora de Rolon convida á sus tertulias anunciando que se abren con café con leche.

— ¡Oh!

— ¿No es cierto?

— No, no, Amalia; son invenciones de las unitarias cuya imaginacion está irritada. No tienen otras armas que el ridículo, y se valen de ellas á las mil maravillas. La señora de Rolon es de lo mejor que hay en el círculo federal; su corazon siempre tiene sensibilidad para todos, y su mano no se cierra nunca á los desgraciados. Pero á otra cosa; ¿hace mucho tiempo que has llegado?

— Veinte minutos apénas.

— ¿Te han presentado á Manuela?

— No.

— ¿Á Agustina?

— Tampoco. No conozco á nadie, dijo Amalia con toda candidez.

— ¡Válgame Dios! Y Florencia ¿qué ha hecho?

— Bailar.

— ¡Ah, bailar!

— Aun no se habia sentado, y ya estaba en baile, y ahora.....

— Sí, sí, ahora, mírala, allá anda.

— ¿Quién es el que la acompaña?

— Es un amigo mio; pero ven, allí está Manuela, voy á presentarte á ella.

— Díme, ¿tengo que gritar: ¡Viva la Federacion! al saludarla? preguntó Amalia mirando á su primo con una sonrisa la mas picante del mundo.

— Manuela es lo único bueno de toda la familia de los Rosas, quizá lleguen á hacerla mala, pero la naturaleza la ha hecho excelente, dijo Daniel casi al oído de su prima, y cuando estaban ya á cuatro pasos de la hija del dictador argentino.



— Mi prima, la señora Amalia Sáenz de Olabarrieta, quiere tener la satisfaccion de ofrecer á usted sus respetos, señorita, dijo Daniel á Manuela dándola la mano y haciéndola una elegante cortesía.

Manuela se levantó de su asiento, cambió con Amalia los cumplimientos de estilo, en el mejor tono posible, y ella misma le ofreció un asiento á su lado.

Daniel pidió permiso á Amalia de dejarla un instante y fué á buscar á su Florencia perdida entre la multitud de parejas que cuajaban los salones.

— ¿Sabe usted, señorita, donde podré hallar á la señorita Florencia Dupasquier? preguntó Daniel á la misma Florencia, luego que consiguió llegar hasta ella.

— Allí, respondió Florencia, señalando un grande espejo donde se reproducia en ese momento su preciosa figura.

— ¡Ah! mil gracias, pero está tan léjos, que me veo privado á pesar mio de invitarla para lo primero que se baile.

— Es una felicidad, caballero, porque esa señorita está comprometida. ¿No es verdad, señor? preguntó Florencia dirigiéndose á su campañero, que no era otro que uno de los amigos íntimos de Daniel.

— ¿Y puedo saber quién es el feliz caballero que acompañará á usted?

— ¿Á usted?

— Á la señorita Florencia.

— Un servidor de usted, dijo otro jóven que se aproximaba á los interlocutores en ese momento, y que era uno de los que habian asistido á la reunion secreta pocas horas ántes.

— ¡Ah! está visto, es una verdadera conspiracion contra mí, dijo Daniel paseando encantado sus miradas por el rostro y el talle de su novia.

— Usted lo ha dicho, dijo Florencia.

— Está bien, yo buscaré algo que se asemeje á la señorita Florencia, le contestó Daniel haciéndola un gracioso saludo, cambiando una sonrisa que queria decir en cada uno, *estoy contento*, y volviendo adonde estaba Amalia en sostenida conversacion con la señorita Manuela Rosas.

Por predispuesto que estuviese el ánimo de Amalia contra el apellido de aquella jóven, su amabilidad y sencillez

habíanse insinuado en su carácter naturalmente bueno y generoso. Manuela á su vez, impresionada por la belleza de Amalia, por la suavidad de su acentuacion, y por ese buen tono sin esfuerzo que se descubria en ella, dejó arrastrar fácilmente sus simpatías hácia la hermosa prima de Daniel, cuyo talento habia sabido apoderarse del buen querer de cuantos rodeaban á Rosas, apareciendo á los ojos de las mujeres, como frívolo y enamorado solamente, cosas de gran valor entre ellas, y á los ojos de los hombres como un jóven que preparaba su inteligencia para ser útil algun dia á la santa causa de la Federacion.

Una y otra, pues, conversaban con interes, si no con amistad, cuando Daniel se llegó á su prima, y el coronel D. Mariano Maza á la señorita Manuela, á tiempo tambien que se paraba delante de las dos jóvenes el redactor de la *Gaceta* y comandante de serenos D. Nicolas Mariño.

Un vals empezaba.

El coronel Maza presentó su mano á la hija de su gobernador, y esta la aceptó y levantóse en el acto : estaba comprometida para ese vals.

El redactor de la *Gaceta* quiso imitar la pantomima de Maza : estiró la mano hácia Amalia balbuciendo algunas palabras.

Daniel, sin hablar una sola, tomó de la mano á su prima, la levantó, y dándose vuelta hácia Mariño, que permanecia con la mano estirada, le dijo con la sonrisa mas diplomática del mundo :

— Está comprometida, señor Mariño.

Y como el anuncio no tenia contestacion, el redactor se quedó en su puesto miéntras los primos se colocaron entre las parejas del vals.

Dos de ellas quedaron al fin dueñas del campo : Florencia y su compañero, Amalia y Daniel.

Florencia y Amalia eran, mas bien que dos mujeres, dos ángeles que volaban rozando la tierra con sus alas.

Florencia radiante, animada.

Amalia tranquila, impulsada por la voluptuosidad de la música y del movimiento.

Una y otra sostenida en el brazo de su compañero, no pisaban la alfombra, se deslizaban en ella como dos sombras, como dos creaciones del espíritu.



Las miradas de todos las seguian, se perdian con ellas en los giros fugitivos del vals, y se afanaban en vano por descubrir, bajo las nubes de seda y blondas, el pié delicado y flexible en que se apoyaban aquellos céfiros de amor, que pasaban junto á todos como suspiros de la música, como emanaciones de la luz.

De improviso cesó la música, y de improviso, como paradas por una voluntad superior, las dos jóvenes cesaron en su rápido movimiento, y las dos, al brazo de su compañero, dieron una vuelta por el salon, tan tranquilas, como si acabasen de levantarse de su asiento.

Florencia tenia pintadas de rosas sus mejillas.

Amalia estaba bañada de la palidez del nácar

Florencia estaba bellísima.

Amalia, divina.

Las dos amigas sentáronse juntas en un ángulo del salon, y á pocos instantes Manuela, del brazo de Agustina, se acercó á Amalia.

Daniel permanecia de pié delante de su amada y de su prima.

Manuela presentó á Agustina, quien con los labios se dirigia á Amalia y con los ojos á la hermosa perla que sujetaba los espléndidos cabellos de la tucumana.

Sentáronse juntas las cuatro jóvenes, y miéntras Manuela entretenia la conversacion con Florencia, Agustina se ocupaba en hacer pregunta sobre pregunta á Amalia, sobre el vestido, sobre las cintas, los encajes, etc., etc.

Amalia estaba aturdida de la candidez de la bella porteña, y de cuando en cuando con los ojos interrogaba á Daniel sobre la especie de señora que tenia á su lado. Agustina, sin embargo, nada notaba de semejantes miradas. Las suyas inspeccionaban hasta la costura del vestido de Amalia.

— Yo quiero que seamos muy amigas, la dijo Agustina despues de haberla preguntado, si sabia dónde encontraria para comprar una perla semejante á la que tenia en su cabeza.

— Será para mí un grande honor, señora, el disfrutar de la amistad de usted, le contestó Amalia.

— Hace mucho tiempo que deseaba esta ocasion, prosiguió Agustina, y ya habia pensado el ir á casa de usted aunque nadie me presentase; porque yo soy así, soy muy



franca con mis amigas. Y me ha de mostrar usted todo cuanto tiene, ¿no es verdad?

— Con el mayor placer.

— Aquí no hay nada hoy; las tiendas están vacías, y si no hubiera sido por Florencia no hubiera hoy tenido un vestido con que venir al baile. Ahora solo llegan de encomienda los vestidos de Francia. Pero es preciso tener quien los mande de allí, ¿no es verdad?

— ¡Ah! sin duda!

— Pues eso mismo le digo yo á Mancilla todos los dias; pero qué! si es lo mismo que si hablara con la pared! ¡Qué feliz fué usted con su marido! Dicen que todo lo que usted tiene se lo hizo traer de Francia, ¿es cierto?

— Sí, señora, es cierto.

— ¡Oh, qué felicidad!

La conversacion siguió, poco mas ó ménos, sobre los asuntos que hacian en esa época el mundo, el paraíso de Agustina. Daniel iba á tomar parte en la conversacion para darle otro giro cuando se interpusieron entre él y Agustina un caballero negro y gordo y bajo, y una señora alta y gorda y blanca, que eran nada ménos que el señor Rivera, doctor en medicina y cirugía y su esposa Doña Mercédes Rosas, hermana tambien de Su Excelencia el Gobernador.

No lucia tanto en esa señora el vestido de raso color sangre que traia puesto, con guarniciones de terciopelo negro, ni los grandes zarcillos de topacio, ni los hilos de coral que traia al cuello, como lucian sobre la blanquísima cútis de su rostro unos rizados lunares rubios, cuya exuberancia se ostentaba con mas esplendidez en la redonda y turgente barba.

Esta señora, cuya vocacion eran las Musas, y cuyos instintos eran por la democracia, paróse entre Agustina y Amalia, no como si acabara de beber un vaso de agua de la fuente Hipocrene, sino como si acabase de sorber cuatro grandes tazas de la ponchera de Hoffmann; es decir, que la buena señora del médico Rivera tenia la cara roja y no rosada, y que por los carrillos que habrian dado envidia al mejor guardian del buen economista San Francisco, caian en hilo unas líquidas perlas que, filtrando por los abiertos poros de las sienes, bajaban como rocío á humedecer los redondos y blanquísimos hombros.



—¡Ché! te he andado buscando por todas partes, le dijo á su hermana Agustina.

— Bien, ya me has hallado, ¿qué quieres?

— Sudando estoy, mujer; vamos á la mesa.

— ¿Ya?

— Sí, ya, ¿cómo está usted, señor Bello?

— Señora, estoy á los piés de usted.

— Y ¿qué se ha hecho que no se le ve en ninguna parte? enamorando á todas; ¿esta es su prima?

— Sí, señora, la señora Amalia Sáenz de Olabarrieta, y tengo el honor de presentársela á usted.

— Me alegro mucho de conocer á usted, dijo Doña Mercédes dando la mano á Amalia que se habia puesto de pié á la presentacion de Daniel. Yo tendré mucho gusto en que usted me trate, continuó. No espere que Bello la lleve á mi casa, vaya no mas á comer cuando guste. Si quiere, mi marido la irá á buscar, porque yo no soy tan celosa como él; este es mi marido, Rivera, el médico Rivera; ¿no le conocia usted?

— No tenia ese honor, señora.

— Sí, mucho honor; ¡si usted supiera lo que es! no me deja ni respirar, en su cara se lo digo para que se avergüence; ¿lo oyes?

— Lo oigo, Mercédes; pero estás embromando.

— ¡Sin vergüenza! Conque ya sabe, cuando quiera se va no mas como á su casa.

Amalia no sabia qué contestar. Estaba aturdida, perdida. No habia ni imaginádose que existieran personas semejantes en el mundo, y mucho ménos el que tuviera que entenderse con ellas. Y, sin embargo, el carácter de esta hermana de Rosas, tan originalmente cándida, era el mejor y mas inofensivo de la familia.

Felizmente, el comandante Maza, que parecia el caballero de Manuela en esa noche, se presentó á invitarla para llevarla á la mesa, y la escena cambió súbitamente.

Pararse Manuela y pararse todo el mundo, fué obra de un instante.

Las damas federales se precipitaban á seguir de satélites el astro radiante de la federacion de 1840. Cada una queria acercársele y marchar junto á ella para colocarse á su lado en la mesa.

Las damas unitarias, al contrario, ó se dejaban estar en su asiento, ó se separaban lo mas posible de las otras, cambiando entre ellas miradas conversadoras y significativas.

Daniel, en el momento de levantarse Manuela y Agustina, hizo señas á uno de sus amigos; se acercó, le habló dos palabras al oído, y el jóven presentó su brazo á Amalia, miéntras Florencia tomó el de Daniel.

Así marchaban al gran comedor del palacio, atravesando los salones y las galerías, cuando la señora de N..... conducida por un caballero jóven, se acercó á Amalia y la dijo al oído :

— La felicito á usted por sus nuevas amistades.

Amalia contestó con una sonrisa.

— Comprendo esa sonrisa. Estamos de acuerdo. Pero hay una cosa grave.

— ¿Una cosa grave? dijo Amalia parándose, y sintiendo un fuerte latido en su corazon, porque allí lo que no la asustaba, la inquietaba.

— Sí.

— ¿Y cuál?

— Mariño está en el asunto.

— ¿Aquel hombre de los ojos?.....

— Aquel hombre de los ojos.

— Pero bien, ¿qué hay?

— ¿Qué hay?

— Sí.

— Que la sigue á usted con las miradas en todas partes: que la devora á usted, y que acaba de decir á un amigo mio, que ha de ser usted suya, ó que el diablo se lo ha de llevar.

— ¡Ah! entónces felicitémonos, señora, y vamos á la mesa, dijo Amalia volviendo á tomar el brazo de su compañero.

— No, no, despacio, dijo la señora de N..... usted no sabe, mi querida, qué hombre es ese.

— ¡Ese hombre! ese hombre es un loco y nada mas, señora, contestó Amalia haciendo un imperceptible movimiento de hombros y saludando con una graciosísima sonrisa á la señora de N.....

Daniel estaba en ascuas por la demora de Amalia, reservándola en la mesa una silla al lado de Florencia, y temiendo por momentos que la ocupase alguna otra.

Felizmente, Amalia entró al comedor cuando aun no habia sido ocupado aquel asiento, y se colocó en él : Daniel y su amigo permanecieron tras de las sillas de ambas jóvenes.

El sempiterno maestro de ceremonias, coronel Erézcano, habia determinado ciertos asientos en la mesa, segun el rango de ciertas de las personas que allí estaban. Los demas asientos se ocuparon por las señoras indistintamente.

CAPÍTULO XI.

Escenas de la mesa.

La señorita de Rosas ocupaba una de las cabeceras de la mesa; á su izquierda estaba el señor ministro de Hacienda Don Manuel Insiarte, y á su derecha el señor ministro de su Majestad Británica caballero Mandeville, que poco ántes habia dejado en su casa á Su Excelencia el señor Gobernador, despues de haber tenido el placer de verlo en su mesa en el convite diplomático dado en celebracion del natalicio de Su Majestad la reina Victoria, igualmente que al señor ministro Arana, que despues del banquete hubo retirádose á su casa algo incomodado del estómago.

En seguida del señor Mandeville estaba Doña Mercédes Rosas de Rivera, y frente á ella su hermana Agustina, teniendo á su izquierda al señor Picolet de Hermillon, cónsul general de Cerdeña; seguian despues todas las principales señoras de aquella reunion federal, colocados entre ellas algunos personajes notables de la época, y conservándose los demas caballeros, unos de pié tras las sillas de las señoras, otros formando grupos en los ángulos del comedor.

Frente á la señorita Manuela, en la cabecera opuesta de la mesa, estaba sentado el general Mancilla.

Un silencio, apénas interrumpido por el ruído de la porcelana y los cubiertos, inspiraba un no sé qué de ajeno al lugar y al objeto de aquella reunion, y ponia en conflicto á la parte mas crecida de los asistentes, en medio de ese silencio de funerales. ¡Era de verse la pantomima de aquellas



señoras esposas de los heróicos defensores de la santa causa, al llevar cada bocado á su boca!

El tenedor se levantaba del plato con una delicadeza tal que parecia entre los dedos el fiel de una celosa balanza, pronto á inclinarse al mas ligero accidente. El pedacito de ave ó de pastel era llevado á los labios con la misma delicadeza con que una persona de buen gusto lleva á las narices una delicada flor-del-aire, y los indecisos labios lo tomaban tiernamente, despues que los ojos habian girado á derecha é izquierda para ver si álguien notaba el pecado capital de comer cuando se está para ello en una mesa.

Todos los preceptos del caton éranse allí escrupulosa mente cumplidos: el cubierto siempre sobre el plato, y sobre el plato siempre lo que en él se habia servido; esperando todos que álguien preguntase, para contestar; y como nadie preguntaba, ninguno de los convidados hablaba una palabra.

Habia allí, sin embargo, una dama que comia mas libremente que las otras; y era la señora esposa de Don Antonio Diaz, personaje célebre de la emigracion oriental que acompañó á Buenos Aires al ex presidente Oribe. Esta señora, madre de preciosas hijas que allí estaban, se entretenia en comerse medio budin, como postre de una piernita de pavo y de una tierna pechuga de gallina, que habia saboreado para quitar de sus labios el gusto salado que habian dejado en ellos dos ó tres rebanadas de jamon, con que la señora quiso neutralizar el gusto á manteca que habia dejado en su boca un plato de mayonesa con que habia empezado á preparar su apetito.

Los coroneles Salomon, Santa Coloma, Crespo, el comandante Mariño; los doctores Tórres, García, González Peña; los disputados Garrigós y Belausteguí, eran de los personajes mas notables que servian de caballeros federales á las damas de la mesa. Pero los coroneles y el comandante especialmente maldecian con toda buena fe al maestro de ceremonias Erézcano, que colocádolos habia en aquel lugar en que cada bocado se les atragantaba como una nuez. Salomon sudaba; Santa Coloma se retorcia el bigote, y Crespo tosia.

El general Mancilla, que mejor que nadie conocia la ridiculez de aquel silencio y de aquella tirantez aldeánica, se fué de

repente á fondo sobre el flanco de sus federales amigos.

— Bomba, señores, dijo levantándose con una copa en la mano, y con esa gracia y safaduría peculiares al carácter del entusiasta unitario del congreso.

Damas y caballeros se pusieron de pié.

— « Brindo, señores, dijo Mancilla, por el primer hombre de nuestro siglo, por el que ha de aniquilar para siempre el bando de los salvajes unitarios; por el que ha de hacer que la Francia se ponga de rodillas delante del gobierno de la Confederacion argentina; por el ínclito héroe del desierto; por el Ilustre Restaurador de las Leyes Brigadier D. Juan Manuel Rosas; y brindo tambien, señores, por su digna hija que en tal dia como este vino al mundo para honor y gloria de la América. »

Las palabras del general Mancilla fueron la mecha, y el pulmon de los ilustres convidados fué el cañon que dió salida á la detonacion de su fulminante entusiasmo.

Se acabó el silencio, se acabó la tirantez, se acabó la aldea; y comenzó el bullicio, la elasticidad y la bacanal.

— « Bomba, señores, gritó el diputado Garrigós, poniéndose de pié con la copa en la mano. Bebamos, dijo, por el héroe americano que está enseñando á la Europa que para nada necesitamos de ella, como ha dicho muy bien hace muy pocos dias en nuestra sala de representantes el dignísimo federal Anchorena; bebamos porque la Europa aprenda á conocernos, y que sepa que quien ha vencido en toda la América los ejércitos y las logias de los salvajes unitarios, vendidos al oro inmundo de los franceses, puede desde aquí hacer temblar los viejos y carcomidos tronos de la Europa. Bebamos tambien por su ilustre hija, segunda heroína de la Confederacion, la señorita Doña Manuelita Rosas y Ezcurra. »

Si el bríndis del general Mancilla despertó el entusiasmo en el ánimo de los federales, el del diputado Garrigós despertó la locura dormida momentáneamente en su cerebro. Las copas se apuraron, no quedando una gota de licor, ni aun en la del Caballero Mandeville, despues de esa amable y lisonjera salutacion á la Europa y al trono.

— « Bomba, señores, dijo el presidente de la Sociedad popular, despues de haber visto las señas que le hacia su

consultor Daniel Bello, que se hallaba frente á él tras las sillas de Florencia y Amalia.

— « Brindo, señores, dijo Salomon, porque nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes viva toda la vida, para que no muera nunca la Federacion, ni la América, y para que..... y para que..... en fin, señores, viva el Ilustre Restaurador de las Leyes; su ilustre hija que hoy ha nacido; y mueran los salvajes unitarios, y todos los gringos y carcamanes del mundo. »

Todos aplaudieron federalmente la improvisacion de aquel digno apoyo de la santa causa. El mismo ministro británico, como tambien el cónsul sardo, no pudieron ménos de admirar la espontaneidad de aquel discurso, y dejaron los cálices vacíos del espumoso champaña que contenian.

Solo habia una persona que nada comprendia de cuanto allí pasaba; ó dicho de otro modo : que no comprendia que en parte alguna de la tierra pudiese acontecer lo que aconteciendo estaba : y esa persona era Amalia.

Amalia estaba aturdida. Sus ojos se volvian á cada momento hácia Daniel, y sus miradas, esas miradas de Amalia que parecian tocar los objetos y descansar sobre ellos, le preguntaban con demasiada elocuencia : « ¿ dónde estoy, qué gente es esta; esto es Buenos Aires, esta es la culta ciudad de la república argentina? » Daniel la contestaba con ese lenguaje de la fisonomía y de los ojos que le eran tan familiar : « despues hablaremos. »

Amalia se volvia a Florencia algunas veces, y solo encontraba en la picaruela cara de la jóven la expresion de una burla finísima, sin que con eso quedase Amalia mas adelantada que ántes en sus interrogaciones.

Ni una, ni otra de las dos jóvenes habia llevado á sus labios una gota de vino.

Daniel, que estaba en todo, que hacia seña á Salomon, que acababa de hacerlas tambien á Santa Coloma, que aplaudia con sus miradas á Garrigós, que se sonreia con Manuela, que le enviaba una flor á Agustina, un dulce á Mercédes etc., Daniel, decíamos, echó vino en las copas de Amalia y de su Florencia, inclinándose entre las dos sillas y diciendo muy bajito :

— Es preciso beber.

— ¿ Yo? le preguntó Amalia con una altivez y una prontitud, con una dignidad y un enojo, que hubieran podido despertar los celos de Catalina de Médicis, si esa interrogacion hubiera sido hecha en un salon del Louvre, en el reinado de cualquiera de sus hijos, ó mas propiamente dicho en los reinados de ella.

Daniel no contestó.

Florencia se tomó por él ese trabajo.

— Usted, sí, señora, usted beberá, y beberá conmigo, le dijo Florencia. Solamente que cuando esos caballeros beban por lo que ellos quieran, muy despacito beberemos nosotras por nuestros amigos..... pero, mire usted, Amalia, Manuela hace á usted señas.

En efecto, Manuela hizo á Amalia un elegante saludo con su copa, que en el acto fué contestado con no ménos buen tono por la bellísima tucumana.

— « Señores, dijo el comandante y redactor Mariño, que de cuando en cuando giraba sus oblicuas miradas hácia Amalia : ¡ por el grande héroe de la América, por su inmortal hija, por la muerte de todos los salvajes unitarios, sean gringos ó nacionales, y por las bellas de la república argentina ! » y los ojos de Mariño dieron média vuelta por delante de Amalia.

Era ya necesario gritar mucho para hacerse oir. Los generales Rolon y Pinedo consiguieron despues de grandes esfuerzos el hacer entender sus bríndis. El coronel Crespo tuvo que ponerse sobre su silla para llamar la atencion sobre sus palabras. Pero la voz potente del coronel Salomon dominó de repente la algazara y dijo :

— Señores, me manda decir la ilustre hermana de su Excelencia nuestro padre, la señora Doña Mercédes, que pida un momento de silencio al entusiasmo federal, porque va á leer unos versos que ha compuesto.

El silencio se estableció súbitamente. Todas las miradas se dirigieron á la poetisa.

La Safo federal daba un papel á su marido colocado á sus espaldas como era su costumbre.

El marido se resistia á tomar y leer el misterioso canto; y una gresca al oído, pero que parecia ser terrible, furibunda, espantosa, como diria el señor Don Cándido Rodríguez, tenia lugar entre aquellos cónyuges modelo de contraste.



El desamparado papel pasó por fin á las manos de un criado, y de estas á las del general Mancilla con un recado de la autora.

El general desdobló el papel; lo leyó primeramante para sí mismo, y luego, y con toda la socarronería tan natural en su espíritu burlon y travieso, se paró con semblante grave, y con el tono mas magistral del mundo, leyó en medio de un profundísimo silencio :

SONETO.

Brillante el sol sobre el alto cielo
Ilumina con sus rayos el suelo ;
Y descubriéndose de sus sudarios
Grita el suelo ¡ que mueran los salvajes unitarios!
Llena de horror, y de terrible espanto
Tiembla la tierra de polo á polo,
Pero el buen federal se levanta solo
Y la patria se alegra y consuela su llanto.
Ni gringos, ni la Europa, ni sus reyes
Podrán imponernos férreas leyes,
Y donde quiera que haya federales
Temblarán en sus tumbas sepulcrales
Los enemigos de la santa causa,
Que no ha de tener nunca tregua ni pausa.

MERCÉDES ROSAS DE RIVERA.

La lectura de estos versos originó una sensacion en los concurrentes, poco comun en los banquetes : dió orígen á un temblor general ; los unos, como Salomon y su comparsa, Garrigós y la suya, temblaban de entusiasmo ; los otros como Mancilla, como Tórres, como Daniel, etc., temblaban de risa.

Para las damas federales los versos estaban pindáricos ; pero todas las unitarias tuvieron la desgracia en ese momento de ser atacadas por accesos de tos, que las obligaron á llevar sus pañuelos á la boca.

Los bríndis se sucedieron luego : todos iguales en el fondo, y casi hermanos carnales en la forma.

Los señores Mandeville y Picolet bebieron tambien á la salud de Su Excelencia el Gobernador y su jóven hija.

Y como tienen su fin todas las cosas de este mundo,



llegó tambien el de la suntuosa cena del 24 de Mayo de 1840.

Las señoras volvieron á los salones del baile, y miéntras la música y los jóvenes las recibian alegres, y miéntras Amalia, Florencia, Agustina, Manuela, etc., fueron sacadas en el acto para unas cuadrillas, alegres se quedaron en el comedor, continuando sus entusiastos bríndis federales, los heróicos defensores de la santa causa, que no habia de tener tregua ni pausa, segun el último verso del soneto de Doña Mercédes Rosas de Rivera.

Fué entónces cuando el entusiasmo subió á sus noventa grados, porque nada hay que dé tanta energía á la expresion de ciertas pasiones en ciertas gentes, como el buen vino, el ruído de las copas y los bríndis.

Fué entónces tambien cuando se vertió una idea cuya expresion sencilla y reducida á sus términos mas precisos, hizo resaltar el fondo de ella, y que se grabara con acero en la imaginacion de los concurrentes : esa idea fué de Daniel.

Este jóven, despues de haber conducido á Amalia y á Florencia al salon, y dejándolas en baile con dos de sus amigos, volvió al comedor, y, tranquilo, imponente podemos decir, se colocó en una cabecera de la mesa en medio del general Mancilla y del coronel Salomon, tomó una copa y dijo :

— « Señores, bebo por el primer federal que tenga la gloria de teñir su puñal en la sangre de los esclavos de Luis Felipe que están entre nosotros, de espías unos, de traidores otros, y de salvajes unitarios todos, esperando el momento de saciar sus pasiones feroces en la sangre de los nobles defensores del héroe de la America, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes. »

Nadie habia tenido el valor de definir y expresar tan claramente el sentimiento de la mayor parte de los que allí estaban ; y, como sucede siempre cuando álguien consigue interpretar los deseos informes de la multitud, cuyo labio no se presta comunmente á darles vida y colorido con los incompletos recursos del lenguaje, aquellas palabras arrebataron la admiracion de todos, cuya aprobacion se manifestó espontáneamente con el coro de estrepitosos aplausos que sucedió al bríndis de aquel jóven que lanzaba ese anatema de muerte sobre la cabeza de hombres culpables ante la susceptible aunque santa Federacion, por el hecho de ser



ciudadanos de un país con cuyo gobierno estaba en cuestion el héroe esclarecido de aquella época de subversion y sangre, salvajería y vandalismo.

El mismo general Mancilla no creyó ni por un momento que hubiese una segunda idea en el bríndis de aquel jóven, y en los secretos de su pensamiento admiró la locura de aquella alma á quien las doctrinas de la época habian extraviado tanto y tan temprano.

¡Providencia divina! Daniel que azuzaba las pasiones salvajes de aquellos hombres; Daniel que en efecto habria dado los mejores años de su vida porque su sanguinario deseo se cumpliese en alguno de las inocentes extranjeros que residian en Buenos Aires; Daniel, decíamos, era el hombre mas puro de aquella reunion, y el hombre mas europeo que habia en ella. Pero él queria buscar en esas gotas de sangre la ocasion de que la Francia, la Europa entera descargase un golpe mortal sobre la frente del poderoso bandido de la Federacion, para contener de este modo el rio de lágrimas y sangre que veia pronto á desbordarse sobre toda una sociedad cristiana é inocente: era la aplicacion de esa terrible, pero en muchos casos imprescindible ley de la filosofía y la moral, que autoriza el sacrificio de los ménos para la conservacion de los mas: era un holocausto de intereses individuales en las aras de la salvacion general, lo que buscaba aquel jóven consagrado con toda su conciencia á la liberacion de su patria, y á reivindicar la humanidad tan ultrajada en ella; y buscaba esto á costa de su nombre, a costa de su porvenir quizá; arrostrando el odio de los hombres honrados, y la imaginacion de los malvados, que es todavía peor que aquello para los hombres de virtud y de corazon.

Y como todo el que acaba de cumplir un grande, pero penoso deber, Daniel salió del comedor tranquilo y triste; se dirigió al salon y dijo á su prima:

— Vamos.

Amalia notó que el semblante de Daniel estaba algo descompuesto, y no vaciló en preguntarle por la causa de ello.

— No es nada, la contestó el jóven, acabo de jugar mi nombre á la salud de mi patria.

— Vamos, Florencia, prosiguió Daniel dirigiéndose á su amada, que en aquel momento se acercaba á Amalia.



CAPÍTULO XII.

Despues del baile.

Durante que Daniel estaba en la mesa, la señora Doña Agustina Rosas de Mancilla de nuevo habia restablecido sus reales sobre los vestidos, alhajas y demas de su nueva amiga, como ya la llamaba; y no habia separádose de ella sin prometerla muchas visitas, esperando, decia, que su íntima amiga la señorita Dupasquier la acompañase en ellas.

Manuela Rosas no habia hecho preguntas, ni ofrecido visitas, pero estaba inspirada de sincero cariño por Amalia, y deseaba que la casualidad la ofreciera el momento de estrechar su relacion con ella.

Algunos minutos despues que Amalia, Florencia y Daniel habian salido del baile, el coche paraba á la puerta de la casa de Madama Dupasquier, calle de la Reconquista.

Luego de dejar á Florencia, á cincuenta pasos de su casa, paróse el coche junto á otro en la misma calle de la Reconquista. De este último bajó Eduardo Belgrano á tiempo que Daniel descendió del de Amalia. Ambos jóvenes se cambiaron algunas palabras, y en seguida Daniel subió á su coche, que era aquel en que Eduardo habia estado esperándole, y este fué á ocupar el lugar de su amigo al lado de la hermosa Amalia.

El carruaje de esta cuyo cochero no era otro que el viejo Pedro, teniendo por lacayo al criado de Belgrano, siguió al trote de los caballos la empedrada calle de la Reconquista en direccion á Barrácas.

Miéntras el coche descendia lentamente la empinada barranca que lleva el nombre del bravo almirante que sostuvo la guerra marítima de la república con el imperio del Brasil, porque estaba cerca de ella la casa de su habitual residencia, Amalia referia á Eduardo todas las ocurrencias del baile; todas las cosas incomprensibles que se habian presentado á sus ojos, las trepidaciones en que se habia encontrado su espíritu; y la violencia que se habia hecho para sobrellevar aquellas dos largas horas en que por la primera vez de su vida se habia encontrado entre gentes y ocurrencias tan ajenas de sus gustos y de su educacion.



Tal era el asunto de la conversacion de los dos jóvenes, y ya el carruaje se aproximaba á la capilla de Santa Lucía para tomar la calle Larga, cuando cerca al ángulo que forman allí los dos caminos que se encuentran, fué alcanzado por tres jinetes que, á todo el correr de sus caballos, habian bajado la barranca del general Brown y seguido la misma direccion que traia el coche.

La intencion de estos hombres se hizo bien manifiesta desde el momento; dos de ellos flanquearon los caballos del coche y cruzaron los suyos con tal prontitud, que Pedro tuvo que tirar la rienda á los que dirigia.

El otro de aquellos acercó su caballo al estribo del coche, y con una voz blanda, pero algo trémula por la agitacion de la carrera, dijo :

— Somos gente de paz, señora ; yo sé que va usted perfectamente acompañada con el señor Bello; pero los caminos están muy solos, y me he apresurado á correr tras el carruaje para tener el honor de ofrecer á usted mi compañía hasta su casa.

El coche estaba parado.

El viejo Pedro se inclinaba sobre el pescante cuanto posible le era, midiendo bien la cabeza de uno de los dos hombres á caballo que estaban junto á los del coche, para hacerle el obsequio de introducirle en ella una onza de plomo perfectamente esférica, que traia guardada entre el cañon de una pistola de caballería que hizo su buen papel en média docena de ciertos dramas que se representaran veinte años ántes.

El criado de Eduardo estaba ya pronto á tirarse de la zaga y tomar la medida del primero que llegase á sus manos, con un grueso baston de tala que previsoramente habia colocado entre las presillas del estribo, y que de ellas habia pasado á sus manos desde el momento en que se paró el coche.

Eduardo no tenia mas armas que un pequeño puñal en el baston en que se apoyaba al andar.

El individuo que habia hablado estaba cubierto con un poncho oscuro, y vuelto hácia los faroles del coche, ninguna claridad daba en su rostro.

Ni Amalia, ni Eduardo conocieron la voz que habia hablado. Pero hay en las mujeres todas de este mundo una facultad de adivinacion admirable, que las hace comprender entre



un millon de hombres, cuál es aquel en que han hecho impresion con su belleza ; y en las circunstancias mas difíciles y mas extrañas una mujer sabe al momento adivinar, si ella hace parte allí, y de dónde ó de quién podrá surgir el misterio que los demas no comprenden.

Y no bien acabó el desconocido de pronunciar su última palabra, cuando Amalia se inclinó al oído de Eduardo y le dijo :

— Es Mariño.

— ¡ Mariño ! exclamó Eduardo.

— Sí, Mariño..... es un loco.

— No ; es un pícaro..... Señor, dijo Eduardo alzando la voz, esta señora va perfectamente acompañada, y suplico á usted tenga la bondad de retirarse, y ordenar que hagan lo mismo los que han detenido los caballos.

— No es á usted á quien yo me he dirigido, señor Bello.

— Aquí no hay nadie de ese nombre ; aquí no hay mas que.....

— ¡ Silencio, por Dios ! señor, continuó Amalia dirigiéndose á Mariño, doy á usted las gracias por su atencion, pero repito las palabras de este caballero, y suplico á usted quiera tener la bondad de retirarse.

— Esto es demasiado. Se ha empleado dos veces la palabra suplicar, dijo Eduardo sacando la mano por uno de los postigos del coche para abrir la puerta ; pero Amalia asióse de su brazo, y por un esfuerzo sobrenatural lo volvió á su asiento.

— Me parece que ese señor está poco habituado á tratar con caballeros, dijo Mariño.

— Caballeros que paran los carruajes á média noche bien pueden ser tratados como ladrones. Pedro, adelante, gritó Eduardo con una voz metálica y tan entera, que los dos hombres que estaban al lado de los caballos no se atrevieron á pararlos, sin nueva órden del que parecia comandarlos, cuando Pedro dió un latigazo á los caballos, muy dispuesto á hacer uso de su pistola si álguien continuaba á estorbar la marcha del carruaje de su señora.

El comandante Mariño, pues que no era otro que él, picó su caballo en el acto de romper el coche, y siguiendo á su lado á gran galope, pudo hacer oir de Amalia estas palabras :

— Sepa usted, señora, que no que querido hacer á usted

ningun mal, pero se me ha tratado indignamente, y esto no lo olvida con facilidad el hombre que ha recibido ese insulto.

Dichas estas palabras Mariño suspendió su caballo y volvió á la ciudad por la barranca de Balcarce, miéntras Amalia, cinco minutos despues, entraba á su salon del brazo de Eduardo, algo pálida y descompuesta por la reciente escena.

II.

En el gabinete contiguo al salon, y que se comunicaba con la alcoba de Amalia, dormida estaba sobre un pequeño sofá la tierna compañera de la jóven, halagada por el dulce calor de la chimenea en aquella noche cruda de los últimos dias de Mayo, sobre el que tanto se habia precipitado el invierno de 1840.

Á un lado de la chimenea estaba preparado el té en el rico servicio de porcelana de la India que hemos descrito en la alcoba de Amalia, sobre la pequeña mesa de nogal.

El mismo Eduardo quitó de los hombros alabastrinos de la jóven la capa de terciopelo azul que los cubria, y quedóse extasiado largo rato, contemplando aquella belleza casi ideal, cuyos encantos acababan de ser admirados y ambicionados por tantos hombres, y de cuya posesion él abrigaba en su alma una risueña esperanza desde la mañana de ese mismo dia.

¿Qué mujer no se envanece de descubrir la admiracion que hacen sus gracias en los ojos del ser predilecto de su corazon?

Amalia olvidó la escena del camino y se halló contenta y feliz al descubrir en la contemplacion de Eduardo el enajenamiento inefable que le ocasionaba su belleza.

Ella misma sirvió el té, refiriendo á Eduardo las escenas mas notables de la cena del baile, tratando de distraerlo y de enmendar una imprudencia que acababa de cometer: habia referídole las miradas de Mariño, y las palabras de él que le habia trasmitido la señora de N..... Eduardo entónces dió otro valor al acontecimiento de la calle Larga, y no se perdonaba el haber dejado ir á Mariño sin haberle hecho recibir por su mano el castigo que se merecia.



Pero Amalia, si era una divinidad en su belleza y en su espíritu, habia pasado tambien por las manos de la naturaleza femenil, y poseia, como todas las de su sexo, ese repertorio de artes y secretos con los cuales tienen una facilidad exclusiva para volver el contentamiento al corazon de los hombres, miéntras que poseen la virtud del Leteo para hacerles olvidar los sucesos ó las ideas que quieren; y diez minutos despues, Eduardo no se acordaba de Mariño, y el pasado y el porvenir, Buenos Aires y el universo, habian desaparecido de su memoria, absorta toda la accion y la sensibilidad de su alma en ver, en escuchar, en beber el aliento y las sonrisas de su amada.

Si álguien hubiese tenido el poder de las sibilas, y, como los alientos de aquella criatura que dormia tranquila á dos pasos de Amalia y de Eduardo, hubiese podido difundirse en la atmósfera tibia y perfumada de amor de aquel gabinete, habria comprendido entónces todo lo que hay de bello, de sentimental y de divino en ese amor del alma que solo sienten los corazones nobles; y en esa lucha terrible, obra del mundo y de los cielos, que se establece entre los sentidos y el espíritu, entre los deseos de la naturaleza y los deberes de la religion y la moral, entre las impresiones de la organizacion física, y el sentimiento de respeto por el ser amado y por sí propio, cuando dos jóvenes, enamorados uno de otro, se encuentran en lo mas fuerte de la impresion de su entusiasmo, instados por todo el incentivo de la soledad y del misterio, y que, sin embargo, cada uno se vence á sí mismo, y deja sobre la frente casta de la mujer el purísimo cendal de ángel con que bajó del cielo.

— ¡Sí, soy felíz! exclamó Amalia despues de un momento de éxtasis en que sus ojos habian estado bebiendo amor y felicidad en los de Eduardo.

— ¡Amalia! ¡si yo hubiera perdido por usted los mas bellos años de mi vida; si yo hubiera derramado toda mi sangre, si estuviera en la tumba, esas solas palabras serian la corona de mi felicidad y de mi gloria! exclamó Eduardo oprimiendo entre las suyas la delicada mano de su Amalia.

— ¡Sí, soy feliz! por qué negarlo? prosiguió Amalia. Un destino cruel parece que esperó mi nacimiento para conducirme en el mundo. Todo cuanto puede hacer la desgracia de una mujer en la vida, lo selló en la mia la naturaleza.

La intolerancia de mi carácter con las frivolidades de la sociedad; los instintos de mi alma á la libertad y á la independencia de mis acciones; una voluntad incapaz de ser doblegada por la humillacion ni por el cálculo; una sensibilidad que me hace amar todo lo que es bello, grande ó noble en la naturaleza; todo esto, Eduardo, todo esto es comunmente un mal en las mujeres; pero en nuestra sociedad americana tan atrasada, tan vulgar, tan aldeánica puedo decir, es mas que un mal, es una verdadera desgracia. Yo tuve la dicha de comprenderla, y entónces quise aislarme en mi patria. Para vivir ménos desgraciada, he vivido sola despues que quedé libre: y acompañada de mis libros, de mi piano, de mis flores, de todas esas cosas que otros llaman puerilidades, y que son para mí necesidades como el aire y como la luz, he vivido tranquila y..... tranquila solamente. Me faltaba algo..... sí, algo.

— ¿Y bien?

— Hoy, ya no pido á Dios en mis oraciones, sino que conserve mi corazon sin mas ambicion que la que hoy siento.

— Amalia, ídolo angelicado de mi alma; sí, es necesario mezclar á Dios en este momento, porque de su aliento divino salieron separadas nuestras almas para buscarse y encontrarse en el mundo. Ellas tuvieron un mismo orígen; se han hallado; se han conocido, y se han atado para siempre rápida y espontáneamente, como por la obra de una inspiracion de Dios. En ambos han sido necesarias las desgracias para alcanzar una felicidad suprema. Amalia, serás mia, mia para siempre, ¿no es verdad?

— Sí, sí; con el alma, con el pensamiento en todos los instantes de mi vida..... pero, nada mas por Dios! exclamó Amalia cubriéndose el rostro con sus manos.

— ¡Amalia!

— No, no, jamas...... perdon, Eduardo, no me arranque usted una promesa de que tiemblo..... no hay un ser que me haya amado, que me haya pertenecido, que no haya sido pronto presa del infortunio. El genio del mal parece que se suspende sobre la cabeza de aquellos que se identifican en mi suerte... he perdido á cuantos me han amado... hay en mis sueños una especie de voz profética, un alarido de predestinacion terrible que ha sacudido mi pobre corazon toda vez que he llegado á imaginar una felicidad fu-



tura en mi existencia. Por compasion, Eduardo..... yo acepto ese amor que hace hoy toda la felicidad de mi vida. Ya he sido amada como era la ambicion de mi alma; no mas, pues..... separémonos, lleve usted consigo el regalo del primer amor que he sentido en mi vida; y despues..... despues olvídeme. Yo conservaré estas horas, todas las palabras de usted, como el retrato de una felicidad cuyo original hallé en la tierra, y viviré feliz con la seguridad de volver á contemplarlo en el cielo. Pero no mas que esto, Eduardo. Yo sé; tengo fija, encarnada en la vida la idea de que mi amor se convierte en lágrimas y desgracias; y es porque yo amo, que quiero evitar la desgracia en el ser elegido de mi corazon.

Los ojos de Amalia estaban húmedos, radiantes; habia algo de inspiracion celeste en su mirada; su frente y sus mejillas estaban pálidas; sus labios, rojos como el coral, y sus manos, oprimidas entre las de Eduardo, trémulas como las hojas de una azucena abatida.

—Amalia, la respondió Eduardo, ya no hay amor en mi corazon: hay la adoracion que tienen los mortales por las obras de Dios sobre la tierra; la adoracion que tiene un corazon como el mio por todo lo que es grande y sublime en la naturaleza. Á la mujer á quien creia feliz, hube ofrecido tímidamente mi corazon; á la mujer que teme la desgracia, yo le doy mi corazon y mi destino, mi mano y mi porvenir. Yo sé que la muerte está pendiente hace mucho tiempo sobre mi cabeza, moriré á tu lado, tu última mirada me reconciliará con el mundo, y en el cielo recibiré, como un perfume de tu amor, los suspiros que dé tu corazon á mi memoria. Hace un momento que te hablaba el amante; ahora te habla el hombre: un corazon para amarte, un brazo para defenderte, una vida á la consagracion de tu ventura, hé ahí, Amalia, lo que te ofrezco de rodillas.

— No, jamas.

Eduardo en efecto hizo la accion de arrodillarse, pero los brazos de Amalia se lo impidieron. Y en ese momento de entusiasmo y de olvido, la frente de la jóven sintió el calor de los abrasados labios de su amado.

Ella no hizo ninguno de esos movimientos violentos y generalmente mentidos de las personas de su sexo en tales casos, recibió sobre su frente el primer beso de Eduardo;



oprimió su mano fuertemente entre las suyas; lo miró tiernamente, y fué tranquila, en apariencia, á despertar á la pequeña Luisa.

El amor habia recibido el beso, el deber ponia fin á aquella escena.

Eduardo comprendió toda la delicadeza de la conducta de Amalia, y sintió en su alma todo el orgullo de su exquisita eleccion.

Cuando la niña hubo despertádose, alegre con la presencia de su señora, Eduardo extendió su mano de despedida á Amalia. Ella entónces se quitó de sus cabellos la rosa blanca que habia llevado al baile, y se la presentó á Eduardo.

Un minuto despues, su mirada estaba fija aun en la puerta por donde habia retirádose el primer hombre que habia llamado á la que guarda los secretos afectos en el corazon de una mujer, que responden siempre, pero que rara vez la abren.

En seguida, Luisa echó las llaves, y Amalia entró á su alcoba, á velar las recordaciones de esa noche, á la luz dulce y poética de su alma enamorada.



PARTE TERCERA.

CAPÍTULO I.

En Montevideo.

El lector tendrá que acompañarnos esta vez á un paseo de pocas horas á la parte setentrional del Plata, siguiendo con nosotros á uno de los actores principales de nuestra historia; y despues volveremos á tomar el hilo de los acontecimientos históricos.

Era una noche de los últimos dias del mes de Julio.

El cielo del Plata estaba argentado con toda su magnífica pedrería; y la luna, como una perla entre un círculo de diamantes, alumbraba con su luz de plata las olas alborotadas del gran rio, sacudido pocas horas ántes por las alas poderosas del pampero.

Doscientos bajeles se balanceaban dentro del ancho puerto de Montevideo, imitando á un vasto y espeso bosque de palmeras, sacudidas en una noche del otoño por vientos que las azotan y despojan.

El Cerro, ese cíclope que vigila la mas jóven de las hijas de América, parecia esa noche, á la claridad de la luna, levantar mas alta que nunca su cabeza jugando con los eclipses de su inmensa farola.

Como saliendo del pié de esa inmensa montaña, desde las siete de la noche se divisaba allá en el horizonte una cosa parecida á esas palomas del mar del sur que, arreba-



tadas por el viento de las costas de la Patagonia, vuelan sobre las ondas de esos mares, las mayores del mundo, rozando las aguas con sus alas, inclinándose ora sobre una, ora sobre otra, mostrándose y perdiéndose á la vez entre las montañas flotantes, hasta encontrar el mástil de algun buque, ó las escarpadas rocas de Malvinas.

Como una blanca pluma del ala del pampero, el pequeño bajel, que tenia la audacia de surcar las ondas de ese rio que desafía al mar en los dias que da curso libre á sus enojos, se deslizaba rápidamente sobre ellas, y por instantes se aproximaba al puerto. Los buques de guerra distinguieron pronto que era una *ballenera* de Buenos Aires; embarcaciones que hacian diariamente el contrabando durante el bloqueo frances sobre aquel puerto.

Esta pequeña embarcacion descubierta solo traia cuatro hombres. Dos de ellos, sentados en el medio, prontos á cazar la gran vela tirriana que la hacia volar sobre las ondas; de los otros dos, el uno estaba al timon, cubierto con un capote de barragan y un gran sombrero de hule, el otro reclinado sobre la pequeña borda envuelto en una capa de goma, teniendo en su cabeza una gorra de paño con vísera. El primero solo movia sus ojos de la vela á la onda, y de la onda á la vela; el segundo no los separaba de un solo punto : hacia média hora que estaba contemplando la ciudad, plateada con los clarísimos rayos de la luna, y que se presentaba á sus ojos en forma de anfiteatro, descendiendo sus edificios, de una leve colina, como se ven las piedras cristalizadas del hielo desde las orillas del mar Pacífico, sobre la Cordillera de los Andes.

Pero no era simplemente la bella perspectiva de la ciudad lo que absorbia la atencion de ese hombre, sino los recuerdos que en 1840 despertaba en todo corazon argentino la presencia de la ciudad de Montevideo : contraste vivo y palpitante de la ciudad de Buenos Aires, en su libertad y en su progreso; y mas que esto todavía, Montevideo despertaba en todo corazon argentino que llegaba á sus playas el recuerdo de una emigracion refugiada en él por el espacio de once años, y la perspectiva de todas las esperanzas sobre la libertad argentina, que de allí surgian, fomentadas por la accion incansable de los emigrados, y por los acontecimientos que fermentaban continuamente en ese elabora-



torio vasto y prolijo de oposicion á Rosas, en ese Montevideo en donde solo con *dejar hacer*, la poblacion se habia triplicado en pocos años, desenvuéltose un espíritu de comercio y de empresas sorprendente, y amontonádose cuanto elemento parecia suficiente para dar en tierra con la vecina dictadura.

Pero la imaginacion humana abulta siempre el tamaño de las cosas y de los hombres á medida que los ve de léjos, y aquellos hechos verdaderos eran hiperbolizados, sin embargo, en la fantasía de aquel hombre que contemplaba la ciudad desde la popa del peqneño batel.

— « Se han hecho fuertes, porque se han asociado, decia entre sí mismo. Nueva Tiro, allí no se pregunta al hombre de dónde es, sino qué es lo que sabe, y el hombre de cualquier punto del mundo llega allí, las instituciones le protegen, y el comercio ó la industria le abren sus copiosos canales al momento : y es asi como se han hecho fuertes y ricos. La dictatura argentina les es fatal á su paz, á su libertad y á su comercio, y todos se han unido y marchan juntos contra el obstáculo comun : y es así como conseguirán pronto derrocar ese coloso formado con el barro y la sangre de nuestras pasadas disensiones. » Y pensando así, los vivísimos ojos de ese hombre, cuya fisonomía jóven é inteligente estaba alumbrada en ese momento por el argentino rayo de la luna, parecian querer penetrar al traves de los edificios de la ciudad cercana ya, para confirmarse, en el exámen de los hombres, de las virtudes que en aquel momento les atribuia su imaginacion, bien distante, sin embargo, de la triste realidad de las cosas.

— ¿ Falta mucho, Douglas, para llegar al puerto? preguntó al hombre de capote de barragan, mirando su reloj que apuntade las nueve y média de la noche.

— No, señor Don Daniel, contestó con una franca acentuacion inglesa el hombre á quien se habia llamado Douglas, vamos á desembarcar un poco á la derecha de quella fortaleza.

— ¿Qué fortaleza es esta ?

— El fuerte de San José.

— ¿ Hay próximo á ella algun muelle?

— No, señor ; pero hay un desembarcadero que se llama *Baño de los Padres*, donde atracan los botes de las esta-

ciones de guerra, y donde podremos desembarcar sin mojarnos, porque la marea está muy alta.

Cinco minutos despues, Daniel Bello pisaba las piedras del Baño de los Padres, y, sacudiendo su capa de goma, rociada á menudo por las aguas del rio, seguia á Mr. Douglas, quien despues de haber dado algunas órdenes á los marineros, dijo á Daniel :

— Por aquí, señor, tomando al sur, doblando luego para San Francisco, y tomando en seguida por la calle de San Benito.

Á dos minutos de marcha, en la segunda cuadra de esa calle, paróse Mr. Douglas en la primera puerta á mano derecha, y dijo á Daniel :

— Esta es la casa, señor.

— Bien, irá usted á esperarme á la fonda; ¿cómo me dijo usted ?

— La fonda del Vapor.

— Bien, me esperará usted en la fonda del Vapor. Tome usted una habitacion para mí, por si tenemos que pasar la noche.

— ¿ Pero cómo se irá usted solo ? usted no sabe las calles.

— De aquí me conducirán.

— ¿ No será bueno preguntar si está la persona á quien usted viene á ver, ántes de retirarme yo?

— No hay necesidad, si no está, la esperaré; puede usted retirarse.

Mr. Douglas se retiró en efecto; Daniel dió dos fuertes aldabazos, y preguntó al criado que salió á abrir :

— ¿Está en casa el señor Bouchet de Martigny ?

— Está, señor, contestó el criado, mirando á Daniel de piés á cabeza.

— Entónces, entréguele usted esto ahora mismo, dijo, dándole al criado la mitad de una tarjeta de visita, cosa que el criado tomó con cierto embarazo no sabiendo si cerrar ó dejar abierta la puerta de la calle, porque Daniel al abrir su leviton, y sacar del chaleco la média tarjeta que iba á servir de seña, habia puesto de manifiesto á los ojos del criado un par de hermosas pistolas de dos tiros que traia á su cintura, pasaporte con que quince horas ántes se habia embarcado en Buenos Aires.



El criado no tuvo, sin embargo, la impertinencia de cerrar la puerta, y, algunos segundos despues, volvió muy atencioso á decir á Daniel que pasara adelante.

CAPÍTULO II.

Conferencias.

Daniel dejó su capa, su sobretodo y sus pistolas en una pequeña antesala, arregló un poco su cabello, y pasó á la sala donde el señor Martigny, al lado de la chimenea, leia algunos periódicos.

Los ojos del agente frances, jóven aun y de una fisonomía distinguida, estudiaron por algunos segundos la inteligente y expresiva de Daniel, pálida y ojerosa entónces, y no pudo ménos de revelar cierta sorpresa que no pasó inapercibida de Daniel : este quiso entónces dar su primer golpe sobre el espíritu del señor Martigny, y al cambiarse con él un apreton de mano, le dijo en perfecto frances, sonriéndose, mostrando bajo sus labios gruesos y rosados sus hermosos y blanquísimos dientes :

— Os sorprendéis, señor, de hallar tan jóven á vuestro viejo corresponsal, ¿no es así ?

— Pero esa sorpresa cede el lugar á la que me causa vuestra penetracion, señor.... perdonad que no os dé vuestro nombre; pues que para mí es un misterio aun.

— Que dejará de serlo en el momento, señor : las cartas podian comprometerme; las palabras fiadas á vuesta circunspeccion de ningun modo : mi nombre es Daniel Bello.

El señor Martigny hizo un elegante saludo, y él y Daniel sentáronse junto á la chimenea.

— Os esperaba con impaciencia, señor Bello, despues de vuestra carta del 20, que he récibido el 21.

— El 20 os pedia una conferencia para el 23, y hoy estamos á 23 de julio, señor Martigny.

— Guardáis en todo una exactitud admirable.

— Los relojes políticos deben estar siempre perfectamente arreglados, señor; porque de lo contrario suelen perderse



las mejores oportunidades que marca el tiempo, siempre tan fugaz en los acontecimientos públicos : os prometí estar el 23 en Montevideo, y héme aquí ; debo estar en Buenos Aires el 25 a las doce de la noche, y estaré.

— ¿Y bien, señor Bello?

— Y bien, señor Martigny : la batalla se ha perdido.

— ¡Oh, no!

— ¿Lo dudáis? preguntó Daniel un poco admirado.

— No tenemos todavía detalles oficiales, pero, segun algunas cartas, tengo motivos para creer que la batalla no ha sido perdida.

— ¿Entónces creéis que ha sido ganada por el general Lavalle?

—Tampoco; creo que se ha derramado sangre inútilmente para los combatientes.

— Os equivocáis, señor, dijo Daniel con una entonacion de voz tan grave y tan segura que no pudo ménos que intricar fuertemente el espíritu de Mr. Martigny.

— Pero vos, señor, no podéis tener otros datos que los rumores de Buenos Aires, donde todos los sucesos se repiten siempre bajo un carácter próspero al gobierno del general Rosas.

— Olvidáis, señor Martigny, que hace un año os suministro á vos, y, como debéis saberlo, á la comision argentina y á la prensa, todo cuanto es necesario para ilustraros, no solo sobre la situacion de Buenos Aires, sino sobre los actos mas reservados del gabinete de Rosas. Olvidáis esto, señor, cuando creéis, que yo haya recogido en los rumores públicos la certidumbre de un suceso tan grave como el que nos ocupa. No lo dudéis, la baltalla del Sauce Grande, el 16 del corriente, ha sido perdida por el ejército libertador. El parte del general Echagüe, que traigo conmigo, me está ratificado por cartas particulares de persona adicta que tengo á mi servicio en el ejército de Rosas.

— ¿Traéis el parte, señor? preguntó el señor Martigny algo perplejo.

— Hélo aquí, señor, y Daniel le entregó un papel, que el agente frances desdobló sin precipitacion, y que leyó, parado junto á la chimenea.



« ¡Viva la Federacion!

« El General en Jefe del Ejército unido de operaciones de la Confederacion Argentina —

» Cuartel General en las Puntas del Sauce Grande, Julio 16 de 1840. Año 31 de la Libertad, 26 de la Federacion Entreriana, 25 de la Independencia y 11 de la Confederacion Argentina.

» *Al Exmo. Señor Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas, encargado de los negocios nacionales de la República.*

» Dueño del campo de batalla por segunda vez, despues de un combate de dos horas, en que los bravos defensores de la independencia nacional han rivalizado en valor y esfuerzo contra los infames esclavos del oro extranjero, tengo la satisfaccion de comunicar á V. E. tan plausible acontecimiento, y congratularle por los inmensos resultados que debe producir.

» Habiendo empleado el enemigo el dia de ayer en un furioso pero inútil cañoneo, que fué vigorosamente contestado, se resolvió al fin hoy à la una de la tarde á traernos el ataque. Para este fin marchó sobre nuestro flanco derecho casi toda su caballería, miéntras que su artillería asestaba sus fuegos, pero no impunemente, al centro de la línea, por cuyo motivo el choque de nuestros escuadrones tuvo lugar á retaguardia de la posicion que ocupábamos. Allí fueron acuchilladas esas ponderadas legiones de los traidores : quedando tendidos mas de seiscientos, entre ellos dos coroneles y varios oficiales, y se tomaron veinte y seis prisioneros incluso un capitan. Se dispersaron unos hácia el norte buscando la selva de Montiel, y otros á varias direcciones hasta donde permitia perseguirlos el estado de nuestros caballos.

» Entretanto nuestra artillería no estaba ociosa, repeliendo con suceso los tiros de la enemiga, y nuestros batallones aguardaban con imperturbable serenidad la aproximacion de los contrarios que venian haciendo fuego, para



descargar sus armas, como lo hicieron con tal acierto, que acobardados los infames correntinos que escaparon con vida, se entregaron á la fuga ántes de llegar á la bayoneta, arrojando las armas. Ya se me han presentado mas de cien fusiles.

» Nuestra pérdida es corta, y creo que no pasan de sesenta individuos fuera de combate, muertos y heridos. Solo me resta asegurar á V. E. que los señores generales, jefes, oficiales y tropa se han conducido con bizarría, y espero completar en breve la destruccion de los restos del enemigo, para recomendarlos como merecen al aprecio de sus compatriotas y de todos los amigos de la independencia americana.

» Dios guarde á V. E. muchos años.

» PASCUAL ECHAGÜE. »

« Adicion. — En la batalla nos presentó el enemigo una fuerza de extranjeros, que acompañó á los traidores correntinos á la ignominiosa fuga en que se pusieron.

» ECHAGÜE.

» *José Francisco Benites.*

» Secretario militar. »

— En ese parte, dijo Daniel, luego que el señor Martigny hubo acabado su lectura, hay todas las exageraciones, y toda la insolencia que caracterizan los documentos del gobierno de Rosas, pero en el fondo de él hay una verdad : que la batalla ha sido perdida por el general Lavalle.

— Sin embargo las cartas recibidas.....

— Perdon, señor Martigny, yo no he hecho el viaje de Buenos Aires á Montevideo para discurrir sobre la verdad de este documento, pues que estoy perfectamente convencido de la desgracia que han sufrido las armas libertadoras : he venido en la persuasion de encontrar aquí la misma certidumbre, y poder entónces, sobre ese hecho establecido, discurrir y combinar lo que podria hacerse aun.

— Y bien, ¿qué podria hacerse, señor Bello? contestó el señor Martigny, no encontrando dificultad en ponerse en el caso de que efectivamente hubiese sido perdida la batalla.

— ¿Qué podria hacerse? os lo diré, señor, pero tened entendido que no es de la pobre cabeza de un jóven de donde salen las ideas que vais á oir, sino de la situacion misma, de los hechos que hablan siempre con mas elocuencia que los hombres.

— Hablad, señor, hablad, dijo el agente frances, seducido por la palabra firme, y por la fisonomía de aquel jóven, radiante de inteligencia.

— Se conoce aquí el estado de las provincias interiores; las mas fuertes de ellas pertenecen á la revolucion. En el litoral, Corrientes y Entre-Rios, levantan tambien las armas de la libertad. El Estado Oriental se armó igualmente contra el gobierno de Rosas. La Francia extendió una poderosa escuadra sobre los puertos y costas de Buenos Aires. Todos estos acontecimientos, señor Martigny, unos cuentan dos años ya, otros uno, otros seis meses. Bien : ¿en todo ese tiempo se ha progresado, ó se ha retrogradado en el camino del triunfo sobre Rosas, camino comun á la república, al Estado Oriental y á la Francia? De los puertos y costas de la provincia, el bloqueo frances ha limitádose á lo que queda en el Plata dentro de su embocadura en el Océano. En las provincias del interior la revolucion no ha marchado adelante, y toda revolucion que se pára en su marcha instantánea, tiene todas las probabilidades en su contra. Las armas orientales se enmohecen en el territorio de la república, y pierden un tiempo que aprovecha Rosas. Teníamos á Corrientes y Entre-Rios, hoy no tenemos sino á la primera en peligro de ser dominada mas tarde por las armas vencedoras en la segunda. Se retrocede, pues, léjos de adelantar. El porqué de este mal es muy sencillo : porque el esfuerzo de los contrarios de Rosas no ha sido dirigido aun sobre Buenos Aires; es ahí, señor Martigny, donde está la resistencia, y es ahí adonde se debe dar el golpe. Una batalla se ha perdido, pero no el ejército. En el estado de entusiasmo de los libertadores una retirada no es una derrota Y si el general Lavalle pasase el Paraná, marchase inmediatamente sobre Buenos Aires, y en dia y hora convenida atacase la ciudad por la parte del campo, al mismo tiempo que una division oriental, en que entrase toda la emigracion argentina que hay en esta ciudad, desembarcase y atacase la ciudad por el Retiro, Rosas, entón-

ces, ó tendria que embarcarse ó entregarse á los invasores, porque la ciudad no podria ofrecer sino una débil resistencia en el estado actual. Tomada la ciudad, ya no hay que pensar en Echagüe, en López y en Aldao : el poder de Rosas es Rosas mismo : la república es Buenos Aires : ausentemos á Rosas; tomemos posesion de la ciudad, y no hay guerra, señor Martigny, ó si la hay será insignificante y por corto tiempo.

— Bien, señor, raciocináis admirablemente, y me complazco en anunciaros que el general Lavalle tiene la misma opinion que vos, sobre la invasion á Buenos Aires.

— ¿Ya?

— Desde ántes de la batalla.

Los ojos de Daniel vertieron relámpagos de alegría.

El señor Martigny se aproximó á una mesa, y, de una papelera de tafilete verde tomó un papel, volvió al lado de Daniel, y le dijo :

— Ved aquí, señor, un extracto de carta del general Lavalle comunicada á Mr. Petion, jefe de las fuerzas francesas en el Paraná, por el señor Carril.

« Que su posicion puede llegar á ser muy crítica. Que los soldados del enemigo son de una fidelidad inconcebible hácia Rosas; que lo sufren todo; y que no hay que contar con una defeccion. Que, por consecuencia, el ejército de Echagüe, que es tan fuerte en número como el suyo, es bastante para ocuparlo; pero que á reteguardia suya se forma otro ejército temiendo el quedar de un momento á otro entre las operaciones de ambos. Que por esto solicita saber de Mr. Petion, si sus buques podrán trasportarlo con dos mil hombres á la otra costa. »

— Y bien, dijo Daniel, si esa era la opinion del general Lavalle ántes de la batalla, mucho mas lo será despues de ella. ¿Cree usted que seria fácil combinar la operacion simultánea de que he hablado?

— No solo no es fácil, sino que es imposible.

— ¿Imposible?

— Sí, señor, imposible. Lo que acabo de leeros, la opinion del general, se ha hecho pública, y los orientales amigos de Rivera, que es mas enemigo de Lavalle que el mismo Rosas, hacen valer aquella opinion como una traicion de Lavalle á compromisos que ellos inventan, pues que el



verdadero compromiso de todos es el de operar en sentido de la ruina de Rosas. El general Rivera, que no quiere que termine el mal gobierno de la república argentina, no solo no consentiria que fuerzas orientales operasen contra Buenos Aires en combinacion con Lavalle, sino que pondria obstáculos á la sola invasion de este, si en su mano estuviera.

— ¡ Pero están locos, señor!

Mr. Martigny se encogió de hombros.

— ¡ Pero están locos ! continuó Daniel. ¿No sabe el general Rivera que en esta cuestion se juega la vida de su país mas que la de la república?

— Sí, lo sabe.

— ¿ Y entónces?

— ¿Entónces? Eso es ménos grave para el general Rivera, que un triunfo del general Lavalle sobre Rosas. Es una cision espantosa, señor, la que hay entre cierto círculo de orientales amigos de Rivera, y la emigracion argentina. Explotan las susceptibilidades de ese general, le irritan y le exasperan sus amigos; oid este fragmento de carta de un jóven de gran talento pero muy apasionado en esta cuestion; es una carta al general Rivera :

« Aquí estamos agobiados, y en cierto modo tiranizados, por una reunion de hombres entre los que hay algunos orientales que toleran y autorizan el descrédito del país en cambio de ensalzar á los *honrados caballeros* que pisan la fe de los tratados y se ocupan en infames seducciones y en desleales manejos. Esto no es exageracion, general, nosotros vemos que aquí, el que puede hacerlo, de todo se ocupa, ménos del crédito y de los intereses del país.

» Nosotros vemos aquí, que los agentes franceses no oyen mas que á los argentinos alborotadores como..... etc., y que de nuestra parte no hay nadie que haga ni la tentativa de defender á usted. En fin, general, vemos todo, ménos lo que deseáramos. Los que se *irán á vivir á Buenos Aires* son los que dan el tono y la direccion. »

— Vos lo veis, continuó Mr. Martigny, los intereses generales, léjos de estar asociados en estos países, están en anarquía permanente, y no hay que contar sino con el esfuerzo parcial de cada fraccion. La Francia, á su vez, se prepara á desentenderse de esta cuestion; las instruccio-



nes que me sirven de regla política, tienen su límite; y toda la confianza que me inspira el talento del señor Thiers, me la desvanece la situacion de la Francia, que presta toda su atencion á la cuestion de Oriente, al mismo tiempo que la guerra de África la distrae de nuevo.

Daniel estaba pálido como un cadáver.

— ¿Pero quién manda en Montevideo, señor? preguntó el jóven.

— Rivera.

— Sí, Rivera es el presidente, pero está en campaña, hay un gobierno delegado, ¿no manda este gobierno?

— No; manda Rivera.

— ¿Y la asamblea?

— No hay asamblea.

— ¿Pero hay pueblo?

— No hay pueblo; los pueblos no tienen voz todavía en la América; hay Rivera; nada mas que Rivera. Hay algunos hombres de talento como Vasquez, Muñoz, etc., y hay muchas inferioridades que rodean al general Rivera, y hostilizan á aquellos porque son amigos de los porteños.

El telon de un escenario nuevo se levantaba á los ojos de Daniel. Por su cabeza jamas habia pasado ni una sombra de las realidades que le referia el señor Martigny. Él, cuyo sueño de oro era la asociacion política, como la asociacion en todo; él que hacia poco creia que Montevideo, con todos los hombres que lo habitaban, no encerraba sino un solo cuerpo con una sola alma política para la guerra á Rosas; él que creia llegar á una ciudad donde los intereses del pueblo tenian voz mas poderosa que los intereses de caudillo y de círculo, se encontraba de repente con que todas sus ilusiones se evaporaban, y que no debia conservar otra esperanza sobre la ruina de Rosas, que aquella que le inspiraban los últimos esfuerzos que haria el ejército que mandaba el general Lavalle, destinado á convertirse en una cruzada de héroes ó de mártires.

— Bien, señor, dijo Daniel : yo soy hombre que jamas pierdo el tiempo en discurrir contra los hechos establecidos. Recapitulemos : el general Rivera no quiere marchar de acuerdo con el general Lavalle; no se podrá conseguir que se efectúe una operacion combinada sobre Buenos Aires; una batalla se ha perdido; la opinion del general Lavalle es de



invadir la provincia de Buenos Aires; ¿no son estos los hechos?

— Verdaderamente.

— Entónces, yo os digo que es necesario trabajar en el ánimo del general Lavalle para persuadirle á que invada á Buenos Aires sobre el punto mas próximo á la ciudad; que marche sobre ella inmediatamente; que no se distraiga, sino el tiempo necesario en la provincia para deshacer las pequeñas fuerzas que tiene Rosas en ella; que ataque la ciudad y juegue allí la vida ó la muerte de la patria : la reaccion será operada por la audacia misma de la empresa ; y yo me comprometo, con cien de mis amigos, á ser de los primeros que salgan á las calles á abrir paso á las tropas libertadoras, ó á apoderarme del parque, de la fortaleza, ó de la plaza que se me indique.

— Sois un valiente, señor Bello, dijo Mr. Martigny apretando la mano de Daniel, pero vos sabéis que mi posicion oficial me impone una circunspeccion tal en estos momentos indecisos, que para una operacion así, solo podria dar mi opinion privada al general Lavalle. Puedo, sin embargo, hacer mas que esto : hablaré con algunas personas de la comision argentina, y si, como ya lo creo, la batalla se ha perdido y el general Lavalle se decide á invadir la provincia de Buenos Aires, yo sostendré con vuestra opinion las ventajas probables de un ataque rápido sobre la capital.

— Eso es todo, señor, eso es todo; en ella está Rosas, en ella está su poder, en ella están todas las cuestiones pendientes de la actualidad; no hay que equivocarse, Buenos Aires es la república argentina para la libertad como para la tiranía, para el triunfo como para la derrota : subamos un dia al gobierno de Buenos Aires, y habremos dado en tierra con el poder de Rosas para siempre.

El señor Martigny iba á responder, cuando un criado entró á la sala y dijo :

— Los señores Agüero y Varela.

— Que pasen adelante, contestó el señor Martigny.

— Me retiro, señor, dijo Daniel.

— No, no, al contrario, os quedaréis.

— Una palabra, ante todo.

— Hablad.

— Yo no conozco de estos caballeros sino el talento; ¿conocéis vos su circunspeccion?



— Yo respondo de ella.

— Entónces no hay inconveniente en nombrarme, porque yo me respondo de la seguridad que me dais, dijo Daniel parándose junto á la chimenea, habiendo acabado de ganarse la voluntad del agente frances, con la cortesía que encerraron sus últimas palabras.

CAPÍTULO III.

Continuacion del anterior.

Por la primera vez de su vida, Daniel sintió cierta timidez en su espíritu, cierto no sé qué de desconfianza en sí mismo al ver entrar á la sala del señor Martigny aquellos dos personajes, cuyos nombres figuraban, uno en todos los grandes acontecimientos ocurridos en la república desde 1821 hasta 1829, y el otro en los sucesos tan serios de la actualidad; el uno como hombre de Estado, el otro como literato; el uno, encarnacion viva del partido unitario; el otro, término medio entre el partido unitario y la nueva generacion que ni era federal, ni unitaria, y á que Daniel pertenecia por su edad y por sus principios.

La tradicion popular por una parte, que siempre agranda los hombres y las cosas á medida que los años pasan; el espíritu de partido por otra parte; la desgracia, en fin, que habia echado por tierra y combatido tantos años ese orgulloso partido creado en el gobierno de Las Héras, organizado en la presidencia; ilustrado y altivo en el congreso, y derrotado, sin ser vencido, entre los escombros del templo constitucional que él supo levantar pero no sostener; todo esto contribuia á que los nombres célebres de ese partido circulasen entre la juventud á que pertenecia Daniel, con una superabundancia de exageraciones que hacia reir á los federales viejos, y que heria la imaginacion de los jóvenes, siempre dispuestos á creer las epopeyas y las historias del pueblo desde que ellas glorifican la patria, y heroifican á los que murieron por ella en el cadalso y en las batallas, ó sufrieron la desgracia santa de la proscripcion, que todo hombre envidia como una gloria, en la edad en



que toda desgracia es una corona de poesía para el hombre.

Así los nombres de los viejos emigrados en 1829 en los que figuraban en primer línea los Varelas, los Agüeros, eran los favoritos á la admiracion y al respeto de todos los jóvenes de Buenos Aires, no tanto por lo que habian hecho ya, sino por lo que eran capaces de hacer, segun la opinion popular, llegado el dia de la regeneracion argentina.

La legislacion, la literatura, la política, todo tenia sus representantes legítimos entre los emigrados unitarios; y con el candor característico de su edad, creian los jóvenes que de la boca de aquellos no se desprendia una palabra que no fuese una sentencia, una ley en política, ó en literatura, ó en ciencia, todos deseaban conocer de cerca á esos varones monumentales de la ilustracion argentina, y todos temian, sin embargo, el caso de tener que habérselas con ellos en cualquier asunto que hiciese relacion á los intereses de su país, ó mas bien, todos temian el tener que pronunciar una palabra delante de ellos, tan persuadidos estaban de su indisputable suficiencia. Tales eran las creencias populares de la juventud argentina á la época de nuestra historia.

Daniel, espíritu fuerte é inteligencia altiva, era de los pocos que no se dejaban arrastrar fácilmente de aquel torrente de opinion; sin embargo, mas ó ménos, él estaba seducido como los demas, y no pudo sacudir de su espíritu cierta impresion nueva, avasalladora, puede decirse, al hallarse cara á cara por la primera vez de su vida con el señor Don Julian Agüero, ministro del señor Rivadavia, y el señor Don Florencio Varela, hermano del poeta clásico de ese nombre, y el primer literato del numeroso é ilustrado partido que se llamó unitario.

Daniel miró con una rápida mirada los dos personajes que se le presentaban.

El señor Agüero era un hombre como de setenta años de edad, de una estatura regular, no grueso, pero sí fuerte y musculoso. Su color, blanco en su juventud, estaba morenizado por los años. En su fisonomía dura y encapotada, sus ojos se escondian bajo las salientes, pobladas y canas cejas que los cubrian, y uno de ellos especialmente, por un defecto orgánico, quedaba mas oculto que el otro, bajo su espeso pabellon; de allí, sin embargo, despedian una mi-

rada firme y penetrante de una pupila viva y pequeña. La frente era notablemente alta, sin ninguna arruga, y de la parte posterior de la cabeza venian á juntarse sobre la frente algunos cabellos blancos como la nieve, que cubrian un poco la parte superior completamente calva.

Tal era todo cuanto pudo la primera mirada de Daniel descubrir en la persona del señor Agüero, que entró á la sala del señor de Martigny, caminando un poco inclinado hácia la derecha como era su constumbre, vistiendo una levita color pasa abotonada, corbata y guantes negros, con una pequeño baston en su mano izquierda, que no le servia de apoyo, sino de juguete.

El otro personaje, el señor Varela, se presentó á la mirada de Daniel como el tipo contrario del señor Agüero : alto, delgado, una fisonomía pálida, animada y franca; una boca donde la sonrisa constante revelaba la dulzura del temperamento, al mismo tiempo que la expresion ingenua del semblante respondia por la lealtad de esa sonrisa; ojos pequeños, pero vivísimos é inteligentes; una frente poco alta, pero bien redondeada, poblada de un cabello oscuro y lacio que caia sobre unas sienes descarnadas, y que mas revelaban las disposiciones del poeta que del político; tales fueron las primeras impresiones que recibió Daniel de la fisonomía del señor Varela, que entró á la sala perfectamente vestido de negro, y cuyo bien acomodado traje no hacia mas elegante, sin embargo, el cuerpo alto y poco airoso que le dió la naturaleza.

— Señores, les dijo el señor Martigny, despues de saludarlos cordialmente, voy á tener el honor de presentaros un antiguo amigo de todos nosotros, y á quien, sin embargo, no habíamos visto nunca.

El señor Agüero y Varela miraron á Daniel.

— Es un compatriota vuestro, dijo el señor Martigny.

Daniel y los recien llegados se hicieron un saludo. El señor Agüero no perdió la gravedad de su fisonomía. El señor Varela, por el contrario, parecia felicitar la llegada de Daniel con su expresiva sonrisa, y dijo :

— ¿Y podremos saber el nombre de este caballero?

— Poco adelantariais con eso, continuó el señor Martigny, pero os daré mucha luz preguntándoos, ¿si no habéis visto nunca una escritura de esta forma?



Y el señor Martigny tomó una carta de su papelera y se la presentó al señor Varela.

— ¡Ah! exclamó este, pasando su mirada vivísima de la carta á la fisonomía de Daniel.

— El señor és nuestro antiguo corresponsal, prosiguió el señor Martigny, que por tanto tiempo hemos admirado y deseado conocer.

El señor Varela dejó la carta y sin hablar una palabra, se fué á Daniel y lo estrechó largo rato contra su pecho. Cuando se separaron estos dos jóvenes, porque Varela tenia apénas treinta y tres años, sus ojos estaban empañados y sus semblantes mas pálidos que de costumbre : cada uno habia creido estrechar la patria contra su corazon.

El señor Agüero apretó fuertemente la mano de Daniel, y fué á sentarse, con su tranquilidad y seriedad habitual, al lado de la chimenea, cerca de la cual tomaron asiento los otros personajes.

— ¿ Ha sido usted perseguido? preguntó á Daniel el señor Varela.

— Felizmente no, y mas que nunca estoy garantido actualmente de toda persecucion en Buenos Aires.

— ¿ Pero usted ha emigrado? continuó Varela, mirando sorprendido á Daniel, en tanto que el señor Agüero miraba el fuego y se golpeaba la bota con el bastoncito que tenia en la mano.

— No, señor, no he emigrado ; he venido á Montevideo por algunas horas solamente.

— ¿ Y se vuelve usted?

— Mañana sin falta.

El señor Varela miró á monsieur Martigny, quien comprendió la mirada, y le dijo :

— No comprendéis, señor Varela, y eso es bien natural. Yo os lo explicaré : hace tres dias que recibí una carta de este caballero, anunciándome que hoy llegaria á Montevideo á tener conmigo una conferencia y que se volveria luego : me pedia una seña para hacerse conocer de mí, le mandé la mitad de una carta de visita ; ha cumplido exactamente su palabra, hace una hora que estamos juntos, y mañana parte ; ved ahí todo. Cuando habéis llegado, no he creido deber ocultaros este suceso porque conozco vuestra circunspeccion, y para daros una prueba del concepto que de ella



tengo, os diré que este caballero se llama Daniel Bello. Despues de esta noche todos debemos olvidar este nombre por algun tiempo.

— Señor Bello, dijo Varela, hace mucho tiempo que os admiramos; habéis hecho grandes servicios á nuestro país en la comunicacion continua y segura que sostenéis con los que trabajan por su libertad, pero el interes que me inspiráis me autoriza para deciros, que corréis grandísimo peligro en volver á Buenos Aires despues de haber salido de él, aunque sea por tan pocas horas.

Daniel hizo un gesto, uno de esos movimientos indefinibles de la fisonomía, que equivalen á veces á un discurso elocuente, y en el cual la mirada perspicaz del señor Varela comprendió que el jóven le decia :

— No me cuido de mí, no hablemos de mí.

— Y bien, ¿qué hay? qué hay? ¿Continuán las persecuciones? ¿Ha habido nuevas víctimas? preguntó Varela.

— Sí, señor, respondió Daniel.

— El señor Agüero volvió sus ojos á Daniel, lo miró un instante y los volvió á fijar en el fuego de la chimenea.

— ¿Y son quiénes, Señor Bello?

— Tened la bondad de leer esta lista, dijo Daniel entregando un papel al señor Varela.

Este leyó :

« *Nombres de los individuos que han sido presos en la semana anterior.*

P. Bernal, M. Sarratea, L. Martínez, S. Molina, S. Maza, Galazada, C. Codorac, Cornet, Dr. Tagle, F. Elias, S. M. Achabal, F. Pico, R. Lista, S. Raya, M. Pineda, D. Pita, S. Álvarez, Viedma, S. Borches, S. M. Pizarro, C. Grimaco, S. Hesse (inglés), Chapeaurouge (hamburgués). Dos sobrinos del difunto Villafañe. Un fraile dominico. Se le llevó amarrado á la cárcel por haber dicho que el guardian de su convento era tan tirano como Rosas. »

— ¿Se dice algo sobre el motivo de esas prisiones? preguntó el señor Agüero, luego que el señor Varela hubo acabado de leer la lista.

— Se habla algo de agio, respondió Daniel, pero el señor Viñáles no era agiotista, continuó.

— ¿Viñáles?

— Sí, señor Varela : el anciano Don Martin Viñáles, antiguo alcade de la hermandad en Lóbos, ha sido fusilado en Buenos Aires el dia 15 del corriente, sin decirse por qué, pero las causas de las prisiones y de ese nuevo crímen las tenéis establecidas en toda mi correspondencia desde el mes de Mayo, porque desde esa fecha, señores, no lo dudéis, ha comenzado para nuestro país la época que alguna vez se llamará del *terror;* sigue su curso á medida que los acontecimientos políticos siguen el suyo, y dará sus últimos y terribles resultados cuando los sucesos se lo aconsejen á Rosas.

— Luego, ¿ está apurado? dijo Varela.

El señor Agüero meneó afirmativamente la cabeza, sin quitar los ojos del fuego, y haciendo circulitos en el aire con su baston.

Aquella afirmativa no se escapó á Daniel, y dijo :

— No, señores, el cuerpo político de su gobierno se siente en mayor espacio, y por eso obra en aquel sentido. He llegado á comprender por vuestros periódicos, que estáis persuadidos que Rosas hará mayor el número de sus víctimas á medida que sea mayor el peligro que le amenace, y debo deciros que estáis equivocados.

El señor Agüero miró á Daniel : la palabra *equivocados* le sentó mal. El señor Martigny admiraba cada vez mas en Daniel el tono de firme conviccion con que expresaba sus ideas.

— Pero no es concebible que los triunfos irriten á un hombre, dijo el señor Varela.

— Exactamente; pero si á Rosas no le irritan los triunfos, tampoco le irritan los reveses de su fortuna; es inirritable, señor Varela. Su dictadura es reflexiva; sus golpes todos son calculados; no calcula matar á este ó al otro hombre, pero calcula cuando es necesario que corra sangre, y entónces le es indiferente la clase ó el nombre de la víctima. Bajo este sistema recordad su conducta despues de tres años, y hallaréis que durante el peligro jamas exaspera á los oprimidos, que se vale de ellos como de otros tantos elementos de solidificacion, y que luego que se ha libertado del riesgo, descarga sus golpes para que no se ensoberbezcan con el apoyo que le han prestado. Así lo encon-



traréis ántes y despues de la revolucion del sur, ántes y despues de lo mas crítico de la cuestion francesa; y así lo encontraréis hoy mismo, en que, amagado de un peligro, no hace sino preludiar el golpe formidable que dará si la fortuna lo liberta de él, hiriendo de cuando en cuando alguna cabeza, algun derecho, á medida que de cuando en cuando conquista alguna ventaja en su situacion.

Y á medida que hablaba, decimos nosotros, nuestro Daniel, esa organizacion nerviosa, ese pedernal que, á semejanza del coronel Dorrego, la discusion era el acero que le arrancaba chispas, iba perdiendo la timidez que pocos momentos ántes lo habia descompuesto algo, y entraba á paso de carrera á reconquistar en la discusion la energía de su espíritu y la lucidez de sus ideas.

— Pero sucede lo contrario de lo que decís, señor Bello, dijo Varela con esa sonrisa amable con que hacia olvidar frecuentemente las heridas en el amor propio ajeno, cuando sus ideas triunfaban.

— ¿Lo contrario?

— Me parece que sí: acaba de dar un golpe de autoridad sobre todos esos ciudadanos respetables que han sido presos; acaba de derramar la sangre de un anciano, y eso, ya lo veis, en los momentos en que su ejército ha sufrido un contraste.

El señor Agüero movió afirmativamente la cabeza, y se puso á tocar los fierros de la chimenea con la punta de su baston. Varela, uno de los hombres á quien mas queria, acababa, segun él, de tronchar por su base el discurso de ese jóven que se atrevia á pensar de diferente modo que como pensaba el señor Agüero y el señor Varela; porque, unitarios y federales viejos, todos han sido lo mismo en cuanto á esa ridícula aristocracia con que han querido presentarse siempre ante los jóvenes.

— ¿Conque decís que Rosas ha hecho lo que ha hecho en los momentos de un contraste?

— Claro está, contestó Varela.

— Pues bien: Rosas ha hecho lo que acabáis de saber en la tarde del dia 19, en cuanto á las prisiones, es decir, seis horas despues de haber recibido la noticia del buen suceso de sus armas en el Sauce Grande.

— Pero venís en error, Rosas ha perdido la batalla.

— ¿Conocéis el parte, señor Varela? dijo monsieur Martigny.

— ¿El parte publicado por Rosas?

— Sí.

— Precisamente veníamos á hablar de él. Hace tres horas que lo hemos recibido.

— ¿Y tenéis algun documento que lo desmienta?

— Lea, lea usted, dijo el señor Agüero, volviendo hácia él su cabeza y haciendo una señal al pecho de Varela.

Este sacó en el acto un papel del bolsillo de su levita y dijo dirigiéndose á monsieur Martigny :

— ¿Conocéis el parte?

— Lo acabo de leer.

— Oid entónces si puede haber una demostracion mas acabada de la falsedad de ese documento, en este artículo que se publicará mañana, y que acabamos de recibir en la comision.

Daniel y monsieur Martigny pusieron su espíritu en la mas séria atencion.

El señor Varela leyó :

— « *Dueño del campo de batalla :* Esto solo se dice cuando la batalla es en campo raso y no cuando uno es atacado en su propio campo, como Echagüe confiesa que lo ha sido él. ¿No seria ridículo que el jefe de una plaza asaltada dijera que ha quedado dueño del campo de batalla, dada en la misma plaza? *Por segunda vez.* Eso recuerda la primera, Don Cristóval. Entónces dijo : Echagüe que habia vencido y que iba en persecucion. Ahora á los noventa y cinco dias, salimos con que está en el *Sauce*, esto es, á tres leguas de su capital, habiendo de consiguiente retrocedido despues de Don Cristóval; y con que el derrotado y perseguido Lavalle ha ido y lo ha atropellado en sus posiciones. Luego Echagüe mintió al hablar de Don Cristóval. Y si mintió entónces, ¿por qué no ahora?

» Ha vencido, y sin embargo, no sale de sus posiciones ni aun despues de vencer. En efecto, nótese que no dice que va en persecucion, como era natural. Dice solamente que *espera* acabar con el resto del enemigo. ¿Cómo es esto? ¿Lo quiere mas acabado? Si habla verdad, murieron seiscientos y el resto huye, unos para el norte y otros para Montiel : esto es, la derrota y dispercion no puede ser mas completa. Y no

obstante, no se atreve Echagüe á *asegurar* que los perseguirá, ni se atreve á decir que ha triunfado *completamente*.

» Segun ese parte, la infantería de Echagüe no ha cargado; pues no hizo sino dejar acercar á la de Lavalle para aprovechar sus tiros, *como lo hicieron*, y añade, que entónces huyó la de Lavalle. De aquí se deduce primero, que quien cargó fué nuestra infantería. 2.º Que ni aun despues de huir esta, cargó la enemiga, ni se atrevió á salir de sus posiciones. 3.º Que no hubo entrevero de infanterías y de consiguente no pudo haber mortandad por este motivo.

» Mas si los seiscientos muertos son de caballería, nuevas dificultades. Si seiscientos murieron peleando, del enemigo debe de haber muerto igual número y no el que Echagüe dice; pues en un entrevero no hay la menor razon para que caigan mas de una parte que de otra. La mortandad, en estos casos, es en la fuga y dispersion : mas aquí no ha habido persecucion; al ménos lo dice Echagüe. ¿Cuándo, pues, y cómo murieron esos seiscientos? Y si murieron en las cargas y entreveros, ¿cómo pudieron morir tan pocos de Echagüe? Por lo demas, Echagüe confiesa que el combate de las caballerías fué á retaguardia de él. Atentas sus posiciones, sus zanjones, sus montes, su infantería y cañones, que defienden los pasos, el haber pasado nuestra caballería á retaguardia de él, es una maniobra difícil, sábia y atrevida, que honra al ejército y á su general.

» Ya que Echagüe venció enteramente por el frente con su infantería y artillería, quiere decir que nuestra caballería quedó cortada á su retaguardia : encerrada pues entre la infantería de Echagüe y la costa del Paraná y ademas sableada por la caballería enemiga, no ha debido escapar uno solo; ¿cómo pues huyen para Montiel? ¿Pasaron por el aire?

» Tomó cien fusiles; ¿cómo los ha de tomar cuando segun su parte las infanterías no se han entreverado, ni la suya se ha movido de sus posiciones? Segun esto, armas de caballería ha debido tomar miles; al ménos debió tomar las de los seiscientos muertos. ¿Cómo pues no dice que haya tomado armas de caballería?

» Tampoco dice que haya tomado un solo cañon en la destruccion de la infantería, debió dejar indefensos los cañones : ni caballos, ni carretas, ni nada. Dedúcese pues de esto que Echagüe no se ha movido de su posicion despues del combate. Y si no se movió, si no persiguió, ¿cómo conciliar esto con una victoria? »

Indecible es la sorpresa que causa á Daniel el ver á aquellos dos tan notables personajes empeñados en convencerse y en persuadir á los demas, que el general Lavalle no habia perdido la batalla del Sauce Grande, cuando él sabia, á no poder dudarlo, que el suceso era desgraciadamente cierto, y sobre todo, el verlos empeñados en querer desvanecer un hecho con solo el poder de la argumentacion. Nada de esto era extraño, sin embargo : Daniel no era emigrado; no conocia esa vida de ilusion, de esperanza, de creaciones fantásticas que despotizan las mas altas inteligencias, cuando la fiebre de la libertad las irrita, y cuando viven delirando por el triunfo de una causa en cuyas aras han puesto, con toda la fe de su alma, su felicidad, su reposo, y el presente y el porvenir de su vida. Daniel, ademas, no era unitario, usando esta voz como distintivo del partido rivadavista, y no podia comprender todo el orgullo de los miembros de ese partido que no sirvió sino para perderlos. Pero le faltaba oir mas todavía.

— Esto es poco aun, continuó el señor Varela, oid, señor Martigny, oid, señor Bello, un fragmento de un diario que se lleva prolijamente en el ejército, y que hace pocas horas acabamos de recibir.

El señor Varela leyó :

« Dia 14. Las guerrillas fuertes. El enemigo se movió á una distancia de média legua, y desde las cuatro de la tarde lo seguimos con ánimo de batirlo. El general en jefe, el estado mayor y todas las divisiones de caballería, mantienen sus caballos ensillados, pues todo hace creer que mañana debe darse la batalla. Hemos tenido diez y siete pasados del enemigo.

» Dia 15. Á las tres de la mañana marchó toda nuestra infantería y artillería, situándose á ménos de tiro de cañon de la columna enemiga : ántes de asomar el sol, nuestra artillería rompió el fuego sobre las baterías ene-

migas, y despues de haberles muerto algunos individuos, fueron obligados á abandonar su primera posicion, volviéndose hácia su retaguardia. Nuestra línea de batalla estaba ya formada, pero este movimiento del enemigo ha hecho que la batalla se demore hasta mañana, pues siempre se mantienen encerrados entre zanjones impasables. Creimos que hoy seria un dia de victoria, lo será mañana.

» Dia 16. El fuego de nuestra artillería de ayer duró mas de média tarde. Hubo una junta de guerra, y resultó que debíamos batirlos hoy en sus mismos atrincheramientos. Desde anoche lo pasó el ejército con la línea de batalla formada, esperando la aurora, que llegaba demasiado tarde.

» Amaneció por fin, pero el cielo estaba nublado, no se distinguia á distancia de cien pasos. Luego que aclaró un poco, se avivó el fuego de las guerrillas y á eso de las nueve y média de la mañana se replegó cada una á su respectiva línea, y se anunció el combate por un cañoneo de nuestra artillería; la enemiga contestaba con una sostenida energía. Veinte piezas de artillería de ambas partes se contestaban sin interrupcion.

» Llegó el momento de que nuestra caballería cargase, y lo hizo con el mayor denuedo, pero el enemigo estaba guardado por zanjones insuperables. El escuadron Yeruá, el Cuyen, el Maza y otros, atropellaron tres zanjones, de donde casi tenian que salir uno á uno los caballos, y cargaron al enemigo lanceándolo por la espalda, como lo hizo el bravo comandante Saavedra, y Baltar que manda el Cuyen.

» El comandante D. Zacarías Álvarez, que mandaba el escuadron Maza, quedó muerto en esta terrible carga, y nuestra caballería tuvo que retroceder á los obstáculos del terreno y al sostenido fuego de artillería é infantería que recibia de atras de los zanjones.

» Nuestra artillería seguia sus fuegos siempre con éxito, pero nada se adelantaba, y el valiente oficial de artillería, Don Jacinto Peña, tuvo la desgracia de que se inutilizase una de las dos piezas de mas alcance.

» Nuestra infantería avanzó á bayoneta calada, pero tuvo tambien que retroceder porque le fué insuperable el obstáculo de las grandes zanjas de que estaba rodeado el enemigo.



» En fin, el fuego duró desde las nueve y média de la mañana hasta mas de las cuatro de la tarde, en cuya hora se dispuso que marchásemos á Punta Gorda, tanto para remediar los daños de la artillería, como para que se nos reuniesen algunos dispersos que se habian separado en las diferentes cargas que se dieron. Nuestro ejército está entero y lleno de entusiasmo, y el enemigo permanece siempre en su escondrijo, donde no ha hecho mas que sostenerse amparado de zanjones, y su caballería ha fugado la mayor parte.

» Tenemos solo el sentimiento de que habrá pasado Echagüe el parte de que ha ganado una batalla, como es de su costumbre, pero no se pasarán muchos dias sin que tenga un desmentido elocuente.

» El valor de todos los individuos del ejército no se puede expresar; era preciso haber estado en el combate. »

— Siguen ahora algunos detalles personales, dijo el señor Varela despues de concluir la lectura del diario.

Un momento de silencio reinó en la sala. Daniel lo interrumpió, diciendo :

— ¿ Y bien, señor Varela?

— ¿ Y bien qué? dijo inmediatamente el señor Agüero haciendo un movimiento de hombros que marcaba bien su disgusto, con un poco de impertinencia.

— Quise decir, señor, respondió Daniel, dominando su fisonomía con su poderosa voluntad para no dar á conocer en ella la impresion que le habia hecho la súbita pregunta del doctor Agüero, y para conservar el aplomo necesario cuando se hablaba con personajes tan distinguidos por su inteligencia, y con quienes todo hacia comprender al jóven que se iba á entrar en una arriesgada polémica, quise decir, señor, que no comprendo la deduccion que se saca de los dos documentos que se acaban de leer.

— Es bien clara, sin embargo, respondió el señor Agüero.

— Puede ser, señor, pero repito que no la comprendo.

— Todo esto, mi querido Bello, dijo el señor Varela, apresurándose á tomar parte en la conversacion, nos hace creer casi positivamente, que la batalla no ha sido ganada, ni por el uno, ni por el otro; esto cuando ménos.

Daniel se mordió los labios.



—Señores, dijo, parándose, poniéndose de espaldas contra a lchimenea, sus manos á la espalda, y paseando sobre todos su mirada tranquila, pero brillante. Señores, la batalla la ha perdido el general Lavalle. Yo no comprendo que importe ménos que un triunfo para el general Echagüe, la retirada de nuestro ejército de las posiciones que ha ocupado por tanto tiempo, en el dia mismo de la batalla. No queramos con argumentaciones destruir los hechos: evitemos el medir los acontecimientos por los deseos que nos animan. Desgraciadamente yo estoy convencido de lo contrario que vosotros; pero convendré, si lo queréis, en que nuestras armas están vencedoras, tanto mejor. ¿Pero creéis como yo que la actualidad reclama la rápida invasion del general Lavalle sobre la provincia de Buenos Aires? Si lo creéis, señores, hé aquí entónces lo único que debe ser hoy en cada hora, en cada instante el móvil privilegiado del pensamiento de todos : pensar el modo de que nuestras armas obtengan un próximo triunfo de esa invasion, sea que ellas pisen la provincia victoriosas, ó derrotadas. Si no sois vosotros, no sé quiénes pueden tener influencia hoy en las resoluciones del general Lavalle, y pues que de esta campaña depende la vida de nuestra patria, yo creo que no perderéis un momento en poner en accion vuestra alta inteligencia, en el sentido que la actualidad lo reclama. Perdonad, señores, que os hable así, pues debéis creer que solo el sentimiento de la patria me da el valor necesario para emitir una opinion delante de vosotros.

El señor Varela estaba encantado, sus ojos y su fisonomía tan dulce y expresiva reflejaban la admiracion y el contentamiento, mas por la animacion y la elocuencia de su jóven compatriota, que por la novedad de sus ideas.

El señor Martigny se estregaba las manos, contento íntimamente.

El señor Agüero habia alzado dos veces su altiva frente para mirar aquel jóven que no era unitario y que osaba emitir tan libremente sus opiniones, marcándole, al parecer, la línea de conducta que le convenia seguir.

— Señor Bello, dijo Varela, el general Lavalle obra en campaña segun sus ideas, segun sus planes militares; ¿qué quiere usted que le digamos nosotros desde aquí?

— ¡Oh! señor, las guerras mas complicadas del mundo,



las campañas mas difíciles y peligrosas se han concebido y dirigido muchas veces, desde el fondo de los gabinetes, por hombres que jamas tuvieron en sus manos otra cosa que una pluma, respondió Daniel dudando que la contestacion del señor Varela tuviese alguna reserva que ignoraba y le convenia saber; y no se equivocó.

El señor Varela, en cuya alma no habia sino sinceridad y franqueza, dijo con una expresion de ingenuidad tocante :

— Cierto, mi querido, cierto; pero el general Lavalle obra por sí, por sí únicamente.

Daniel llevó su mano derecha á la frente, y cerrando sus ojos, se estregó dos ó tres veces las sienes.

Varela comprendió prefectamente lo que pasaba en aquel momento en el espíritu del jóven, y se apresuró á decirle :

— Cualquiera que sea el plan de campaña del general Lavalle en la provincia de Buenos Aires, su triunfo es infalible : no hallará resistencia, porque todo el mundo volará á su encuentro. El triunfo es nuestro, no lo dudéis; ¿es posible concebir que todo el mundo no se levante contra Rosas, en la campaña y en la ciudad, en el primer momento que tengan el apoyo de nuestro ejército? Vos que llegáis de Buenos Aires, ¿no creéis que el pueblo entero va á reventar entre sus brazos el poder de Rosas, no bien se haya sentido la marcha del general Lavalle ?

— No, señor, no lo creo, contestó Daniel con una admirable seguridad.

El señor Agüero alzó la cabeza y miró á Daniel.

El señor Martigny miró à Varela como deciéndole :

— Contestad, señor.

— Pero lo que decís, señor Bello, repondió Varela algo serio, es incompatible con el patriotismo de nuestros compatriotas, y sobre todo con la situacion terrible que pesa sobre ellos, y de que desean libertarse.

— Señor Varela, yo creo que voy á tener el disgusto de dejaros recuerdos desagradables mios, pero prefiero esto á la ligereza de hablar lo que no es cierto; en asuntos tan graves ¿me permitiréis que os diga la verdad aun cuando ella lastime vuestras mas bellas esperanzas?

— Hablad, señor Bello.

— Pues bien, señor, en nuestro Buenos Aires no se moverán los hombres, sino cuando sientan, positivamente



hablando, el ruido de las armas libertadoras contra las puertas de sus casas, ó cuando un centenar de hombres decididos, que puede haber quedado aun, vaya de casa en casa sacando por fuerza á los ciudadanos para que contribuyan á la defensa de ellos mismos y de su patria.

— ¡Oh! pero eso es increíble, señor, replicó Varela, miéntras que el señor Agüero hacia violentos círculos con su baston, siendo ya su impaciencia mas poderosa que su sangre fria.

— Es increíble, y sin embargo, es cierto, prosiguió Daniel, pero la explicacion de este fenómeno moral, no la busquéis, señor Varela, no la busque nadie que deseé encontrarla, en el mas ó ménos alto grado de patriotismo, en el mas ó ménos valor, no; ni la organizacion de nuestros compatriotas se ha modificado, ni ha degenerado su espíritu todavía; pero hay otra causa que los tiene quietos bajo la dictadura, y que los hace impotentes para la libertad; ¿sabéis cuál es, señor Varela?

— Proseguid, señor.

— El individualismo; esa es la causa de que os hablo. Veo que el señor Agüero se sonríe, pero es en mí tan profunda la conviccion de lo que os digo, que arrostro tranquilo el reproche de esa sonrisa.

— Usted se equivoca, señor, no es un reproche, dijo el ministro de la presidencia.

— Me lisonjeo de ello, señor Doctor Agüero.

— Proseguid, proseguid, dijo prontamente el nervioso Varela.

— El individualismo, no trepido en repetirlo, esa es la causa de la inaccion de nuestros compatriotas. Rosas no encontró clases, no halló sino individuos cuando estableció su gobierno; aprovechóse de este hecho establecido, y tomó por instrumentos de explotacion en él, la corrupcion individual, la traicion privada, la delacion del doméstico, del débil y del venal, contra el amo, contra el fuerte y contra el bueno. Fundó de este modo el temor y la desconfianza en las clases aparentemente solidarias, y hasta en el recinto mismo de la familia. Un hombre en Buenos Aires desconfía de todos, porque en ninguno tiene confianza; y al andar que han tomado los sucesos en este año, ántes de poco hemos de ver relajados tambien los vínculos de la naturaleza, y que el her-

mano teme del hermano, y el esposo hasta de las confianzas con la esposa.. Se tirará un cañonazo en nuestra fortaleza; se tocará la campana de alarma; se gritará ¡muera Rosas! en la plaza de la Victoria; y cada ciudadano se dejará estar en su casa esperando que su vecino salga el primero para ver si es cierta la novedad que ocurre.

El señor Varela se pasó las manos por la cara.

— ¿Os afligís, señor? prosiguió Daniel despues de un momento de silencio; es natural porque tenéis un corazon muy noble y muy patriota, pero dejemos el corazon y recurramos á la inteligencia solamente : ella nos dice, señor, que cuanto os acabo de referir, no es otra cosa que una consecuencia de causas muy anteriores á Rosas, encarnadas en la sociedad en que hemos nacido, y á las cuales no dieron atencion nuestros primeros médicos políticos. Desviémonos de esto, sin embargo, y decidme si despues de lo que acabáis de oir podremos tener esperanzas de esa cooperacion súbita del pueblo de Buenos Aires, cuando el general Lavalle haya desembarcado en la provincia? Yo ya he tenido el honor de decir mis ideas al señor Martigny á este respecto.

— Repetídmelas, amigo mio, dijo el señor Varela.

— En bien pocas palabras, señor : Si el general Lavalle se distrae en el interior de la provincia, corre un gran riesgo su empresa; si se viene inmediatamente sobre la ciudad, si la ataca si busca el combate á muerte con Rosas en las mismas calles de Buenos Aires, tiene entónces toda la probabilidad del triunfo, primero : porque Rosas no tiene un ejército de línea en la ciudad; segundo : porque la sorpresa y la presencia de los libertadores provocará la reaccion pública desde que cada hombre vea, á no dudarlo, que allí está Lavalle y que no tiene para reunírsele el peligro de la delacion y el aislamiento. Y si esta operacion puede ser combinada con un desembarco simultáneo de orientales ó de argentinos emigrados, la probabilidad del triunfo asciende entónces al grado de certidumbre. Ved ahí mis ideas, señor, ved ahí el objeto principal de mi viaje : revelaros la situacion de nuestro país, desvaneceros muy bellas esperanzas, dándoos en cambio hechos y seguridades importantes. Ahora yo me vuelvo á mi Buenos Aires á que los sucesos me aconsejen la conducta que yo y algunos pocos amigos debemos seguir en ellos. Quizá no nos volveremos á ver... ¡quién

sabe! La vida de nuestra patria está en su momento de crísis : si triunfan nuestras armas, seré el primero, Señor Varela, en daros un abrazo; si son desgraciadas, nos veremos alguna vez en el cielo, dijo Daniel con una sonrisa llena de candor, que no pudo, sin embargo, cubrir la melancolía que bañó en ese momento su semblante.

El señor Varela estaba conmovido.

El señor Agüero, pensativo.

El señor Martigny se levantó y tocando suavemente el hombro de Daniel, le dijo :

— Si la providencia no quiere separar sus ojos de vuestro bello país, vos viviréis mucho tiempo, señor, porque vuestra cabeza le hace falta.

— Sin embargo, temo mucho que Rosas dé con ella, dijo Daniel sonriendo, apretando la mano de monsieur Martigny, y preparándose á retirarse.

— ¿Nos volveremos á ver mañana, á todas horas? dijo el señor Varela tomando la mano de Daniel.

— No, no conviene que nos volvamos á ver : creo poder ser útil todavía, y quiero conservarme. Mañana á las ocho de la noche haré una visita que me falta hacer, y al salir de ella, saldré tambien de Montevideo. Pero nos veremos en Buenos Aires.

— Sí, sí, en Buenos Aires, dijo el señor Varela abrazando fuertemente á Daniel.

Varela lo habia comprendido, pensaba como él, y aquellas dos almas grandes y generosas, parecian querer aunarse para siempre en ese abrazo sincero, dado en medio de la vida, de la desgracia, y de las esperanzas.

— Á Dios, pues, dijo Varela; ¿nuestra correspondencia siempre del mismo modo?

— Siempre. ¡ Á Dios, Á Dios, señor Doctor Agüero; hasta Buenos Aires!

— Á Dios, señor Bello, hasta Buenos Aires, repitió el adusto anciano apretando fuertemente la mano de Daniel, que pasó en seguida á la antesala acompañado de monsieur Martigny.

— ¿ Pero nosotros nos volveremos á ver? dijo este á Daniel, que tomaba su leviton, su capa de goma y sus pistolas.

— Tampoco, mi querido señor. Sabéis ya todo cuanto

hay que saber de Buenos Aires en este momento. Conocéis ya el terreno, desenvolved, pues, vuestra política, segun os lo aconseje vuestra posicion y vuestros nobles deseos. Mi correspondencia será ahora mas prolija que ántes.

— Sí, sí, por dias, si es posible.

— No perderé ocasion. Tengo ahora que pediros un servicio.

— Pedid lo que queráis, amigo mio, dijo con prontitud el señor Martigny.

— Que mañana me mandéis una carta de introduccion para el señor Don Santiago Vasquez.

— La tendréis sin falta. ¿Dónde vais á parar?

— Á la fonda del Vapor, donde tendréis la bondad de darme un criado que me conduzca.

— Al momento.

— Pero es necesario que prevengáis al señor Vasquez, à fin de que me espere solo á las ocho de la noche.

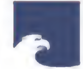
— Bien, lo haré, y así lo hará él tambien. Pedidme mas.

— Un abrazo, señor Martigny, porque no os riáis de lo que voy á deciros : me parece que estoy viendo por última vez en el mundo á las personas con quienes hablo en Montevideo.

— ¡Oh!

— Supersticion, poesía de los veinte y siete años de la vida, quizá.... ¡Á dios, Á Dios, señor Martigny!

Y Daniel pasó al patio donde el distinguido y generoso agente de la Francia, en 1840, dió órden á un criado de conducir hasta la fonda del Vapor al caballero que salia, volviendo él al salon donde lo esperaban, agitados por diversas, pero igualmente fuertes impresiones, los señores Agüero y Varela, despues de la conferencia con aquel jóven que parecia comprenderlo todo, dominarlo todo, y aventurarlo todo.



CAPÍTULO IV.

Indiscreciones.

El café de *Don Antonio* era la bolsa política de Montevideo en 1840, desde las siete hasta las once de la noche, en cuyas horas se sucedian dos géneros de concurrentes · unos que iban de las seis á las ocho de la noche, á hablar de política y tomar café; otros de las ocho á las once, á hablar de política, jugar y cenar.

En esa época, la época de oro de Montevideo, parecia que el metal precioso pesaba demasiado en el bolsillo de los habitantes de la capital oriental, que buscaban un lugar cualquiera donde ir á derramarlo con profusion, quedando tan tranquilos en las pérdidas como en la fortuna, pues todos sabian que la bolsa que hoy se agotaba, se llenaba mañana sin gran trabajo, en esos dias del movimiento y de la riqueza de Montevideo.

Á las siete de la noche del dia siguiente á aquel que ha pasado ya por nuestra pluma, el café de *Don Antonio* estaba cuajado de concurrentes, siendo la mayor parte de ellos jóvenes argentinos y orientales que iban allí á tomar su café, á hablar de política, y pasar en seguida á sus visitas diarias, al teatro, al baile, contentos los primeros con la esperanza de estar al siguiente mes en Buenos Aires; y mas contentos los segundos, con estar en su patria muy convencidos de que de ella no les arrojaria jamas el vendaval de las revoluciones, que estaba azotando con sus alas frenéticas las nubes que se amontonaban sobre la frente del Plata, prontas á precipitar, mas ó ménos tarde, su abundante lluvia de lágrimas y sangre.

Pero todo esto no se veia entónces. La ciudad oriental estaba en sus quince años; bella, radiante, envanecida, su vida era un delirio perpetuo, jugando entre el jardin de sus esperanzas, cubierta con las lujosas galas de su presente. Pisando sobre el oro, deslumbrada con el mar de



grana en que mostrábase su aurora sobre el magnífico horizonte que la circundaba, sus oídos parecian no buscar otra cosa que el canto de los poetas, y los halagos sinceros de sus envanecidos hijos; porque la verdad filosófica, esa triste verdad que descarna la vida social para encontrar en la savia de la existencia los principios de la vida futura, era demasiado severa, demasiado dura para entrar al oído de la jóven beldad, que cantaba llena de esa noble persuncion de la edad primera de los pueblos :

Si enemigos la lanza de Marte,
Si tiranos de Bruto el puñal.

En un ángulo del gran salon del café dos hombres ocupaban una pequeña mesa.

El uno, cubierto con una capa de goma cuyo alto cuello le cubria hasta las orejas á la vez que su sombrero tocaba con las cejas, tomaba una taza de té, dando la espalda á la pared y su rostro al centro del salon.

El otro, con gorra y un capote de barragan azul, tenia por delante un gran vaso de ponche, y se entretenia en exprimir las rebanadas de limon con la pequeña cuchara de platina.

Ninguno de esos dos personajes se hablaban una palabra.

Á derecha é izquierda de ellos habia varias mesas ocupadas todas por hombres que jugaban al dominó, que tomaban café, ó fumaban y conversaban solamente.

De estos últimos eran cinco individuos que estaban á dos pasos de los primeros que hemos descrito.

De repente abrióse la puerta del café y cuatro personas entraron al salon.

Los ojos del personaje de la capa de goma radiaron de alegría.

— Alberdi, Gutiérrez, Irigoyen, Echeverría, dijo aquel individuo, siguiendo con los ojos á los cuatro que acababa de nombrar, no saciándose de mirarlos.

— ¿Los conoce usted, señor Don Daniel? le preguntó el hombre de la gorra.

— ¡Oh! sí, sí, y crea usted, Mr. Douglas, que pocos esfuerzos mas violentos he hecho en mi vida, que el que hago en este instante sobre mí mismo para contener mi deseo de abrazarlos.



— ¡Diablo! Déjese usted estar; acuérdese usted que esta noche nos vamos y....

— Esté usted tranquilo, dijo Daniel alzándose los cuellos de su capa para cubrirse mas el rostro.

Mr. Douglas iba á hablar, cuando hízole Daniel una seña de silencio. Uno de los cuatro hombres que estaban fumando en la mesa á su derecha, acababa de decir :

— Son porteños.

Daniel siguió tomando su té aparentando no dar la mínima atencion á lo que se hablaba.

— ¿Y qué necesidad tiene usted de decirnos que son porteños? ¿Hay acaso otra cosa que ellos en todas partes? dijo otro de los individuos.

— Por ellos vivimos como vivimos.

— Cabal.

— Que no nos entendemos.

— Deje que venga el viejo, dijo un militar de bigotes canos.

— ¿Sabe usted á quién llama *el viejo*, Mr. Douglas?

— Á Rivera.

— ¿Qué tenemos nosotros que ver con Rosas? dijo otro. Si no fuera por ellos no estaríamos en guerra, porque á nosotros no es á quienes busca Rosas.

— Cabal.

— Ellos no mas, con los franceses, son los que meten toda esta bulla, y despues se han de ir á vivir á su tierra y nos han de dejar en el pantano. Porteños al fin! Si no los hubieran dejado entrar nunca, viviríamos mucho mejor. Pero el viejo, el viejo es quien tiene la culpa de todo esto.

— ¡Así le han dado el pago! Véalos ahora, están furiosos con él, porque no pasa el Uruguay y se va á hacer matar por ellos.

— ¡Era lo que faltaba!

— Y ahora dicen que los franceses reclaman los cien mil pesos que le dieron para que pasase.

— ¡Sí, yo les habia de dar cien mil pesos!

— No pasó porque, mire usted, hizo muy bien en no pasar, porque con los porteños nadie puede entenderse, y el viejo no habia de ir á ponerse á las órdenes de Lavalle.

— Claro está.

— Y ahora ya saben la falta que les ha hecho. Se los ha llevado el diablo en el Sauce Grande.

— Sí, pero todos estos de aquí han de decir que es mentira.

— ¡Cabal, cómo se han hecho dueños de la prensa!

— ¡Yo habia de ser el gobierno, y habian de venir á escribir diarios!

— ¡Pero como tienen quien los proteja!

— Como Vasquez, por ejemplo.

— Y como Muñoz, y muchos otros.

— ¡Por supuesto, orientales en el nombre!

— ¡Si se han criado entre ellos!

El diálogo de los cinco personajes continuó, poco mas ó ménos bajo ese mismo espíritu.

Daniel estaba absorto. De cuando en cuando miraba á Mr. Douglas que entendia y hablaba perfectamente el español, y el buen escoces, contrabandista de emigrados y que residia indistintamente en Buenos Aires ó Montevideo, se reia de la admiracion de Daniel y tomaba su ponche.

— Solo Vasquez puede enderezar esto, dijo á otro un individuo que tomaba café en una mesa á la izquierda de Daniel.

— No, ni Vasquez, ni nadie, porque la causa del mal está en Rivera, le contestó su interlocutor.

— Pero á lo ménos la asamblea.

— ¿Y no sabe usted que los partidarios personales de Rivera se oponen á las elecciones so pretexto de que no deben hacerse sin estar él aquí?

— Ya lo sé, pero el gobierno los vencerá y las elecciones tendrán lugar.

—Esto es peor que lo otro, porque vendrá el conflicto, nuevas disidencias, nuevos enconos de partido, y entre tanto los blancos se rien, miéntras nosotros nos anarquizamos en nuestro partido, nos peleamos con los argentinos, cuya causa no es comun, nos indisponemos con los franceses, y en todo y para todo perdemos tiempo, dinero y amigos, miéntras Rosas marcha adelante, y los blancos esperan.

— ¡Gracias á Dios que oigo un hombre racional! dijo Daniel.

— Pero aquí hay mas que espíritu de partido, dijo el

jóven conversando consigo mismo, aquí hay espíritu de rivalidad nacional; ¿y por qué? problablemente no hay por qué, se respondió Daniel que, como todos los hijos de Buenos Aires, jamas habia oido en su país hablar de Montevideo sino como se habla de cualquiera de las provincias ó de las repúblicas hermanas : siempre con los mejores deseos por la felicidad de sus hijos, y sin el mínimo espíritu de celos ó de encono.

— ¡ Pero en qué momento pasan estas cosas! se decia Daniel. En este drama hay álguien que no lo entiende, y es probable que ese soy yo, porque no me atrevo á decir que son los otros.

— Vamos, Mr. Douglas, van á dar las ocho de la noche, dijo mirando la grande péndola del café.

Pero ántes de dejar aquel lugar, en que segun sus matemáticas acababa de ganar algunos desengaños mas, miró uno por uno, con los ojos enternecidos, y el corazon desconsolado, sus cuatro amigos que quedaban hablando de la patria sin sospechar que habia allí uno que corria por ellos y por todos, en la orilla del resbaladizo precipicio, en que estaban luchando brazo á brazo en ese instante la libertad y la tiranía, la prosperidad y la ruina de dos pueblos dormidos, el uno bajo el sopor de la desgracia, el otro bajo el beleño de una transitoria pero halagüeña felicidad; dormidos al arrullo de las salvajes ondas del gran rio cuyo rumor debia pasar inapercibido en una próxima década, ahogada su poderosa voz por el estrépito de la pólvora, por el grito terrible del combate, y por el quejido lastimero de una sociedad espirante.

CAPÍTULO V.

Monólogo en el mar.

Á las diez de la noche, la ballenera de Mr. Douglas partia como una flecha, ó mas bien se deslizaba como un pájaro acuático sobre las olas de la hermosa bahía de Montevideo; y á las once se habia perdido á la vista de los buques mas



lejanos del puerto, sumergida allá entre el horizonte lejano del gran rio, alumbrado por los rayos de plata que vertia de su tranquila frente la huérfana viajera de la noche.

Envuelto en su capa, reclinado en la popa de la ballenera, Daniel ya no fijaba sus ojos impacientes en la jóven ciudad de la orilla setentrional del Plata, como lo habia hecho veinte y cuatro horas ántes: los tenia fijos en la bóveda azul del firmamento, sin ver, sin embargo, los vívidos diamantes que la tachonaban, abstraido su espíritu en las recordaciones de su corta pero aprovechada residencia en Montevideo.

— Restemos, porque la política tiene tambien sus matemáticas, se decia á sí mismo.

— Restemos.

— Creí encontrar asociados en Montevideo todos los intereses políticos de la actualidad, y los encuentro en anarquía: gano un desengaño.

— Creí hallar que el pueblo era mas poderoso que las entidades que lo mandan; y encuentro que aquí el pueblo tiene tambien su caudillo, no sanguinario como Rosas, pero que al fin hace lo que quiere, y no lo que conviene al pueblo: gano otro desengaño, y ya son dos.

— Pensé que los viejos unitarios eran hombres prácticos, en quienes la ciencia de los hechos y de las altas vistas dominaba su espíritu; y hallo que son hombres de ilusiones como cualesquiera otros, ó mas bien, con mas ilusiones que los demas: gano otro desengaño, y ya son tres.

— Creí que ellos me enseñarian á conocer mi país, y veo que yo lo conozco mejor que ellos: otro desengaño, y ya son cuatro.

— Creí que el general Lavalle y la comision argentina obraban de acuerdo; y veo que cada uno marcha por donde puede: gano otro desengaño, y ya son cinco.

— ¡Malo! son muchas ganancias para que no me vuelva loco, ó me lleve el diablo.

— Clasifiquemos.

— El señor Martigny, hombre de talento, corazon frances, lleno de entusiasmo por nuestra causa, pero gira en el círculo estrecho de sus instrucciones, y desconfía de su gobierno.

— El señor Agüero no ha hablado nada y me ha dicho



mucho : es poco flexible para la democracia, y demasiado serio para la libertad. Los años del destierro habrán pasado muy lentos por su corazon; pero los años del pueblo han pasado como un relámpago por su inteligencia, y no ha visto que otra generacion se ha levantado en los catorce años que cuenta ya la caída de la presidencia.

— El señor Varela, espíritu fecundo, activo; inteligencia de concepciones rápidas; corazon ingenuo y apasionado; vida colocada en los límites de dos generaciones totalmente diferentes en sus tendencias; y de las miras de una y de otra podrá venir á ser el contemporizador algun dia. Si él se separara de los principios de la nueva generacion, seria necesario conquistarlo, porque su conquista seria un triunfo.

— Veamos de otra parte :

— Don Santiago Vasquez; no olvidaré jamas nuestra conversacion de esta noche; es una gran cabeza; si la república oriental llegase á poseer alguna vez média docena de hombres como ese, podria decir entónces que tenia cuanto le era necesario para constituir un gran todo, de tantos elementos que la naturaleza y la revolucion le han dado, y de que todavía no ha sacado partido.

— ¿Qué puedo deducir de nuestra entrevista? Que Vasquez no está en su centro; que sus vistas son demasiado extensas para que puedan caber en el estrecho círculo de los pequeños partidos que se han empeñado en amontonar obstáculos donde mas tarde ha de tropezar el progreso de este bello país. Que él trabaja por la unidad de intereses políticos entre las repúblicas oriental y argentina, y sus enemigos le hostilizan y le separan de los negocios, so pretexto de que es amigo de los porteños.

— Su modo de definir al general Lavalle es nuevo para mí, y me da mucha luz sobre cosas que no podia explicarme : Lavalle es valiente, caballeresco, desinteresado, pero no tiene las calidades necesarias, dice, para estar al frente de los sucesos de la época. Le falta perseverancia en sus combinaciones, y le sobra suceptibilidad cuando sus amigos quieren darle un consejo, ó memorarle una línea de conducta; su espíritu altivo se resiente entónces de que lo quieren gobernar, y obra luego por sí solo y bajo la inspiracion de sus ideas : los obstaculosle irritan, y cuando no puede vencerlos en el momento al golpe de su fuerte espada,



cambia de ideas y de plan, separándose rápidamente del obstáculo, sin pensar en las consecuencias de tal conducta.

— Ahora me explico muchas cosas, especialmente las palabras de Varela : « Lavalle obra por sí mismo. »

— Bien, ya están hechas mis cuentas; ¿he ganado, ó perdido? He ganado; pues en política un hombre está en pérdida cuando tiene ilusiones : me he desengañado de muchos errores y he ganado muchas verdades : les he pintado la situacion de Rosas, ellos me han dibujado la situacion de sus enemigos. Ahora, ¡ Dios nos proteja, porque espero muy poco de los hombres !

— Sí, ¡ Dios nos proteja ! dijo despues de algunos minutos de silencio, en que sus ojos habian estado extasiados en el firmamento bordado con su luna y sus estrellas, y en que sus ideas parecian que habian tomado diferente rumbo en aquella alma espontánea, impetuosa y al mismo tiempo tierna y sensible; y despues de esa exclamacion, continuó, en el silencio de su pensamiento, reclinada su cabeza en la popa de la ballenera, y fijos sus ojos en la bóveda espléndida del cielo : Dios, que es la sabiduría y la unidad del universo.

— Dios que sostiene pendientes en las hebras impalpables de su voluntad soberana esos mundos espléndidos que giran, como chispas de su inteligencia, sobre esa bóveda infinita y diáfana que parece formada con el aliento de los ángeles.

— ¡ Eternos como la mirada que los ilumina, esos astros verán alguna vez sobre estas olas la realizacion de los bellos ensueños de mi mente ! Sí. El porvenir de la América está escrito sobre las obras de Dios mismo : es en una magnífica y espléndida alegoría, en que ha revelado los destinos del nuevo mundo el gran poeta de la creacion universal.

— Esas inmensas praderas donde brota una flor de cada gota de rocío que cae en ellas.

— Estos rios inmensos como el mar, que se cruzan como arterias del cuerpo gigantesco de la América, y refrescan por todas partes sus entrañas, abrasadas con el fuego de sus metales.

— Esos espesos bosques donde la salvaje orquesta de la naturaleza está convidando á la armonía del arte y de la voz humana.



— Esta brisa suave y perfumada que pasa por la frente de estas regiones como el suspiro enamorado del genio proctector que las vigila.

— Estas nubes matizadas siempre con los colores mas risueños y suaves de la naturaleza.

— Sí; todos esos magníficos espectáculos son palabras elocuentes del lenguaje figurado de Dios, con que revela el porvenir de estas regiones.

— Las generaciones se suceden en la humanidad, como las olas de este rio, inmenso como el mar.

— Cada siglo cae sobre la frente de la humanidad como un torrente aniquilador que se desprende de las manos del tiempo, sentado entre los límites del principio y el fin de la eternidad : se desprende, arrasa, arrebata en su cauce las generaciones, las ideas, los vicios, las grandezas y las virtudes de los hombres, y desciende con ellos al cáos eterno de la nada. Pero la creacion, esa otra potencia que vive y lucha con el tiempo, va sembrando la vida donde el tiempo acaba de sembrar la muerte.

— Ese torrente indestructible arrebatará de las riberas de este rio esta generacion amasada con el polvo, la sangre y las lágrimas de ella misma. Vendrá otra, y otra, como las olas que se van sucediendo y desapareciendo á mis ojos.

— Vendrán.

— Cada pueblo tiene su siglo, su destino y su imperio sobre la tierra. Y los pueblos del Plata tendrán al fin su siglo, su destino y su imperio, cuando las promesas de Dios, fijas y escritas en la naturaleza que nos rodea, brillen sobre la frente de esas generaciones futuras, que verterán una lágrima de compasion por los errores y las desgracias de la mia.

— Sí, tengo fe en el porvenir de mi patria. Pero se necesita que la mano del tiempo haya nivelado con el polvo de donde hemos salido la frente de los que hoy viven.

— Sí; tengo fe ; pero fe en tiempos muy lejanos de los nuestros. Patria! patria! ¡ la generacion presente no tiene sino el nombre de sus padres!

— ¡ Y tú, Florencia, ídolo amado de mi corazon ; tú, ángel conciliador de mi alma con la vida, de mi corazon con los hombres, de mi destino con mi patria; tú, hebra de luz que me pones en la relacion con Dios, extendida desde el cielo al lodo terrenal en que me ahogo; tú, tú eres el único ser



de todos los que he visto sobre la tierra á quien quisiera volver á hallar en el cielo, para que nuestras almas volviesen de cuando en cuando, entre los rayos pálidos de la luna, á contemplar la tierra que fué testigo de nuestro amor, como es testigo de tanto desengaño; de tanta virtud mentida; de tanto crímen y miserias reales!

La luna escondió en este momento su faz de nácar entre los velos de una parda nube, y Daniel inclinó su cabeza sobre el pecho, embriagado en el éxtasis de su espíritu, y cerró sus ojos arrullado por las olas del poderoso Plata, soñolientas y perezosas bajo el tranquilo é iluminado pabellon del cielo

---

CAPÍTULO VI.

Doña María Josefa Ezcurra.

Despues del cuadro político que acaba de leerse, y que la necesidad de dejar dibujada á grandes rasgos la época en que pasan los acontecimientos de esta historia, con sus hombres, sus vicios y sus virtudes, nos obligó á delinearlo y distraer á nuestros lectores, separándolos un momento de nuestros conocidos personajes, justo es que volvamos ahora en busca de ellos, retrocediendo algunos dias, hasta volver á encontrarnos con aquel de que nos separamos ya.

El lector querrá acompañarnos á una casa donde ha entrado otra vez en la calle del Restaurador; y por cierto que habrá de encontrar allí escenas de que la imaginacion duda y de que la historia responde.

La cuñada de Su Excelencia el Restaurador de las Leyes estaba de audiencia, en su alcoba; y la sala contigua, con su hermosa estera de esparto blanco con pintas negras, estaba sirviendo de galería de recepcion, cuajada por los memorialistas de aquel dia.

Una mulata vieja, y de cuya limpieza no podria decirse lo mismo que de la ama, por cuanto es necesario siempre decir que las amas visten con mas aseo que las criadas, aun cuando la regla puede ser accesible á una que otra excep-

cion acá ó allá, hacia las veces de edecan de servicio, de maestro de ceremonias, y de paje de introduccion.

Parada contra la puerta que daba á la alcoba, con una mano agarrado tenia el picaporte, en señal de que allí no se entraba sin su correspondiente beneplácito, y con la otra mano recibia los cobres ó lo billetes que, segun su clase, le daban los que á ella se acercaban en solicitud de obtener la preferencia de entrar de los primeros á hablar con la señora Doña Maria Josefa Ezcurra. Y jamas audiencia alguna fué compuesta y matizada de tantas jerarquías, de tan varios colores, de tan distintas razas.

Estaban allí reunidos y mazclados el negro y el mulato, el indio y el blanco, la clase abyecta y la clase média, el pícaro y el bueno; revueltos tambien entre pasiones, hábitos, preocupaciones y esperanzas distintas.

El uno era arrastrado allí por el temor, el otro por el odio; uno por la relajacion, otro por una esperanza, otros en fin por la desesperacion de no encontrar á quién ni en dónde recurrir en busca de una noticia, ó de una esperanza sobre la suerte de álguien caido en la desgracia de Su Excelencia. Pero el edecan de aquella emperatriz de un nuevo género, si no es en nosotros una profanacion escandalosa el aplicar ese cesáreo nombre á la señora Doña María Josefa, tenia fija en la memoria su consigna, y cuando salia de la alcoba la persona á quien hacia entrar, elegia otra de las que allí estaban siguiendo las instrucciones de su ama, sin cuidarse mucho de las súplicas de unos, y de las reclamaciones de otros que habian puesto en su mano alguna cosa para conquistar la prioridad en la audiencia : y era de notarse que precisamente la audiencia no se daba á aquellos que la socitaban, sino á los que nada decian ni pedian, por cuanto estos últimos habian sido mandados llamar por la señora, en tanto que los otros venian en solicitud de alguna cosa.

El pestillo de la puerta fué movido de la parte interior, y en el acto la mulata vieja abrió la puerta y dió salida á una negrilla como de diez y seis á diez y ocho años, que atravesó la sala, tan erguida como podria hacerlo una dama de palacio que saliera de recibir las primeras sonrisas de su soberana en los secretos de su tocador.

Inmediatamente la mulata hizo señas á un hombre blanco, vestido de chaqueta y pantalon azul, chaleco colorado, que



estaba contra una de las ventanas de la sala, con su gorra de paño en la mano.

Ese hombre pasó lentamente por en medio de la multitud, se acercó á la mulata: habló con ella, y entró á la alcoba cuya puerta se cerró tras él.

Doña María Josefa Ezcurra estaba sentada en un pequeño sofá de la India, al lado de su cama, tapada con un gran pañuelo de merino blanco con guardas punzóes, y tomaba un mate de leche que la servia y la traia por las piezas interiores una negrilla jóven.

— Entre, paisano; siéntese, dijo al hombre de la gorra de paño que sentóse todo embarazado en una silla de madera de las que estaban frente al sofá de la India.

— ¿Toma mate amargo, ó dulce?

— Como Usía le parezca, contestó aquel, sentado en el borde de la silla, dando vuelta á su gorra entre las manos.

— No me diga *Usía*. Tráteme como quiera, no mas. Ahora todos somos iguales. Ya se acabó el tiempo de los salvajes unitarios, en que el pobre tenia que andar dando títulos al que tenia un fraque ó sombrero nuevo. Ahora todos somos iguales, porque todos somos federales. ¿Y sirve ahora, paisano?

— No, señora. Hace cinco años que el general Pinedo me hizo dar de baja por enfermo, y despues que sané trabajo de cochero.

— ¿Usted fué soldado de Pinedo?

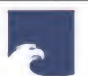
— Sí, señora; fuí herido en servicio y me dieron la baja. Pues ahora Juan Manuel va á llamar á servicio á todo el mundo.

— Así he oido; sí, señora.

— Dicen que va á invadir Lavalle, y es preciso que todos defiendan la Federacion porque todos son sus hijos. Juan Manuel ha de ser el primero que ha de montar á caballo, porque él es el padre de todos los buenos defensores de la Federacion. Pero se han de hacer sus excepciones en el servicio, porque no es justo que vayan á las fatigas de la guerra los que pueden prestar á la causa servicios de otro género.

— ¡Pues!

— Ya tengo una lista de mas de cincuenta á quienes he de hacer que les den papeletas de excepcion por los servi-



cios que están prestando. Porque ha de saber, paisano, que los verdaderos servidores de la causa son los que descubren las intrigas y los manejos de los salvajes unitarios de aquí adentro, que son los peores; ¿no es verdad?

— Así dicen, señora, contestó el soldado retirado, volviendo el mate á la negrilla que lo servia.

— Son los peores, no tenga duda. Por ellos, por sus intrigas es que no tenemos paz, y que los hombres no pueden trabajar y vivir con sus familias, que es lo que quiere Juan Manuel; ¿no le parece que esta es la verdadera federacion?

— ¡Pues no, señora!

— Vivir sin que nadie los incomode para el servicio.

— Pues.

— Y ser todos iguales, los pobres como los ricos, eso es federacion, ¿no es verdad?

— Sí, señora.

— Pues eso no quieren los salvajes unitarios; y por eso, todo el que descubre sus manejos es un verdadero federal, y tiene siempre abierta la casa de Juan Manuel y la mia para poder entrar y pedir lo que le haga falta; porque Juan Manuel no niega nada á los que sirven á la partia que es la federacion; ¿entiende, paisano?

— Sí, señora, y yo siempre he sido federal.

— Ya lo sé, y Juan Manuel tambien lo sabe; y por eso lo he hecho venir, segura de que no me ha de ocultar la verdad si sabe alguna cosa que pueda ser útil á la causa.

— ¿Y yo qué he de saber, señora, si yo vivo entre federales nada mas?

— ¡Quién sabe! Ustedes los hombres de bien se dejan engañar con mucha facilidad. Dígame, ¿dónde ha servido últimamente?

— Ahora estoy conchabado en la cochería del inglés.

— Ya lo sé, ¿pero ántes de estar en ella, dónde servia?

— Servia en Barrácas, en casa de una señora viuda.

— Que se llama Doña Amalia, ¿no es verdad?

— Sí, señora.

— ¡Oh, si por aquí todo lo sabemos, paisano! ¡Pobre del que quiera engañar á Juan Manuel ó á mí! dijo Doña María Josefa clavando sus ojitos de víbora en la fisonomía del pobre hombre que estaba en ascuas sin saber qué era lo que le iban á preguntar.



— Por supuesto, contestó.

— ¿En qué tiempo entró usted á servir á esa casa?

— Por el mes de Noviembre del año pasado.

— ¿Y salió usted de ella?

— En Mayo de este año, señora.

— ¿En Mayo, eh?

— Sí, señora.

— ¿En qué dia, lo recuerda?

— Sí, señora; salí el 5 de Mayo.

— ¿El 5 de Mayo, eh? dijo la vieja meneando la cabeza, y marcando palabra por palabra.

— Sí, señora.

— El 5 de Mayo... ¿Conque ese dia? ¿y por qué salió usted de esa casa?

— Me dijo la señora que pensaba economizar un poco sus gastos, y que por eso me despedia, lo mismo que al cocinero que era un mozo español. Pero ántes de despedirnos nos dió una onza de oro á cada uno, diciéndonos, que tal vez mas adelante nos volveria á llamar, y que fuésemos á ella siempre que tuviésemos alguna necesidad.

— ¡Qué señora tan buena: queria hacer economías y regalaba onzas de oro! dijo Doña María Josefa con el acento mas socarron posible.

— Sí, señora, Doña Amalia es la señora mas buena que yo he conocido, mejorando lo presente.

Doña María Josefa no oyó estas palabras; su espíritu estaba en tirada conversacion con el diablo.

— Dígame, paisano, dijo de repente, ¿á qué horas lo despidió Doña Amalia?

— De las siete á las ocho de la mañana.

— ¿Y ella se levantaba á esas horas siempre?

— No, señora, ella tiene la costumbre de levantarse muy tarde.

— ¿Tarde, eh?

— Sí, señora.

— ¿Y usted vió alguna novedad en la casa?

— No, señora, ninguna.

— ¿Y sintió usted algo en la noche?

— No, señora, nada.

— ¿Qué criados quedaron con ella, cuando usted y el cocinero salieron?



— Quedó Don Pedro.

— ¿Quién es ese?

— Es un saldado viejo que sirvió en las guerras pasadas, y que ha visto nacer á la señora.

— ¿Quién mas?

— Una criada que trajo la señora del Tucuman, una niña, y dos negros viejos que cuidan de la quinta.

— Muy bien : en todo eso me ha dicho usted la verdad; pero cuidado, mire usted que le voy á preguntar una cosa que importa mucho á la Federacion y á Juan Manuel, ¿ha oido?

— Yo siempre digo la verdad, señora, contestó el paisano, bajando los ojos que no pudieron resistir á la mirada encapotada y dura con que acompañó Doña María Josefa sus últimas palabras.

— Vamos á ver : en los cinco meses que usted estuvo en casa de Doña Amalia, ¿qué hombres entraban de visita todas las noches?

— Ninguno, señora.

— ¿Cómo ninguno?

— Ninguno, señora. En los meses que he estado, no he visto entrar á nadie de visita de noche.

— ¿Y estaba usted en la casa á esas horas?

— No salia de casa, porque muchas noches, si habia luna, enganchaba los caballos y llevaba á la señora á la Boca, donde se bajaba á pasear á orillas del riachuelo.

— ¿Á pasear? ¡Qué señora tan paseandera!

— Sí, señora, llevaba la niña Doña Luisa y paseaba con ella sola.

— ¡La niña Doña Luisa! ¿Y la cuida mucho á esa niña Doña Luisa?

— Sí, señora, como si fuera de la familia.

— ¿Será de la familia, pues?

— No, señora, no es nada de ella.

— No; pues las malas lenguas dicen que es su hija.

— ¡Jesus, señora! si Doña Amalia es muy moza, y la niña tiene doce años.

— ¿Muy moza, eh? ¿Y cuántos años tiene?

— Ha de tener de veinte y dos, á veinte y cuatro años.

— ¡Pobrecita! fuera de los que mamó y anduvo á gatas. Bien, ¿y con quién decia usted que paseaba?

— Sola con la niña.

— ¿Con ella sola, eh? ¿Y á nadie encontraba por allí?

— Á nadie, no, señora.

— Y las noches que no paseaba, ¿no recibia visitas?

— No, señora, no iba nadie.

— ¿Estaria rezando?

— Yo no sé, señora, pero á casa no entraba nadie, respondió el antigo cochero de Amalia, que, á pesar de toda la vocacion por la santa causa, estaba comprendiendo que se trataba de algo relativo á la honradez, ó á la seguridad de Amalia, y se estaba disgustando de que lo creyesen capaz de querer comprometerla, por cuanto él estaba persuadido de que en el mundo no habia una mujer mas buena ni generosa que ella.

Doña María Josefa reflexionó un rato.

— Esto echa por tierra todos mis cálculos, se dijo á sí misma.

— ¿Y dígame usted, de dia tampoco no entraba nadie? preguntó.

— Solian ir algunas señoras, una que otra vez.

— No, de hombres le pregunto á usted.

— Solia ir el señor Don Daniel, un primo de la señora.

— ¿Todos los dias?

— No, señora, una ó dos veces por semana.

— ¿Y despues que ha salido usted de la casa ha vuelto á ella á ver á la señora?

— He ido tres ó cuatro veces.

— Vamos á ver : cuando usted ha ido, ¿á quién ha visto en ella, á mas de la señora.

— Á nadie.

— ¿Á nadie, eh?

— No, señora.

— ¿No habia algun enfermo en la casa?

— No, señora, todos estaban buenos.

Doña María Josefa reflexionaba.

— Bueno, paisano; Juan Manuel tenia algunos informes sobre algo de esa casa, pero yo le diré cuanto usted me ha dicho, y si es la verdad, usted le habrá hecho un servicio á la señora, pero si usted me ha ocultado algo, ya sabe lo que es Juan Manuel con los que no sirven á la Federacion.

— Yo soy federal, señora; yo siempre digo la verdad.



— Así lo creo : puede retirarse no mas.

Inmediatamente á la salida del ex cochero de Amalia, Doña María Josefa llamó á la mulata de la puerta y le dijo :

— ¿Está ahí la muchacha que vino ayer de Barrácas?

— Está, sí, señora.

— Que entre.

Un minuto despues entró á la alcoba una negrilla de diez y ocho á veinte años, rotosa y sucia.

Doña María Josefa la miró un rato, y la dijo :

— Tú no me has dicho la verdad : en casa de la señora que has denunciado, no vive hombre ninguno, ni ha habido enfermos.

— Sí, señora, yo le juro á su merced que he dicho la verdad. Yo sirvo en la pulpería que está en la acera de la casa de esa unitaria; y de los fondos de casa, yo he visto muchas mañanas un mozo que nunca usa divisa y que anda en la quinta de la unitaria cortando flores. Despues yo los he visto á él y á ella pasear del brazo en la quinta muchas veces; y á la tarde suelen ir á sentarse bajo de un sauce muy grande que hay en la quinta, y allí les llevan café.

— ¿Y de dónde ves esto, tú?

— Los fondos de casa dan á los de la casa de la unitaria, y yo les suelo ir á espiar de atras del cerco, porque les tengo rabia.

— ¿Por qué?

— Porque son unitarios.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque nunca que pasa Doña Amalia por la pulpería, saluda al patron, ni á la patrona, ni á mí; porque los criados de ella nunca van á comprar nada á casa, cuando ellos saben que el patron y todos nosotros somos federales ; y porque la he visto muchas veces andar con vestido celeste entre la quinta. Y cuando vi estas noches que el ordenanza del señor Mariño, y otros dos mas andaban rondando la casa, y tomando informes en la pulpería, yo vine á contarle á su merced lo que sabia, porque soy buena federal. Es unitaria, sí, señora.

— ¿Y qué mas sabes de ella, para decir que es unitaria?

— ¿Qué mas sé ?

— ¿Sí, qué mas sabes?

— Mire, su merced : una comadre mia supo que Doña

Amalia buscaba lavandera, fué á verla, pero no la quiso y le dió la ropa á una gringa.

— ¿Cómo se llama?

— No sé, señora; pero si su merced quiere yo lo preguntaré.

— Sí, pregúntalo.

— Y tambien tengo que decir á su merced que yo la he oido tocar el piano y cantar á média noche.

— ¿Y qué hay con eso?

— Yo digo que ha de ser la cancion de Lavalle.

— ¿Y por qué lo crees?

— Yo digo no mas.

— ¿Y no puedes pasar de noche á la quinta y acercarte á la casa para oir lo que canta?

— Veré á ver, sí, señora.

— Mira, si puedes entrarte á la casa, escóndete y no te muevas de allí hasta que venga el dia.

— ¿Y qué hago, señora?

— ¿No dices que allí hay un mozo?

— ¡Ah! Sí, señora, ya entiendo.

— ¡Pues!

— Yo creo que se ha de entrar desde temprano.

— No; si entra á las piezas de ella, ha de ser tarde, y ha de salir ántes que venga el dia.

— Yo los he de espiar, sí, señora.

— ¡Cuidado con no hacerlo!

— Sí, lo he de hacer.

— ¿Y qué mas has visto en esa casa?

— Ya le dije ayer á su merced todo lo que habia visto. Va casi siempre un mozo que dicen que es primo de la unitaria; y estos meses pasados iba casi todos los dias el médico Alcorta, y por eso le dije á su merced que allí habia algun enfermo.

— ¿Y recuerdas algo mas que me has dicho ayer?

— Ah, sí señora: le dije á su merced que el enfermo debia ser el mozo que anda cortando flores, porque al principio yo lo veia cojear mucho.

— ¿Y cuándo es el principio? ¿qué meses hará de esto?

— Hará cerca de dos meses, señora; despues ya no cojea, y ya no va el médico; ahora pasea horas enteras con Doña Amalia, sin cojear.



— ¿Sin cojear, eh? dijo la vieja con la expresion mas cínica en su fisonomía.

— Sí, señora, está bueno ya.

— Bien : es necesario que espíes bien cuanto pasa en esa casa, y que me lo digas á mí, porque con eso haces un gran servicio á la causa, que es la causa de ustedes los pobres, porque en la Federacion no hay negros ni blancos, todos somos iguales, ¿lo entiendes?

— Sí, señora; y por eso yo soy federal y cuanto sepa se lo he de venir á contar á su merced.

— Bueno, retírate no mas.

Y la negra salió muy contenta de haber prestado un servicio á la santa causa de negros y blancos, y por haber hablado con la hermana política de Su Excelencia el padre de la Federacion.

Sucesivamente entraron á la presencia de Doña María Josefa varias criadas de toda edad, y de todo linaje de malignidad, á deponer oficiosamente cuanto sabian, ó se imaginaban saber de la conducta de sus amos, ó de los vecinos á sus casas, dejando en la memoria de aquella hiena federal una nomenclatura de individuos y familias distinguidas, que debian ocupar mas tarde un lugar en el martirologio de ese pueblo infeliz, entregado por el mas inmoral de los gobiernos al espionaje recíproco, á la delacion y la calumnia, armas privilegiadas de Rosas para establecer el aislamiento y el terror en todos

En seguida de las delatoras entró en esa oficina del crímen una pequeñísima parte de los que habian llegado ese dia con ruegos y solicitudes al gobierno; á cuyo invisible despacho querian que llegasen por conducto de la hermana política del gobernador, que á todos ofrecia su interposicion, no obstante que jamas solicitud alguna pasaba de sus manos á Rosas; por cuanto ella sabia que su digno cuñado solo le prestaba su atencion para escuchar los informes que le interesaba saber sobre el estado del pueblo, de las familias y de los individuos; no siendo esto, sin embargo, un obstáculo para que Doña María Josefa tomase los regalos de cuanto pobre y rico se le acercaba en busca de su proteccion, diciendo á todos : que Juan Manuel iba á despachar de un momento á otro la solicitud, muy favorablemente, por los empeños de ella.



La pluma del romancista no puede entrar en las profundidades filosóficas del historiador; pero hay ciertos rasgos, leves y fugitivos, con que puede delinear, sin embargo, la fisonomía de toda una época; y este pequeño bosquejo de la inmoralidad en que ya se basaba el gobierno de Rosas en el año de 1840, fácilmente podrá explicar, lo creemos, los fenómenos sociales y políticos que aparecieron en pos de esa fecha, en lo mas dramático y lúgubre de la dictadura.

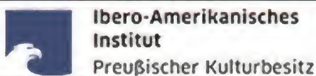
Los abogados del dictador han presentado siempre al extranjero la parte ostensible de su gobierno, y han dicho: si el general Rosas fuese un tirano; si su gobierno fuese tal como lo pintan sus enemigos, no hubiese sido soportado por el pueblo, despues de tantos años.

Pero ¿cómo ha existido? ¿cómo se ha sostenido contra el torrente de la voluntad de todos? Hé ahí la cuestion; hé ahí el estudio filosófico de ese gobierno.

Una labor inaudita, empleada con perseverancia en el espacio de muchos años para relajar todos los vínculos sociales, poniendo en anarquía las clases, las familias y los individuos, estableciendo y premiando la delacion como virtud civica en la clase ignorante é inclinada al mal de sus semejantes; escudándose siempre con esa palabra federacion, encubridora de todos los delitos, de todos los vicios, de todas las subversiones morales, en el sistema de Rosas; tales han sido los primeros medios empleados por él para debilitar la fuerza sintética del pueblo, cortando en él todos los lazos de comunidad, y dejando una sociedad de individuos aislados para ejercer sobre ellos su bárbaro poder.

La fortuna quiso tambien que ese hombre funesto encontrase en su propia familia caractéres á propósito para ayudarle en su diabólico plan. Y entre ellos el de Doña María Josefa Ezcurra era un minero inagotable de recursos para la facilitacion de sus fines.

La historia, mas que nosotros, sabrá pintar á esa mujer y á otras personas de la familia del tirano con las tintas convenientes para hacer resaltar toda la deformidad de su corazon, de sus habitudes y de sus obras.



CAPÍTULO VII.

La pareja.

Ya Doña María Josefa Ezcurra se disponia para hacer á su Juan Manuel la segunda visita de las tres que le hacia diariamente, y de las cuales mucho era que consiguiese hablarle una sola, contentándose con haber estado en las piezas interiores de la casa y poder salir de ellas aparentando que dejaba el gabinete de Su Excelencia, á los ojos de los servidores de segundo órden que cuajaban el zaguan del patio, haciéndose antes ello, por esa ficcion grosera, la agente intermediaria y necesaria á los infelices que tenian algo que suplicar, ó á los pícaros que tenian algo que contar; recibiendo oblaciones de los primeros, y atando á los segundos al yugo de su servicio personal por esa esclavitud que la prostitucion se labra á sí misma desde el momento en que se descubre á los ojos de un superior; ya llegaba el momento, decíamos, de salir de su casa cuando entró muy familiarmente en ella el comandante Mariño, redactor de la *Gaceta Mercantil*, vasto albañal por donde pasaban todas las inmundicias de la dictadura y de su partido; pasquin diario donde se difamaba individualmente, hasta en lo mas recóndito de la vida privada, á cuanto hombre se habia pronunciado contra la tiranía de Rosas; inventando las mas torpes calumnias hasta sobre los hombres jóvenes que no tenian un solo antecedente público en su vida.

La dueña de la casa no se hizo esperar mucho tiempo de su digna visita, y salió á la sala á recibirla diciéndole :

— Solo á usted lo recibo, porque ya me iba á lo de Juan Manuel; y empiezo por decirle que estoy muy enojada.

— Y yo tambien, le contestó Mariño, sentándose en el sofá de la sala, al lado de ella.

— Sí, pero usted no ha de tener los motivos que yo.

— Tambien lo creo; empiece usted por los suyos, que yo despues explicaré los mios, le contestó el redactor, hombre á quien la naturaleza habia tenido el capricho de envolverle el alma entre un velo negrísimo, tejido con las peores fibras de que brotan las malas pasiones en las degeneraciones de la raza humana, al mismo tiempo que salpicádole la inte-



ligencia con algunas brillantes chispas de imaginacion y de talento.

— ¿Que empiece los mios?

— Eso he dicho.

— Pues bien: tengo motivos de queja contra usted, por que nos está sirviendo à médias solamente.

— ¡Nos está sirviéndo! ¿Á quiénes, señora Doña María Josefa?

— ¡À quiénes! Á Juan Manuel, á la causa, á mí, á todos.

— ¡Ah!

— ¡Pues! Y á Juan Manuel, no le puede gustar esto.

— Respecto á eso yo me entiendo con el señor gobernador, contestó Mariño, mirando á la vieja, aun cuando nadie lo hubiera creido por cuanto sus ojos miraban siempre al sesgo.

— ¡Sí, como ahora lo ve usted todas la noches!

— Miéntras usted lo ve tres ó cuatro veces al dia, señora, contestó Mariño queriendo lisonjear á Doña María Josefa, pues aun cuando Mariño no la queria, por la razon de que à nadie queria en el mundo, sabia cuánto importaba el estar bien con ella siempre, y especialmente en esos momentos en que interes individual le aconsejaba buscar su auxilio.

— ¿Cuatro? no, tres veces no mas lo suelo ver.

— Es mucha suerte. Pero vamos á esto: ¿en qué sirvo yo à médias?

— En que está usted predicando en la *Gaceta* el degüello de los unitarios, y se olvida de las unitarias que son peores.

— Pero es preciso empezar por los hombres.

— Es preciso empezar y acabar por todos, hombres y mujeres; y yo empezaria por las mujeres porque son las peores, y despues hasta por sus inmundas crias, como ha dicho muy bien el juez de paz de Monserrat, *Don Manuel Casal Gaete* *, que es un modelo de federal.

— Bien, hemos de tratar á su tiempo de las unitarias, pero por ahora es preciso que yo le diga à usted que tambien hay damas federales que no son buenas amigas.

* En esta referencia cometemos un anacronismo; esas palabras del juez de paz, Casal Gaete, dichas del modo que va á verse, tuvieron lugar en Marzo de 1841, entre las felicitaciones que se diri-

— No, pues por lo que hace á mí.....
— Precisamente es á usted á quien me refiero.
— ¡Vaya! esa es broma.
— No, señora, es serio : yo le confié á usted un secreto hace quince dias, ¿ recuerda usted ?
— ¿ Lo de Barrácas?
— Sí, lo de Barrácas ; y en alma y cuerpo se lo ha embutido usted á mi mujer.
— ¡ Qué! si fué una broma que yo tuve con ella.
— Pero una broma que me cuesta caro, pues mi mujer me saca los ojos.
— ¡ Bah !
— No, no. Bah! la cosa es séria.
— ¡ Qué!
— Muy séria.
— No diga eso.
— Sí ; lo repito, muy séria, porque no tenia usted para que dar este disgusto á mi señora, ni á mí.
— ¡ Qué! mire usted.... qué ocurrencia, Mariño !..... como ella lo habia de saber por otro conducto, yo le dije que á

gian á Rosas con motivo de la máquina infernal, y que se hallan en el número 5,277 de la *Gaceta Mercantil* ; pero lo que en Marzo de 1841 no trepidaban en publicar los sostenedores de la Federacion, bien pudieron sentirlo en Julio del año anterior, porque los malos instintos y el arrojo de descubrirlos á la luz del dia, no son cosas que se improvisan, son resultados de organizaciones predispuestas y de conciencias por largo tiempo relajadas. Y así, no se mirará extraño que para retratar la moral política de los amigos de Rosas en 1840, nos sirvamos en esta tan larga obra de un documento publicado pocos meses despues á aquel en que están ocurriendo los sucesos que narramos. En un oficio de aquel juez de paz, dirigido á Rosas, y publicado en la *Gaceta* citada, se encuentra esta horrible pero ingenua confesion de la sangrienta burla con que Rosas y su partido profanaron á Dios, á la religion y á la humanidad..... « Es muy cierto que los salvajes unitarios, bestias de carga, agobiados con el peso de sus enormes delitos, las asquerosas unitarias y sus inmundas crias habrian muerto degollados..... pero el horrendo monton que formasen las ensangrentadas osamentas de esta maldita infernal raza, podria manifestar al mundo una venganza justa únicamente, pero nunca el remedio á los males inauditos que nos ocasionara su perversidad asombrosa. »

usted le parecia muy buena moza la viuda de Barrácas, pero nada mas, ¡qué ocurrencia! ¿cómo cree usted que habia de querer yo indisponerlos?

— Bien, ya el mal está hecho y olvidémoslo, dijo Mariño revolviendo los ojos, proponiéndose sacar partido de la traicion de esa mujer, para quien no habia tales hombres ni mujeres unitarias en el mundo, sino hombres y mujeres á quienes queria hacer mal.

— Bueno, suponga usted que esté hecho el mal, Mariño, pero tambien es preciso que usted sepa que ya está hecho el bien.

— ¿Cómo?

— ¡Toma! ¿Qué me dijo usted?

— Dije á usted, que me interesaba saber algo sobre tal señora que vivia en Barrácas: qué especie de vida era la suya, quién la visitaba, y sobre todo, quién era un hombre que vivia con ella y que parecia estar oculto, porque no salia á la calle, ni se asomaba siquiera á las ventanas; y dije á usted tambien, que yo no tenia en todo esto sino un interes político; es decir, un interes de nuestra causa.

— ¡Pues, un interes político!

— Cierto.

— Ya.

— ¿Por qué lo duda usted?

— ¿Yo?

— Sí, usted, se sonríe maliciosamente.

— ¡Qué! Si yo soy así.

— Sí, señora, es usted asi.

— Mire; yo soy como soy.

— Lo conozco.

— Y yo tambien lo conozco.

— ¿Es decir que nos conocemos?

— Pues; prosiga, Mariño.

— Eso fué lo único que dije á usted, creyendo que no me rehusaria usted este servicio; usted que todo lo sabe y que todo lo puede.

— Pues bien, ahora va usted á oir todo lo que yo he hecho y conocerá usted si soy su amiga. Hace mucho tiempo que sé que esa mujer de Barrácas vive muy retirada, y por consiguiente debe ser unitaria.

—¡ Oh, quién sabe!

— No, unitaria, fijo.

— Bien, prosiga usted.

— Me dijo usted, que creia que habia un hombre oculto.

— Lo sospeché solamente.

— No, claro, oculto; yo sé lo que me digo.

— Adelante.

— Mandé una de las personas de mi servicio á indagar por el barrio con ciertas instrucciones mias. En la acera de la casa hay una pulpería, en la pulpería una negrilla criolla; mi emisario habló con ella; le dijo que la casa de la viuda era sospechosa; que se fijase que de noche andaba gente vigilando la casa.

— ¿Y cómo lo sabia su emisario de usted?

— Porque yo se lo dije.

— Pero usted ¿cómo lo sabia?

— ¡Bah! porque yo conozco á usted, y desde que vi que usted tenia interes político en ese asunto, dijo Doña María Josefa marcando irónicamente las últimas palabras, me presumí que no se habia de estar usted durmiendo en las pajas.

— Prosiga usted, dijo Mariño, admirando en su interior la astucia de aquella mujer.

— Mi emisario dijo á la negrilla, pues, que la casa era sospechosa, que la vigilaban, y que si ella sabia alguna cosa, se congraciaria mucho conmigo viniendo á avisármela; pudiendo decir despues que era mas federal que muchas blancas que tratan de humillar á la pobre gente de color, sin prestar ningun servicio á la Federacion. La negrilla no se hizo de esperar: se vino á verme, y, como si la cosa naciera de ella misma, me refirió cuanto sabia.

— ¿Y qué es lo que sabe?

— Que allí hay un hombre jóven y muy buen mozo, contestó Doña María Josefa poniendo de su parte aquellas calidades para no perder la ocasion de mortifiar al prójimo.

— ¿Y bien?

— Que es muy buen mozo; que se pasea por la quinta abrazado con la viuda.

— ¿Abrazado, ó del brazo?

— Abrazado, ó del brazo, no me acuerdo cómo dijo la negrilla. Que toman café juntos bajo de un sauce, que él mis-

mo le tiene la taza para que ella lo tome; y que allí se están hasta que viene la noche, y .....

— ¿Y qué? dijo Mariño ardiéndole la sangre é inyectados de ella sus oblicuos ojos.

— Y que.....

— Prosiga usted, señora.

— Pues viene la noche y.....

— ¿Y?

— Y que despues ya no los ve mas, dijo Doña María Josefa con una expresion de un contentamiento indefinible.

— Bien, dijo Mariño, pero hasta ahora no sacamos en limpio, sino que en esa casa hay un hombre, y es lo mismo que yo dije á usted hace quince dias.

— Eso de que nada sacamos en limpio, no es del todo cierto. Hace quince dias que usted deseaba saber algo de esa casa y quién era ese hombre; usted solo era el interesado, pero desde ayer el asunto es de los dos, la mitad mio, y la mitad de usted.

— Desde ayer, ¿y por qué?

— Porque desde ayer he tomado varios informes, y se me ha fijado una idea en la cabeza; no sé por qué me parece que voy á dar con cierto pájaro; en fin, este es un asunto mio; y por mí, por mí sola lo he de saber, y pronto.

— Pero mas que saber quién es ese hombre, me interesa saber qué especie de relacion tiene con la viuda; y este es el servicio que yo espero de usted; porque es preciso que usted sepa que esa casa es un convento; no se ven jamas, ni las puertas, ni las ventanas abiertas, y para mayor misterio, los criados parecen mudos. En tres semanas no han entrado á ella mas personas que la jóven de Dupasquier tres veces; Bello, el primo de la viuda, casi todas las tardes, y Agustina cuatro veces.

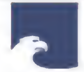
— Y ¿por qué no se ha hecho usted amigo de Bello.

— Es un muchacho buen federal, pero muy orgulloso; no me gusta.

— Y ¿por qué no ha visto usted á Agustina para que lo lleve?

— No quiero dar tanta publicidad á este asunto. Es una ganancia política que yo quiero hacer con usted sola.

— ¿Política, eh? Ah, tunante! pero hace bien; tiene buen gusto; dicen que la viudita es preciosa.



— Ah, señora, no hablemos de eso.

— ¿Y qué mas quiere la zonza?

— ¡Oh!

— ¡Bah! es usted un pobre hombre lleno de melindres. Vamos á ver : ¿se contenta usted con que ella venga á pedirme algun servicio dentro de pocos dias, y con que yo se la recomiende á usted, y se la envíe á la imprenta, ó á alguna casita por ahí?

— ¿Me habla usted de véras? preguntó Mariño acercándose mas á la vieja, relampagueándole los ojos.

— ¡Ah, picaron, cómo se alegra! Así ha de ser, y nada será mas fácil si yo no me he equivocado en cierta sospechita que tengo. Déjeme usted hacer solamente, y dentro de tres ó cuatro dias, asunto concluido; ó salimos bien, ó salimos mal.

— Mi amiga, dijo Mariño con un tono lleno de amabilidad, yo solo queria de usted el que, con su poderosa influencia, con su talento que no tiene rival, se hiciera usted necesaria á esa señora, y usted parece que ha adivinado mis deseos. Hoy por mí, y mañana por ti, como dice el refran.

— No, pues mire usted, Mariño : en este asunto me parece que voy á hacer ménos por usted que por mí; si me sale cierto lo que sospecho, creo que le voy á dar un golpe de muerte á Victorica en la opinion de Juan Manuel.

— ¿Luego aquí hay algo serio? dijo Mariño un poco intrigado.

— Puede ser, pero no tema usted nada por la viudita; la hemos de sacar en palmas; entretanto, ¿con qué va usted á pagarme mi servicio?

— ¿Quiere usted que le mande desde mañana cien ejemplares de la *Gaceta*, para distribuirlos entre nuestros buenos servidores?

— Ya lo entiendo, picaruelo, me ha comprendido usted, y les va á dar duro á ellos y á ellas, eh?

— Creo que quedará usted contenta.

— Y si no, no me contente.

— Otra cosa, hágame usted el favor, señora, de no hablarle una palabra de estos asuntos á mi mujer.

— ¡No sea criatura! si son bromas mias, y soltó una de aquellas estrepitosas carcajadas que el diablo la inspiraba, haciéndola gozar del mal que hacia.

— Bien, bromas ó no bromas, es mejor que no se repitan: yo se lo suplico á usted, dijo Mariño, quien, á pesar del favor en que estaba con el dictador, creia muy conveniente el *suplicar* á aquella mujer, cuyas armas eran generalmente irresistibles.

— Bueno: vaya no mas, no tenga cuidado, si yo doy con cierta cosa, usted ha de dar con la viuda; pero con una condicion.

— Póngala usted.

— ¿Palabra de honor?

— Palabra de honor.

— Pues bien; si yo doy con cierta cosa con que no ha podido dar Victorica, yo se la mando á usted á su cuartel de serenos, y usted la recibe, ¿entiende usted?

— ¿Á quién? Á la viudita?

— ¡No, qué á la viuda!

— Pues ¿á quién mandará usted á mi cuartel?

— Á la cosa que ando buscando, y que espero hallar.

— ¡Ah!

— ¿Entiende usted ahora?

— Entiendo, contestó Mariño con una sonrisa indefinible, comprendiendo que se trataba de alguna víctima, pues que el hombre que entraba á su cuartel de serenos, no salia de allí sino para la eternidad.

— ¿No digo? si hemos de ser muy amigos, Mariño.

— Hace tiempo que lo somos, contestó este levantándose.

— Sí, y de todo corazon, ¿Conque se va?

— Y volveré, ¿cuándo?

— Dentro de cuatro ó cinco dias.

— Hasta entónces, pues.

— Á Dios, Mariño, hasta entónces; memorias á su mujer, y no haga caso de las zoncerías que le diga.

— Á Dios, señora, le dijo el redactor casi admirado de no ver salir de aquellos labios sino palabras empapadas en algun veneno diferente.



CAPÍTULO VIII.

Preámbulo de un drama.

Despues de la noche del 24 de Mayo en que cerramos la segunda parte de los acontecimientos de esta historia, los asuntos individuales, y los sucesos políticos, de sus personajes, y de su época, hasta los últimos dias de Julio, habian sufrido cambios progresivos.

Con el tiempo, este agente poderoso del trastorno de cuanto hay creado, la poética quinta de Barrácas habia ido, poco á poco, arrojando de su recinto de flores las incertidumbres y las supersticiones, y convirtiéndose en un Eden cuyas puertas, cerradas algun tiempo, se abrieron lentamente, pero al fin se abrieron á los dos ángeles sin alas arrodillados ante ellas.

Solos, entre el misterio y el peligro, entre la naturaleza y la soledad, almas formadas para lo mas sublime y tierno de la poesía y del amor; noble, valiente y generosa la una; tierna, poética y armoniosa la otra, Eduardo y Amalia habian atado para siempre su destino en el mundo con las fibras mas íntimas y sensibles de su corazon; y si la felicidad en la tierra no es un sueño con el cielo, que domina la imaginacion en el tránsito fugitivo de la cuna á la tumba, la felicidad, con todo el esmalte caprichoso con que la engalana la fantasía, habia aletargado el espíritu de los dos jóvenes, y hécholes oir, ver, tocar, en sus raptos de poesía y entusiasmo, todo cuanto la mente concibe que puede encontrarse en la existencia soñada de la felicidad eterna, porque en medio de la ventura, Eduardo habia respetado á Amalia, y Amalia no veia una sombra en el cristal purísimo de su conciencia.

Sin embargo, estaba convenido entre ambos, que Eduardo volveria á la ciudad, debiendo dentro de pocos meses reunirse para siempre. Pero él no estaba perfectamente bueno de su herida en el muslo. Podia caminar sin dificultad, pero conservaba aun gran sensibilidad en la herida, y esto y los ruegos de Daniel habian demorado un poco mas el dia

de la separacion, si cabia separacion en quienes debian volverse á ver á cada instante.

Madama Dupasquier y su hija sentian por Amalia el cariño que ella inspiraba á cuantos tenian la felicidad de acercársele y comprenderla; pero el rigoroso invierno de 1840, que habia puesto intransitables los caminos, impedia que Madama Dupasquier fuese á Barrácas tan á menudo como lo deseaba.

Por su parte, Daniel, èl hombre para quien no habia obstáculos en la naturaleza, ni en los hombres, veia á su prima y á su amigo casi todos los dias; y era en Barrácas y en lo de su Florencia donde su corazon y su carácter podian explayarse tales como la naturaleza los hizo: allí era tierno, alegre, espirituoso, burlon y mordaz á veces; fuera de allí Daniel era el hombre que conocemos en política.

Por último, la señora Doña Agustina Rosas de Mancilla habia repetido su visita á Barrácas cuatro veces, teniendo la indulgencia de aceptar las disculpas de Amalia por no haberla pagado ninguna de sus visitas todavía. Amalia no buscaba esta relacion, la disgustaba al principio, pero últimamente habia conocido que Agustina era una mujer inofensiva, cuya amistad en nada la comprometia, en tanto que Agustina la divertia, al mismo tiempo que la daba ocasion para admirar una obra casi perfecta de la naturaleza, porque el sentimiento de lo bello era el mas desenvuelto en el espíritu de Amalia.

Para el carácter circunspecto de Amalia era una diversion el ver á Agustina revolviéndole las cómodas, sacando y mirando cosa por cosa de cuantas allí habia, y exigiéndole la historia de cada una, desde su fábrica hasta su precio; poniéndose en seguida cuanta capa, cuanto chal, cuanto encaje, cuanto chiche y cuanta alhaja guardaba en sus gavetas la bella tucumana, y pasando luego á mirarse y contornearse en los grandes espejos del tocador; siendo para Amalia una verdadera curiosidad el ver aquella mujer tan linda de fisonomía y de formas, entregada como una niña de ocho años á los placeres mas pueriles y ajenos de su edad, pues que Agustina era tres ó cuatro años mayor que Amalia. Sin embargo, esto la divertia, y sin la mínima violencia la regalaba lo que mas veia que habia llamado su



atencion. En cambio de todo esto Agustina habia enviado á Amalia un enorme gallo de porcelana. Pero á los tres dias de habérselo regalado, le escribió pidiéndoselo bajo pretexto de que no se hallaba sin él.

En cuanto á los acontecimientos políticos, hasta el 16 de Julio en que tuvo lugar la batalla del Sauce Grande, no se habia alterado la situacion pública: situacion de expectativa para Rosas, de inaccion en el Entre-Rios, de preparativos lentos en las provincias de Cuyo, de irresolucion en los agentes franceses, de intrigas locales en la República Oriental.

Daniel, entretanto, habia tenido un tristísimo desengaño: el 15 de Junio en que debió tener lugar la segunda reunion de jóvenes en la casa de Doña Marcelina, se encontró con que el número de los asistentes no pasaba de siete. La mayor parte de los que concurrieron á la primera reunion, ya no estaba en Buenos Aires, sino en Montevideo, ó en el ejército libertador.

Daniel sufria mucho por el modo con que sus amigos entendian sus deberes patrios; lo dejaban solo; pero en su aislamiento esa alma de privilegiado temple, léjos de desmayar, parecia cobrar nuevas fuerzas con los reveses, y trabajaba con una febril actividad por precipitar el desborde sangriento de los odios de la Mashorca, contenidos por el dique de una primera señal que les faltaba. Y hé ahí lo que buscaba Daniel: que rompiera la Mashorca por en medio de la voluntad de Rosas, á ver si de esa prematura erupcion resultaba una reaccion del pueblo al sentir el puñal de algunas docenas de bandidos sobre la garganta de tantos inocentes. Pero Daniel no podia con esos lebreles atados con cadena de fierro á la voluntad de su amo, y solo conseguia el ganar en la opinion de ellos el título del mas entusiasta y decidido federal.

Fué en este estado de cosas, y al siguiente dia de recibirse la noticia de la batalla, que Daniel se embarcó para Montevideo, donde tuvieron lugar las entrevistas que se conocen ya. Y es pocos dias despues de su regreso á Buenos Aires que vamos á encontrarnos con él en la encantada quinta de Barrácas, cuyos dos habitantes ignoraban aquella partida, aun cuando Daniel se habia despedido de ellos por tres dias, llegándola á saber solamente cuando los estre-



chó en sus brazos, libre ya de los peligros que habia corrido, y de cuya penosa incertidumbre quiso libertar á sus amigos ocultándoles su arriesgadísimo viaje. El secreto habia sido revelado á su Florencia solamente, de quien los ruegos, como los de un ángel, habian subido hasta Dios, y acompañado al bien amado de su alma en los momentos en que arriesgaba la vida por su patria.

Eran las cinco de una tarde fria y nebulosa, y al lado de la chimenea, sentado en un pequeño taburete á los piés de Amalia, Eduardo la traducia uno de los mas bellos pasajes del *Manfredo* de Byron; y Amalia, reclinado su brazo sobre el hombro de Eduardo y rozando con sus rizos de seda su alta y pálida frente, le oia, enajenada, mas por la voz que llegaba hasta su corazon que por los bellos raptos de la imaginacion del poeta; y de cuando en cuando Eduardo levantaba su cabeza á buscar, en los ojos de su Amalia, un raudal mayor de poesía que el que brotaban los pensamientos del águila de los poetas del siglo XIX.

Ella y él representaban allí el cuadro vivo y tocante de la felicidad mas completa: felicidad de ellos, que se escondia en los misterios de su corazon, que á nadie costaba una lágrima en el mundo, y que no dejaba en sus almas el torcedor secreto de los remordimientos, que tan frecuentemente trae consigo esa dicha vulgarizada ó comprada á costa de alguna mala accion entre los hombres.

El mundo se encerraba, para ellos, en ellos solos, y al contemplarlos se hubiera podido decir, que la desgracia tendria compasion de echar una gota de acíbar en la copa purísima de la felicidad que gozaban aquellos dos seres que á nadie habian hecho mal en la vida, y que respondian, amándose, á las leyes de una providencia superior á ellos mismos.

De repente, un coche paró á la puerta, y un minuto despues Madama Dupasquier, su hija y Daniel entraron á la sala.

Amalia y Eduardo habian conocido el coche al traves de las celosías de las ventanas, y como para los que llegaban no habia misterios, Eduardo permaneció al lado de Amalia, lo que solo una vez habia hecho en las visitas de Agustina.

Daniel entró, como entraba siempre, vivo, alegre, cariñoso,



porque al lado de su Florencia ó de su prima su corazon sacudia sus penas y su ambiciones de otro género, y daba espandimiento á sus afectos y á su carácter, en lo que él llamaba su vida de familia.

— Café, mi prima, café, porque nos morimos de frio; nos hemos levantado de la mesa para venirlo á tomar contigo; pero ha sido inspiracion mia, no tiénes que agradecer la visita ni á la madre ni á la hija, sino á mí, dijo.

— Pides tan poco por el servicio, que bien merecerias no ser pago por no saber conocer la importancia de lo que haces, le contestó Amalia, despues de haber cambiado besos bien sinceros con sus amigas.

— No le crea usted, Amalia, yo he sido quien he dispuesto este paseo, el perezoso se habria dejado estar hasta mañana al lado de la chimenea, dijo madama Dupasquier, señora de cuarenta á cuarenta y dos años, de una fisonomía y de un aire de los mas distinguidos; pero en cuyo semblante habia algo de enfermizo y melancólico, que en la época del terror se descubria muy generalmente en las señoras de distincion que, soterradas en sus casas, y temblando siempre por la suerte de los suyos ó de sus amigos, su salud se alteraba por la excitacion moral en que vivian.

— Está bien, yo diré ménos verdad que madama Dupasquier, pero no hay lógica humana que de ahí deduzca que yo no deba tomar café los viérnes.

— Amalia, yo me empeño porque se lo haga usted servir, dijo la madre de Florencia, de lo contrario no nos va á hablar sino de café toda la tarde.

— Sí, Amalia, déle café, déle cuanto pida á ver si deja de hablar un poco, porque hoy está insufrible, dijo Florencia, á quien Eduardo estaba mostrando los grabados que ilustran las obras completas de lord Byron.

Amalia, entretanto, habia tirado el cordon de la campanilla y ordenado al criado de Eduardo que sirviera café.

— ¿Qué obra es esa, Eduardo? preguntó Daniel.

— La de uno que en ciertas cosas tenia tanto juicio como tú.

— Ah, es Voltaire, porque este buen señor decia, que una taza de café valia mas que un vaso de agua del Hipocrene.

— No, no es Voltaire, dijo Amalia, adivina.



— ¡Ah! entónces es Rousseau, porque el buen ginebrino tenia el exquisito gusto de pararse á respirar el olor del café tostado, donde quiera que lo percibia.

— Ya usted ve, está empeñado en buscar similitudes con los grandes hombres por medio del café, dijo madama Dupasquier.

— Pero no adivina, observó Amalia.

— No me doy por vencido.

— ¿Á ver, pues?

— Napoleon, de quien la enfermedad de familia se le agravó á causa de los toneles de café que habia tomado en su vida.

— Nada, nada; no adivinas.

— ¡Vaya! No adivinaré quién es el autor de ese libro, ¿pero á que adivino quién no es el autor?

— ¿Á ver? dijo Florencia desde la ventana á cuya luz estaba viendo los grabados.

— Don Pedro de Angelis, porque este autor no puede parecerse á mí desde que no toma café; toma agua de pozo, la mas indigesta de todas las aguas de este mundo, razon por la cual no ha podido digerir todavía el primer volúmen de sus documentos históricos; ¿acerté?

— Es Byron, loco, es Byron, le dijo Eduardo enseñando á Florencia el retrato de la hija del poeta.

— ¡Ah, Byron! Ese no tomaba café por la razon que era la bebida favorita de Napoleon; porque has de saber, mi Amalia, que Byron no aborrecia á Napoleon, pero tenia celos de su gloria, por cuanto sabia, el taimado inglés, que con él y con Napoleon debian morir las dos grandes glorias de su siglo, y con toda su alma hubiese querido que no muriese mas gloria que la suya. ¿Me parece que he hablado con juicio?

— Por la prima vez esta tarde, contestó Florencia.

— Cosa que no le sucedia con frecuencia al tal poeta; pues si en vez de querer tanto á su mujer, hubiese tenido el juicio de quererla mas cuando ella lo tuvo por loco, no hubiese pasado despues la miserable vida que llevó en este mundo.

— No he entendido, dijo Florencia.

— Ni nadie, agregó Amalia.

— Quise decir, dijo Daniel amacándose en el sillon en



que estaba, que si á mí me tuviese mi mujer por loco, por solo la ocurrencia de echar un reloj al fuego en un rapto de delirio poético, y se me escapase, como hizo la mujer de Byron, en vez de escribirla cartas como él hizo, haria.....

— ¿Qué? preguntó Florencia con viveza.

— Haria lo que cualquier buen hijo de España, que son los que mejor entienden las materias de hecho; pero ántes, á ver ¿qué harias tú, Eduardo?

— ¡Yo?

— Sí, tú. ¿Si tu mujer se te escapase, y tú la quisieras?

— ¿Qué habia de hacer? Lo que hizo Byron, escribirla, querer traerla al buen sendero de que se habia extraviado en un momento de ilusion.

— ¡Bah! eso no vale nada.

— ¿Y qué harias tú?

— ¿Yo? montar en un coche, y si no habia coche, á caballo, y si no habia caballo, sobre mis propias botas; irme muy tranquilo á la casa donde estaba mi fugitiva, tomarla del brazo muy cariñosamente, y decir á los que allí estuvieran: paso, señores, que esta es mi mujer y me la llevo á mi casa.

— ¿Y si no queria ir, caballero? dijo Florencia.

— Entónces... claro está, entónces me quedaria donde ella estuviese. Toda la dificultad estaria en que me echasen los dueños de casa, pero entónces me salia con mi mujer y asunto concluido. Pero... el café, mis queridas señoras, dijo Daniel levantándose y señalando con su mano el gabinete contiguo á la sala donde acababan de servirlo, y donde entraron todos.

El criado, al servir el café, habia colocado una hermosa lámpara solar en la mesa redonda del gabinete, y cerrado los postigos de la ventana que daba á la calle Larga, pues que ya comenzaba á anochecer.

Sentados al rededor de la mesa, todos se entretenian en ver á Daniel saborear el café como un perfecto conocedor.

— Es una lástima, dijo Madama Dupasquier, que nuestro Daniel no haya hecho un viaje á Constantinopla.

— Es cierto, señora, contestó el jóven, allí se toma el café por docenas de tazas, pero hace poco tiempo que he jurado no hacer mas viajes en mi vida.

— Y especialmente, si para ir á Constantinopla fuera

necesario hacer el viaje en una ballenera, dijo Amalia.

—Y pasar média noche con el agua hasta el cuello para volver á su casa, agregó Florencia mirando con ojos de reconvencion á Daniel.

— Y exponerse á ser recibido por algun oficioso guardacosta que lo tome por contrabandista, observó Eduardo.

— ¡Hola! Tambien tú, mi querido? ¡Por supuesto, tú el mas circunspecto de los hombres para hacer viajes, que eres capaz de embarcarte sin que te cueste un alfilerazo!

— En todo caso contaria contigo, respondió Amalia á su primo, mirando tiernamente á Eduardo.

—-Por aviso de la providencia, se entiende, que en cuanto á los que habia de recibir de él, tengo mis antecedentes á este respecto.

— Sí, tiene razon Daniel, dijo madama Dupasquier.

—Pero, Daniel, siempre ha sido para nosotros un misterio como apareciste cerca de tu amigo en aquella terrible noche, dijo Amalia.

—¡Vaya! hoy estoy de buen humor, y te lo diré, hija mia. Es muy sencillo.

Todos se pusieron á escuchar á Daniel que prosiguió :

— El 4 de Mayo á las cinco de la tarde recibí una carta de este caballero, en que me anunciaba que esa noche dejaria Buenos Aires. Entró en la moda, dije para mí; pero como yo tengo algo de adivino empecé á temer alguna desgracia. Fuí á su casa; nada, cerrada la puerta. Fuí á diez ó doce casas de amigos nuestros ; nada tampoco. Á las nueve y média de la noche ya no podia estar en casa de esta señora, primera vez de mi vida en que he pecado contra el buen gusto. Me salí, pues, exponiéndome... exponiéndome, etc., esta señorita concluirá mi frase, Me salí, pues, y fuí á dar por las barrancas de la residencia en donde vive cierto escoces amigo mio, que parece ha hecho sociedad con Rosas en cuanto á querer dejarnos sin hombres en Buenos Aires: él llevando unos á Montevideo, y Rosas mandando otros á otra parte. Pero mi escoces dormia como si estuviese en sus montañas, esperando á que viniese á describirle Walter Scott. Esa noche era de asueto para él. ¿Qué hacer entónces? Acudí á la lógica : nadie se embarca sino por el rio; es así que Eduardo va á embarcarse, luego por la costa del rio puedo encontrarlo ; y despues de este silogismo que envi-



diaria el señor Carrigós, que es el mas lógico de nuestros representantes, bajé la barranca y me eché á andar por la costa del rio.

— ¡ Y solo! exclamó Florencia empezando á palidecer.

— ¡ Vaya! si no, me callo.

— No, no, siga usted, dijo la jóven esforzándose para sonreirse.

— Bien, pues; empecé á andar hácia el Retiro, y al cabo de algunas cuadras, cuando ya me desesperaba la soledad y el silencio, percibí, primero un ruido de armas, me fuí en esa direccion, y á pocos instantes conocí la voz del que buscaba. Despues... despues ya se acabó el cuento, dijo Daniel, viendo que Amalia y Florencia estaban excesivamente pálidas

Eduardo se disponia á dar un nuevo giro á la conversacion cuando al ruido que se sintió en la puerta de la sala dieron vuelta todos y, al traves del tabique de cristales que separaba el gabinete, vieron entrar á las señoras Doña Agustina Rosas de Mancilla y Doña María Josefa Ezcurra, cuyo coche no se habia sentido rodar en el arenoso camino, distraidos como estaban todos con la narracion de Daniel.

Eduardo, pues, no tuvo tiempo de retirarse á las piezas interiores, como era su costumbre cuando llegaba álguien que no era de las personas presentes.

CAPÍTULO IX.

El primer acto de un drama.

De todos cuantos allí habia, Amalia era la única que no conocia á Doña María Josefa Ezcurra ; pero cuando al pasar al salon vió de cerca aquella fisonomía estrecha, enjuta y repulsiva; aquella frente angosta sobre cuyo cabello alborotado estaba un inmenso moño punzó, armonizándose diabólicamente con el color de casi todo el traje de aquella mujer, no pudo ménos de sentir una impresion vaga de disgusto, un no sé qué de desconfianza y temor que la hizo dar apénas la punta de sus dedos cuando la vieja le extendió la mano. Pero cuando Agustina la dijo



— Tengo el gusto de presentar á usted á la señora Doña María Josefa Ezcurra; un estremecimiento nervioso pasó como un golpe eléctrico por la organizacion de Amalia, y sin saber por qué, sus ojos buscaron los de Eduardo.

— ¿No me esperaria usted con esta tarde tan mala? prosiguió Agustina, dirigiéndose á Amalia, miéntras todos se sentaban en redor de la chimenea.

Pero fuera casual ó intencionalmente. Doña María Josefa quedó sentada al lado de Eduardo, dándole la derecha. Amalia se guardó bien de presentar á Eduardo. Todos los demas se conocian desde mucho tiempo.

— En efecto, es una agradable sorpresa, contestó Amalia á la señora de Mancilla.

— Misía María Josefa se empeñó en que saliéramos; y como ella sabe cuán feliz soy cuando vengo á esta casa, ella misma le dió órden al cochero de conducirnos aquí.

Daniel empezó á rascarse una oreja, mirando el fuego como si él solo absorbiese su atencion.

— Pero, vamos, prosiguió Agustina, no somos nosotras solas las que se acuerdan de usted; aquí está madama Dupasquier que hace mas de un año que no me visita; aquí está Florencia que es una ingrata conmigo, y por consiguiente aquí está el señor Bello. Ademas, aquí tengo el gusto de ver tambien al señor Belgrano, á quien hace años no se le ve en ninguna parte, dijo Agustina que conocia á toda la juventud de Buenos Aires.

Doña María Josefa miraba á Eduardo de piés á cabeza.

— Es una casualidad; mis amigos me ven muy poco, respondió Amalia.

— Y si yo no veo á usted, Agustina, á lo ménos no negará usted que mi hija hace mis veces muy frecuentemente, dijo madama Dupasquier.

— Desde el baile, no la he visto sino dos veces.

— Pero usted vive aquí tan perfectamente, que casi es envidiable su soledad, dijo Doña María Josefa dirigiéndose á Amalia.

— Vivo pasablemente, señora.

— ¡Oh, Barrácas es un punto delicioso! prosiguió la vieja, especialmente para la salud, y señalando á Eduardo, dijo á Amalia.

— ¿El señor se estará restableciendo?

Amalia se puso encendida.

— Señora, yo estoy perfectamente bueno, la contestó Eduardo.

— ¡Ah! dispense usted. Como lo veia tan pálido!

— Es mi color natural.

— Ademas, como lo veia á usted sin divisa; y con esa corbata de una sola vuelta, en un dia tan frio, creí que vivia usted en esta casa.

— Mire usted, señora : se apresuró á decir Daniel para evitar una respuesta que por fuerza, ó habia de ser una mentira, ó una declaracion demasiado franca, que convenia evitar, en esto de frio es segun uno se acostumbra; los escoceses viven en un país de hielo y andan desnudos hasta medio muslo.

— ¡Cosas de gringos; pero como aquí estamos en Buenos Aires! replicó Doña María Josefa.

— Y en Buenos Aires donde este invierno es tan rigoroso, agregó Madama Dupasquier.

— ¿Ha hecho usted poner chimenea, Misía María Josefa? pregunto Florencia que, como todos, parecia empeñarse en distraerla de la idea que habia tenido sobre Eduardo, y que todos parecian adivinar.

— Demasiado tengo que hacer, hija, para ocuparme de esas cosas; cuando ya no haya unitarios que nos den tanto trabajo, pensaremos un poco en nuestras comodidades.

— Pues yo no hago poner una chimenea en cada cuarto, por que Mancilla se resfria al salir del lado del fuego, dijo Agustina.

— Demasiado calor ha de tener hoy Mancilla, continuó Doña María Josefa.

— ¿Cómo? ¿Está enfermo el señor general? preguntó Amalia.

— Él nunca está sano, contestó Agustina, pero hoy no lo he sentido quejarse.

— No, no tiene calor de enfermedad, repuso la vieja, tiene calor de entusiasmo. ¿No saben ustedes que hace tres dias se está festejando la derrota de los inmundos unitarios en Entre-Rios? pues no hay un solo federal que no lo sepa.

— Precisamente hablábamos de eso cuando ustedes entraron, dijo Daniel; ha sido una terrible batalla.

¡En que bien las han pagado!

— ¡Oh, de eso yo le respondo á usted! dijo Daniel.

— Y yo tambien, agregó Eduardo : y si no hubiera sído que la noche era tan oscura...

— ¿Cómo la noche? Si la batalla fué de dia, señor Belgrano, observó Doña María Josefa.

— Eso es; fué de dia, pero quiso decir mi amigo, que si no hubiera sido la noche, no se escapa ninguno.

— ¡Ah! por supuesto. ¿Y ha asistido usted á alguna de las fiestas, señor Belgrano?

— Hemos paseado juntos las calles admirando la embanderacion, contestó Daniel, que temblaba de que Eduardo hablase.

— ¡Y qué lindas banderas hay! ¿De dónde sacarán tantas, señora? dijo la picaruela de Florencia, dirigiéndose á Doña María Josefa.

— Las compran, niña, ó las hacen las buenas federales.

— Sí, pues yo soy muy buena federal, y me guardaré muy bien de emplear mis manos en eso. Cuando Mancilla me lo pidió el año pasado, se las mandé pedir prestadas al señor Mandeville, y desde entónces las tengo, y son las que uso : ni se las vuelvo mas. ¿Y usted ha puesto, Amalia?

— No, Agustina, esta casa está tan retirada!

— ¡Bien hecho! hacen un ruido las malditas banderas! y despues de eso, los muchachos : Eduardita casi se cayó hoy de la azotea por querer subir hasta una bandera.

— ¡Oh, esta casa no está tan léjos! dija Doña María Josefa.

— Pero como las del teatro no hay ningunas; ¿ha ido usted al teatro, Doña María Josefa?

— No, Florencita, yo no voy al teatro. Pero he sabido que ha habido mucho entusiasmo; ¿ha estado usted, señor Belgrano?

— Pues mire usted, el dia que yo vaya, por fuerza la voy á usted á buscar, y hemos de ir, ¿no es verdad?

— No te incomodes, niña, yo no voy al teatro, contestó la vieja con un gesto de mal humor al ver que nadie, y especialmente Florencia, la dejaba conversar con Eduardo.

— El teatro es el centro mas á propósito para expresarse el entusiasmo de los pueblos, dijo Daniel.

— Sí, pero con tanta gritería no dejan oir la música, agregó Agustina.

— Esa grita es la mas bella música de nuestra santa causa, dijo Daniel con una cara la mas séria del mundo.

— Cabal, eso es hablar, dijo la vieja.

— ¿Florencia, por qué no toca usted el piano un momento?

— Ha tenido usted una buena idea, Amalia. Florencia, vé á tocar el piano.

— Bien, mamá. ¿Qué le gusta á usted, Doña Josefa?

— Cualquiera cosa.

— Pues bien, venga usted. Yo canto muy mal, pero por usted voy á cantar delante de gente mi cancion favorita, que es el *Natalicio* del Restaurador. Venga usted junto al piano, y Florencia se puso de pié delante de Doña María Josefa para dar mas expresion á su invitacion.

— ¡Pero, hija, si ya me cuesta tanto levantarme de donde me siento!

— ¡Vaya que no es así! venga usted.

— ¡Qué niña esta! dijo la vieja con una sonrisa satánica. Vaya; vamos pues; dispense usted, señor Belgrano, y al decir estas palabras la vieja, fingiendo que buscaba un apoyo para levantarse, afirmó su mano huesosa y descarnada sobre el muslo izquierdo de Eduardo, haciendo sobre él tal fuerza con todo el peso de su cuerpo, que transido de dolor hasta los huesos, porque la mano se habia afirmado precisamente en lo mas sensible de la profunda herida, Eduardo echó para atras su cabeza, sin poder encerrar entre sus labios esta exclamacion :

— ¡Ay! señora! quedando en la silla casi desmayado, y pálido como un cadáver.

Daniel llevó su mano derecha á los ojos, y se cubrió el rostro.

Todos, á excepcion de Agustina, comprendieron al momento que en la accion de Doña María Josefa podia haber algo de premeditacion siniestra, y todos quedaron vacilantes y perplejos.

— ¿Le he hecho á usted mal? dispense usted, caballero. Si yo hubiera sabido que tenia usted tan sensible el muslo izquierdo, le hubiera á usted pedido su brazo para levan-

tarme. Lo que es ser vieja! Si hubiera sido una muchacha no le habria dolido á usted tanto su muslo izquierdo. Dispense usted, buen mozo, dijo mirando á Eduardo con una satisfaccion imposible de ser definida por la pluma de un hombre; y fué luego á sentarse junto al piano, donde ya estaba Florencia.

Por una reaccion natural en su altiva organizacion, Amalia se despejó súbitamente de todo temor, de toda contemporizacion con la época y las personas de Rosas que allí estaban; levantóse, empapó su pañuelo en agua de Colonia; se lo dió á Eduardo que empezaba á volver en sí del vértigo que habia trasternádolo un momento; y separando bruscamente la silla en que habia estado sentada Doña María Josefa, tomó otra y ocupó el lugar de aquella al lado de su amado, sin cuidarse de que daba la espalda á la cuñada y y amiga del tirano.

Agustina nada habia comprendido, y se entretenia en hablar con Madama Dupasquier sobre cosas indiferentes y pueriles como era su costumbre.

Florencia tocaba y cantaba algo sin saber lo que hacia.

Doña María Josefa miraba á Eduardo y á Amalia, y sonreia y meneaba la cabeza.

Daniel parado, dando la espalda á la cheminea, tenia en accion todas las facultades de su alma.

— No es nada, ya pasó, no es nada, dijo Eduardo al oído de Amalia, cuando pudo reanimarse un poco.

— ¡Pero está endemoniada esta mujer! desde que ha entrado no ha hecho otra cosa que hacernos sufrir, le contestó Amalia, bañando con su mirada tan tierna y amorosa la fisonomía de Eduardo.

— Muy bueno está el fuego, dijo Daniel alzando la voz, y mirando con algo de severidad á Amalia.

— Excelente, dijo madama Dupasquier, pero....

— Pero, perdone usted, señora, lo disfrutaremos solamente hasta las diez ó las once, la interrumpió Daniel, alcanzando que madama Dupasquier iba á hablar de retirarse, dirigiéndola al mismo tiempo una mirada que la inteligente porteña comprendió con falicidad.

— Justamente, esa es mi idea, repuso la señora, es preciso que saboreemos bien el gusto de esta visita, ya que tan pocas veces nos damos este placer.



— Gracias, señora, dijo Amalia.

— Tiene usted razon, agregó Agustina, y yo tambien me estaria hasta esas horas, si no tuviese que ir á otra parte.

— Es muy justo, dijo Amalia, cambiando con madama Dupasquier una mirada bien inteligente sobre la razon algo impertinente que acababa de dar Agustina.

— ¿Qué tal, lo he hecho bien? preguntó Florencia á Doña María Josefa, levantándose del piano.

— ¡Oh, muy bien! ¿Se le pasó á usted el dolor, señor Belgrano?

— Ya, sí, señora, respondió Amalia con prontitud y sin dar vuelta la cabeza para mirar á Doña María Josefa.

— No me vaya usted á guardar rencor, eh?

— Si no hay de qué, señora, dijo Eduardo violentándose en dirigirle una palabra.

— Lo que prometo es no decir á nadie que tiene usted tan sensible el muslo izquierdo, á lo ménos á las muchachas, porque si lo saben todas van á querer pellizcarle ahí para verlo desmayarse.

—¿Quiere usted sentarse, señora? dijo Amalia girando la cabeza hácia Doña María Josefa, sin alzar los ojos y señalando una silla que habia en el extremo del círculo que formaban en rededor de la chimenea.

No, no, dijo Agustina, ya nos vamos, tengo que hacer una visita y estar en mi casa ántes de las nueve de la noche.

Y la hermosa mujer del general Mancilla se levantó ajustándose las cintas de su gorra de terciopelo negro, que hacia resaltar la blancura y la belleza de su rostro.

En vano quiso Amalia violentarse; no pudo conseguir despejar su ánimo de la prevencion que la dominaba ya contra Doña María Josefa Ezcurra : aun no habia traslucido la maldad de sus acciones, pero le era bastante la grosería de la parte ostensible de ellas para hacérsele repugnate su presencia; y jamas despedida alguna fué hecha con mas desabrimiento á esa mujer toda poderosa en aquel tiempo : Amalia la dio á tocar apénas la punta de sus dedos, y ni la dió gracias por su visita, ni la ofreció su casa.

Agustina no pudo ver nada de esto, entretenida en despedirse y mirarse furtivamente en el grande espejo de la chimenea, tomando en seguida el brazo de Daniel que las

condujo hasta el coche. Pero todavía desde la puerta de la sala, Doña María Josefa volvió su cabeza, y dijo dirigiéndose á Eduardo :

— No me vaya á guardar rencor, eh? Pero no se vaya á poner agua de Colonia en el muslo, porque le ha de hacer mal.

El coche de Agustina habia partido ya, y aun duraba en el salon de Amalia el silencio que habia sucedido á la salida de ella y de su compañera.

Amalia fué la primera que lo rompió, mirando á todos, y preguntando con una verdadera admiracion :

— Pero, ¿qué especie de mujer es esta?

— Es una mujer que se parece á ella misma, dijo Madama Dupasquier.

— ¿Pero qué le hemos hecho? preguntó Amalia. ¿Á qué ha venido á esta casa, si debia ser para mortificar á cuantos en ella habia, y esto cuando no me conoce, cuando no conoce á Eduardo?

— ¡Ah, prima mia! ¡Todo nuestro trabajo está perdido; esta mujer ha venido intencionalmente á tu casa; ha debido tener alguna delacion, alguna sospecha sobre Eduardo, y desgraciadamente acaba de descubrirlo todo!

— Pero ¿qué, qué ha descubierto?

— Todo, Amalia; ¿crees que haya sido casual el oprimir el muslo izquierdo de Eduardo?

— ¡Ah! exclamó Florencia, ¡sí, sí, ella sabia de un herido en el muslo izquierdo!

Las señoras y Eduardo se miraron con asombro.

Daniel prosiguió tranquilo y con la misma gravedad :

— Cierto, esa era la única seña que ella tenia del escapado en los asesinatos del 4 de Mayo. Ella no ha podido venir á esta casa sin algun fin siniestro. Desde el momento de llegar ha examinado á Eduardo de piés é cabeza; solo á él se ha dirigido, y cuando ha comprendido que todos le cortábamos la conversacion, ha querido de un solo golpe descubrir la verdad, y ha buscado el miembro herido para descubrir en la fisonomía de Eduardo el resultado de la presion de su mano. Solo el demonio ha podido inspirarla tal idea, y ella va perfectísimamente convencida de que solo habiendo oprimido una herida mal cerrada aun, ha podido originar en Eduardo la impresion que le hizo, y que ha devorado con placer.



— Pero ¿quién ha podido decírselo?

— No hablemos de eso, mi pobre Amalia. Yo tengo un perfecto conocimiento de lo que acabo de decir, y sé que ahora estamos todos sobre el borde de un precipicio. Entretanto, es necesaria una cosa en el momento.

— ¿Qué? exclamaron todas las señoras que estaban pendientes de los labios de Daniel.

— Que Eduardo deje esta casa inmediamente y se venga conmigo.

— Oh, no, exclamó Eduardo levantándose iluminados sus ojos por un relámpago de altivez, y parándose al lado de su amigo junto á la chimenea.

— No, prosiguió. Alcanzo ahora toda la malignidad de las acciones de esa mujer, pero es por lo mismo que me creo descubierto, que debo permanecer en esta casa.

— Ni un minuto, le contestó Daniel con su aplomo habitual en las circuntancias difíciles.

— ¿Y ella, Daniel? le replicó Eduardo nerviosamente.

— Ella no podrá salvarte.

— Sí, pero yo puedo libertarla de una ofensa.

— Con cuya liberacion se perderian los dos.

— No; me perderia yo solo.

— De ella me encargo yo.

— ¿Pero vendrian aquí? preguntó Amalia toda inquieta, mirando á Daniel.

— Dentro de dos horas, dentro de una quizá.

— ¡Ah, Dios mio! Sí, Eduardo, al momento váyase usted, yo se lo ruego; dijo Amalia levantándose y aproximándose al jóven; accion que instintivamente imitó Florencia.

— Sí, con nosotros, con nosotros se viene usted, Eduardo, dijo la bellísima y tierna criatura.

— Mi casa es de usted, Eduardo, mi hija ha hablado por mí, agregó madama Dupasquier.

— ¡Por Dios, señoras! no, no. Cuando no fuera mas que el honor, él me ordena permanecer al lado de Amalia.

— Yo no puedo asegurar, dijo Daniel, que ocurra alguna novedad esta noche, pero lo temo, y para ese caso, Amalia no estará sola, porque dentro de una hora yo volveré á estar á su lado.

— Pero Amalia puede venir con nosotros, dijo Florencia.

— No, ella debe quedar aquí, y yo con ella, replicó Daniel; si pasamos la noche sin ocurrencia alguna, mañana trabajaré yo, ya que hoy ha trabajado tanto la señora Doña María Josefa. De todos modos no perdamos tiempo; toma, Eduardo, tu capa y tu sombrero y ven con nosotros.

— No.

— ¡Eduardo! Es la primera cosa que pido á usted en este mundo; entréguese á la direccion de Daniel por esta noche, y mañana... mañana nos volveremos á ver, cualquiera que sea la suerte que nos depara Dios.

Los ojos de Amalia al pronunciar estas palabras, húmedos por el flúido de su sensibilidad, tenian una expresion de ruego tan tierna, tan melancólica, que la energía de Eduardo se dobló ante ella, y sus labios apénas modularon las palabras:

— Bien, iré.

Florencia batió las manos de alegría y atrevesó corriendo el salon á tomar del gabinete su sombrero y su chal, repitiendo al volver:

— Á casa, á casa, Eduardo.

Daniel la miró encantado de la espontaneidad de su alma, y con una sonrisa llena de cariño y dulzura, la dijo:

— No, ángel de bondad, ni á vuestra casa, ni á la de él. En todas ellas puede ser buscado. Irá á otra parte; eso es de mi cuenta.

— Florencia quedó triste.

— Pero bien, dijo Eduardo, ¿dentro de una hora estarás al lado de Amalia?

— Sí, dentro de una hora.

— Amalia, es el primer sacrificio que hago por usted en mi vida, pero créame usted por la memoria de mi madre, que es el mayor que podria hacer yo sobre este mundo.

— ¡Gracias, gracias, Eduardo! ¿Hay álguien que pudiera creer que en su corazon de usted cabe el temor? Ademas, si se necesita un brazo para defenderme, usted no puede poner en duda que Daniel sabria hacer sus veces.

Felizmente Florencia no escuchó estas palabras, pues habia ido al gabinete á buscar la capa de su madre.

Algunos minutos despues, la puerta de la casa de Amalia estaba perfectamente cerrada; y el viejo Pedro, á quien Daniel habia dado algunas instrucciones ántes de partir, se



paseaba desde el zaguan hasta el patio, estando perfectamente acomodadas contra una de las paredes de este la escopeta de dos tiros de Eduardo y una tercelora de caballería, miéntras á la cintura del viejo veterano de la independencia estaba un hermoso puñal.

El criado de Eduardo, por su parte, estaba sentado en un umbral de las puertas al patio, esperando las órdenes del soldado, quien, segun las instrucciones de Daniel, no debia abrir á nadie la puerta de la calle hasta su regreso.

CAPÍTULO X.

Una noche toledana.

Por muy de prisa que anduviese Daniel, le era imposible volver á Barrácas en el término de una hora, teniendo que ir en coche á dejar á la señora Dupasquier y su hija; conducir á Eduardo, muy léjos de la calle de la Reconquista, y á pié para no poner al cochero en el secreto de su refugio; volver á su casa, dar algunas órdenes á su criado, hacer ensillar y volver á Barrácas.

Así es que eran ya las nueve y média de la noche, es decir, hora y média despues de dejar á su prima, cuando descendia por la barranca de Balcarce reflexionando y convenciéndose de que la visita de Doña María Josefa habia sido el resultado de alguna delacion sobre aquello que por tanto tiempo se habia velado entre el misterio, y que la vieja, espía de su hermano político, habia adquirido el convencimiento de la verdad que le habrian revelado.

— En la pérdida de Eduardo está interesado Rosas, por que ha sido el primero que ha burlado una resolucion suya en esta época, se decia Daniel.

— Está interesado Cuitiño y por consiguiente la Mashorca, porque con la cabeza de Eduardo dan una prueba de su celo que fué burlado por el valor de este.

— Está interesada Doña María Josefa, por el espíritu endemoniado que anima sus acciones, cuando se obstina en labrar el mal que le han evitado por algun tiempo.

— Para todos, pues, Eduardo es un delincuente puesto fuera de toda ley.

— Pero ese delincuente tiene sus cómplices.

Esos cómplices son Amalia, los que rodean á Amalia, yo, quizá tambien la señora Dupasquier y Florencia.

— ¡Cómo conjurar, Dios mio, esta tormenta! exclamaba Daniel en lo interior de su alma, inquieto y con miedo por la primera vez de su vida, al considerar en peligro los seres mas amados de su corazon.

Por un contraste original de la naturaleza, los corazones de voluntad poderosa, inconmovibles para los grandes arrojos en la lid de la política ó de las armas, suelen ser débiles en los inconvenientes de la vida íntima, tímidos hasta el afeminamiento en los peligros que amenazan los seres ligados á su vida por los vínculos del amor ó de la amistad. Y Daniel, alma templada para arrostrar serena todos los azares de la vida política en una época de revolucion y de sangre, ó la metralla de un campo de batalla, sufria en aquel momento inquietud y temor por las personas cuya suerte ó cuya existencia peligraba.

— Pero, en fin, dejemos venir los acontecimientos y chispearé á sus golpes, porque si ellos son de acero, yo soy de pedernal, dijo, y, como sacudiendo las impresiones nuevas que lo asaltaban, dió riendas á su brioso corcel en direccion á la quinta; y en medio de una de esa noches frias, nebulosas, en que las nubes parecen tener algo de fatídico que impresiona al espíritu.

Pero al llegar al camino que viene de la Boca á Santa Lucía, vió doblar hácia la calle Larga seis hombres que la enfilaron á todo el galope de sus caballos.

Un presentimiento secreto pareció anunciarle que aquellos hombres tenian algo de relacion con sus asuntos; y por una combinacion de su pensamiento, viva como la luz, tiró la rienda á su caballo y los dejó pasar en el momento de enfrentarse á ellos. Pero apénas se habian adelantado cincuenta pasos, cuando volvió á tomar el galope, llevándolos siempre á esa distancia.

Y era de verse y de admirar, en medio á la solitaria calle Larga, y bajo el mante oscuro de la noche, de improviso alumbrada de vez en cuando por algun súbito relámpago, aquel jóven sin mas garantía que sus pistolas, corriendo



á disputar quizá una víctima al poderoso asesino que la Federacion tenia á su frente, y los federalistas sobre su espalda.

— ¡Ah! no me engañé, exclamó al ver á los seis jinetes sentar sus caballos á la puerta de Amalia, desmontarse y dar fuertes golpes en ella, con el llamador, y con el cabo de los rebenques.

Aun no habian tenido tiempo de repetir los golpes, cuando Daniel pasó por entre el grupo de caballos, y con una voz entera y resuelta preguntó :

— ¿Qué hay, señores?

— ¿Qué hay? ¿y quién es usted?

— Yo soy el que puede hacerles á ustedes esa pregunta. Ustedes vienen en comision, ¿no es cierto?

— Sí, señor, en comision, dijo uno de ellos acercándose á Daniel y mirándole de piés á cabeza, en los momentos en que el jóven bajó resueltamente de su caballo, y gritó con una voz imperiosa :

— Pedro, abra usted.

Los seis hombres tenian rodeado á Daniel, sin saber qué hacer, esperando cada uno, que otro tomase la iniciativa.

La puerta abrióse en el acto, y separando á los dos que estaban contra ella, pasó Daniel resueltamente, diciéndoles :

— Adelante, señores.

Todos entraron bruscamente tras él.

Daniel abrió la puerta de la sala y entró á ella.

Los seis hombres entraron tambien, arrastrando sus sables sobre la rica alfombra en que hacian surcos con las rodajas de sus espuelas.

Amalia, parada junto á la mesa redonda, pálida al abrirse la puerta de la sala, quedó de repente colorada como el carmin al ver acercarse á ella aquellos hombres con el sombrero puesto, y puesto sobre su fisonomía el repugnante sello de la insolencia plebeya. Pero una rápida mirada de Daniel la hizo comprender que debia guardar el mas profundo silencio.

El jóven se quitó su poncho, lo tiró sobre una silla, y haciendo ostentacion del chaleco punzó que á esa época comenzaba á usarse entre los mas entusiastas federales, y la gran divisa que traia al pecho, dijo, dirigiéndose á los seis



hombres, que todavía no podian formar una idea completa de lo que debian hacer :

— ¿Quién manda esta partida?

— Yo la mando, dijo uno de aquellos, acercándose á Daniel.

— ¿Oficial?

— Ordenanza del comandante Cuitiño.

— ¿Vienen ustedes á prender á un hombre en esta casa?

— Sí, señor ; venimos á registrar la casa, y á llevarlo.

— Bien ; lea usted, dijo Daniel al ordenanza de Cuitiño, sacando un papel de su bolsillo y entregándoselo.

El soldado desdobló el papel, lo miró, vió por todos lados un sello que habia en él, y dándoselo á otro de los soldados, le dijo :

— Lee tú que sabes.

El soldado se acercó á la lámpara, y deletreando sílaba por sílaba leyó al fin :

« *¡ Viva la Federacion!*
¡ Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes !
¡ Mueran los inmundos asquerosos unitarios !
¡ Muera el pardejon Rivera y los inmundos franceses!

SOCIEDAD POPULAR RESTAURADORA.

El portador Don Daniel Bello está al servicio de la Sociedad Popular Restauradora, y todo lo que haga, debe ser en favor de la Santa Causa de la Federacion, porque es uno de sus mejores servidores.

Buenos Aires, Junio 10 de 1840.

JULIAN GONZÁLEZ SALOMON,
Presidente.

BONEO,
Secretario. »

— Ahora, dijo Daniel, mirando á los soldados de Cuitiño, que estaban ya en la mas completa irresolucion, ¿qué hombre es el que buscan en esta casa, que es como si fuera la mia, y en el que no se han escondido nunca salvajes unitarios?



El ordenanza de Cuitiño iba á responder, cuando todos volvieron la cabeza al gran ruido que hicieron cuatro ó seis caballos que entraron de improviso al zaguan enlosado, haciendo un ruido infernal con las herraduras sobre la losas, y con los sables y espuelas de los jinetes que se desmontaron, y entraron en tropel á la sala.

Maquinalmente Amalia vino á ponerse al lado de Daniel, y la pequeña Luisa se agarró del brazo de su señora.

— Vivo ó muerto, gritó al entrar á la sala el que venia delante de todos.

— Ni vivo, ni muerto, comandante Cuitiño, dijo Daniel.

— ¿Se ha escapado?

— No, los que se escapan, señor comandante, contestó Daniel, son los unitarios que no pudiendo mostrársenos de frente, están trabajando para enredarnos é indisponernos á nosotros mismos. Con sus logias y con sus manejos que están aprendiendo de los gringos, ya la casa de un federal no está segura; y al paso que vamos, mañana han de avisar al Restaurador, que en la casa del comandante Cuitiño, la mejor espada de la Federacion, se esconde tambien algun salvaje unitario. Esta es mi casa, comandante; y esta señora es mi prima. Yo vivo aquí la mayor parte del tiempo, y no necesito jurar para que se me crea que adonde estoy yo, no puede haber unitarios escondidos. Pedro, lleve usted á todos esos señores, que registren la casa por donde quieran.

— Ninguno se mueva de ahí, gritó Cuitiño á los soldados que se disponian á seguir á Pedro, la casa de un federal no se registra, continuó; usted es tan buen federal como yo, señor Don Daniel. Pero dígame, ¿cómo es que Doña María Josefa me ha engañado?

— ¿Doña María Josefa? dijo Daniel, fingiendo que no comprendia ni una palabra.

— Sí, Doña María Josefa.

— Pero ¿qué le ha dicho á usted, comandante?

— Me acaba de mandar decir, que aquí estaba escondido el unitario que se nos escapó aquella noche; que ella misma lo ha visto esta tarde, y que se llama Belgrano.

— ¡Belgrano!

— Sí, Eduardo Belgrano.

— Es verdad, Eduardo Belgrano ha estado de visita esta



tarde, porque suele visitar de cuando en cuando á mi prima; pero ese mozo á quien yo conozco mucho, lo he visto en la ciudad sano y bueno durante todo este tiempo; y el de aquella noche no debió quedar para andarse paseando muy contento, dijo Daniel con cierta sonrisa muy significativa para Cuitiño.

— Y entónces, ¿cómo diablos es esto? ¿Pues qué, yo soy hombre para que se jueguen conmigo?

— Son los unitarios, comandante, nos quieren enredar á los federales; y le han de haber metido algun cuento á Doña María Josefa, porque las mujeres no los conocen como nosotros que tenemos que estar lidiando con ellos todos los dias. Pero no importa, usted busque á ese mozo que vive en la calle del Cabildo, y si él es el unitario de aquella noche, no le ha de faltar cómo conocerlo. Entretanto, yo he de ver á Doña María Josefa y al mismo Don Juan Manuel para saber si ya nos andamos registrando las casas unos á otros.

— No, Don Daniel, no dé paso ninguno, si son los unitarios, como usted ha dicho, le contestó Cuitiño que creia á Daniel hombre de gran influencia en la casa de Rosas.

— ¿Qué quiere tomar, comandante?

— Nada, Don Daniel. Lo que yo quiero es que esta señora no se quede enojada conmigo, porque nosotros no sabíamos qué casa era esta.

Amalia hizo apénas un ligero movimiento con la cabeza, porque estaba completamente atónita, ménos por la presencia de Cuitiño, que por el inaudito coraje de Daniel.

— ¿Entónces se retira, comandante?

— Sí, Don Daniel, y ni la contestacion le voy á llevar á Doña María Josefa.

— Hace bien; son cosas de mujeres y nada mas.

— Señora, muy buenas noches, dijo Cuitiño saludando á Amalia, y marchando con toda su comitiva, acompañado de Daniel, á tomar sus caballos.



CAPITULO XI.

Continuacion del anterior.

Amalia permanecia parada aun junto á la mesa, cuando Daniel, despues de haberse retirado Cuitiño, entró á la sala riéndose como un muchacho, dirigiéndose á su prima á quien abrazó con el cariño de un hermano.

— Perdóname, mi Amalia, la dijo, son herejías políticas y morales que tengo que cometer á cada paso en esta época de comedia universal, en que yo hago uno de sus mas extraordinarios papeles. Pobre gente! Ellos tienen toda la fuerza del bruto, pero yo tengo la inteligencia del hombre. Ahora ya están extraviados, mi Amalia; y sobre todo ya están en anarquía; Cuitiño ya no le hará caso á Doña María Josefa sobre este asunto, y la vieja vase á enojar con Cuitiño.

— ¿Pero dónde está Eduardo?

— Perfectamente seguro.

— ¿Pero van á ir á su casa?

— Por supuesto que irán.

— ¿Tiene papeles?

— Ningunos.

—¿Pero tú y yo, cómo quedamos?

— Mal.

— ¿Mal?

— Mal, malísimamente estamos ya desde esta tarde. Pero ¿qué hemos de hacer, sino esperar lo sucesos y buscar en ellos mismos los medios de salvarnos de cualquier peligro?

— ¿Pero bien, cuando veré á Eduardo?

— Dentro de algunos dias.

— ¡De algunos dias! Pero ¿no hemos quedado en que mañana nos volveríamos á ver?

— Sí, pero no habíamos quedado en que Cuitiño nos visitase esta noche.

— No importa, si él no viene aquí, yo quiero ir donde él esté.

— Despacio. Nada puedo prometerte ni negarte. Todo dependerá de los resultados que tenga la visita del diablo

que hemos tenido esta tarde. No creas que la vieja queda satisfecha con lo que le ha sucedido á Cuitiño; al contrario, va á irritarse mas é incomodarnos á todos. Hay una cosa, sin embargo, que me tranquiliza.

—¿Y cuál, Daniel?

— Que á estas horas tienen mucho en que pensar Rosas y todos sus amigos.

—¿Y qué hay? ¡acaba por Dios!

— Nada, una friolera, mi querida Amalia, dijo Daniel alisando los cabellos sobre la frente de su prima, sentada al lado suyo junto á la chimenea.

—¿Pero qué hay? Estás insufrible.

— Gracias.

— Lo mereces. Te estás riendo

— Es que estoy contento.

— ¿Contento?

— Sí.

— ¿Y tienes valor de decírmelo?

—Sí.

— ¿Pero contento de qué? ¿De que todos estemos sobre un volcan?

— No: estoy contento..... óyeme bien lo que voy á decirte.

—Te oigo.

— Bien; pero ántes, Luisa, dí al criado de Eduardo que ya que no está su amo, yo tomaré por él una taza de té.

— Te lo repito, estás insufrible, dijo Amalia, despues de haber salido Luisa.

— Ya lo sé; pero te decia que estaba contento, y quedé en explicarte el porqué, ¿no es así?

— No sé, dijo Amalia con un gesto de mal humor.

— Pues bien: estoy contento, primero porque Eduardo está escondido en una buena casa; y segundo, porque Lavalle está á la vista y paciencia de todo el mundo en la buena villa de San Pedro.

— ¡Ya! exclamó Amalia radiantes sus ojos de alegría, y tomando entre las suyas la mano de su primo.

—Sí, ya. Ya ha pisado la provincia de Buenos Aires el ejército libertador. Está á treinta leguas solamente del tirano, y me parece que este es un asunto bien importante para no llamar la atencion de nuestro Restaurador.



— ¡Ah! pero vamos á estar libres entónces! exclamó Amalia sacudiendo la mano de su primo.

— ¡Quién sabe, hija mia, quién sabe! eso dependerá del modo como se opere.

— ¡Oh, Dios mio! ¡Pensar que dentro de pocos dias ya no hay peligros para Eduardo! ¿Es verdad, Daniel, que dentro de tres dias puede estar Lavalle en Buenos Aires?

— No, no tan pronto. Pero puede estarlo dentro de ocho, dentro de seis. Pero puede tambien no estarlo nunca, Amalia mia.

— ¡Oh, no por Dios!

— Sí, Amalia, sí. Si se aprovecha la impresion de este momento, y la ciudad es invadida por cualquier punto de ella, Rosas no sale á la campaña á ponerse al frente de las pocas fuerzas que lo sostienen. No, si la ciudad es atacada, Rosas se embarca y huye. Pero si el general Lavalle se demora en operaciones en la campaña, entónces la suerte puede serle adversa. ¿Quieres oir unos fragamentos de la órden del ejército?

— Sí, sí, exclamó Amalia llena de entusiasmo

Daniel sacó un papel de su cartera y leyó :

« Cuartel general en San Pedro.

» El ejército va á decidir en estos dias la suerte de todos los pueblos de la República, va á resolver el gran problema de la libertad de veinte pueblos, cuyas ansiosas miradas se dirigen á las lanzas de sus bravos soldados.

» El general en jefe exhorta á todos los jefes, oficiales y soldados del ejército, para que se penetren de la importante y gloriosa mision que están llamados á cumplir en su patria...

» Señores jefes, oficiales y soldados del ejército libertador, en estos dias se va á decidir la suerte de la República. Dentro de poco nos veremos bendecidos por seiscientos mil argentinos, y cubiertos de gloria, ó moriremos en los cadalsos del tirano, ó arrastraremos una vida infeliz en países extranjeros, miéntras la rabia del déspota se satisface con nuestros padres, esposas é hijos. Elegid, mis bravos compañeros. Média hora de coraje es bastante para la gloria y felicidad de la República.

» En la próxima batalla el enemigo nos presentará probablemente un ejército numeroso. Es preciso no sorprenderse.

Si el general en jefe manda atacar, la victoria es segura. Para ello es preciso que los libertadores desplieguen todo su coraje. Que la caballería cargue con ímpetu á estrellarse contra el enemigo, el cual no resistirá. Las legiones que el general en jefe señale, es preciso que se reunan luego que el enemigo haya dado la espalda; las demas perseguirán.

» El general en jefe tiene una gran confianza en su ejército.

» JUAN LAVALLE. »

— ¡ Sublime, sublime! exclamó la entusiasta Amalia, luego que Daniel hubo acabado de leer la órden del ejército.

— Sí, mi Amalia; yo he encontrado siempre que todas las proclamas y órdenes de ejército se parecen mucho, y que son sublimes; pero lo que yo deseo ver siempre, es la sublimidad de las acciones : será sublime la empresa del general Lavalle si él viene á estrellar sus escuadrones sobre las calles de Buenos Aires.

— Pero vendrá.

— Dios lo quiera.

— Y, díme, ¿ cómo tienes, imprudente, este papel en tu bolsillo?

— Lo acabo de recibir en la misma casa donde he dejado á Eduardo.

— ¿ Pero qué casa es esa?

— Oh, nada ménos que la de un empleado.

— ¡ Dios mio! ¿ En la casa de un empleado de Rosas has puesto á Eduardo?

— No, señora : en la casa de un empleado mio.

— ¿ Tuyo?

— Sí..... pero silencio...... un caballo ha parado á la puerta..... Pedro, gritó Daniel saliendo al zaguan.

— ¿ Señor? contestó el fiel veterano de la independencia.

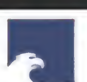
— Hay gente en la puerta.

— ¿ Abro, señor?

— Sí; llaman ya ; abra usted, y Daniel volvió á sentarse al lado de su prima.

Amalia empalideció.

— Daniel, tranquilo, fiado en sí mismo como siempre, esperó la nueva ocurrencia que parecia venir á complicar la



situacion de sus amigos y de él propio; porque á esas horas, cerca ya de las doce de la noche, nadie podia venir á aquella casa, sino haciendo relacion á los sucesos que lo preocupaban.

El fiel Pedro entró á la sala con una carta en la mano

— Un soldado trae esta carta para la señora, dijo.

— ¿Viene solo? preguntó Daniel.

— Solo.

— ¿Ha mirado usted al fondo del camino?

— No hay nadie

— Bien, vuelva usted y observe.

— Ábrela, dijo Amalia entregando la carta á su primo.

— ¡ Ah! exclamó Daniel despues de abrirla. Mira esta firma es de un gran personaje, conocido tuyo.

— ¡ Mariño! exclamó Amalia, poniéndose colorada como el carmin.

— Sí, Mariño, ¿ debo leerla aun?

— Lee, lee.

Daniel leyó :

« Señora :

» Acabo de saber que se halla usted complicada en un asunto muy desagradable y peligroso hasta cierto punto para su tranquilidad. Las autoridades tienen aviso que ha ocultado usted en su casa, largo tiempo, á un enemigo del gobierno, perseguido por la justicia.

» Se sabe que esa persona ya no está en casa de usted; pero como es de suponer que sepa usted su paradero, no tengo dificultad en creer que va usted á ser el objeto de muy serios requerimientos de la autoridad.

» En tan difícil situacion, yo no dudo que tendrá usted necesidad de un amigo; y como en mi posicion yo tengo algunos amigos de valor, me apresuro á ofrecer á usted mis servicios, en la entera confianza de que una vez que sean aceptados, ya no correrá usted ningun peligro.

» Para conseguir esto último, bastará que deposite usted en mí su confianza, dignándose decirme, á qué horas me concederá usted mañana el honor de pasar á combinar con usted lo que debemos hacer en el caso presente. Advirtiendo á usted, que su carta, como mi visita y las que en adelante le hiciere, serán cubiertas por el mayor misterio..... »



— ¡Eh! basta, basta! exclamó Amalia haciendo accion de arrebatar la carta.

— No, no, espera. Hay algo mas.

Daniel continuó :

« Hace tiempo que motivos muy poderosos, que su talento habrá comprendido quizá, me han hecho buscar, pero en vano, la ocasion que hoy se me presenta de poder prestar á usted mis servicios con la mas profunda sumision y respeto, y con la amistad con que saluda á usted su afmo. S. Q. B. S. P.

» NICOLAS MARIÑO. »

— No hay mas, dijo Daniel mirando á su prima con la expresion mas burlona que puede estamparse en la fisonomía humana.

— ¡Pero es lo que sobra para decir que ese hombre es un insolente! exclamó Amalia.

— Así será. Pero como toda carta requiere una respuesta, será bueno saber qué se contesta á este hombre.

— ¿Qué se contesta? Á ver, dáme esa carta.

— No.

— Oh, dámela.

— ¿Y bien, para qué?

— Para contestarle con los pedazos de ella.

— ¡Bah!

— ¡Oh, Dios mio, insultada tambien! ¡Pedirme cartas y visitas en secreto! exclamó Amalia cubriéndose los ojos con sus lindas manos.

Daniel se levantó, pasó al gabinete contiguo á la sala, y algunos minutos despues volvió al lado de Amalia y la dijo :

— Esto es lo que tenemos que hacer; oye :

« Señor :

» Autorizado por mi prima, la señora Doña Amalia Sáenz de Olabarrieta, para responder á su carta, me complazco en decir á usted, que todos sus temores relativos á la seguridad de mi prima deben dejar de alarmarlo en adelante, porque ella está ajena á todo cuanto se le atribuye; y perfectamente tranquila en la justicia de su Excelencia el Señor Go-



bernador, á quien yo tendré el honor de hacer presente mañana todo cuanto ha ocurrido esta noche, sin ocultarle cosa alguna, en el caso de que se lleve adelante esta desagradable ocurrencia.

»Con este motivo saluda á usted respetuosamente, etc.»

— Pero esa carta.....

— Esta carta lo dejará sin dormir el resto de esta noche, temblando de que vaya mañana á parar á manos de Rosas; y para evitarlo, trabajará mañana por que no se toque mas este negocio. Y es de este modo que hago que nuestros propios enemigos se conviertan en nuestros mejores servidores.

— Oh, bien, sí. Manda esa carta.

Daniel cerró el billete, y lo hizo llegar al soldado que esperaba á la puerta.

Média hora despues, Daniel se recostaba sin desvestirse en el aposento de Eduardo; y Amalia oraba de rodillas delante de su crucifijo de oro incrustado en ébano, y rogaba al Dios de las bondades eternas por la seguridad de los que amaba y por la libertad de su patria.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO PRIMERO.



PARTE TERCERA.

Paris. — Tip. de GARNIER Hermanos, 6, rue des Sts-Pères. 225.6.00





S



GARNIER HERMANOS

PARIS

PARTE TERCERA.